EL CLUB DE LAS DOS PÁGINAS



ÁNGELES DOÑATE

Una historia sobre libros, segundas oportunidades y corazones que vuelven a latir.



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

0. UN VISITANTE DEL PASADO

1. EL PRINCIPIO DE TODO

2. DE GATOS Y NIÑOS

3. NUNCA ES TARDE SI LA DICHA ES BUENA

4. COSAS SIN MÁS

5. LEER CON EL CORAZÓN

6. RON, RON, LA BOTELLA DE RON

7. DOS POR UNO

8. Y YA SON CINCO

9. PACTOS SIN SANGRE

10. TINTA EN LAS VENAS

11. PASITO A PASITO

12. GAFAS A GOLPES

13. Y POR FIN, ELLA

14. DÍAS PRESENTES QUE TRAEN DÍAS PASADOS

15. EL CÍRCULO SE CIERRA

16. UN PLAN CON FISURAS, ¿Y QUÉ?

17. UN POCO PARA TODOS

18. SI ELLA PUDO...

19. DE AMORES, VACACIONES Y TACONES

20. AL AGUA, PATOS

21. LIBROS DESPARRAMADOS

22. DÍAS INTENSOS

23. REINAUGURACIÓN

24. RUTINA SIN RUTINA

25. SENTIMIENTOS CRUZADOS

26. RECUPERANDO EL TRONO

27. SEGUNDAS Y SOÑADAS OPORTUNIDADES

28. CUANDO EL VIENTO SOPLA...

29. LECTURAS PARA TODOS LOS GUSTOS

30. SIN VUELTA ATRÁS

31. AL ASALTO DE LAS CALLES

32. UN ÚLTIMO INTENTO

33. UNA COSECHA DE GRANDES FINALES

34. EN EL ÚLTIMO SEGUNDO

EPÍLOGO

LISTA DE LIBROS INCLUIDOS EN ESTA NOVELA

AGRADECIMIENTOS

Créditos

El Club de las Dos Páginas

Ángeles Doñate



A Mercedes

A todas las hermanas mayores del mundo que un día, antes de tiempo, se quedaron sin las pequeñas. Entre las estrellas, hay un rincón de paz y belleza eterna en el que nos reencontraremos

A mi padre, que me regaló una tierra, la suya, y una vida, la mía
A mi madre, por no dejarse quebrar jamás

A Vicente, Miguel, Álvaro, Stefy. A Paty, Pat y Bea
A Luca, Abril, Belén, Nico y Dylan, porque este es un libro que nace donde lo hacen parte de nuestras raíces

0

UN VISITANTE DEL PASADO

El estruendo se dejó sentir en medio Teruel. Temblaron los edificios modernistas de la plaza del Torico, el acueducto y los restos de la muralla, y la torre de San Martín pareció inclinarse un poco más. Los fundamentos del ayuntamiento vieron nacer una grieta, y los aljibes, cómo el agua hacia olas.

—¿Qué ha pasado?

—¿Ha explotado el gas?

—¡Un sábado a las ocho de la mañana! ¿Cómo pueden hacer obras?

Los vecinos del casco histórico, epicentro del caos, no entendían nada.

Bajaron de sus casas, salieron de los cafés y de las tiendas para arremolinarse en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, que había sido mutilada: uno de sus viejos edificios acababa de ser demolido. Eso sí, de manera controlada, como demostraba el hecho de que decenas de policías locales, ingenieros y peones municipales estuvieran ya allí.

Donde antes se alzaba un bloque de dos plantas con una puerta de madera que imitaba el estilo modernista, un pequeño escaparate y tres ventanas, ahora solo había un montón de ruinas aún humeantes de polvo.

Aquella era una consecuencia más del nuevo plan de urbanismo y rehabilitación del barrio. En un año, allí se levantaría un pequeño bloque de viviendas que, con todas sus comodidades y acabados, sería uno de los más modernos de la ciudad.

La mayoría de los presentes aplaudieron, ignorando lo que aquel local había significado para tantos.

«Nunca llueve a gusto de todos», habría dicho el fantasma de Amelia. ¡Ella había sido tan feliz entre aquellas estrechas paredes!

Los fantasmas de Robe y Clara se habrían dado un beso para recordar los que se dieron allí hacía tantos años ya.

Además, ella lloraría. En lo que ahora era un enorme agujero, había vuelto a la vida y a las letras gracias a Ángel, el fantasma del cual, agarrado del brazo derecho por su Constanza y del izquierdo por Elena, temblaba como una hoja en una noche de tormenta. La librería, su promesa, había sido demolida desde los cimientos.

El fantasma de sor Milagros, mucho más ligero y transparente que el resto, podía entender su dolor, pero a ella, que llevaba muchas más décadas enterrada, le habían desaparecido de la memoria sus galletas de canela y no añoraba nada aquella mañana.

Solo uno entre los vivos que ese día paseaban por la calleja parecía recordar qué había supuesto aquel edificio. En una esquina, apoyado en la pared y cogido a un bastón, un anciano lloraba desconsolado. Se cubría la cabeza con una gorra de paño: bajo ella brillaba el contorno de unas gafas azules.

—Don Tico —le cogió del brazo uno de los peones—, ¿qué le pasa?

De quedarle palabras, le habría explicado que nunca habría deseado cumplir tantos años como para vivir aquello: la desaparición de El Sueño de Constanza, nido de sus ensoñaciones y de los de tantos amigos y escritores. Aquella librería había sido el hogar del

niño que aún pervivía dentro de su corazón solitario y apasionado, que había crecido entre sus estanterías, la paciencia del librero y los miembros del club de lectura más curioso al que había pertenecido jamás.

—El local llevaba años cerrado... ¿Acaso conoció al dueño?

Tico lo entrevió entre las cataratas que se negaba a operarse a sus ochenta años. De haberle quedado fuerzas, le habría contestado que no solo conoció al dueño, sino que se convirtió en un amigo, en una especie de padre, para él y para tantos, un médico del alma, que, de la mano de los clásicos, había despertado la ilusión por las buenas historias durante generaciones. Y que la ciudad, en agradecimiento, le había devuelto el amor y la esperanza cuando ya los creía perdidos.

—Mejor váyase a casa. Arrecia el frío. No vaya a ser que nos dé usted un disgusto —dijo el obrero mientras se dirigía de nuevo al enorme boquete.

Tico cerró los ojos y los abrió unos segundos después, a tiempo para ver cómo, entre las ruinas, se paseaba dubitativo un gato peludo y blanco. Lo hacía lentamente, parándose de cuando en cuando a mirar con sus ojos añil entelados a aquellos humanos inhumanos.

—¡Zhivago! —susurró—. ¿Cómo es posible?... ¡Cuánto tiempo, amigo!

El gato se detuvo sobre un libro destripado, apenas una portada verde con las letras doradas medio borradas donde se leía: «... ast... nak».

El gato alzó la cabeza. Parecía buscar entre el gentío hasta que, de repente, clavó su mirada brillante en la vieja cara de Tico. Maulló largo y tendido mientras todos los fantasmas se le acercaban. También a ellos los miró porque, como bien sabía el anciano, los

gatos oyen y ven más que cualquier humano y Zhivago, el gato de las ocho vidas, aún más.

Un embate del viento los pilló a todos por sorpresa. Se levantaron cascotes y polvo de tal manera que los presentes tuvieron que cerrar los ojos, como hizo Tico.

Cuando el anciano volvió a abrirlos, el gato había desaparecido. A sus pies había un papel arrugado. Tico se agachó para recogerlo y se lo acercó a los ojos:

SE BUSCAN LECTORES DE DOS PÁGINAS PARA FORMAR UN CLUB DE LECTURA

Entonces supo, entre lágrimas ya de felicidad, que el pasado y sus habitantes tenían formas insospechadas de regresar y que, aunque él fuera el último superviviente de aquella maravillosa historia, no estaba, ni estaría jamás solo.

1

El principio de todo

En la calleja de la Estrella de Ocho Puntas nunca pasaba nada.

O, mejor dicho, casi nunca.

Aquella mañana, que había amanecido fresca a pesar de ser primavera avanzada, algo estaba a punto de suceder.

Seis portales y dos locales comerciales vacíos desde tiempos inmemoriales eran testigos del nacimiento de una librería. Para sorpresa de propios y extraños, en pleno siglo XXI abría una librería en Teruel.

La puerta y el escaparate, con un ondulado marco de madera modernista, atraían a los paseantes. En aquella hora temprana, apenas se exhibían siete u ocho libros y una caja de cartón por abrir.

Todo rezumaba estreno.

Empujando la puerta, que no era demasiado pesada, se entraba a un pequeño local de planta cuadrada de color crema con una buhardilla-almacén. Si la traspasara algún curioso, al subir las escaleras de caracol escondidas tras una gran estantería, tropezaría con una cama, una mesa, una butaca, una pequeña cocina y un armario difíciles de explicar en una librería. Todo ordenado y limpio. Incluso excesivamente, podríamos decir: solo una pasta de dientes abierta y un libro caído demostraban que allí había empezado a vivir un ser humano; bastante metódico, eso sí. Un biombo separaba aquel espacio de un pequeño almacén lleno de trastos que nadie

recordaba haber olvidado allá. Un lavabo, casi un escusado, completaba la primera planta de aquel viejo edificio.

Si, por el contrario, el visitante se colocaba en el centro de la planta baja y giraba sobre sí mismo, alcanzaría a ver todos los rincones, como bien sabía sor Milagros, encargada de mantener a raya a los ratones que buscaban sus famosas galletas.

¿Sor Milagros? ¿Galletas? Pero ¿esto no iba de una librería?

Sí, hablamos de una librería que, no hacía tanto, había sido el obrador de las hermanas clarisas, reconocidas reposteras. La muerte de sor Milagros y su receta secreta había dejado a las familias de la ciudad sin uno de sus postres favoritos.

Tras la desaparición de ambas, se cerró el local y, con él, el convento que se erigía apenas a dos manzanas. Desconsoladas, las tres monjas que quedaban fueron trasladadas a una residencia en otra parte de la Península. Y, tras ellas, cual flautistas de Hamelin con toca, se fueron los ratones.

No se había vuelto a ver a ninguno por allí.

Aquel lunes, el silencio del local acunaba unos trescientos libros como mucho, ya en sus estanterías de madera, todos sin clasificar. En un lateral había un mostrador no muy grande con una caja registradora y en una esquina de aquel acogedor escenario, medio escondida, había una pequeña mesa camilla con dos sillas. Sobre la mesita, una cafetera humeaba y una taza esperaba pacientemente a ser levantada.

En la buhardilla habitaba un hombre de mediana edad, pelo canoso y andares tristes al que no parecía importarle mucho vender libros, a pesar de ser el propietario del negocio, para el que el café era bebida casi sagrada.

Se abrió la puerta de la calle y sonó la campanilla con forma de angelito, herencia del obrador de galletas. Ángel, el inquilino recién

instalado, entró con unas madalenas que acaba de comprar. En la infancia de su padre, una infancia de guerra, las madalenas eran símbolo de fiesta.

El alma de Ángel no estaba para muchas alegrías, pero había llegado el momento que esperaba desde hacía semanas. Aquella mañana inauguraba El Sueño de Constanza y, con él, su nueva vida de médico reconvertido en librero.

Todo había ido muy rápido, pensó mientras daba un sorbo a una de las tazas de café. Un año atrás, su corazón había saltado en pedazos: Constanza, el amor de su vida, había muerto por culpa del maldito cáncer. Y él, con todos sus reconocimientos y títulos, no había podido hacer nada.

Miraba las manos de Constanza enferma y entre ellas veía escurrirse la arena de los días de aquella bibliotecaria que, más de treinta años atrás, le había robado el corazón con un simple pestañeo.

A partir de su fallecimiento, todo sucedió muy rápido, a velocidad de crucero. Desarmó una vida en doce meses, una que le había costado más de cincuenta años construir. Cerró su consulta privada en Barcelona y dejó el hospital, se despidió de todos sus amigos y colegas, vendió su casa y... decidió que cumpliría el sueño que la parca le había robado a su esposa: abrir una librería.

Eso era El Sueño de Constanza, una promesa que había hecho hacia el cielo con lágrimas en las noches sin fin que siguieron a la muerte de su amada.

Tomó un tren una mañana de marzo y, con solo un par de maletas, decidió plantarse en la ciudad de sus abuelos. Allí estaba él ahora, añorando la sonrisa interminable de Constanza y empezando a acostumbrarse a los rincones del Teruel que habían visto correr a su padre antes de emigrar a orillas del Mediterráneo.

Recordó en ese instante que la mejor manera de empezar ese día, y todos los días que habían de venir, era tomándose un café con un libro en las manos.

Lo sabía bien porque, si algo era sobre todas las cosas, era un lector apasionado. Los libros le habían salvado la vida una y mil veces. Más que eso, le habían regalado los mejores momentos que recordaba: el primero y más especial, el que le había llevado a tropezarse con los ojos verdes de Constanza en la biblioteca donde ella trabajaba.

Él, un estudiante despistado, había entrado buscando un libro de anatomía. El suyo fue amor a primera vista. Durante los tres meses que duró la conquista, Ángel sacó un libro cada dos días solo para verla, para oír su voz al recomendarle tal o cual título. Con cualquier pregunta se esforzaba por retenerla unos minutos de más a las ocho, cuando los compañeros empezaban a cerrar.

Su historia había sido digna de una novela de amor de las buenas, de las inmortales, pero la enfermedad se la había jugado negándoles un final juntos.

«Ahora quedas tú para seguir escribiendo tu historia. Viaja y llévame contigo. Aprende cosas nuevas y cuéntamelas», le había dicho Constanza en un susurro. Pero él había decidido dejar las hojas en blanco y esperar que el tiempo pasara. No quería escribir ningún capítulo si ella no estaba.

Y, puestos a esperar mientras caían las hojas del calendario, ¿por qué no hacerlo leyendo?

Ángel echó una ojeada a los libros que lo rodeaban y eligió uno de sus favoritos, un volumen con las tapas verdes y las letras doradas. Descansaba en la estantería más grande, la que escondía la escalera que llevaba a su alcoba.

Tras servirse un segundo café, bien cargado, se adentró en las páginas de *Doctor Zhivago* hasta sentir el frío de Moscú en su propia piel.

Ángel era un hombre normal, tan normal que tenía algunas rarezas. Por ejemplo, dar tres vueltas, y solo tres vueltas, con la cucharilla para disolver el azúcar del café. O comprarse cada invierno media docena de calcetines, cada par de un color diferente: su cajón de ropa interior parecía un arcoíris de lana y algodón.

Una de sus rarezas más notorias era leer en voz alta. Empezaba todos los libros a viva voz. Las últimas tres décadas se los había leído a Constanza mientras ella preparaba la cena, cosía, estaba a punto de dormir... o de morir.

«El oído es el último sentido que pierden las personas al fallecer», había aprendido Ángel en la facultad, y se lo repitió aquel último día, y todos los anteriores, a las enfermeras que cuidaban de su mujer durante su agónico final.

Aquella mañana en Teruel, ya no estaban Constanza ni las enfermeras, pero quedaban él y su colega Zhivago, médico y poeta, que trataba de sobrevivir a la dureza de la guerra y a lo imprevisto del amor.

Ángel dio un sorbo a su café. Trató de pensar cuántas veces había leído esa historia: ¿siete, diez? No sabía qué era lo que tanto le atraía de la novela. Nunca había estado en Rusia ni tenía raíces que lo unieran a su cultura. Tampoco había tenido amantes como el protagonista, eso por supuesto, ni más amor que el de su Constanza. No le gustaba beber vodka, no había subido en un trineo de perros, ni había participado en ninguna guerra.

¿Le gustaba quizá porque el protagonista de Pasternak era médico como él? ¿O porque era poeta y a él le encantaba leer poesía?

«El amor no atiende a razones», se dijo a sí mismo, como regañándose por dejar a su parte científica entrometerse en asuntos literarios del corazón.

Tomó aire y comenzó a leer en voz alta, rememorando el entierro de la madre de Zhivago: «El sacerdote, con el ademán de la bendición, arrojó un puñado de tierra sobre Maria Nikoláievna. Se entonó *Por el alma de los justos*». No podía evitar emocionarse cada vez que volvía a imaginar al futuro médico, niño aún, encaramado sobre la tumba de su madre: «(...) se formó un pequeño túmulo. Sobre él se encaramó un niño de diez años...».

Ángel no sabía cuánto tiempo llevaba leyendo cuando el sonido de un libro al caer contra la tarima de madera lo arrancó de las páginas.

Alzó la vista y se tropezó con una masa blanca, enorme, de pelo largo, que ahora ocupaba el espacio de las desventuras de un náufrago.

2

De gatos y niños

—¿Hace mucho que me estás escuchando? —preguntó, sorprendido.

El gato maulló. A Ángel, que no entendía de felinos, y menos aún de su lenguaje, le pareció que lo hacía con cierto desdén. O soberbia. O un poco de ambos.

El animal lanzó un segundo maullido, más largo que el primero, que al librero le sonó a reclamación: «¿Quién te has creído que eres, humano? ¿Por qué paras de leer si no te he dado permiso?», pareció preguntarle. Aunque seguramente quería decirle que esa casa era suya, que llevaba ahí mucho tiempo y él era solo un recién llegado, un intruso que debía marcharse.

—El comercial de la inmobiliaria me habló de ratones cuando esto era un obrador... —murmuró Ángel—. ¿Sabes tú algo de eso?

«Tal vez las monjas se olvidaron a su socio al marcharse», se dijo.

El gato se tumbó sobre una antología de cuentos de los hermanos Grimm y se quedó quieto. Su mirada azul añil siguió los movimientos del librero, que se sirvió una tercera taza de café. Puso un terrón de azúcar y dio las tres vueltas reglamentarias con la cucharita. Golpeó el borde de la taza con esta y la dejó. Se la acercó a los labios y dio un sorbo largo sin quitarle la vista de encima al gato, que movió un par de veces la cola.

—Parece que te está gustando esta historia, ¿no? —le dijo mientras volvía a coger el libro.

Si en ese momento Ángel hubiera mirado al gato en vez de la página dos del libro, se habría dado cuenta de que afirmaba con la cabeza. O no, quizá solo se apartaba alguna mosca del cuello.

En la Rusia de cien años atrás, la tormenta silbaba y ululaba. Una espesa trama blanca caía sobre la tierra, arrojada por el viento. Como decía Pasternak, tan solo la tormenta permanecía en el mundo.

Al final de aquel párrafo le tocó a un dragón encuadernado dar contra el suelo. Ángel interrumpió la lectura. Alzó la vista y allí estaba el gato, girando sobre sí sin encontrar cómo colocarse cómodamente.

—Es que las estanterías no están hechas para seres de carne y hueso —lo amonestó el librero mientras se dirigía despacio al mostrador. De debajo, como por arte de birlibirloque, apareció un cojín granate.

Se lo mostró al gato.

—Quizá te suene. Lo encontré al limpiar el local. Tiene bordada una M...

El gato maulló de nuevo, feliz, y pegó un salto. Se encaramó a la silla vacía y miró insistentemente a Ángel, quien captó el mensaje y puso el cojín sobre el asiento. Luego volvió al suyo para continuar leyendo quién era aquel niño sobre la tumba nevada, que crecería en medio del desorden y de continuos misterios, confiado a menudo a personas extrañas, mientras el gato subía al cojín. Porque, aunque el librero aún no lo supiera, esa había sido, era y sería la silla del minino.

Cuando se hubo acabado el café, Ángel cerró el libro y miró a su compañero de lectura. El enorme felino, con su pelo largo y espeso, lo escuchaba atentamente con las orejas bien tiesas. Le sorprendió la confianza con la que lo hacía: estaba claro que aquel había sido su hogar por mucho tiempo, y que lo había compartido con humanos que lo mimaron. Otra cosa quedaba clara: no tenía miedo a los desconocidos.

«¿Quién soy yo para echarlo de su casa?», pensó.

—Es hora de empezar a trabajar... —murmuró, mientras devolvía el libro a la estantería—, pero antes, ya que vamos a ser socios, tendré que ponerte un nombre para poder dirigirme a ti. —Miró la portada del libro que acababa de dejar—. Te llamaré Zhivago en honor a mi viejo amigo de papel.

El gato se quedó callado. Así que Ángel no pudo saber si le gustaba su nombre o no. Son cosas que pasan cuando tu nuevo amigo y tú habláis idiomas diferentes, pero, aun así, los dos estáis a gusto juntos.

El día se les fue a ambos entre cajas y libros. Ángel se dedicó a ordenar todos los volúmenes en las estanterías y a marcar los precios, luego colgó un par de cuadros con citas literarias y colocó algunas plantas.

Zhivago lo seguía de un lado a otro. Lo revolvía todo y, de vez en cuando, ronroneaba de satisfacción o lanzaba maullidos chillones de desaprobación.

Almorzaron juntos y ambos decidieron echarse una siesta en el local: Ángel subió a la buhardilla y le dejó claro a su amigo de largos bigotes que ese espacio era solo para humanos. Aquella sería la

primera norma para la que se convertiría, aunque ninguno de los dos pudiera adivinarlo ese lunes, en una convivencia larga y agradable.

Airado, el felino se dirigió al escaparate y, con toda dignidad, dio un brinco para colocarse en el centro.

Seguían ahí los mismos volúmenes desperdigados de primera hora de la mañana: un diccionario ilustrado, un par de libros de poesía clásica, tres novelas contemporáneas... Al gato no pareció importarle empujar un par de ellos y tumbarse sobre otro.

El silencio volvía a reinar en el local. Casi se podían oír los pasos de sor Milagros, horneando galletas como había hecho durante más de sesenta años. Pero solo resonaban en los sueños de Zhivago. En aquellos viajes al pasado, el gato admiraba a la monja que espolvoreaba la canela, al igual que observaba, pero con impaciencia, a los ratones que se escapaban con migas entre los huecos de las paredes.

Los sueños del piso de arriba eran algo diferentes. También aparecía una mujer, pero no tenía noventa años ni vestía hábito. Constanza bailando descalza ocupa los sueños del librero. Cae una lluvia fina. Es su primer verano de casados. Están en la casa de los abuelos de su mujer, en un pequeño pueblo del norte. Él estudia para una de las mil oposiciones que ha preparado en su primera vida, encerrado en el salón. Tiene un libro de traumatología en las manos, pero no puede dejar de observar a su amor, que, ajena a él, gira y gira con la cara alzada para recibir la caricia del agua. Sus ojos verdes, inmensos, van de nube en nube, y sus pies apenas parecen rozar la tierra del huerto. La música invisible que la mueve se cuela por la ventana a medio cerrar. Él deja caer el manual médico al suelo y se levanta. Abre la puerta de la casa...

Un sonido metálico se coló en sus sueños. Ángel lo ignoró, aferrándose a esas imágenes de dicha.

Su yo de veintiocho años se descalza para caminar, sintiendo la hierba mojada bajo sus pies.

Esta vez un portazo trató de despertarlo, pero tampoco se dejó.

Constanza alarga los brazos hacia él, que sonríe y sigue acercándose. Siente la caricia del agua en los párpados. Corren las gotas por sus mejillas.

Una voz infantil, ininteligible, se confunde con el ruido de la lluvia sobre los árboles. Una risa que no correspondía a Constanza consiguió, finalmente, sacarlo de su sueño.

Ángel se rindió al presente: el librero puso los pies en el suelo aún medio dormido. Bostezó y se restregó los ojos. Los notaba húmedos como las mejillas. Sueños y vida, vida y sueños se confundían aún en su mente.

Un golpe extraño hizo que se levantara de golpe y bajara las escaleras descalzo. De repente recordó el sonido de la campanilla entre sueños. ¿Cómo había podido olvidarse de cerrar la puerta?, se preguntó.

Tardó en darse cuenta de que dentro del escaparate había un niño de rodillas. Parecía dudar sobre si tocar o no a Zhivago, que no se movía, haciéndose pasar por un peluche cualquiera.

Animal y crío parecían estar midiendo fuerzas.

—Gatito, gatito..., ¿eres de verdad o no? Yo creo que sí, y si es que sí, ¿puedo tocarte sin que me arañes?

Ángel observaba la escena, sorprendido.

Aún le quedaban restos de lágrimas en los ojos.

Constanza y él no habían tenido hijos. A ella le gustaban mucho los niños y por eso se especializó como bibliotecaria infantil. «Voy a aprenderme todos los cuentos del mundo para contárselos a nuestros pequeños», le prometió a Ángel cuando se casaron. Siguió con aquella ilusión incluso cuando los médicos les dijeron que sería

difícil que fueran padres. Solo cuando cumplió cuarenta dejó de decirlo. La madrugada de aquel cumpleaños, la descubrió llenando cajas con todos los libros que había ido comprando a lo largo de los años: de *Caperucita* a *ElMonstruo de las Emociones*, desde fábulas de animales hasta cuentos africanos acabaron en una casa de acogida para que los niños y las niñas que allí vivían los disfrutaran. Hasta el día de su muerte, cada sábado Constanza desaparecía un par de horas: iba a leer para los pequeños. Siempre fue un espacio propio, Ángel jamás la acompañó. Así era ella: «A veces hay que buscar atajos para ver de lejos la felicidad que esperabas», le dijo una vez al regresar.

En medio de aquellos recuerdos, Ángel despertó al notar una mano pequeña sobre el brazo.

—¿Es suyo el gato?

El niño tenía el pelo castaño y unas gafas redondas de pasta azul ocupaban gran parte de su cara, dándole un aire de intelectual que no encajaba con su edad.

—No —contestó de manera automática.

—¿Y la librería?

—La librería sí.

El niño miró a Zhivago, que observaba la escena acicalándose con parsimonia tras la siesta.

—Pues siento decirle que se le ha colado un gato en el escaparate, uno muy gordo. No parece peligroso, la verdad, pero si quiere, le ayudo a averiguarlo.

Ángel se preguntó si aquel sería su primer cliente humano. No tenía pinta de querer comprar ningún libro. Barajó la idea de regalarle uno, por ser la primera persona que cruzaba la puerta de su negocio.

—No se ha colado. Esta era su casa, o eso creo, antes de que yo llegara.

—Quizá fuera de las monjas... —dedujo el niño en voz alta.

—Los gatos no son de nadie, ¿no sabías tú eso?

Zhivago abandonó el escaparate para acercarse al joven visitante.

—Nunca he tenido un amigo gato —remarcó el niño.

—Creo que estás a punto de tener uno —le dijo Ángel mientras el minino se restregaba entre las piernas del niño—. Te presento a Zhivago.

—Hola, Zhivago, soy Tico. Tengo diez años y soy tu vecino.

Dicho esto, se sentó en el suelo y se puso a acariciar al gato que, complacido, ronroneaba.

A Ángel no dejaba de sorprenderle como, a veces, las grandes amistades se forjan en un segundo. Porque estaba seguro de que entre aquel niño de gafas y el gato literario estaba naciendo una amistad.

—Tico es un nombre curioso...

—Mi abuelo se llamaba Vicente y mi padre también. Y como yo era el pequeño, empezaron a llamarme Vicentico, hasta que mi madre dijo que era un nombre muy largo para alguien tan bajito.

El niño abrió su mochila y sacó un bocadillo. Zhivago giró la cabeza para olfatear el aire. Descartando la Nutella como algo apetitoso, se acomodó junto al niño y cerró los ojos.

Mientras Tico paseaba la mirada por la librería, un trozo enorme de pan desapareció en su boca como si tal cosa.

—¿Te gusta leer? ¿Quieres un libro? —le preguntó Ángel.

—No llevo dinero.

—Eso no es un problema en El Sueño de Constanza.

—¡Qué librería más rara! —murmuró antes de morder otra vez el bocadillo—. Tampoco suelo leer mucho y esos tochos tan grandes...

¡me echan para atrás!

—Eso tampoco es un problema aquí.

Tico hizo una bola con el papel de plata y se la lanzó a Zhivago, que saltó para correr tras ella. El sol de la tarde la hacía brillar sobre el suelo de madera.

—Es que soy más de mirar dibujos... —Se encogió de hombros—. ¿Tienes cómics? —Ángel negó con la cabeza—. ¡Leer me aburre! —añadió Tico, por si no hubiera quedado claro.

—¿Y que te lean? —le preguntó el librero de repente.

El niño se quedó pensativo. Ángel aprovechó para dirigirse a la estantería del fondo: sabía perfectamente qué buscaba.

—Pues la verdad es que no sé... Nunca me han leído cuando me voy a la cama. Mi mamá es enfermera y trabaja muchas noches.

—¿Y tu papá? —le preguntó, tras dejar el libro sobre la mesita mientras subía a buscar una tercera silla a la buhardilla.

—Supongo que les lee a sus otros hijos, los nuevos, allá en Suecia.

La voz del niño se le clavó a Ángel en el corazón, pero, lejos de dolerle, le reafirmó en su decisión.

Colocó la nueva silla junto a la suya y la de Zhivago, quien, como si supiera lo que iba a pasar, se había sentado ya sobre su cojín.

Empezó a leer: *El jardín secreto*, Frances Hodgson Burnett.

Capítulo 1
No ha quedado nadie

Cuando Mary Lennox se fue a vivir con su tío a Misselthwaite Manor, todos decían que era una niña de aspecto muy desagradable; y era cierto. En su cara delgada se reflejaba una expresión amarga. Su cuerpo era flaco y pequeño; su pelo, de color amarillo, era fino y escaso; su rostro era también pálido, quizá porque había nacido en la India, en donde, por una razón u otra, enfermaba continuamente. Su padre había sido empleado del Gobierno inglés y sus obligaciones eran innumerables. Su madre, una mujer de gran belleza, solo se

preocupaba de asistir a las más alegres fiestas. Ella no quería tener una niña; por eso, cuando Mary nació, la entregó al cuidado de un aya a quien dio a entender que, para servir bien a la *memsahib*, debía mantenerla alejada de su presencia.

Tico escuchaba atentamente, con los codos sobre las rodillas y la mirada fija en las manos de Ángel, que disfrutaba leyendo en voz alta uno de sus libros favoritos. A él se lo había leído su padre, aquel médico apasionado que había muerto hacía unos años tras una vida feliz. Don Ramón había hecho el viaje de su hijo, pero a la inversa. Nacido en Teruel en uno de los fríos inviernos de la guerra, con solo dieciocho años había montado en un tren que lo llevaría bien lejos a buscarse un futuro que le resultaba esquivo en la ciudad de sus antepasados. La suya había sido una vocación tardía: ya casado y padre de familia, en Barcelona se puso a estudiar Medicina mientras trabajaba en una fábrica. A curso por año, con apenas cuarenta empezó a ejercer de médico con dedicación y sin arrepentirse jamás.

Esa mañana parecía haber algo misterioso en el aire y nada era como de costumbre.

Varios empleados habían desaparecido y aquellos a quienes Mary divisó se escabullían o corrían con caras cenicientas y asustadas. Pero nadie dijo nada a la niña acerca de lo que sucedía y tampoco su aya fue a verla. A medida que avanzaba la mañana, Mary se sentía cada vez más sola; se dirigió al jardín y comenzó a jugar bajo un árbol cerca de la casa.

Ángel siguió leyendo pausadamente mientras de reojo vigilaba a su escaso público, que, contra todo pronóstico, permanecía atento.

(...) por fin, Mary comprendió el misterio de la mañana. Se había declarado una violenta epidemia de cólera y las personas morían por cientos. El aya se había indispuesto durante la noche y su muerte fue la causa del lamento de los sirvientes. Antes de finalizar el día, fallecieron otros empleados, y los que aún quedaban vivos huyeron presas del terror. El pánico se extendió por la ciudad (...). En medio de la confusión y el desconcierto del día siguiente, Mary se escondió en su habitación. Como nadie se acordó de ella, quedó en la más completa ignorancia de los graves sucesos que ocurrían en la casa.

—Pobre... —susurró Tico, acariciando a Zhivago entre las orejas, como si tratara de darle ánimos.

> Se recostó y por largas horas durmió profundamente sin saber lo que pasaba a su alrededor.
>
> Cuando despertó, se quedó tendida mirando hacia la pared. El silencio era absoluto.
>
> (...) Se preguntó entonces quién cuidaría de ella ahora que su aya había muerto. Probablemente le buscarían otra. No lloró, pues no era una niña afectiva y jamás se preocupaba de los demás. Pero estaba asustada y también resentida porque nadie se acordaba de su existencia. Sin embargo, pensaba, si habían mejorado, seguramente alguien la recordaría y volvería a buscarla.
>
> Pero no llegó nadie y mientras seguía tendida en su cama, la casa parecía cada vez más silenciosa. Repentinamente escuchó algo que se arrastraba bajo la estera. Se dio la vuelta y vio deslizarse una pequeña serpiente que la observaba.

Ángel cerró el libro.

—¿Y?

—Sigue tú —le propuso al niño alargándole el precioso volumen de tapas azules serigrafiadas—. Te he leído las dos primeras páginas, pero ¡tiene muchas más!

—No tengo dinero, te he dicho...

—Y no te lo estoy vendiendo, te lo estoy dejando.

Tico agarró el libro con cierta aprensión.

—Repito que no me gusta leer.

—Pero ¿no quieres saber qué va a pasarle a Mary?

—Quiero saber si le pica la serpiente. ¡A mí me dan mucho miedo! En una excursión, el verano pasado, vi una y...

—Tendrás que seguir leyendo para saberlo —insistió Ángel, quien se levantó para dirigirse al mostrador para atender, ¡por fin!, a un primer cliente.

Quince minutos después, y tras vender un ejemplar de *El conde de Montecristo* y envolverlo para regalo, volvió con Tico, que se había puesto a escribir en una libreta, tumbado en el suelo.

—El profe nos ha pedido que hagamos un resumen del libro que estamos leyendo —dijo pícaro.

—¿No te parece que es un poco trampa?

—Yo no hago trampas. Solo me adelanto —dijo, muy serio, señalando su mochila, que se había tragado el ejemplar verde de *El jardín secreto*.

Otro cliente entró en la tienda, esta vez con un chihuahua.

En cuestión de segundos, ¡la tercera guerra mundial estalló en El Sueño de Constanza! A Zhivago el nuevo visitante no le hacía ni pizca de gracia y se lo demostró con un zarpazo que tomó a dueña y mascota por sorpresa.

El perrito empezó a ladrar y, tras soltarse de la correa, salió tras el gato, que trepó de un brinco a una estantería. Victor Hugo y Mary Shelley cayeron el uno sobre el otro al suelo. Los siguió Agatha Christie, quien recibió sobre su lomo a Cervantes.

Cuando Ángel consiguió atrapar a Zhivago, la clienta y su chihuahua ya se habían ido, indignados, sin comprar.

—Entonces, Tico, ¿te llevas *El jardín secreto*? —preguntó el librero mientras buscaba al niño con la mirada.

Aparte de Zhivago, no había nadie para responderle.

Sobre la mesa del café había un papel mal recortado con una nota:

Lo *debolberé*. Lo prometo
(no prometo leerlo todo, ¿eh?)

TICO

pd1. se *a* hecho tarde
pd2. mi madre me mata
pd3. lees bien
pd4. *bye*
pd5. dale una latita a *Zibajo*, tiene hambre

3

NUNCA ES TARDE SI LA DICHA ES BUENA

—¿Me venderías un libro?

Ángel sonrió.

—Ese es mi oficio. Si no lo hiciera, sería un oxímoron.

—¿Perdón? ¿Un qué?

El flequillo entre azul y violeta de la anciana parecía levantarse mientras sus manos, más arrugadas que su sonrisa temblorosa, estrujaban un papel con fuerza.

—Que por supuesto, encantado. ¿Alguno en concreto?

La mujer asintió y le alargó el papel. El librero lo alisó sobre el mostrador; le sorprendió la letra de trazos infantiles.

—¿Es para su nieto? —Ella negó despacio—. ¿Para algún amigo suyo? —insistió mientras se dirigía hacia el fondo de la librería.

Desde que Tico lo había visitado dos días atrás, solo había hablado con tres clientes y un aspirante que al final no se llevó nada. Vivir y trabajar en el mismo espacio ya tenía eso: casi no hacía falta salir a la calle y uno se cruzaba con poca gente.

Aun así, Ángel sabía que no podía postergar eternamente reconocer su ciudad de acogida. Durante su infancia había pasado algunos veranos con sus abuelos. Su padre tenía cada vez más trabajo en la consulta, y su madre se puso a ayudarlo como recepcionista, practicante o lo que hiciera falta. Como a buen hijo

único de padres muy ocupados, en cuanto las vacaciones enseñaban la patita, lo llevaban a Teruel.

Aquellos días eran para él un recuerdo borroso, como si la calima de la memoria los hubiera desdibujado o convertido en un espejismo. En su mente, una columna muy alta con la estatua del torico se confundía con un mercado y una calle empedrada que pasaba bajo un arco, una torre torcida con una casa azul celeste...

Se dijo que tenía que salir, como buen detective del pasado, a rastrear todas esas pistas. Si de verdad había decidido vivir en esa ciudad, debía hacerse con ella palmo a palmo. Lo acometería en su momento. Aquellos primeros días, Constanza y él se encontraban bien en aquella guarida, pasando ratos juntos, aunque solo fuera en la cabeza y el corazón del librero.

—¿Se encuentra bien, joven?

Un susurro lo devolvió a la realidad.

—Disculpe, sí, tengo este libro —respondió mientras se agachaba tras el mostrador.

Recordó que era uno de los ejemplares que le había llegado con una pequeña tara, por eso lo había apartado de la vista de los clientes.

Se lo ofreció a la mujer, que lo miraba sin atreverse a cogerlo. Ángel lo dejó finalmente sobre el mostrador.

—*El mago de Oz*, de Frank L. Baum —leyó lentamente la mujer, resiguiendo el título con un dedo—. Es para mí —añadió con cierto orgullo.

—Pues siento decirle que este ejemplar está un poco estropeado.

—Como yo —murmuró ella, hablando para sí misma—. ¿No tiene una versión más corta o con dibujos?

Ángel pensó que ya eran dos los visitantes que, separados por al menos seis décadas de vida, preferían libros con «estampitas»,

como decía don Ramón.

—Solo vendo libros originales. Pero entenderé que no lo quiera, en ese estado...

—¡No! Ya me gusta así. Le da personalidad. Es que estoy aprendiendo a leer, ¿sabe? Le he pedido a mi profesor que me recomiende un libro para practicar en casa y me ha dicho este, pero...

—Es una historia preciosa —comentó Ángel.

—Y larga. Quizá demasiado para mí. ¡Será mi primer libro!

—¡Qué suerte! —la interpeló el librero—. ¿Por qué no lo empezamos juntos?

«Si funcionó con el niño, ¿por qué no con ella?», pensó.

—¿Juntos?

—Sí, ¿ve aquella mesita con unas sillas y una cafetera? Podemos sentarnos y leer juntos en voz alta las dos primeras páginas.

La mujer miró el reloj y el carrito lila de la compra que la acompañaba. El librero intuyó por las arrugas en la frente de la mujer que hacía cálculos con el tiempo que necesitaba para terminar los encargos y preparar la cena, y el que podía invertir en esa lectura.

Finalmente asintió.

—Si vamos a pasar un rato juntos, lo primero es presentarnos, ¿no cree? —dijo alargando la mano—. Soy Amelia. ¡Encantada!

—Tiene usted un nombre precioso. Yo me llamo Ángel.

En ese instante, como si lo hubiera convocado al pensar en él unos segundos antes, se abrió la puerta y entró el niño de gafas azules.

—Sírvase una tacita de café, que ahora le acompaño. Es descafeinado.

Mientras Amelia seguía sus indicaciones, la nariz respingona y los dedos sucios de tinta de su primer amigo ocupaban ahora el mostrador. Esta vez, además de su mochila, lo acompañaba una mujer de algo más de treinta y cinco años que llevaba las mismas gafas, pero en rojo.

«Debía de haber un dos por uno en la óptica», se dijo Ángel mientras miraba a madre e hijo.

—Buenas tardes, señor librero.

—Ángel, ¿te acuerdas?

—Es que mi madre dice que a las personas mayores les llame señor... —dijo señalando a la mujer.

Ella lucía cansada. Llevaba una mochila del mismo modelo que la de su hijo. Parecían un dúo cómico.

—¿Dónde está Zhivago? —preguntó Tico.

Como por arte de magia, al oír su nombre, el gato hizo su aparición.

De un brinco se subió al mostrador, pero, precavido, se quedó en la otra punta. Había una humana adulta que no conocía y prefería esperar a ver cómo se comportaba.

—Soy Berta —estrechó la mano de Ángel— y, efectivamente, soy la madre del niño aquí presente. Disculpa que llegue así... Tico lleva dos días hablando de su nuevo amigo.

Ángel bajó la mirada hacia aquel niño que, en una sola tarde, se había ganado su aprecio.

—Gracias, Tico —murmuró ruborizado. Berta lo miró un poco azorada, a la vez que señalaba al gato—. Ah, claro... —Suspiró Ángel —. Se refería a Zhivago.

—También me explicó que le dejaste un libro para que pudiera hacer un resumen, así que quería conoceros: un gato con nombre de médico y un médico que hace de librero. ¡Interesante! Aquí

tienes tu libro y siento las molestias —añadió al sacar el ejemplar de tapas azules de la mochila.

—Por favor —la detuvo Ángel—, hemos hecho un pacto entre caballeros. Le he dejado el libro para que se anime a leerlo; guárdalo unos días... Fue un placer tener a tu hijo aquí, tanto para Zhivago como para mí.

—Interesante —repitió.

—¿El qué?

—Que tengas tan claro lo que piensa tu gato.

Ángel la miró desconcertado.

Tras una breve conversación, llegaron a un acuerdo. Los horarios de Berta eran difíciles. Los días que le tocase guardia de tarde, Tico haría los deberes en la librería. Y, a pesar de las insistentes negativas de Ángel, a cambio el niño asumiría ciertas responsabilidades en el negocio: cepillar al gato era la primera de ellas.

Cuando madre e hijo salieron, Ángel volvió con Amelia, que aguardaba sentada en la silla de Zhivago. Este, lejos de increparla, esperaba tranquilo a sus pies, hinchados y amoratados, eso sí, sin dejar de mirarla.

«Este gato parece saberlo todo», se dijo el librero. La mujer estaba cansada, pero de esa fatiga que se arrastra de toda una vida, de la suma constante de trabajos y días. Aun así, sus ojos pizpiretos, su cabello azul y su determinación parecían contradecir aquella historia. Ángel pensó que le gustaría descubrir los secretos que la anciana escondía.

—¿Quiere más café?

—No, gracias —respondió amablemente.

—Entonces, le iré a buscar una silla a la buhardilla.

Amelia lo miró sorprendida: ya estaba sentada en una y, por si fuera poco, quedaba otra libre en aquel círculo alrededor de la mesita y la cafetera.

Zhivago dio un maullido cariñoso y suave.

—¡Vaya por Dios! No me digas que esta es la silla del gato...

—Es de Zhivago

—¿Quién?

—El gato se llama Zhivago.

Amelia ladeó la cabeza mientras se mordía la lengua: tenía una opinión sobre eso, pero no iba a darla.

A los cinco minutos, una anciana de pelo azul, un librero principiante y un gato con mucho pelo se embarcaban en una aventura increíble.

La voz de Ángel, en su lectura de las dos primeras páginas de *El mago de Oz*, tenía seducidos a la humana, al felino y, en caso de que los hubiera, a los fantasmas de El Sueño de Constanza.

Capítulo 1
El ciclón

Dorothy vivía en medio de las extensas praderas de Kansas, con su tío Henry, que era granjero, y su tía Em, la esposa de este. La casa que los albergaba era pequeña, pues la madera necesaria para su construcción debió ser transportada en carretas desde muy lejos. Constaba de cuatro paredes, piso y techo, lo cual formaba una habitación, y en ella había una cocina algo herrumbrada, un mueble para los platos, una mesa, tres o cuatro sillas y las camas. El tío Henry y la tía Em tenían una cama grande situada en un rincón, y Dorothy ocupaba una pequeñita en otro rincón.

No había altillo ni tampoco sótano, salvo un hueco cavado en el piso, y al que llamaban refugio para ciclones, donde la familia podía cobijarse en caso de que se descargara un huracán lo bastante fuerte como para barrer con cualquier edificio que hallara en su camino.

—Uy, conozco esos vientos... —dijo Amelia.

—Pero en España no hay tornados —replicó el librero.

—En tu España no sé, pero en mi pueblo, ¡lo sabré yo!

—¿No eres de Teruel?

—Seguramente ya se puede decir que lo soy. Llegué con catorce años para servir como lavandera, aquí me casé y he parido a mi hijo. Cuando nos jubilamos, decidimos seguir en la ciudad. Y voy a cumplir ochenta. Si el hombre es de donde pace, pues de aquí soy.

—¿Y tu pueblo?

—Mi pueblo era tan pequeño que no salía ni en el mapa.

—¿Y ahora?

—Ahora ni existe.

—¿Se fueron todos? —preguntó Ángel con asombro.

—Llegó el pantano.

Amelia le contó que cuando se supo que el pueblo iba a quedar sumergido bajo las aguas, tuvo que ir a vaciar la casa que había sido de su familia durante generaciones. Recogió lo que pudo, puso flores en el cementerio a la tumba de sus antepasados y paseó por sus calles por última vez.

El agua entró en tromba e inundó su memoria. Ahora, le explicó con los ojos vidriosos, una vez al año se acerca con sus hijos hasta una de las orillas del pantano: echan unas flores e incluso alguna carta con la ilusión de que puedan leerla allá abajo.

Tras escuchar su relato, Ángel decidió, impresionado, que lo mejor era seguir leyendo antes de que una tristeza inesperada lo tiñera todo. «Los libros son también flotadores para el mar de los recuerdos», se dijo.

> Cuando Dorothy se detenía en el vano de la puerta y miraba a su alrededor, no podía ver otra cosa que la gran pradera que los rodeaba. Ni un árbol ni una casa se destacaba en la inmensa llanura que se extendía en todas direcciones y que parecía juntarse con el cielo.

Ángel no pudo continuar la lectura porque Amelia volvió a interrumpirlo.

—¡Así no era mi pueblo!

—¿Ah, no? —preguntó divertido.

—No. Teníamos árboles y rocas.

Dicho esto, cerró los ojos y le hizo una señal a Ángel para que siguiera.

> Cuando la tía Em fue a vivir allí, era una mujer joven y bonita; pero el sol y los vientos también la habían cambiado, robando el brillo de sus ojos, que quedaron de un gris plomizo, y borrando el rubor de sus labios y mejillas, que poco a poco fueron adquiriendo la misma tonalidad imperante en el lugar.

Un suspiro escapó por el aire sin que el librero pudiera adivinar si pertenecía a Zhivago, que como siempre lo escuchaba atentamente, o a la anciana.

> Cuando Dorothy quedó huérfana y fue a vivir con ella, la tía Em solía sobresaltarse tanto de sus risas que lanzaba un grito y se llevaba la mano al corazón cada vez que llegaba a sus oídos la voz de la pequeña, y todavía miraba a su sobrina con expresión de extrañeza, preguntándose qué era lo que le hacía reír.

Un ruido contra la tarima desconcentró del todo a Ángel, que levantó la mirada y se encontró a Amelia con los ojos muy abiertos. La taza se le había caído de las manos.

—¿Te encuentras bien?

—Este libro habla de mí... —murmuró la anciana.

—¿De ti?

Justo entonces sonó la campanilla, pero ninguno de los dos pareció oírla. Solo Zhivago alzó las orejas.

—Sí, de mí. Yo también fui huérfana, me crio mi tía y...

—Mira —le contestó, paciente, el librero, entregándole el libro en edición de bolsillo—, *El mago de Oz* cuenta la historia de...

—Un león cobarde, un hombre de hojalata que sueña con tener un corazón y un espantapájaros que quiere un cerebro. —La voz de Tico cortó la explicación de Ángel—. ¡Es un libro muy tonto y para niños! Vi la película cuando tenía cinco o seis años. —A través de sus gafas azules, una mirada inquisidora se escapó de aquella pequeña cabeza para mirar a Amelia—. ¿No eres un poco mayor para leer cuentos?

Ángel se levantó para frenar a Tico, que ya estaba a punto de quitarle el libro de las manos a la anciana.

—Amelia, te presento a Tico.

Ella movió la cabeza, un poco contrariada.

—Vengo aquí a hacer los deberes —anunció hinchando el pecho—. A mí, leer no me interesa.

—¡A mí sí! —respondió, orgullosa, Amelia—. Aprendí el año pasado y este será mi primer libro. —Se levantó y le dijo a Ángel—. Me lo llevo.

Los ojos de Tico se abrieron tanto que el librero creyó que estallarían los cristales de las gafas mientras los dos adultos se dirigían al mostrador.

El librero envolvió el libro y se lo cobró.

Un maullido largo y feliz de Zhivago los obligó a todos a girarse. El gato, al que esos humanos olvidadizos habían dejado atrás, los observaba desde lo alto de la mesita del café y movía la cola.

—Zhivago te felicita por la compra —dijo Tico.

Amelia y Ángel miraron al gato, que, indiferente, se había puesto a lamerse el pelaje. El librero se dirigió entonces a Tico y le preguntó:

—¿Qué querías?

El niño le alargó al librero un billete de veinte euros y declaró:

—Mi madre dice que, si vamos a establecer una larga relación, prefiere las cuentas claras. Que nos cobres *El jardín secreto.* Esto es

una librería, no una biblioteca —añadió con cierto retintín.

—¿Lo vas a leer? —preguntó el librero, algo sorprendido porque apenas una hora antes creía haber dejado claro el pacto.

—Ella, sí. Yo, ya veremos...

Ángel se encogió de hombros: más valía una lectora que ninguna. Estaba claro que la musa de los libros movía sus hilos: quizá esa historia no estaba destinada a ser leída por aquel niño avispado, sino por su madre en las largas horas de guardia.

Tomó el dinero y le dio el cambio. Tuvo la intuición de que, en algún momento, ya encontraría la manera de devolvérselo.

El niño salió corriendo como si lo llevara el diablo y sin despedirse.

Cinco minutos después, era una mujer con el pelo violeta quien se perdía por las calles estrechas de la vieja judería. Caminaba casi tan ligera como cuando tenía apenas veintidós o veintitrés años, era domingo, salía de misa del brazo de su joven marido y llevaba en la mano una rosa que él había comprado. Aquella flor, bella y especial, hoy se había convertido en un libro. Ambos eran promesa de ratos felices.

4

Cosas sin más

Ángel se despertó. Aunque sería más correcto decir: Zhivago despertó a Ángel.

La operación «asalto al librero» se inició con un aterrizaje casi perfecto sobre su cama: el gato no había perdido su agilidad a pesar de que ya había pasado los diez años, o quién sabía si los quince. Inspiró con orgullo tras realizar el salto. Poco a poco se acercó a la colina de ropa y carne que quería tomar: primero, fueron las cuatro patas sobre la tripa y el posterior masaje. Cuando el felino consideró que el librero estaba lo bastante blandito, se tumbó y se hizo una bola.

Entonces llegó el calor y el peso que entorpecían la respiración del humano. Ángel empezó a moverse incómodo, pero Zhivago lo ignoró. Cerró los ojos y se dispuso a seguir descansando. Había pasado la noche en el escaparate, entre un par de guías de viaje, tres novelas de terror y un libro de haikus. Estaban puestos con tan poca gracia que no le había resultado difícil apartarlos para hacerse un hueco.

Sin embargo, hacia las siete de la mañana, el sol se había colado por la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas y, sin pudor, en cuestión de minutos, empezó a jugar en el vidrio del escaparate de El Sueño de Constanza.

Zhivago no tenía demasiada paciencia, así que, sin valorar siquiera la reacción de su nuevo humano, se encaminó hacia las escaleras que tantas veces había subido acompañando a sor Milagros. En la buhardilla, la monja guardaba algunos moldes viejos, la harina sobrante, cajas vacías para las futuras galletas, y una pequeña hamaca en la que echarse una siestecita de vez en cuando. También guardaba algo más, pero un gato fiel como Zhivago no pensaba maullarlo nunca: en un tablón algo suelto del suelo se escondía una pequeña botella de rompope, solo para casos de emergencia.

El felino cerró los ojos: por fin estaba ahí, ronroneando y dispuesto a seguir soñando con restos de chocolate cuando Ángel estornudó. Zhivago levantó una oreja, pero volvió a bajarla al ver que no sucedía nada. Estaba preparándose para dormir de nuevo cuando otro estornudo humano lo sobresaltó.

Sus bigotes se tensaron, ¿le habría tocado en suerte una persona alérgica? Abrió los ojos justo cuando sintió que el librero apartaba su cola.

—¡Esto es el colmo! Me has metido tu cola peluda en la nariz... ¿Tú y yo no habíamos acordado que la buhardilla era mía? ¡Las escaleras son una frontera!

Zhivago se incorporó: así no había quien descansara. De haber podido, le habría dicho a Ángel que no tenía buen despertar y que eso no favorecía la convivencia. Y, por supuesto, hubiera añadido, él nunca había aceptado no subir a la buhardilla. ¡Menudo plan disparatado! ¿Quién marca fronteras a un gato? Hasta los más tontos saben que son animales libres y salvajes.

El librero alargó el brazo sin levantarse. Cogió el despertador para descubrir que ya eran las ocho pasadas.

—¡Demasiado temprano para mi día libre! Muchas horas por ocupar... No hacía falta empezar tan pronto —murmuró

levantándose, sabedor de que sería incapaz de volverse a dormir.

Se desperezó recordando sus tiempos de guardias en un gran hospital de Barcelona. Constanza y él querían comprarse un piso. «No quiero tener niños que vayan de mudanza en mudanza, dando tumbos». Esa había sido su infancia: jamás había pasado más de cuatro años en la misma casa, siguiendo a un padre diplomático. Por eso se había jurado que cuando tuviera sus propios hijos, marcaría en las paredes sus alturas y plantaría un árbol en el patio que regarían juntos. Así que a Ángel no le quedó más remedio que hacer todas las horas extras, además del trabajo de su esposa, para comprarse ese hogar con patio. Lograron tener una casa con jardín..., pero los hijos nunca llegaron y Constanza se cansó de plantar árboles sola.

Mientras recordaba aquella vida que ahora quedaba tan lejos, Ángel se duchó, arregló su pequeña habitación y, para hacer avanzar las manecillas del reloj, decidió explorar qué había al otro lado del biombo antes de desayunar.

En aquel reino olvidado, tropezó con una manga pastelera abandonada en una estantería, cinco sillas más como las que había bajado, una batidora que había vivido tiempos mejores, un montón de viejas revistas de cocina y mucho polvo acumulado. Contra la pared, un armario lleno de trastos que vació y limpió para colocar los pocos objetos que había llevado consigo de su primera vida.

Se armó con un trapo, escoba y fregona mientras Zhivago desaparecía escaleras abajo, como si temiera ser requerido para trabajar.

Eran casi las once cuando hubo adecentado aquel espacio sin haber tomado ni un café. Se miró las manos: estaban negras. Había puesto allí la pequeña nevera que había comprado.

Decidió volverse a lavar y salir a por pan.

Los últimos retazos de recuerdos parecían esperarlo entre los adoquines de la acera, escondidos tras la solitaria farola o en el escaparate de la frutería Vázquez, el único comercio abierto, aparte del suyo, en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Era difícil escaparse de ellos, así que se rindió y les permitió acompañarlo.

Decidió pararse a comprar unas manzanas.

—Librero, ¿sabes qué dicen los ingleses? Una manzana al día mantiene al médico lejos —le dijo el anciano vendedor, que regentaba el negocio desde tiempos inmemoriales con su mujer.

Ambos habían visto pasar la vida sin moverse casi de la calleja: abrían antes de las ocho de la mañana, fuera invierno o verano, y no se marchaban hasta pasadas las nueve de la noche.

Al oír aquel comentario, Ángel sonrió. Él se lo había repetido tantas veces a sus pacientes más jóvenes que Constanza le había regalado una camiseta con aquella frase escrita en inglés. «¿Por dónde andaría?», se preguntó mientras pagaba sus seis Golden y se despedía del hombre.

Camino de la panadería, se dijo que cuando decidió dar un golpe de timón a su vida, todo había ido muy rápido: salvó lo que cabía en dos maletas y una mochila, y acomodó lo que pudo en tres cajas que se quedaron en el sótano de un colega. «Volveré a por ellas cuando esté asentado», le había prometido sin mucha fuerza. Contrató una empresa de las que vacían pisos y se desentendió del resto de sus cosas.

Aquel lunes por la mañana, mientras esperaba su turno para comprar una barra de pan, la culpa le mordió el estómago. Sintió como si el torico que presidía la plaza, subido en una columna sobre una fuente, lo reprobara con la mirada.

¿Cómo había podido huir de aquella manera? Porque Ángel no podía engañarse con eufemismos: no había llegado a Teruel en

busca de nuevas oportunidades, de golpes de timón, de sueños... Aquello iba de huir, de esconderse, de rendirse. Había dejado atrás una estela de objetos de recuerdo doloroso: desde la camiseta con la manzana hasta todos sus libros de medicina, la entrada de su primera tarde de cine juntos, las instantáneas del fotomatón del metro la noche de carnaval en la que le pidió que se fueran a vivir juntos, la vajilla regalo de boda de sus suegros, los cuadros que Constanza había pintado durante su enfermedad, su taza favorita de los domingos bajo el edredón en el que se escondían en invierno para amarse lentamente, los imanes comprados en cada viaje o congreso por todo el mundo... Hasta el vestido que llevaba su esposa el día en que le dijeron que el tratamiento no había funcionado.

Todo había quedado flotando tras él. ¿En qué almacén dormirían esas reliquias? ¿O quizá ya había otra familia comiendo en sus platos?

En medio de aquellos pensamientos, pagó distraídamente su *baguette* y decidió darse una vuelta por el parque de la Glorieta, aprovechando que los lunes no abría la librería hasta la tarde.

Se sentó y empezó a mordisquear la barra de pan, a la vez que saboreaba los recuerdos de sus más de veinticinco años casado con Constanza.

Ella había sido su primer y único amor. Desde que se conocieron en la biblioteca, el joven médico se había diagnosticado mal de amores: su corazón latía a toda velocidad cuando la veía, las pulsaciones se le disparaban y empezaba a sudar. En las primeras citas, si ella lo rozaba, un escalofrío le recorría el cuerpo y le quemaba aquel trozo de piel de la mano, de la cara, del cuello...

Su noviazgo fue corto porque ninguno de los dos supo cómo hacerlo largo.

—No me puedo imaginar una vida sin ti —le había dicho, emocionado, frente al Mediterráneo.

Era el segundo verano que pasaban juntos pero parecía que llevaran haciéndolo toda una vida.

—¿No te imaginas una vida sin mí? ¡A mí me pasa lo mismo! —exclamó riendo—. ¿Y qué hacemos para ponerle remedio a eso, doctor?

Ángel fue consciente de que en ese momento, que iba a recordar por siempre, su vida estaba a punto de dar un giro. Tembloroso, vio como Constanza se arrodillaba ante él.

—A mí solo se me ocurre que nos casemos y pasemos la cuarentena de semejante enfermedad juntos... —sonrió repensándose lo que había dicho—, aunque la verdad, espero que no se nos pase nunca y la cuarentena sea de años.

Ángel se arrodilló frente a ella: la besó, primero tiernamente, después con pasión.

Se casaron tres meses después en una boda íntima, con algunos compañeros médicos, dos empleadas de la biblioteca y las familias de ambos. ¡La belleza de Constanza, de blanco y caminando por el pasillo, aún le dolía en las pupilas!

Con la vista perdida en los columpios vacíos del parque, Ángel se oyó a sí mismo susurrar, como si no quisiera asustar a las palomas que trataban de hacerse con las migas que se le caían.

—No sé vivir sin ti, Constanza...

Por eso había huido hacia delante. O hacia atrás, según como se mirara. En uno de los amaneceres estériles que siguieron a la muerte de su amor, un rayo de certeza partió en dos la oscuridad de su dolor: «Aquí, entre tus cosas, entre nuestros recuerdos, me falta el aire. Quizá si me voy...».

Ni sus colegas médicos ni los amigos de la pareja estuvieron de acuerdo cuando les explicó su loco plan: construir una nueva vida como librero de El Sueño de Constanza, un pretexto como cualquier otro para levantarse por la mañana.

Las palomas se hicieron dueñas de sus pies.

Ángel las miró con los ojos vacíos y sin moverse.

—¿Teruel? —le había dicho sorprendida Susana, la enfermera que lo ayudaba en la consulta.

—También existe —había respondido él, haciendo referencia a un conocido lema.

De allí había salido don Ramón, su padre, con una maleta de cartón hacía ya años. Movido por la ilusión de un futuro mejor, se había mudado a Barcelona con una recomendación para un trabajo y la dirección de una pensión en el casco antiguo, cerca del mar. Al poco de llegar y ponerse a trabajar en una fábrica, el gusanito de ser médico no tardó en morderlo, aunque tuvo que esperar para hacer realidad el deseo. Ángel recordó cómo su padre le explicaba la mañana en que todo había empezado: «Era invierno, y en el primer turno empezábamos a las seis. Un compañero encendió su máquina. Debía de estar medio dormido o medio despierto, porque a esas horas... no se dio cuenta y la cuchilla le atrapó un dedo. El grito hizo temblar los vidrios: yo era el que estaba más cerca y corrí como loco. Mi compañero estaba tirado en el suelo, encogido de dolor sujetándose la mano..., y había sangre, mucha sangre. Y no sé, Angelito, no sé qué pasó, pero el espíritu de Hipócrates se apoderó de mí y supe qué hacer. Cuando la ambulancia llegó, mi primer paciente estaba estabilizado y su dedo envuelto en hielo. Se lo injertaron en el hospital».

Así fue como don Ramón, que entonces solo era Ramón el de Teruel, empezó a darle vueltas a la idea de matricularse en la

universidad. Pasaron varios años hasta que pudo hacerlo, pero no dudó ni un segundo de que ese era su camino. Hizo horas extras para ahorrar, se apuntó a una academia nocturna para preparar los exámenes de acceso y, en el escaso tiempo que le quedaba, se hizo voluntario en un hospital, «para ver de cerca el dolor y familiarizarme con ese escenario».

Pasados tres años, pensó que había llegado el momento; pero entonces, la vida se le cruzó por causa de Elisa, la hija de un compañero de la fábrica. Se casaron y tuvieron un hijo que fue la alegría de ambos, aunque llegara sin un pan bajo el brazo.

Cuando la fábrica quebró y Ramón se encontró en la calle con treinta años y un pellizco de dinero por el despido, su vocación empujó con fuerza de nuevo. En casa se estrecharon el cinturón y él se buscó un trabajo de noche en un garaje para poder asistir a las clases por la mañana. Le costó lo suyo acabar la carrera, pero lo logró y con honores.

Una de las pocas cosas que Ángel se había llevado a su destierro era la foto de la graduación de su padre. Él y su madre, cada uno a un lado, flanqueando al orgulloso médico.

Perdido en sus pensamientos, el librero no se dio cuenta de que el tiempo pasaba. La llegada de un grupo de niños con un perro y las campanadas de una iglesia cercana lo sacaron de su ensueño. Eran las once y no se había tomado aún su primer café, algo sorprendente.

Se levantó del banco, llevándose con él a don Ramón y a Elisa, para seguir caminando con ellos de vuelta a su refugio. Dio un rodeo para pasar bajo el arco de la torre del Salvador y entrar de nuevo en la parte antigua de la ciudad, donde se encontraba El Sueño de Constanza.

Su padre apenas se había dejado morder por la nostalgia de su tierra: cuando Ángel era niño, casi no le hablaba de su vida antes de emigrar y de la ciudad que lo había visto nacer. Don Ramón era un hombre práctico, centrado en su amor por su familia y por aquella profesión que ocupaba todos los días y horas. ¡La de veces que se había levantado de la mesa en una comida de Navidad para atender la llamada de un paciente!

No era hasta el verano que, al finalizar el curso, el pequeño Ángel se subía a un autobús de línea rumbo a casa de sus abuelos. Al principio lo acompañaba su madre, quien luego se volvía a Barcelona para ayudar en la consulta. Cuando fue creciendo, empezó a viajar solo: los primeros años, con un cartel en el cuello en el que estaba escrito el nombre y teléfono de sus padres. Más tarde, cruzaba la franja que separa Cataluña y Aragón sintiéndose ya dueño y señor de su destino.

El librero sonrió al recordar esos viajes de su adolescencia hasta que la muerte de su abuelo primero, y luego la de su abuela, pusieron en letargo aquella conexión con sus raíces.

Su vuelta a Teruel, además de una escapatoria, se podía leer como una vuelta al principio, a esa tierra de niñez en que todo era aún posible, también la felicidad.

Detenido bajo el arco mudéjar, cerró los ojos. Recordó a su abuela explicándole la historia de amor que se encerraba entre sus ladrillos: «En el siglo XIII aquí vivían musulmanes, judíos y cristianos en armonía. Dos chicos, Omar y Abdalá, se enamoraron de la bella Zoraida. El padre de la muchacha prometió su mano a aquel que acabara antes una torre. Los dos se pusieron a ello sin descanso. ¡Incluso de noche construían! Omar, la de San Martín y fue el primero en acabar. Pero al contemplarla en su totalidad, se dio cuenta de que, además de muy bella, estaba ligeramente inclinada.

En cambio, la del Salvador era igualmente bella, además de recta. Omar no pudo resistir la pena y la vergüenza, se subió a lo alto de la torre y se tiró. Abdalá se casó con su amada Zoraida —le había contado más de una y dos veces—. Lo que nunca se supo ni se sabrá es si fueron felices».

Absorto en sus pensamientos, no vio venir una moto a toda velocidad. Un bocinazo y un frenazo lo sacaron de su ensueño.

—*¡Atontao!* ¿Dónde tienes la mollera? —le gritó un chico.

Ángel se disculpó con la mano y siguió su camino hacia la librería, dejando a su abuela y sus historias atrás.

Sus pasos lo llevaron de vuelta a la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Por el camino había comprado café a granel en uno de los locales modernos de la plaza y una lata de atún en un pequeño comercio.

—Zhivago, ¡estoy agotado!

Desde el escaparate, el gato lo miró ladeando la cabeza mientras agitaba sus bigotes de manera casi imperceptible.

Aún no eran las doce del mediodía y ya se había acabado su reinado de tranquilidad. Conociendo a aquel humano, ahora abriría alguna de las cajas que aún esperaban tras el mostrador, o pondría precio a los ejemplares ya colocados en las estanterías.

Zhivago no sabía leer, pero, de haber sabido, habría descubierto que Ángel los iba colocando sin orden ni concierto, o, mejor dicho, según un orden y concierto que solo él conocía. En realidad, vender o no vender tanto le daba. Y, puestos a ser sinceros, había obras que prefería no vender, sobre todo a según quien. Si hubiera podido, su librería solo habría acogido a los clásicos, casi los únicos que el recetaría con seguridad.

Aquel mediodía, en El Sueño de Constanza lo único que sonó fue el ruido del tenedor contra el comedero de Zhivago, que descansaba

junto a la mesa del café. Raudo y veloz, el minino olfateó el aire, saltó por encima de una selección de las mejores obras de Maupassant y llegó volando para zamparse su atún.

Ángel sonrió mientras se sentaba para seguir leyendo el libro de Pasternak, aunque esta vez en voz baja.

Hasta la hora del almuerzo, la mañana pasó tranquila.

Los vivos y los muertos dejaron tranquilo a Ángel, que se perdió entre las vidas de sus amigos de papel. Pasadas las tres, el rugido de su estómago asustó a un dormido Zhivago, que maulló como si lo hubieran mordido un par de rottweilers. Con todo, en apenas tres segundos, volvía a dormir a pata suelta.

El librero lo envidió mientras subía las escaleras de la buhardilla para prepararse algo de comer.

Calentando unos macarrones en el microondas, a Ángel le asaltó el recuerdo de Atticus Finch, el protagonista de una de las novelas favoritas de Constanza: *Matar a un ruiseñor* era el libro que ella estaba leyendo el día que sus caminos se cruzaron en la biblioteca por primera vez.

Observador por naturaleza, fue la segunda cosa en la que se fijó al conocerla. La primera fueron sus impresionantes ojos, que él mismo cerró el último día que compartieron. El librero siempre se había dicho que su historia, la de ambos, se podía explicar de una mirada a otra, de la primera en aquella biblioteca de barrio a la última en el mejor hospital de la ciudad. Sin embargo, pensó mientras daba un sorbo al vaso de agua, ya sentado a la mesa de su buhardilla, también había tormentas en ese verde de sus iris, donde uno podía ver rabia, dolor, enfado, impotencia, decepción o, como en la última mirada, tristeza profunda. Constanza no quería irse. Constanza no quería dejarlo.

«¿Sabías que *Matar a un ruiseñor* no ha dejado de imprimirse desde que se publicó por primeva vez?», le había dicho él en su tercera cita. Por su parte, Constanza le habló de la integridad de Atticus, de las personas que asumen su responsabilidad, de la pequeña Scout y su inocencia, de la bondad y la maldad... Ángel descubrió que su amada leía la vida como vivía los libros. Esa fue la primera de las muchas conversaciones sobre literatura que compartieron, algo que él añoraba tanto como sus ojos, aquel mohín al estornudar, el tacto suave de sus caricias y los miles de planes que habían quedado suspendidos.

El librero se echó en su cama y cerró los ojos.

Se hizo un ovillo, como si volviéndose feto pudiera sentirse de nuevo protegido en el vientre de su madre. Quizá fuera eso El Sueño de Constanza, se dijo, un vientre en el que protegerse, encogido, mientras el tiempo pasa.

En el piso de abajo, un Zhivago ausente y escondido bajo el mostrador vivía sus propias batallas en el duermevela. Buscaba en sueños las caricias de unas manos arrugadas y manchadas de chocolate que, sin que él entendiera por qué, habían desaparecido.

El silencio y unos ligeros suspiros flotaban en el lugar. No se podía apreciar desde la calle, pero la nostalgia había envuelto aquella librería que justo empezaba a nacer.

5

LEER CON EL CORAZÓN

En la buhardilla de El Sueño de Constanza sonó el despertador. Y continuó sonando hasta darse por vencido. Eran las ocho de la mañana, hora de levantarse aquel martes, pero a nadie pareció importarle.

Zhivago, quien ya se había hecho dueño de un cojín en la esquina norte de la buhardilla, se desperezó lentamente. «Te quiero lejos de mi cama, ¿me oyes? Has ganado el asalto a la buhardilla, pero ni sueñes con mi almohada», le había advertido Ángel con Jane Austen y Lord Byron como testigos. Como no sabía apagar el maldito aparato, decidió que lo mejor era irse al piso de abajo a ver qué andaba haciendo tan temprano su humano.

A esa hora, el librero llevaba ya un buen rato trajinando: se había preparado un primer café, había leído unas cuantas páginas más de *Doctor Zhivago* y se entretenía limpiando.

—El bicho del polvo es el gran enemigo de la literatura —le explicó Ángel al gato, que se relamía con fruición tras devorar media latita de paté—. Aparece entre el polvo y el papel y si la hembra pone huevos..., ¡estamos perdidos! Pueden nacer hasta cien. ¡Imagínate!

Al humano aquella imagen le provocó escalofríos. Por suerte para Zhivago, los gatos sienten y recuerdan, incluso hay quien dice que sueñan, pero no pueden imaginar. Así que, ajeno a esa posible invasión de soldados con antenas de color plata, decidió situarse en

su cojín granate, en aquella silla que le pertenecía. Con los ojos muy abiertos y las orejas tiesas, desde ahí no se perdía detalle de lo que sucedía en la librería.

En aquel momento, Ángel atendía a un mensajero que le traía un par de cajas. Nada más despedirse del hombre, con la ilusión de un niño que abre paquetes el día de Reyes, se sentó en el suelo y empezó a sacar el contenido.

—¡Por fin una edición decente de la *Odisea*! —exclamó, mostrándole a Zhivago un libro de tapas duras con sobrecubierta—. Y han llegado otros clásicos: *Hamlet*, *Las mil y una noches*, *Cien años de soledad*...

El gato entrecerró los ojos. Si hubiera podido comparar, cosa que todo el mundo sabe que los gatos tampoco pueden hacer, se habría dicho que con el cambio de dueño había salido perdiendo. ¡La de galletas que le había robado a una despistada sor Milagros! O la de restos de chocolate que había relamido de los boles olvidados. Ahora, ni una miga por el suelo, ni restos de azúcar en el mostrador para alimentar su pancita blanca y peluda. Papel, cajas de cartón, y más papel y más cartón... Quizá si hubiera sido una cabra, aquel cambio le habría salido a cuenta.

—¡Qué maravilla! Beckett, Stendhal... ¡Nos convertiremos en refugio de los clásicos de todos los tiempos! —exclamó Ángel, quien sabía que en la caja más pequeña le esperaban algunas novedades con las que atrapar a los lectores que se acercaran a la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas.

Como le había dicho a Tico en su última visita, mientras hacía los deberes de matemáticas en el mostrador, «hay que hacer pequeñas concesiones: cuando me compren un *best seller* actual, los tentaré con alguna bella historia con más de cien años. Todos saldremos ganando».

A su pequeño vecino no le pareció ni fu ni fa: «Yo, mientras no tengas manga, no te compraré ningún libro», le había dicho sin dejar de pelearse con las ecuaciones simples.

En cuanto Ángel acabó de desembalar los nuevos ejemplares, tras registrarlos en el fondo de la librería y marcarlos con su precio, una nueva idea ocupó su mente.

—Zhivago, ahora que ya tenemos una buena biblioteca, ¡deberíamos hacer un escaparate atractivo! ¡Vamos, despierta, perezoso! Ven a ayudarme... —dijo acariciando al gato.

Se tomó un segundo café mientras trataba de imaginar cómo acometer esa misión. Constanza habría sido de gran ayuda: en la pequeña biblioteca de barrio en la que trabajaba, se encargaba de montar exposiciones temáticas con el fondo. Aún recordaba una que le había dado mucho trabajo sobre personajes del mar: sirenas, piratas, capitanes de barco y ballenas de papel y cartón poblaron el espacio durante semanas. Entre ejemplares de *Relato de un náufrago*, *Moby Dick*, *El viejo y el mar* o *La isla del tesoro*, su esposa pasó noches orquestando todo un escenario para las aventuras que los pequeños —y no tan pequeños— estaban a punto de vivir.

¡Era una artista, Constanza! Sus manos, que parecían de porcelana, poseían ingenio y una fuerza apasionada cuando se trataba de construir la quilla de un barco pirata o coser sus velas durante horas, pintar las escamas brillantes de una sirena o crear las olas de un mar bravo.

Añoraba esas manos amadas todos los días, cuando las recordaba cortando el pan o acariciándolo para despertarlo, pero en ese momento, una punzada lo pilló con la guardia baja: ¡qué escaparate tan increíble habría imaginado y construido su amada!

Ángel miró sus propias manos, no eran torpes ni débiles. Habían luchado contra la muerte y la desesperación en más de un

quirófano. Sabían hacer muchas cosas: torniquetes y suturas, pero no solo eso, también limpiar el instrumental y ponerlo a punto, levantar a un paciente de la camilla, recolocar un hombro dislocado, o cortar el cordón umbilical de un bebé.

Sabían hacer eso y mucho más, pero en aquel momento las veía casi inútiles.

Suspiró y miró el reloj que siempre llevaba en la muñeca izquierda, regalo de sus padres cuando acabó la especialidad. Aún no eran las doce, podía dejar lo del escaparate para más tarde.

Entonces oyó el sonido de la puerta al abrirse y el angelito metálico que lo acompañaba. «Salvados por la campana», murmuró al oído de Zhivago mientras le acariciaba el lomo.

La secretaria de un bufete le encargó unos ejemplares de derecho civil y mercantil y, pocos minutos después, un ama de casa preguntó por un recetario de tartas. A ambas les dedicó tiempo y sonrisas para que se marcharan más ligeras de lo que habían entrado.

La secretaria estaba a punto de ser madre y le atormentaba una duda: ¿debía o no dejar de trabajar un par de años? Le encantaba ir cada mañana al bufete antes que el resto del personal, distribuir el correo para que lo tuvieran en cuanto llegaran, revisar el *email* con calma para dar respuesta lo antes posible a los clientes; incluso, algunos días, llevaba un bizcocho para compartir con los pasantes y abogados.

El librero la escuchó con cariño, le ofreció un par de galletas y le recomendó que decidiera sobre la marcha. Después del tiempo de baja establecido tendría tiempo de «auscultarse» y decidir qué era mejor para ella y su bebé.

El ama de casa, que rebasaba los setenta años, quería preparar una tarta muy especial para alguien también especial... Por internet había conocido a un jubilado que, como ella, era viudo. Tras varios

meses escribiéndose, habían decidido conocerse. El encuentro sería a las cinco, hora del té, en casa de la dama. Ella había presumido tanto de ser buena cocinera que ahora temía no estar a la altura de esa imagen que ella misma había construido.

El tercer cliente del día fue un abuelo que buscaba un libro para su nieta. Le confesó con preocupación que estaba malita y que, aunque le habían hecho mil pruebas, no daban con qué mal la aquejaba. El librero le habló de su pasado de médico, le pidió que no perdiera el ánimo y que tuviera paciencia hasta que dieran con el diagnóstico.

Ángel se descubrió también más ligero después de aquellas charlas.

Sabía que había muchos tipos de médicos: el mecánico, aquel que recomponía huesos como si arreglara el motor de un coche; el ambicioso, que clasificaba a sus pacientes por el grado de dificultad y prestigio que podía reportarle su caso... A él lo que le interesaba, más allá de emitir diagnósticos y recetar remedios, era conocer a las personas en un momento de vulnerabilidad, descubrir su historia a la luz del dolor, del miedo o de la alegría cuando sanaban. Esa parte de su profesión le parecía un regalo. De habérselo permitido su apretada agenda de visitas cuando estaba en activo, habría dedicado horas a charlar con sus pacientes.

«Ahora dispongo de ese tiempo —se dijo aquel mediodía mientras hervía la pasta en su buhardilla—. Quizá el buen librero sea como un médico de almas. Y en lugar de un fármaco receta un libro para evadirse de problemas y tristezas, además de comprender mejor la vida. A fin de cuentas, los personajes son buenos acompañantes para noches de desvelo».

Ocupado con estas reflexiones, puso música y se sentó a comer. El *soul* invadió aquel mediodía y el ánimo del librero.

Al terminar, decidió echarse una pequeña siesta. Por alguna extraña razón, se sentía más cansado que otras veces. Sin duda, las emociones que estaba viviendo en aquella nueva vida, con frecuentes viajes emocionales al pasado, le pasaban factura.

Cerró los ojos murmurando que sería cosa de veinte minutos y que, en cuanto se levantara, se enfrentaría a su escaparate, justo donde Zhivago había decidido descansar tranquilamente. Por ese motivo, una hora después, el gato fue el primero en advertir que Tico llamaba a la puerta con insistencia.

Lanzó un maullido largo y alto hacia las escaleras, que fue seguido por la maldición del humano.

—¡Cómo he podido quedarme dormido!

Ángel bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta tras girar el cartel para indicar que estaba abierto.

—A mí tampoco me gustan los martes —dijo el niño, entrando con toda la confianza.

—Buenas tardes, Tico.

—Hoy tengo deberes de historia. ¿A quién diablos le interesa la historia? —protestó, desprendiéndose de la mochila a la vez que se colaba tras el mostrador.

Ahí el librero tenía escondido un taburete para su visitante.

—A mí —respondió Ángel mientras se dirigía a la mesita para prepararse un café.

Antes de volver con Tico, no pudo evitar ojear el libro que descansaba en una de las sillas. Un resoplido se escapó de sus pulmones al comprobar su estado. Durante su siesta de una hora, los bichos del polvo habían hecho acto de presencia en su viejo ejemplar de Pasternak. Con especial saña devoraban la dedicatoria de la primera página:

Feliz Primer Sant Jordi juntos, Amor.

La lectura de aquel ejemplar lo había acompañado aquellas tres primeras semanas desde que había inaugurado El Sueño de Constanza, había conocido a Zhivago, y Tico se había convertido en un habitual de la librería.

Después de limpiarlo con cuidado, pensó que quizá era momento de devolverlo a su estantería particular y empezar con un libro nuevo.

—Debo leer un largo artículo sobre las cuevas de Albarracín y hacer un resumen —anunció el niño con amargura.

Un recuerdo lejano trató de abrirse paso en la memoria de Ángel antes de preguntar:

—¿Las de arte rupestre?

—Sí... Es el arte que pintaban los hombres antiguos, ¿verdad?

El librero asintió con la cabeza mientras en su mente cobraba vida una escena. Iba de la mano de su abuelo y de su padre. Tendría diez años y paseaban entre pinos. Seguían un sendero apenas señalizado. Tras subir un repecho, se encontraron ante lo que al niño Ángel se le antojó la boca del infierno o la cueva de algún dragón.

Su abuelo tuvo que prometerle de todo para que los siguiera al interior. Linterna en mano, en aquellas paredes descubrió un universo de animales pintados. «Recuerda, hijo, que esto lo han hecho nuestros antepasados —le explicaba el padre, emocionado—. ¡Venimos de ellos! De esos valientes y fuertes cazadores que sobrevivieron sin herramientas al frío y a las bestias».

—¿En qué estás pensando? Te veo empanado... —le recriminó Tico desde el presente.

Ángel iba a explicárselo cuando el revoloteo de una mosca y los manotazos de Zhivago para intentar cazarla lo devolvieron al quehacer pendiente: montar el escaparate.

Animó a su pequeño discípulo a que leyera el capítulo y subrayara las ideas principales mientras él se ponía manos a la obra. Después las comentarían juntos.

Había tenido una idea gracias a Tico.

El escaparate de esta semana tendría que ver con el arte. Recordó que había traído consigo unas láminas que Constanza y él habían comprado en un viaje a París, coincidiendo con un congreso al que lo invitaron. Monet, Manet, Renoir acompañarían a una selección de libros que había encargado al abrir la librería.

Con un hilo de pescar, colgó las láminas del techo del escaparate a diferentes niveles. Unos viejos pinceles que había rescatado del desván de las monjas ocuparon la parte baja. Acto seguido, tomó unos folios y con unas témperas que Tico sacó de la mochila, pintó cada uno de un color. Luego los arrugó y los desperdigó por el escaparate.

Una breve enciclopedia de arte, las cartas de Van Gogh a su hermano, un libro sobre el fondo del Prado, la antología de las mejores obras de Georgia O'Keeffe o el ensayo *La pureza de la pintura*, de Piet Mondrian, eran algunas de las piezas exhibidas.

Aun así, a Ángel le parecía que aquel escaparate estaba algo muerto.

—Si viene alguien, le dices que espere, ¿me oyes? Vuelvo en un segundo —le dijo a Tico desde el umbral de la puerta de entrada.

Zhivago se subió al mostrador y se colocó junto al estuche de su amigo Tico, como si quisiera decirle al librero «márchate tranquilo, que yo aviso al chico si entra alguien».

El librero tardó diez minutos en volver con un ramo de girasoles y un jarrón, satisfecho con su compra.

—Ahora sí, ¡el escaparate está vivo! —le dijo a un Tico que, en vez de leer el artículo, se dedicaba, absorto, a dibujar en su libreta—. De

hecho, ya ha atraído la atención de la primera persona...

Tanto Tico como Zhivago se tomaron la molestia de mirar hacia la visita que Ángel señalaba.

Una chica de tez pálida, alta y delgada, con el pelo castaño sobre los hombros, gafas oscuras y un sombrero que le cubría media cara estaba detenida ante el escaparate. El viento agitó su pelo y las mangas estilo japonés de su vestido, que ondearon con gracilidad, como si trataran de transmitir un mensaje.

El gato, en cuatro saltos, se plantó ante la puerta y lanzó un potente maullido hacia la elegante desconocida.

—¡Zhivago! No me asustes a la clientela —lo reprendió Ángel. El gato, nervioso, arañó el cristal para captar la atención de la joven—. ¡Sal de ahí!

—Quiere que la invites a entrar —dijo Tico en medio de un bostezo, como si aquello fuera obvio.

El librero observó un instante más a la chica, que seguía en el mismo sitio. Siguiendo la sugerencia del niño —o del gato—, abrió la puerta con diligencia. Zhivago empezó a enroscarse entre sus tobillos, como si quisiera seducirla.

La chica inclinó ligeramente la cabeza y esbozó una sonrisa. El felino tomó aquel gesto como un permiso y se restregó aún más contra sus piernas, que salían de una falda con vuelo hasta media pantorrilla de un color amarillo intenso. La camisa azul celeste mantenía un combate a muerte con la falda, los calcetines cortos de corazones y las bambas rojas. Vista en perspectiva, la elegancia era sustituida por un estilo pintoresco.

—Zhivago, ¡ven aquí! —ordenó, azorado, Ángel.

La visitante, que no pasaba de los veinticinco años, sonrió y siguió allí, sin moverse ni decir nada. El librero lo interpretó como una señal educada de su incomodidad

—Disculpa, ¡no acostumbra a comportarse así! Suele ser un gato amable pero distante, más bien somos los humanos quienes tenemos que ganárnoslo. Por alguna razón... —titubeó el librero, al ver cómo el gato miraba con verdadera adoración a la chica—, tú le gustas. Y mucho.

Zhivago confirmó esto último con un maullido seco.

La chica se movió muy despacio hacia el librero.

Una extraña procesión ingresó en El Sueño de Constanza: un hombre con el pelo canoso y caminar enérgico, un gato satisfecho con la cola bien estirada y una chica que parecía medir cada uno de sus pasos.

—¡Hola! Soy Tico —saludó el niño sin bajarse del taburete.

—Encantada, yo me llamo Clara.

—Yo me llamo Ángel y mi peludo amigo...

—Zhivago —dijo ella para desconcierto del librero—, he oído cómo lo llamabas. Me parece un bonito nombre para el que, deduzco, es un gato blanco.

El minino restregó su cabeza de nuevo contra ella.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó el librero, algo sorprendido por el comentario.

Clara se quitó el sombrero mientras giraba sobre sí misma muy despacio, alzando el rostro.

—¡Huele a libros! Muchos libros...

—Normal, ¿no? —apuntó Ángel.

—No creas, últimamente no abundan los lectores —murmuró ella sin moverse—. Todo el mundo está pegado a las pantallas.

—Mientras sean pocos pero fieles...

—Yo lo era —comentó la muchacha bajito, como si estuviera avergonzada—, una gran lectora y una modesta bibliófila. Pero ya no.

—¿Y qué pasó? —preguntó Tico, quien había dejado de prestar atención a su cuaderno.

—La vida pasó —respondió ella mientras se quitaba las gafas oscuras y las ponía sobre su cabello.

Unos ojos de un azul casi gris se clavaron en un punto indeterminado del rostro de Ángel.

—¡Eres ciega!

—¡Tico! No seas descortés —lo reprendió el librero.

—No es descortés, solo descriptivo. —Sonrió Clara, y alargó la mano hacia donde había oído la voz del niño para despeinarlo.

No acertó y su mano agitó el aire. Para sacarla del apuro, Ángel se adelantó y se la estrechó.

—Bienvenida a la librería El Sueño de Constanza. ¿Te tomarías un café con este principiante de librero?

Clara asintió.

Una vez sentados alrededor de la mesita, les contó que vivía en el Ensanche, pero que cada día salía de paseo por la ciudad.

—Repito los trayectos que hacía de niña porque son los que recuerdo de memoria y puedo hacer sin bastón. Por aquí pasaba para ir a casa de mi abuela —dijo con un deje de nostalgia—. Otras veces hago el camino de la escuela o el de la peluquería donde trabajaba mi madre antes de prejubilarse para cuidarme. —Suspiró —. El último mes he estado de vacaciones en el norte, en casa de unos tíos, por eso no hemos coincidido. Mi padre me contó que habían abierto una librería en esta calleja, así que no he podido evitar acercarme. ¡Qué lástima que no lo hicieras hace seis o siete años! Habría sido tu clienta número uno: ¡no sabes cuántos libros me compraba!

—Eres igualmente bienvenida —le dijo Ángel, suavemente—. Aquí no nos limitamos a vender libros.

Sin acabar de entender qué había querido decir el librero con aquel comentario, Clara siguió con su historia. Tenía una voz alegre que atrapaba la atención de todos, empezando por Zhivago, quien, para sorpresa de Ángel, se había acurrucado en el regazo de la chica, a quien no parecía importarle. Un suave ronroneo respondía a las caricias que ella le hacía, absorta en sus recuerdos.

—Estudiaba Filología. Soñaba con ser profesora de literatura, editora, escritora o... ¡cualquier cosa que tuviera que ver con los libros! —Calló un segundo—. Incluso pensé en ser bibliotecaria, pero...

—¿Pero? —preguntó Ángel al sentir un pinchazo en el corazón, en el rinconcito que ocupaba Constanza.

—¡Me encanta hablar casi tanto como leer! —Se rio ella.

—¿Acabaste la universidad? —preguntó Tico.

—En el último año empecé a perder la vista. Fue poco a poco. —El tono jovial de Clara se oscureció—. Empezaron los dolores de cabeza, las visitas a especialistas, las pruebas... Primero dejé la facultad temporalmente hasta que un año después y con apenas una visión del diez por ciento, tuve que asumir que las reglas del juego habían cambiado. —Zhivago alzó la cabeza y la miró con dulzura—. Tuve que aprender tantas cosas nuevas: a moverme por casa, a vestirme, a prepararme la comida, a salir a la calle... ¡Fue como volver a nacer! Y dejé de leer.

—¿Y no tenías miedo? —inquirió el niño.

Ángel quiso reprenderlo de nuevo, pero ella se apresuró a contestar.

—Muchísimo, la verdad. Pero ¿sabes qué?, mis ganas de vivir podían más que el miedo, así que...

—Yo sé que hay ciegos que leen —comentó Tico, como si fuera una conclusión de sus pensamientos—. Disculpadme, ahora tengo

que hacer un resumen.

Algo desconcertados, el librero y Clara se quedaron en silencio mientras el niño volvía a su taburete del mostrador. Ella se concentró en acariciar a Zhivago como si llevara toda la vida haciéndolo, y en dar pequeños sorbos para acabar su café.

—Bueno, ya es hora de que me marche —dijo haciendo el gesto de levantarse.

Una idea ocupó como un rayo el pensamiento de Ángel. «No puede irse, no puede irse, no puede irse...», palpitaba en sus sienes.

—«Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos...» —recitó de repente.

—¿Perdón? —preguntó ella.

—¿Conoces *Historia de dos ciudades*?

—No, conozco otras obras de Dickens, pero siempre he oído decir que esa novela tiene uno de los inicios más bonitos de la literatura.

—Pues quédate y así lo descubres.

—Lo siento, no sé leer braille y...

—¿Braille? No tengo libros en braille, pero gracias por hacerme caer en que debo conseguir alguno. —Clara sonrió—. Estaba a punto de empezar *Historia de dos ciudades*, y me gusta, Tico es testigo, leer las dos primeras páginas en voz alta.

Clara pareció dudar.

—No me dejes solo escuchándolo, por favor. ¡Sus libros son un tostón! —suplicó Tico, que había decidido abandonar definitivamente su tarea.

La chica rio.

—¡Venga!

En cinco minutos, la magia se había desatado en El Sueño de Constanza una vez más.

I
La época

> Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos, era el siglo de la locura, era el siglo de la razón, era la edad de la fe, era la edad de la incredulidad, era la época de la luz, era la época de las tinieblas, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación, lo teníamos todo, no teníamos nada, íbamos directos al cielo, íbamos de cabeza al infierno: era, en una palabra, un siglo tan diferente del nuestro que, en opinión de autoridades muy respetables, solo se puede hablar de él en superlativo, tanto para bien como para mal.

Ángel levantó la vista: nunca había tenido una audiencia tan variopinta y a la vez concentrada. Clara, recostada en la silla con los ojos cerrados, estaba atenta a sus palabras. A su lado, Zhivago parecía vigilar la respiración de la joven, como si quisiera asegurarse de que estaba tranquila. Y Tico estaba centrado en el plato de galletas que ocupaba el centro de la mesa.

Animado, decidió seguir para dar cuenta de los reyes que por aquel entonces gobernaban Francia e Inglaterra. No llevaba ni veinte segundos cuando Tico empezó a revolverse en su silla.

Ángel le hizo un gesto, invitándolo a comerse las dos galletas que quedaban. El niño se abalanzó sobre ellas mientras el librero avanzaba por la primera página de aquella obra que jamás había leído. Pero estaba claro que ni él ni Clara podrían concentrarse en la lectura aquel día.

Un golpe contra la madera los sobresaltó a los dos. Tico había perdido un zapato. Se encogió de hombros ante la mirada reprobatoria de su amigo.

—¿Por qué no cumples con tu responsabilidad? —lo apremió Ángel, señalando el cepillo que había junto a la caja registradora.

El niño pareció dudar, pero se levantó y fue a por él. Zhivago, feliz, saltó y se fue detrás de Tico, como si hubiera adivinado lo que venía

a continuación. «Ahora sí, todos contentos, cada uno en lo suyo», musitó el librero justo antes de reemprender con ilusión la lectura.

La tarde fue cayendo, pero nadie parecía tener prisa en El Sueño de Constanza. En aquel pequeño rincón del universo, del que los dioses parecían haberse olvidado, por el rostro de la chica ciega bajaba una lágrima solitaria al redescubrir la felicidad de disfrutar de una buena historia; la voz del librero principiante parecía cantar ante la felicidad de volver a ser escuchado con el corazón; el pelaje de un gato viejo se electrizaba ante la felicidad de un buen masaje; y el corazón de un niño solitario saltaba ante la felicidad de haber encontrado amigos.

Si Charles Dickens no hubiera estado muerto, también se habría emocionado al ser leído en ese escenario. Realmente, pensó Clara, al escuchar a Ángel avanzar por la segunda página, aquellos tiempos eran duros: años de hambre, de robos y violencia, de desorden y ley del más fuerte.

Sin preaviso, Tico apareció de nuevo a su lado. Le dio un beso en la mejilla y la chica se sonrojó.

—¡Adiós! ¡Ya he peinado al gato! —gritó justo antes de que la puerta se cerrara y el angelito metálico anunciara que alguien había salido a la carrera.

Con su despedida, cortó a Ángel, que parecía ensimismado en aquellos párrafos.

—¿Ya has acabado las dos páginas? —preguntó Clara, algo apenada al ver que se detenía.

—No, no...

La chica sonrió mientras acogía de nuevo a Zhivago, ya peinado, en su regazo. El gato miró a Ángel, instándolo a continuar.

> Todas estas cosas, y mil más por el estilo, sucedían en Francia y en Inglaterra en el año de gracia de 1775; y mientras el leñador y el granjero trabajaban sin que nadie los viera, los dos monarcas de robustas mandíbulas y las dos reinas, la una fea y la otra bonita, marchaban con estruendo llevando con mano levantada y firme su derecho divino. De este modo conducía el año 1775 a sus majestades, y a millares de ínfimas criaturas —las criaturas de esta crónica, principalmente—, por las sendas que se abrían ante ellas.

Cuando el librero y su socio felino se quedaron a solas tras la marcha de la muchacha, Ángel repasó lo sucedido aquella tarde.

Por alguna extraña razón, Zhivago había invitado a Clara, que había sido capaz de oler los libros, aunque no los viera, a entrar en El Sueño de Constanza. Por primera vez desde que conocía a ese gato, se había pasado un buen rato sobre el regazo de un humano.

La chica, una letraherida, había llorado de emoción al reencontrarse con la pluma de Dickens. Atrapado por ese mismo genio, Tico se había sentado a escuchar *Historia de dos ciudades*, aunque hubiera sido incapaz de aguantar las dos páginas, ¡y se había despedido dando un beso a su nueva amiga! Amiga que había prometido dejarse caer por la librería con la esperanza de que Ángel empezara un nuevo libro.

—Leeremos juntos: tú pones los ojos y yo, los oídos —le había dicho ella al despedirse—. Y, ambos, el corazón. Gracias infinitas.

Después de estas palabras, al sentir su abrazo de despedida, algo había sucedido en el interior de Ángel. De no saber que era imposible, hubiera dicho que un trozo de hielo había crujido y se había roto cerca de su corazón.

—Un clásico al día mantiene al médico lejos —dijo, feliz.

A él le hacía bien leer en voz alta. A Amelia, la anciana del pelo azul, que debía estar peleándose a brazo partido con *El mago de Oz*

en su casa, y a Clara les hacía bien que les leyeran. Solo con dos páginas, solo dos, todos habían obtenido lo que más necesitaban.

—¿Y si lo hacemos en serio? —le preguntó a Zhivago, que lo miraba muy fijamente—. ¿Y si un día por semana leo en voz alta? Invito a Amelia, a Clara, a Tico... ¡Solo dos páginas! —Zhivago giró la cabeza hacia el escaparate, cosa que el librero interpretó a su manera—. ¡Buena idea! Podría poner un cartel y quizá alguien más se sume. ¡Vamos! El Sueño de Constanza acogerá un club de lectura... un pelín especial.

Un cuarto de hora después, humano y felino subieron despacio a la buhardilla. En la librería, todo había quedado tranquilo. La oscuridad del local contrastaba con la luz tenue de la calleja: era noche de luna llena y los amigos libres de Zhivago ya recorrían la ciudad. Un par de ellos pasaron frente al escaparate en el que unos girasoles y unas láminas de nenúfares compartían espacio con un sencillo cartel:

SE BUSCAN LECTORES DE DOS PÁGINAS PARA FORMAR UN CLUB DE LECTURA

La luna iluminaba el cartel con su claridad lechosa.

Sin duda, le habría encantado unirse a aquel incipiente club.

6

RON, RON, LA BOTELLA DE RON

Cualquier jornada en El Sueño de Constanza empezaba igual. Otra cosa era cómo acababa.

Ángel y Zhivago habían establecido sus rutinas, y quien los contemplara sin conocer sus historias pensaría que llevaban una vida como amo y mascota (y, por supuesto, sin tener muy claro quién era quién). No habían pasado aún dos meses desde aquella mañana en la que Ángel había desayunado la primera madalena en recuerdo de don Ramón. Ahora Zhivago completaba su dieta de pienso con los trozos de bocadillo que el pequeño Tico le daba a la hora de la merienda mientras hacía los deberes en el mostrador.

Amelia, que se había animado a formar parte del club de lectura, horneaba madalenas para los participantes. Por su parte, Clara había llevado un precioso bote de vidrio con cierre hermético para guardar las que sobraban como su contribución al recién creado Club de las Dos Páginas.

Las mañanas eran tranquilas en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Muy de vez en cuando, alguna ama de casa despistada se paraba, camino de la frutería, delante de su escaparate. Con suerte, entraba para preguntar por algún libro de misterio o una novela histórica. Otros días, un jubilado que salía de casa con la honorable misión de vigilar el avance de las obras del barrio se paraba para saludar al librero e interesarse por cómo iba el negocio.

Pero eran excepciones. La mayoría de los días, las primeras horas del día Ángel podía dedicarlas a mantener a raya el polvo y sus bichos, a ordenar libros y pedidos y, por supuesto, a leer. Desde que había decidido poner en marcha el club de lectura, andaba buscando novelas clásicas con los mejores inicios.

—Si he de atrapar a nuestros socios, ¡las primeras dos páginas no pueden fallar! —le explicaba a Zhivago—. No sirve cualquier cosa... Recuerda que nuestro objetivo es que se lleven el libro y sigan leyendo a solas.

Le recitó los autores que ya había elegido.

—¿Qué te parece? Twain, Austen, Tolstói, Stevenson...

El minino, como era costumbre, lo ignoró.

A veces, Ángel dudaba de si Zhivago no extrañaría el antiguo negocio de las monjas. Se lo imaginaba tramando a sus espaldas para que la librería quebrara pronto y así, de nuevo, azúcar, canela, chocolate... ocuparan las estanterías. Al librero le tranquilizaba saber dos cosas: la primera, que sor Milagros y su receta habían desaparecido de este mundo sin dejar rastro, y la segunda y definitiva, que el gato era solo un gato —muy listo, eso sí— y no un hijo de Al Capone.

Aunque lo que le tranquilizó definitivamente fue lo que Tico le dijo un martes por la tarde mientras se enfrentaba al mapa de los ríos de Europa y sus nombres impronunciables.

—Zhivago está muy contento contigo —afirmó sin dejar de colorear el Volga.

—¿En serio? —preguntó Ángel—. Dile que yo con él también.

—No hace falta, Zhivago te entiende a la perfección. Eres tú quien no sabe lo que dice él.

Desde el primer momento supo que entre el solitario niño de las gafas azules y el gato había nacido un vínculo especial. Lo de Tico y

Zhivago había sido amistad a primera vista. Constanza, que era mucho más espiritual que él, habría dicho que se conocían de otras vidas.

«Aquella tarde, cuando Tico abrió la puerta para comprobar si el gato del escaparate era de verdad, en realidad estaba siguiendo un impulso de su alma, que había reconocido a un viejo amigo en otro cuerpo», le habría dicho su amada. Y él se habría reído mientras seguía mirando los análisis de sangre de algún paciente. A fuerza de convivir con Constanza y su manera de mirar el mundo, se había habituado a considerar que no tenía argumentos para explicar todo lo que sucedía a su alrededor.

Si Tico se comunicaba con Zhivago, ¿quién era él para contradecirlo? Con todo, seguía teniendo razones para contrastar algunas cosas, pero decidió hacer una excepción con el niño. Era evidente que necesitaba amigos, y ¿por qué arrebatarle uno que, además, le correspondía?

Por lo que respecta a Zhivago, si le hubieran preguntado qué le gustaba más de su nueva vida como asistente librero, habría respondido que las reuniones del Club de las Dos Páginas. Y pese a lo que pudieran pensar las mentes perversas de algunos ratones, no era solo por las madalenas de Amelia.

El grupo se había reunido dos veces, aunque la primera había servido más para conocerse y repartirse las tareas que para otra cosa: Ángel seleccionaría y leería los libros, Clara propondría algunos de sus títulos favoritos de su época universitaria, Amelia se ocuparía de la merienda y ayudaría a preparar el café, y Zhivago escucharía en silencio.

Tico no paraba de quejarse.

—Los clásicos son un rollo y, si os ponéis a leerlos, ¿quién me ayuda con los deberes? ¿Qué hago yo?

—Unirte al club y leer cuando Ángel esté cansado o le falle la voz —le había propuesto Amelia, a quien le daba pánico leer en público, por lo que andaba buscando quien lo hiciera por ella.

La mujer había ido avanzando en la lectura de *El mago de Oz* y, a pesar de su recelo original, le estaba encantando. De hecho, le quedaban muy pocas páginas para acabarlo. Pero una cosa era leer en la intimidad de su salón, para sí misma, y otra muy distinta hacerlo para sus nuevos amigos, mucho más formados que ella.

—¡Ni hablar! —rezongó el niño.

Ángel, que no estaba dispuesto a que ningún pequeño trol reventara su incipiente comunidad, lo había reprendido.

—Pues entonces, ¡a peinar el gato! ¿Sabes qué dicen en mi tierra? Que cuando alguien le encuentra pegas a todo, solo ve dificultades, lo que hace es «peinar al gato». ¡Quejarse siempre es señal de poco trabajo!

El niño no supo si aquella orden era un castigo o un regalo. Tras encogerse de hombros, había ido corriendo a buscar el cepillo que el librero había comprado para el felino. Luego se había sentado en su silla en el círculo, cerca de la mesa con bebida y comida, dispuesto a cumplir con la misión.

Una vez distribuidos los papeles, y con el pelaje de Zhivago bien desenredado, los miembros adultos decidieron que se reunirían todos los jueves a última hora de la tarde. Así finalizó aquella primera sesión.

El segundo encuentro había sido más fructífero.

Mayo había entrado en tromba en el calendario. A orillas del Turia, las flores habían estallado en mil colores y fragancias. Más de la mitad de los habitantes de Teruel habían bajado a caminar por el

paseo que bordeaba el río. Los demás, si podían caminar, pensaban hacerlo en los siguientes días.

Amelia no había sido una excepción.

Aquel segundo jueves se presentó en El Sueño de Constanza con flores silvestres recogidas en el paseo. Había ido la tarde anterior con su nieto al salir de la escuela.

—¡Que se note que la primavera ya ha explotado, incluso en nuestra librería! —le dijo a Ángel, entregándole el precioso ramo. Casi se le cayó de las manos al ver al librero: llevaba un parche negro en un ojo—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has dado un golpe? ¿Un virus? —le preguntó, preocupada.

Él sonrió, pero fue Tico, que apareció bajando la escalera de caracol, quien le contestó.

—¡Ha sido idea mía! El club tiene que ser más divertido...

Amelia lo miró extrañada.

—¿Qué llevas en la mano?

—Un loro de peluche.

Segundos después, Clara entró por la puerta y todos los miembros del Club de las Dos Páginas tomaron asiento alrededor de la mesita.

Ángel, maestro de ceremonias, empezó a leer *La isla del tesoro*.

Parte primera
El viejo pirata

I

Y el viejo marino llegó a la posada del Almirante Benbow...

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó Amelia, palmoteándose las piernas.

—Hoy... ¡somos piratas! —gritó Tico, que, subido en su silla, enarbolaba su loro para que todos lo vieran.

A pesar de saber que aquel animal era de algodón y plástico, Zhivago no le quitaba ojo. Tal vez trataba de imaginar a qué sabía un loro y si, aunque fuera remotamente, aquel animalejo que el niño había traído de casa conservaría algo de ese sabor. ¿Valía la pena el esfuerzo de saltar a por él y pelearse con su pequeño amigo humano, o era mejor conformarse con las migas de las madalenas de la anciana, que hoy tenían crema?

—¡Ha sido idea mía! —reivindicó el niño.

Ángel sonrió y no quiso desmentirlo: en realidad, se le había ocurrido a él para motivar al niño a participar en la lectura. Como le había dicho más de una vez don Ramón en su época escolar, «deja que los otros crean que la idea fue suya mientras la lleven a cabo. Así todos ganáis».

—Gracias, padre, ¡tus consejos siguen siendo certeros! —murmuró para sí antes de continuar con la lectura. La dispersión de sus socios se contagiaba como el peor de los constipados y hasta él se descentraba de vez en cuando.

> El *squire* Trelawney, el doctor Livesey y algunos otros caballeros me han indicado que ponga por escrito todo lo referente a la isla del tesoro, sin omitir detalle, aunque sin mencionar la posición de la isla, ya que todavía en ella quedan riquezas enterradas; y por ello tomo mi pluma en este año de gracia de 17... y mi memoria se remonta al tiempo en que mi padre era dueño de la hostería Almirante Benbow, y el viejo curtido navegante, con su rostro cruzado por un sablazo, buscó cobijo bajo nuestro techo.
>
> Lo recuerdo como si fuera ayer. Meciéndose como un navío, llegó a la puerta de la posada, y tras él arrastraba, en una especie de angarillas, su cofre marino; era un viejo recio, macizo, alto, con el color de bronce viejo que los océanos dejan en la piel; su coleta embreada le caía sobre los hombros de una casaca que había sido azul; tenía las manos agrietadas y llenas de cicatrices, con uñas negras y rotas; y el sablazo que cruzaba su mejilla era como un costurón de siniestra blancura. Lo veo otra vez, mirando la ensenada y masticando un

silbido; de pronto empezó a cantar aquella antigua canción marinera que después tan a menudo le escucharía:

Quince hombres en el cofre del muerto...
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Y una botella de ron!

—¿Habéis visto alguna vez un pirata? ¿Uno de verdad? —interrumpió Tico.

Los tres adultos negaron a la vez con la cabeza. Zhivago se guardó su opinión. Quizá, pensó el niño, en una de sus siete vidas había sido un gato marinero y se las había visto con uno de ellos.

—A mí me encantaría conocer a uno —musitó el niño para sí.

Golpeó en la puerta con un palo, una especie de astil de bichero en que se apoyaba, y, cuando acudió mi padre, en un tono sin contemplaciones le pidió que le sirviera un vaso de ron. Cuando se lo trajeron, lo bebió despacio, como hacen los catadores, chascando la lengua, y sin dejar de mirar a su alrededor, hacia los acantilados, y fijándose en la muestra que se balanceaba sobre la puerta de nuestra posada.

—Es una buena rada —dijo entonces—, y una taberna muy bien situada. ¿Viene mucha gente por aquí, eh, compañero?

Mi padre le respondió que no; pocos clientes, por desgracia.

—Bueno; pues entonces aquí me acomodaré. ¡Eh, tú, compadre! —le gritó al hombre que arrastraba las angarillas—. Atraca aquí y echa una mano para subir el cofre. Voy a hospedarme unos días —continuó—. Soy hombre llano; ron, tocino y huevos es todo lo que quiero, y aquella roca de allá arriba, para ver pasar los barcos. ¿Que cuál es mi nombre? Llamadme capitán. Y, ¡ah!, se me olvidaba, perdona, camarada... —Y arrojó tres o cuatro monedas de oro sobre el umbral—. Ya me avisaréis cuando me haya comido ese dinero —dijo con la misma voz con que podía mandar un barco.

Y, en verdad, a pesar de su ropa deslucida y de sus expresiones indignas, no tenía el aire de un simple marinero, sino el de un piloto o un patrón, acostumbrado a ser obedecido o a castigar.

—Pensaba que habría batallas, tesoros, barcos... ¡y solo sale un bar viejo! —protestó Tico al cabo de un rato.

—Para disfrutar de una buena historia, hay que tener paciencia —le dijo Clara con amabilidad.

—Ya, pero es que yo soy un niño y los niños no tenemos mucha —respondió.

Ante la mirada severa de Ángel, Tico se levantó. Fue al mostrador y buscó el cepillo. Zhivago maulló complacido por lo que se avecinaba. El niño regresó a cumplir con su encargo mientras Clara añadía:

—Nada es lo que parece. Todo puede suceder cuando traspasas la tapa de un libro.

Ángel sonrió y siguió.

> Era un hombre reservado, taciturno. Durante el día vagabundeaba en torno a la ensenada o por los acantilados, con un catalejo de latón bajo el brazo; y la velada solía pasarla sentado en un rincón junto al fuego, bebiendo el ron más fuerte con un poco de agua. Casi nunca respondía cuando se le hablaba; solo erguía la cabeza y resoplaba por la nariz como un cuerno de niebla; por lo que tanto nosotros como los clientes habituales pronto aprendimos a no meternos con él. Cada día, al volver de su caminata, preguntaba si había pasado por el camino algún hombre con aspecto de marino. Al principio pensamos que echaba de menos la compañía de gente de su condición, pero después caímos en la cuenta de que precisamente lo que trataba era de esquivarla.

—Ángel, ¿tú has probado el ron? —Esta vez fue Amelia la que habló.

El librero asintió. Cuando se casó con Constanza, se fueron de luna de miel a Cuba. Durante el día descubrían la isla. Las noches las pasaban en el balcón de la habitación alquilada, bajo las estrellas, escuchando las tonadas de los músicos callejeros y bebiendo ron.

—¿A qué sabe?

—Viene de la caña de azúcar, así que podríamos decir que es más dulce que amargo. Lo que sí puedo contarte es que nació gracias a los esclavos de las plantaciones. Tras refinar el azúcar, fermentaban lo que quedaba para crear esta bebida... ¡ya en el siglo XVII!

Clara añadió con una sonrisa:

—Yo no lo he probado, pero sé que era tan apreciado que se usaba como moneda de cambio, e incluso como parte del pago del salario de algunos marineros.

Tico, que había dejado de peinar al gato, los miraba intrigado.

—Yo no lo he probado... ¡Le diré a mi madre que me compre!

Los tres adultos rieron.

—Pues suerte, amigo, con eso —añadió Ángel antes de seguir leyendo.

> Yo era el único para quien su comportamiento era explicable, pues, en cierto modo, participaba de sus alarmas. Un día me había llevado aparte y me prometió cuatro peniques de plata cada primero de mes, si «tenía el ojo avizor para informarle de la llegada de un marino con una sola pierna». Muchas veces, al llegar el día convenido y exigirle yo lo pactado, me soltaba un tremendo bufido, mirándome con tal cólera, que llegaba a inspirarme temor; pero, antes de acabar la semana, parecía pensarlo mejor y me daba mis cuatro peniques y me repetía la orden de estar alerta ante la llegada «del marino con una sola pierna».

—¿Creéis que hubo mujeres piratas? ¿O siempre fueron hombres? —volvió a interrumpir Amelia.

Esta vez fue Clara quien respondió rápidamente:

—¡Claro, Amelia! Lo que pasa es que en el cine y las novelas, durante siglos, solo se ha hablado de los piratas varones, ¡pero ellas eran tan valientes y sanguinarias como sus compañeros! Algunas se embarcaban en busca de aventuras, otras por culpa de la pobreza o para escapar de un matrimonio y una vida que no les interesaba. En aquella época, solo se esperaba que las mujeres fueran monjas, o esposas y madres.

—Como en la mía —musitó Amelia mientras se miraba las manos —. Yo me casé por amor, tuve suerte, pero, aun así, no me dejaron hacer otra cosa. Eso y trabajar a destajo, lavando y limpiando, mi casa y la de otros.

—¿Te hubiera gustado ser pirata? —preguntó Tico, a quien le interesaban más las vidas de sus nuevos amigos que las historias de los libros.

Amelia se quedó callada, dubitativa.

—No creo —contestó al final—. Me habría gustado viajar y descubrir tantos sitios diferentes, pero...

—¿Te mareas en los barcos? —insistió el niño.

—No lo sé. Si te soy sincera, nunca he montado en uno.

A Tico se le abrieron tanto los ojos que las gafas empezaron a resbalarle por la punta de la nariz.

—Yo solo una vez, pero soy un niño, es normal. ¡Tú has vivido muchos años!

—Ya ves... —Sonrió con cierta tristeza, que trató de espantar con un gesto de la mano—. En todo caso, no me gustaría pelearme con todo el mundo, robar, emborracharme... Eso no va conmigo.

Tico asintió.

—Sí, debe de ser muy cansado ser tan malo todo el día... —recapacitó y añadió—. Pero sí me gustaría tener un loro en el hombro que hablara y llevar parche como Ángel.

El librero decidió acabar las dos páginas: afuera había oscurecido y Berta estaría preocupada por su hijo. Además, Amelia tenía que acompañar a Clara hasta su casa para cenar con su familia y luego llegar a la suya, donde la esperaba su marido para ver juntos una película.

Solo Ángel y Zhivago, dos viejos y solitarios piratas varados como el de *La isla del tesoro*, eran libres y sin horarios que cumplir.

> No es necesario que diga cómo mis sueños se poblaron con las más terribles imágenes del mutilado. En noches de borrasca, cuando el viento sacudía hasta las raíces de la casa y la marejada rugía en la cala rompiendo contra los acantilados, se me aparecía con mil formas distintas y las más diabólicas expresiones. Unas veces con su pierna cercenada por la rodilla; otras, por la

cadera; en ocasiones era un ser monstruoso de una única pierna que le nacía del centro del tronco. Yo le veía, en la peor de mis pesadillas, correr y perseguirme saltando estacadas y zanjas. Bien echadas las cuentas, qué caro pagué mis cuatro peniques con tan espantosas visiones.

Terminada la sesión, al ver cómo sus tres socios caminaban por la calleja hacia sus hogares, Ángel sintió una punzada de nostalgia. Cuántas veces había caminado él hacia casa para cenar con Constanza sin darse cuenta de la maravilla que era eso.

—La rutina quita la magia a la cotidianidad —se dijo en voz baja.

Él extrañaba eso, caminar por cualquier calle al acabar la jornada, sabiendo que, al llegar a casa, ella, como antes sus padres, lo esperaba con un abrazo y un plato de sopa en la mesa.

Si Tico le hubiera preguntado a él, le habría dicho que, después de releer las primeras páginas de *La isla del tesoro*, ya no quería ser pirata: el mar y el ron le gustaban —o eso pensaba—, pero no la soledad de quienes viven de puerto en puerto, sin un rincón al que llamar hogar.

7

Dos por uno

Había algo extraño en aquel cliente que, a última hora de la tarde, había entrado en El Sueño de Constanza. Rondaría los treinta años; ancho de espaldas y fuerte, caminaba con las manos en los bolsillos.

Se paseaba detenidamente entre las estanterías y, sin embargo, no consultaba ningún libro. Miraba los anaqueles muy despacio, como si tratara de encontrar algo en concreto; o, pensó Ángel, cuando habían pasado más de quince minutos desde que entrara, como si no se atreviera a salir de nuevo a la calle.

¿Lo estaría buscando la policía?

Hasta Zhivago se había dado cuenta de que algo no cuadraba en aquel tipo: no resultaba inquietante, pero ¡era la hora de cerrar y ahí seguía dando vueltas como una peonza! Se puso a seguirlo a cierta distancia, sin quitarle los ojos azules de encima. Su instinto gatuno, tras aquellas semanas de entrenamiento, le decía que ahí no había venta. No era que a él le importara, porque de los balances se ocupaba su socio humano, pero hasta que no se marchara no recibiría su lata de la noche. Y su hambre sí le competía.

Aunque Ángel pensara algo parecido, no quería dejar de intentar una última venta para culminar aquel gran día. Ese viernes medio Teruel había decidido comprar un libro, le había dicho, feliz, a Zhivago hacía un rato. Este lo había mirado con un ojo abierto y otro cerrado, como sospechando.

—Quizá exagero —le había explicado a Tico, sintiéndose intimidado por la mirada del felino—, pero desde que abrí El Sueño de Constanza nunca he vendido tanto como hoy: casi veinte libros.

El niño se había acercado con una redacción en inglés que hacer para el colegio. Juntos la habían terminado y Tico había cumplido con el encargo de peinar a Zhivago.

Ángel estaba cansado y quería irse a comprar algo de cena. ¿Por qué daba tantas vueltas aquel joven? Nunca lo había visto por la tienda.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó al fin.

—Bueno... —Su voz sonó desde la estantería del fondo.

—¿Buscas algo en concreto?

—No sé...

—¿Quizá algo para regalar? Puedo asesorarte —lo apremió Ángel —. Es que es hora de cerrar y...

Zhivago maulló, como si quisiera reafirmar lo que acababa de comentar su humano, y, tres pasos después, el chico apareció delante del librero.

El joven, que vestía una camiseta del Club Deportivo Teruel, se acercó al mostrador.

—En realidad, me gustaría comprarme el mismo libro que una persona... —comentó con apuro.

Ángel lo miró.

—¿Un libro usado? Esto no es una librería de segunda mano. ¡Lo siento mucho!

—No, no... Quiero un ejemplar nuevo, el mismo que ha comprado otra persona en esta misma librería.

El librero asintió, aunque no estaba muy convencido de poder ayudarlo sin más información. ¡Justo un día como aquel, en que tantas personas habían comprado libros y encargado otros tantos!

—¿Qué libro es?

—No lo sé... —dijo el chico, avergonzado.

—Me lo pones difícil para ayudarte —bufó—. ¿Alguna pista? ¿El nombre del autor? ¿La editorial? —Ante las negativas del joven, empezó a desesperarse—. ¿Sabes cómo es la portada? —El chico volvió a negar con la cabeza—. Entonces no puedo ayudarte.

—Lo compró una chica —dijo al fin.

—¡Algo es algo! La compradora es una mujer —dijo Ángel, haciendo esfuerzos para no perder la paciencia—. ¿Sabías que más del setenta por ciento de quienes compran y leen libros en nuestro país son mujeres? También en esta pequeña librería. Hoy solo he atendido a un par de hombres, incluyéndote a ti.

Inmune al desaliento y a las indirectas de Zhivago y del librero, el joven seguía allí plantado. Tenía un hoyuelo en medio de la barbilla, una pequeña cicatriz en una ceja y una peca en la mejilla derecha que le hacían parecer un niño travieso.

—¿Y no puedes preguntarle a tu amiga por el título? —lo urgió el librero.

Al oír eso, el chico se puso colorado. Un pequeño y muy ligero temblor de la barbilla hizo saltar las alarmas de un romántico como Ángel. Influenciado por Constanza y por tantos autores, tenía un corazón soñador, aunque últimamente estuviera en cuidados intensivos.

Acababa de ser conquistado por esa posibilidad, la de encontrarse frente a un enamorado, así que decidió que ayudaría al último cliente del día. Fue hacia la puerta, giró el cartel para poner CERRADO y lo invitó a acercarse a la mesita del café.

—Yo voy a tomarme un café solo descafeinado con tres terrones de azúcar, y este gato está esperando su comida... ¿Nos

acompañas? —preguntó, mientras ponía en marcha la máquina eléctrica.

Por la mañana, Ángel prefería prepararlo en la cafetera italiana de la buhardilla, pero, a aquellas horas, decidió ser práctico.

Mientras preparaba un cortado para su invitado, se presentó:

—Me llamo Ángel.

—Roberto, pero mis amigos me llaman Robe —le estrechó la mano.

El librero observó que su nuevo cliente tenía los dedos manchados de grasa vieja, de esa que ya se ha lavado tantas veces que en realidad ha pasado a formar parte de la piel.

—También te puedo decir que la chica ha venido este mediodía a las 13.57 exactamente.

—Se nota, entonces, que es amiga tuya —bromeó Ángel—. ¡Os gusta llegar cuando estoy a punto de cerrar!

—En el aeropuerto, los jefes son muy estrictos en cuestión de horarios —explicó Robe—, así que cuando se acaba la jornada salimos corriendo para las gestiones.

—Claro, claro...

Ángel cerró unos segundos los ojos. Así pues, él y la lectora misteriosa trabajaban en el aeropuerto de Teruel. En su mente apareció entonces algo más. Recordó a una chica bajita y delgada, con media melena pelirroja recogida con un pañuelo. Tenía cierto aire de hada: vestía colores muy claros, ropa de corte romántico y hablaba con mucha dulzura.

—¿Pelirroja? —preguntó, abriendo los ojos.

«No pegan nada», se dijo, aunque muy dentro, en su corazón, le pareció oír la voz de Constanza: «¿Y tú y yo? ¿acaso pegábamos?». *«Touché»*, le contestó en silencio a su mujer.

Después de haber movido el bigote, Zhivago subió a su silla de un salto, como si también a él le interesara aquella posible historia de amor.

Robe le despeinó su bonito pelaje blanco con un gesto algo brusco. Aun así, el gato no protestó.

—Sí, es pelirroja.

—Ya sé quién es —se entusiasmó Ángel—. ¡Parecía encantadora! Y, desde luego, muy entendida en libros.

—¡Vaya que sí! Se pasa el día leyendo en cuanto tiene un descanso. Salgo a fumar y me la encuentro entre los motores en revisión con un libro en las manos. Come con todos, pero más deprisa para rascar un rato antes del turno de tarde.

Ángel rio: estaba claro que aquel chico se había enamorado de una ratita de biblioteca, como le pasó a él con Constanza.

Zhivago lo miró fijamente. Al librero le pareció que con la intensidad de aquel azul tan especial de sus pupilas, su socio lo presionaba para que ayudara al chico, un Romeo desesperado que trataba de seguirle la pista a su Julieta lectora.

—Estás de suerte: aún no ha comprado nada, pero nos ha hecho un encargo —dijo volviendo al mostrador para sacar la libreta donde lo apuntaba todo. Pasó las páginas hasta encontrar el libro y el nombre de la lectora.

—¡Aquí está!

—Quiero el mismo —dijo Roberto con entusiasmo.

—Claro, te lo tendré que encargar también.

—No hay problema.

Mientras tomaba nota, Ángel comentó de pasada, pero con toda la intención:

—No es la primera vez que Lucía viene a El Sueño de Constanza; te diría que es una letraherida a quien no le importa esperar para

hacerse con sus tesoros.

—¿Más de uno? Quiero tener todos los libros que te ha comprado. ¿Cuántos han sido? —preguntó Robe, ansioso.

—Voy a hacer memoria... ¡Tienes suerte de que llevo solo tres meses abierto!

El chico sonrió satisfecho.

Si aquellos dos hombres hubieran entendido algo de gatos sabios, se habrían dado cuenta de que Zhivago sonreía para sí mismo. Empezaba a conocer bien a su humano: el leve carraspeo que acababa de hacer, sumado al tamborileo discreto de sus dedos sobre el mostrador, eran anuncio de que acababa de tener una idea.

—Para ponerte a la altura de Lucía, no basta con tener la lista de libros y comprarlos —murmuró Ángel—. ¿Para qué quieres leerlos?

Se hizo el silencio en la librería.

El chico pareció dudar mientras extraviaba la vista a través del escaparate. En ese momento, una pareja cruzaba por delante discutiendo.

—Para tener de qué hablar con ella, para saber más sobre lo que le gusta y... Lo cierto es que no soy demasiado buen lector, para qué negarlo.

Cinco minutos después, ambos salían por la puerta de El Sueño de Constanza. Ángel le propuso que lo acompañara a la plaza del Torico a comprar jamón, pan y leche, así podrían seguir charlando.

Roberto aceptó encantado mientras le explicaba que era mecánico de motores en el aeropuerto de Teruel, que había dejado la escuela siendo muy joven porque era muy movido y gamberro. Se había apuntado a estudiar un oficio por obligación paterna y, al hacerlo, ¡había descubierto su vocación! Amaba revisar las piezas, arreglar

todo lo que no funcionaba y buscar las misteriosas razones de algunos fallos del sistema.

—Entre metal y grasa soy feliz —le había dicho—, también con los compañeros. Se puede decir que me gustaba mi vida, pero entonces apareció Lucía hace unos seis meses —suspiró— y se me volvieron locos los circuitos. Ahora solo espero el momento del día en que me la cruzo en un hangar o la descubro escondida leyendo... No la saludo; ella no sabe ni que existo —añadió con cierta pena.

—¿Es mecánica también?

—¡Qué va! Es un cerebrito. Es ingeniera de sistemas.

—¿Y por qué no le hablas?

—Porque no sé qué decirle... Por eso, cuando esta mañana la he visto salir corriendo del aeropuerto, la he seguido en mi moto. Ella iba en coche, pero conduce bastante despacio, así que ha sido fácil ver dónde paraba. En cuanto he acabado el turno de tarde, no lo he pensado dos veces y he venido hasta aquí.

—Te ha parecido el sitio ideal para preparar su conquista.

Tras comprar la cena de Ángel, aún siguieron paseando diez minutos más, hablando.

Mientras regresaba solo por la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, el librero iba tatareando una canción. Estaba de muy buen humor. Roberto era un buen tipo, sin complicaciones, y conversar con alguien que no fuera un gato o un niño le había sentado de maravilla.

Por lo que había oído, gracias al aeropuerto, muchas empresas habían empezado a inyectar dinero en la ciudad. Habían llegado trabajadores de otros lugares, como el propio Roberto, que había llegado hacía ya un par de años desde Huesca. En los hangares

dormían aviones de diferentes compañías que esperaban su puesta a punto. Los trabajadores no tenían ni un minuto para aburrirse.

Miró con cierto orgullo el escaparate de su librería: esta vez estaba dedicado a la ciencia ficción, con libros de Julio Verne, H. G. Wells, Isaac Asimov y Ursula K. Le Guin, que compartían el espacio con los retratos de los escritores. La luna, aunque algo tímida, se reflejaba ya en el vidrio. ¿Qué mejor homenaje?

Abrió la puerta y entró.

—Zhivago, ¡ya estoy en casa!

Un maullido desde la buhardilla le hizo sonreír mientras dejaba en el suelo las bolsas con la comida.

Al cerrar la puerta de El Sueño de Constanza, reparó en el cartel escrito a mano del Club de las Dos Páginas, que seguía en un lateral del escaparate, junto a la reproducción en cartón de un cohete antiguo.

—Por cierto, ¡ya tenemos un nuevo miembro en el club!

Zhivago maulló tres veces: tenía claro que aquel joven acabaría allí los jueves desde que Ángel había jugado con sus dedos sobre el mostrador.

8

Y YA SON CINCO

Faltaban cinco minutos para las siete. Un viento revoltoso peinaba los adoquines de la calleja con insistencia. El mes de junio se había colado en el calendario: los días se alargaban con pereza y, aunque la mayoría eran soleados, aquel jueves era la excepción desde primera hora.

Zhivago deambulaba maullando quejoso, como un viejo cascarrabias. Ángel llevaba todo el día tratando de entender qué le pasaba: parecía estar discutiendo con un fantasma o consigo mismo.

Todo había empezado por la mañana: una estudiante había entrado en El Sueño de Constanza nada más abrir. Eran apenas las diez. A esa hora la lluvia era solo una amenaza, el cielo encapotado la anunciaba. Lo habitual hubiera sido que Zhivago hiciera de excelente anfitrión, como siempre, a no ser que se tratara de caniches o de gente maleducada. Aquella chica no era ni lo uno ni lo otro. Aun así, cuando se acercó al minino para acariciarlo, recibió un bufido.

—¡Qué extraño! —exclamó Ángel—. A Zhivago le gusta mucho la gente.

Ella se encogió de hombros.

—Seguramente sabe que soy más de autores franceses que de rusos —comentó medio en broma.

El gato se alejó con la cola bien tiesa. Subió, muy digno, las escaleras de la buhardilla y se perdió en el primer piso toda la mañana.

La chica se llevó una edición de bolsillo de *Los miserables*, tras comentarle a Ángel que, desde que había visto la película en el cine, hacía unos años, no se podía quitar de la cabeza a Cosette y Marius Pontmercy. Quería conocer su historia en las palabras del propio Victor Hugo.

Tras conversar con ella unos minutos, el librero aún entendía menos qué demonios le había pasado a su socio felino. Aquella clienta era una buena lectora y una persona risueña.

El resto de la mañana transcurrió con la calma habitual.

Los clientes eran escasos, así que el librero se dedicó a hacer aviones de papel para su nuevo escaparate.

De niño, don Ramón le había enseñado a construir diferentes modelos. Ángel no tenía hermanos, así que, cuando no estaba en la escuela, esperaba con ansia la llegada de su padre para jugar con él. Siempre que le era posible, el médico robaba tiempo al tiempo para hacerlo, aunque fuera ya de noche.

Durante una época, haciendo honor a su nombre, Ángel soñó con volar: del techo de su habitación colgaba un globo aerostático y en las paredes había pegado un montón de dibujos de aviones de todos los tamaños y medidas. Obsesivo siempre que algo le interesaba, pasó meses leyendo biografías de los primeros pilotos, ensayos sobre la anatomía de los pájaros o sobre la historia de la aviación.

En aquella época se hizo un esguince jugando al fútbol. Tuvo que pasar varias semanas quieto en casa, y fue entonces cuando él y su padre, para desespero de su madre, empezaron a llenar la casa de aviones. Don Ramón le traía papeles especiales y, gracias a un libro de papiroflexia, se atrevían con los modelos más complejos. Al

acabar su baja, parecía que, en vez de en un piso, vivían en un hangar. Su madre no esperó ni un minuto para deshacerse de ellos en cuanto su hijo salió camino de la escuela.

Sentado en el mostrador y mientras sonaba *jazz* en su ordenador, Ángel recordó con una sonrisa aquellos días de su infancia.

—Estoy desentrenado... —protestó cuando los dos primeros aviones de papel ni siquiera planearon un centímetro.

Empezó a llover, y el golpeteo de las gotas contra el vidrio del escaparate lo sumió aún más en sus pensamientos.

Miró sus manos: tenían pocas arrugas y alguna mancha. Una alianza brillaba incluso en la oscuridad de ese día; había sido incapaz de quitársela. Él seguía casado con Constanza y lo seguiría estando mientras pudiera respirar, viviera en Barcelona o en Teruel, fuera médico o librero.

—«Todo cambia —canturreó recordando una de sus canciones favoritas—, todo cambia menos mi amor por ti» —dijo acariciando el anillo. Cuando se hicieron novios, a los pocos meses de conocerse, Ángel se pasaba las tardes entre semana y los sábados en la biblioteca para poder verla.

Constanza tenía una jefa muy exigente que apenas le permitía un respiro, y mucho menos ponerse a hablar con nadie. «Hay que dar ejemplo ¡si nos ponemos a hablar, esto acabará convirtiéndose en la plaza del pueblo en día de fiesta mayor!», repetía siempre que los pillaba cuchicheando.

Así que los novios se acostumbraron a hablarse por gestos y por medio de notas. Recuperando su afición de niño, Ángel dio por bien empleadas aquellas horas y días enteros de papiroflexia: hacía pequeños aviones con algún mensaje escrito que, cuando la bruja se despistaba, lanzaba hacia la mesa de la bibliotecaria. Ella sonreía al

leerlos y su sonrisa iluminaba aquel espacio oscuro y la engorrosa tarde de estudio.

La respuesta le llegaba a Ángel escrita en forma de garza de papel. Constanza las dejaba en diferentes lugares: en la estantería de «Anatomía», en la fotocopiadora o en la máquina de café.

Aquella mañana gris de junio, Ángel trataba de recordar alguno de aquellos mensajes que durante años guardó entre las páginas de sus apuntes y libros de la carrera. Al decidir cambiar de vida, los había dejado atrás, y ahora se arrepentía de no haber traído un par con él.

Al mediodía, los maullidos insistentes y desconsiderados de Zhivago lo sacaron de sus pensamientos. Cuando trató de agarrar al gato, se le escabulló. De un salto se subió al mostrador y, para sorpresa del librero, le bufó.

En ese instante, la lluvia que caía desde hacía horas se convirtió en granizo. Humano y minino miraban hacia la calle: nadie parecía tan loco como para atreverse a cruzar bajo ese bombardeo.

—¿Tienes reuma, quizá? —preguntó Ángel, acercándose a su amigo. A veces, no podía evitar que el médico que llevaba en su corazón saliera a la luz.

Zhivago abrió sus ojos azules y retrocedió un par de pasos en el mostrador, dejando claro que no pensaba dejarse palpar por nadie, ni siquiera por su socio librero.

—Eso quizá explicaría tu mal humor de hoy —prosiguió Ángel. El gato seguía vigilándolo—. ¿Qué edad tienes, Zhivago? La verdad es que nunca he sido bueno poniendo edades a los humanos, ¡imagínate a los gatos!

Ángel giró el cartel: era hora de prepararse el almuerzo.

Hizo una señal invitando al gato a subir a la buhardilla. Él lo ignoró.

—Uy, uy, ni siquiera comer... ¡A ver si tengo que llevarte al veterinario!

Zhivago lanzó un maullido grave.

Si su traductor, Tico, hubiera estado cerca, sabría que acababa de decir que al veterinario iría él. En sus más de diez años de vida ¡no había visitado uno! Sor Milagros creía que el agua de Lourdes era el mejor remedio para todo. Así que, si alguna vez el gato vomitaba por un atracón de galletas, le echaba unas gotitas en la lengua. Si se tragaba alguna mosca o cucaracha y le sentaba mal, lo mismo.

Solo cuando Ángel se puso a descansar, Zhivago se dignó a subir a la buhardilla y dar cuenta de su pienso. Descubrió con agrado que el librero le había puesto trocitos de jamón dulce. Se relamió nada más verlo.

Toda la tarde el cielo estuvo indeciso: ahora lluevo, ahora no.

Y el humor de Zhivago estuvo igual.

Tras el granizo del mediodía, volvió la lluvia, acompañada de truenos y relámpagos. Nadie se acercó a la librería, así que Ángel aprovechó para avanzar en su lectura.

Tras años leyendo y releyendo *Doctor Zhivago*, había decidido adentrarse en la obra poética de Pasternak. Constanza le había insistido muchas veces en que lo hiciera y el librero siempre decía que cuando su ánimo estaba de mudanza, la poesía era su mejor compañía.

«¡Somos los occidentales los que amamos esta obra! Piensa que en Rusia no se publicó hasta 1988. Allí Pasternak solo era conocido

por su extensa obra poética y por sus traducciones», le había dicho ella una vez con verdadera pasión.

Como buena bibliotecaria, su chica amaba los chascarrillos literarios. Algunas noches, en la cena, le contaba chismes de autores y editores como si fueran sus vecinos o los compañeros de hospital de Ángel.

Así supo que Pasternak había obtenido el Premio Nobel, que lo agradeció en una carta, pero que, unas semanas después y presionado por el Gobierno soviético, envió una segunda carta rechazándolo. Sería su hijo quien, décadas después y con la democracia ya en el poder, recogiera el premio en Estocolmo.

Leyendo los versos de «Mi hermana la vida», no tuvo más remedio que, de nuevo, darle las gracias a su mujer por descubrirle esa otra vertiente del autor.

Mi hermana la vida hoy se rompe a torrentes
contra todos como lluvia primaveral,
pero la gente enjoyada se queja
y muerde con cortesía igual que una víbora en la avena.

Los ancianos dan sus razones,
sin duda las mías son ridículas:
la tormenta tiñe de lila los ojos y el pasto,
y el horizonte huele a hierba perfumada.

Mientras leía, la humedad empezaba a calar en El Sueño de Constanza. El suelo y las paredes de madera, sin duda, no ayudaban. Ángel se dijo que lo mejor sería revisar todo el local: impelido por las prisas, al alquilarlo, apenas había limpiado, pintado y poco más. Ahora se daba cuenta de que quizá había sido un incauto.

Una primera gotera apareció en el techo, cerca de la puerta de entrada. Dejó la obra poética de Pasternak sobre su silla y fue a colocar un pequeño cubo bajo la misma. En ese instante apuntó mentalmente llamar a los del seguro para que hicieran esa revisión; aun así, pronto mil obligaciones más se superpusieron a aquella, que con el transcurso de los días se perdería en su memoria.

Ángel se preguntaba con tristeza quién habría decidido desatar semejante tempestad sobre Teruel.

Vio a Zhivago bajar de la buhardilla ignorándolo. Luego se escondió tras el mostrador.

Ángel suspiró. Estaba siendo una jornada de lo más solitaria. Nadie vendría a la tercera sesión del Club de las Dos Páginas. ¿Quién querría salir de casa con ese tiempo?

Se dispuso a pasar el resto de la jornada lo más rápido posible, con un segundo café, leyendo en su silla y junto a un gato esquivo que no quería saber nada de él.

Por eso, cuando faltando solo cinco minutos para las siete, Amelia entró quejándose de aquel día de perros, Ángel la abrazó como si hiciera meses que no la veía.

Llevaba un chubasquero y un paraguas azul, a conjunto con su pelo. Del bolso sacó un *tupper* con las madalenas de zanahoria que había preparado para aquella sesión.

—He investigado un poco y he descubierto que la novela que toca leer iba de un conejo, así que...

Ángel no pudo evitar reír.

—No exactamente.

—¿Cómo qué no? ¡Aparece en la portada del libro! Con reloj y paraguas —protestó mientras se secaba las gotas que resbalaban por su cara.

El librero iba a contestarle cuando la campanilla volvió a sonar.

Esta vez eran Tico y Clara quienes entraron cogidos de la mano.

—Hoy yo soy su perro lazarillo —dijo el niño con orgullo quitándose la mochila.

—Tico, eres mi lazarillo a secas —lo corrigió ella riendo.

Como Ángel había intuido en las pocas semanas que la conocía, aún no había aceptado del todo su ceguera. Sus padres habían tratado de convencerla de tener un perro que la acompañara en sus paseos, pero, a pesar de que le habían prestado tres diferentes, pronto los había devuelto a la fundación que los entrenaba. Había dado cada vez motivos diferentes: que si no le gustaban las mascotas, que si no estaba preparada para ocuparse de alguien más, que si eran desobedientes y revoltosos...

Tampoco leía braille, como le había confesado al librero. Había preferido abandonar su gran pasión, la literatura, antes que leer con los dedos.

—Los ojos son para mirar y los dedos para acariciar. No me gusta confundir las cosas —le había dicho, drástica.

No se conformaba con apaños, según sus propias palabras. La literatura formaba parte de la vida de la Clara niña y adolescente, pero no formaría parte de la Clara adulta, había insistido.

Con todo, había ido a la sesión aquel día de rayos y truenos.

A modo de reconocimiento, Zhivago, al oír sus voces, salió de su escondite. Saltó sobre su cojín y enterró la cabeza entre las patas. Si el resto de los socios no faltaba a pesar de la lluvia, no sería él quien fallara.

«El gato no se rinde y yo tampoco», se dijo Ángel, quien decidió que encontraría la manera de darle la vuelta al bloqueo de Clara con la literatura. De momento, había conseguido que se apuntara al club de lectura. Quizá algún día debería hablarle de Constanza y sus

atajos a la felicidad. Estaba seguro de que no podría abandonar tan fácilmente el camino de las historias.

Clara, Amelia, Tico y Zhivago ya estaban preparados, cada uno en su silla, y las madalenas estaban dispuestas sobre la mesa.

—¿A qué esperamos? —preguntó Amelia, quien siempre iba con prisas para volver a casa.

—A un nuevo miembro —respondió, misterioso, Ángel.

—Quizá no venga —dijo Tico, quien llevaba un reloj de bolsillo colgando de la hebilla de su tejano.

Él también había investigado. Aquella reliquia había sido de su abuelo y la había cogido prestada del joyero de su madre. Solo de imaginar lo que Berta haría con él si no lo devolvía en perfecto estado, temblaba. Adoraba aquel objeto que, por lo que había entendido, y a pesar de que ya no daba la hora, había pertenecido a varias generaciones de su familia.

En cuanto a Clara, cuando se quitó la chaqueta, mostró una camiseta estampada con una carta: el as de corazones.

Ángel los felicitó a los tres por el vestuario.

—Así que yo, para no ser menos, propongo tomar té en vez de café. Hace un par de días compré una tetera y unas tazas... —anunció abriendo una caja sobre el mostrador.

Todos aplaudieron.

—En cuanto a Zhivago —dijo Tico—, le he traído unas orejas de conejo.

Dicho esto, sacó una diadema de la mochila. Ángel iba a prevenirlo de que era mejor no molestar a su ayudante felino, que no tenía un buen día, pero el niño ya se la estaba colocando. Contra todo pronóstico, el gato se dejó hacer.

Una vez más, el librero se dio cuenta de que aquel felino era especial. «Sin duda, es amigo de sus amigos», se dijo.

—Pues si ya tenemos a Alicia —dijo Clara, señalándose y luego señalando a cada uno de sus amigos—, al conejo y al Sombrerero Loco, ya solo nos falta la Reina de Corazones. ¡Espero que sea a quien has invitado!

En ese momento, sonó la campanilla de la puerta.

Eran las siete y cuarto.

—¡Ya estoy aquí! —gritó el mecánico antes de que pudieran verle la cara.

Al librero no le gustaba la gente impuntual y menos en su club. Pronto descubriría que lo de Roberto era una forma de vida. Un día porque llovía, otro porque una tórtola coja se le había cruzado por el camino, otro porque... Siempre tenía una excusa para llegar tarde que daba pie a una historia rocambolesca.

Lo que aún no podía imaginar era que, muy pronto, esa impuntualidad dejaría de molestarlos. Esa misma tarde, diez minutos después, ya con el club en marcha, todos le sonreían. Lo llamaban «Efecto Robe»: encandilaba con su franqueza, como le había pasado a él el día que lo conoció. Era uno de esos tipos a los que te gusta invitar a comer a casa un domingo con la familia, pensó antes de empezar a leer *Alicia en el País de las Maravillas*.

I
Por la madriguera del conejo

> Alicia se estaba cansando de estar sentada sin hacer nada a la orilla del río junto a su hermana. Había echado un vistazo un par de veces al libro que esta leía, pero no tenía ni dibujos ni diálogos.
>
> —¿De qué sirve un libro si no tiene ni dibujos ni diálogos? —se preguntó Alicia.

—¡Eso mismo digo yo! —saltó raudo Tico, dándole un codazo a Ángel, que dejó de leer y se lo recriminó con la mirada.

Estaba acostumbrado a que lo interrumpieran, pero por lo menos esperaban un par de minutos para hacerlo. Tico agachó la cabeza y Zhivago, sentado a su lado, lo golpeó con la suya en el brazo.

> Hacía calor y se sentía adormilada y torpe. Se puso a pensar si valía la pena hacer el esfuerzo de levantarse para ir a recoger margaritas y hacer con ellas una guirnalda. La idea le gustaba, pero ¡uf!, ¡levantarse!
>
> Hasta que, de pronto, apareció un conejo blanco de ojos rosados que saltó corriendo cerca de ella. No era algo muy raro, y tampoco le pareció a Alicia que fuera muy asombroso que el conejo dijera en voz alta:
>
> —¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar!
>
> En aquel momento todo le parecía de lo más normal, aunque más tarde pensaría que no lo había sido.

—¿Lo ves? ¡La historia va de un conejo! —Esta vez fue Amelia quien lo cortó mientras, satisfecha, añadía—: Por eso las madalenas de hoy son de zanahoria.

Todos asintieron menos Ángel, que siguió leyendo.

> Pero entonces el Conejo Blanco se sacó un reloj del bolsillo del chaleco (¡llevaba chaleco!), miró la hora y se puso a correr lo más deprisa que pudo. Alicia se levantó sin pensarlo dos veces: ¡nunca había visto a un conejo con chaleco!, ¡y con un reloj de bolsillo! Echó a correr por la pradera persiguiendo al conejo y justo logró ver que se metía por una madriguera que se abría al pie de un seto.

—¡Como el mío! —les mostró, orgulloso, Tico al resto de los socios del club su reloj.

Roberto se levantó de su asiento.

—¿Me lo dejas ver, colega?

—¡Claro! Pero no lo rompas; es de mi mamá y en casa estallaría una guerra si le pasa algo.

El mecánico lo tomó con mucho cuidado. A pesar de que sus grandes manos se veían manchadas, eran delicadas. Estaban acostumbradas a trabajar con piezas pequeñas y movimientos precisos.

—¡No funciona! —exclamó sorprendido.

—Lo sé —respondió Tico apesadumbrado—. Mi madre se pone muy triste por eso, pero ¡arreglarlo es muy caro!

Sin que nadie se lo pidiera, el niño empezó a explicarles que su bisabuelo había sido jefe de estación. Ese reloj le pertenecía.

—El abuelo de mi mamá tenía fama de ser muy muy puntual. De su estación ¡nunca un tren salió un minuto antes ni un minuto después! —suspiró el niño—, porque este reloj nunca atrasaba ni adelantaba. Daba siempre la hora exacta.

Con los años, les explicó, el reloj lo había heredado su abuelo, el hijo del ferroviario. Era quien tocó las campanas de la catedral de Teruel durante años. Tampoco él había fallado ni un día ni por un segundo.

—Pero cuando mi abuelo murió, mi madre lo guardó en un cofre y no lo sacó nunca más. Hasta que al reloj se le olvidó cómo marcar la hora.

Berta se sentía triste y algo culpable, pero, como bien sabía su hijo, su sueldo no daba para muchas alegrías. La reparación del reloj había ido quedando postergada tras la visita al oculista y las gafas de pasta azul de Tico, la reparación del coche que necesitaba para ir a trabajar, y...

Roberto miró una vez más el reloj sin decir nada: le dio la vuelta y se lo acercó al oído. Lo acariciaba como si estuviera enfermo.

—Realmente es precioso. No me extraña que tu madre lo guarde, aunque ya no marque la hora.

Tico asintió, muy orgulloso.

El mecánico le explicó entonces que la torre mudéjar de la Iglesia de San Pedro, que era la más antigua de la ciudad y databa del siglo XIII, mantenía seis campanas. Todas mudas. Pero que, por suerte, a nadie se le ocurriría quitarlas, aunque ya no dieran las horas.

Ángel se dio cuenta de que Roberto, el nuevo fichaje, no ayudaría al resto de los miembros a concentrarse. Al librero le gustaba leer sin interrupciones, pero daba por perdido poder hacerlo los jueves.

> Un momento después, ¡también ella desapareció por la madriguera! Ni se le ocurrió pensar en cómo iba a poder salir de allí.
>
> Al comienzo, la madriguera era como un túnel recto, pero de pronto se hundió hacia abajo; Alicia no tuvo tiempo ni de intentar pararse y empezó a caer por un pozo muy profundo. O realmente el pozo era muy hondo o ella caía muy despacio, porque mientras bajaba podía observar a su alrededor tranquilamente y preguntarse qué le iba a pasar después. Primero, mirando hacia abajo, intentó ver adónde iría a parar; pero estaba todo tan oscuro que fue en vano. Luego se fijó en las paredes del pozo: estaban llenas de armarios y estanterías, y también había aquí y allá mapas y cuadros colgados de clavos. Alicia logró agarrar un jarro de un estante y vio que llevaba una etiqueta que decía «mermelada de naranja», pero ¡estaba vacío! ¡Qué desilusión!

Al apagar las luces de la librería, Ángel repasó aquella jornada: había empezado fatal, pero gracias al Club de las Dos Páginas había acabado infinitamente mejor.

Por fin había dejado de llover. Sus amigos habían podido irse a casa sin mojarse. Estaba seguro de que Caliope, la diosa griega de la literatura, había premiado al club por su lealtad.

Ángel se inclinó y recogió el cubo, casi lleno, que había colocado bajo la gotera. Lanzó el agua a la calle y cerró la tienda desde dentro.

Subió las escaleras de caracol y, minutos después, un agradable olor a sopa de verduras perfumaba la buhardilla en la que él y Zhivago cenaban en silencio.

9

PACTOS SIN SANGRE

Aunque no era jueves, Robe entró en El Sueño de Constanza a última hora de la tarde. Lo hizo con la seguridad que le caracterizaba, como si llevara toda una vida haciéndolo.

En realidad, parecía pensar Zhivago con su actitud orgullosa y distante, era solo la tercera vez que aquel intruso pisaba su librería. A diferencia de la paciencia que tenía con Tico y el cariño que les mostraba a Clara y Amelia, el gato vigilaba al mecánico como si lo tuviera en periodo de pruebas.

—¡Estaba pensando en ti! —dijo Ángel sorprendido—. Quería llamarte, pero ha sido un día de locos...

—No me digas más, ¡han llegado hordas de turistas a comprarte libros! —bromeó Robe—. Algo he oído decir en el aeropuerto...

—Una librería es mucho más que vender. —Suspiró el librero—. Antes de tener una, ¡no era consciente de todo el trabajo que supone!

El mecánico sonrió. En el fondo, y aunque no pensaba decírselo, creía que el trabajo de verdad era el de las fábricas, los talleres, el campo... Estar entre libros y cuadernos, tomando café y charlando con clientes, le parecía casi un juego.

Se fijó en las manos de Ángel, que tamborileaban en el mostrador mientras le hablaba de un envío de libros que la distribuidora había traído equivocados y todo el papeleo que eso había generado. No

estaban manchadas como las suyas y tampoco tenían cicatrices ni marcas que no fueran de la edad.

Antes de que el librero pudiera explicarle por qué había pensado en él, Robe lo interrumpió en su soliloquio de desgracias con la distribuidora.

—Hoy me he cruzado con Lucía en el hangar. Iba hablando con una compañera y le decía que ya había llegado su nuevo bebé... Lo tienes tú, ¿verdad? Pues quiero el mismo.

Zhivago, desde su cojín, los observaba tranquilo. Le eran indiferentes los proyectos humanos. Llevaba demasiadas vidas presenciándolos como para sorprenderse.

—No has esperado ni un día a venir por él. ¡Al final haremos de ti un letraherido! —Robe se encogió de hombros y el librero siguió—: Pensaba dártelo en la próxima sesión del club, pero si no puedes esperar a leer a Faulkner, ¡no se hable más! Dame un segundo...

Dicho esto, se dirigió a la buhardilla.

En el viejo almacén de sor Milagros, había habilitado un espacio para los encargos y los libros pendientes de devolución, así como para albaranes y facturas. Se había resistido a tirar los objetos olvidados por la monja. Había descubierto que, en algunas ocasiones, Zhivago se escondía para dormir entre ellos. «¿Sentirán nostalgia los gatos? ¿Echará de menos a su anterior ama, como yo a mi padre y a Constanza? ¿Recordará cosas que vivieron juntos?», se preguntaba Ángel mientras buscaba el libro que Robe había encargado.

—Buf... ¡Un tocho! —se escandalizó el joven al verlo bajar.

—Pues sí y, para más inri, *El ruido y la furia* es uno de los libros más difíciles de la historia de la literatura.

—Si es que... —Suspiró Robe.

—Quien algo quiere, algo le cuesta —repuso Ángel mientras marcaba el precio en la caja registradora.

Cinco minutos después, con el libro y el tique en la mano, Robe dudaba en marcharse.

—¿Y si me quedo y lo empezamos juntos? —propuso al fin.

Desde que Ángel le había dicho que era una lectura difícil, no las tenía todas consigo. Se había gastado más de veinticinco euros en un libro que no iba a entender. ¡Quien le mandaría a él meterse en ese lío!

Zhivago lanzó un maullido largo en sueños, como si apoyara esa idea. Ángel decidió que podía permitirse cerrar la tienda media hora antes de lo convenido.

Sentados cara a cara, con un café descafeinado Ángel y uno extrafuerte el joven, el librero tomó el ejemplar para empezar a leer. Dudó un segundo y se lo ofreció a Robe.

—Creo que en este caso deberías ser tu quien hiciera los honores.

El mecánico tosió, tratando de aclararse la voz.

> Siete de abril de 1928. A través de la cerca, entre los huecos de las flores ensortijadas, yo los veía dar golpes. Venían hacia donde estaba la bandera... y se fueron por el bancal y uno dio un golpe y otro dio un golpe...

—¡Qué extraño! Es como si...

—¿Cómo si qué? —preguntó Ángel.

—No he entendido nada, pero es como si se pusiera por escrito lo que piensa el personaje.

—Así es, el monólogo interior es una de las maestrías de Faulkner. Por cierto, ¿sabías que no acabó siquiera la secundaria? Pudo matricularse en la universidad gracias a que su padre era un hombre de negocios reconocido, pero nunca aprobó un solo curso. —Le guiñó un ojo antes de concluir—. Nunca es tarde, amigo..., ¡para ganar el Nobel!

Robe rompió a reír. Ángel pensó que los chascarrillos literarios que Constanza le había explicado tenían siempre el poder de interesar o divertir.

—Así, seguro que Lucía se fijaría en mí; pero por el momento, paso a paso. ¡Ya veremos adónde lleva el camino!

Robe siguió avanzando en la historia sin entender en ningún momento de qué iba.

—Me temo que, aunque me lea este libro hasta el final, no seré capaz de comentárselo a Lucía.

—Para conquistar a alguien que lee a Faulkner, hace falta algo más que recitarle unas citas —contestó, socarrón, Ángel.

Trató de imaginar a Robe en la cantina del aeropuerto con Lucía y, como si tal cosa, conversando de la descomposición de las familias sureñas. Visualizaba la cara de la chica, desconcertada, y al resto de los compañeros preocupados por si a él le había dado un golpe de calor o algo así.

—Esto no es un juego. No puedo quitarme a esa chica de la cabeza: ¡o hago algo o me vuelvo lelo! En una de estas, en vez de aceite voy a echar el matamoscas en el motor de algún biplano y ya verás la que se lía.

El mecánico le contó que últimamente le costaba concentrarse, sobre todo si Lucía estaba cerca. Pero si ella libraba y no la veía en todo el día, lo pasaba aún peor.

Según Ángel había intuido en las escasas veces que ella había visitado la tienda, se trataba de una mujer discreta y tímida. Roberto se lo confirmó. Por eso era tan precavido en sus acercamientos. Sus compañeros bromearían de lo lindo de saber que estaba colado por ella. Y si Lucía descubría, por un segundo, que era el centro de tantas atenciones, levantaría un muro infranqueable entre ambos.

—A esta hay que entrarle muy poco a poco, Ángel, eso lo sé. Tú no tienes pinta de saber demasiado de ligar. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

Ángel dudó de si abrir su corazón a aquel desconocido. Pero dudó poco, porque la campechanía de Roberto, su sonrisa franca y la comodidad que creaba a su alrededor le hicieron bajar la guardia.

—Por ahí se empieza a decir que escondes algún secreto... —dijo el mecánico— o muchos. Ya sabes, fabular es deporte nacional. Si no me crees, pregunta.

El librero lo miró desconcertado. Había dado por sentado que nadie se interesaba por él. Roberto le reveló que también en la cafetería de la plaza del Torico que frecuentaba había oído comentar a dos mujeres que quizá tenía algún tipo de enfermedad porque apenas salía.

—¡Qué entrometidas! —exclamó Ángel, más sorprendido que enfadado.

—El otro día, al salir de aquí, entré en la frutería. Me preguntaron enseguida si te conocía de antes y qué te traes entre manos con toda esta gente curiosa que pasa por la librería.

—No puede ser...

—Hombre, Ángel, no es tan raro que hagan sus cábalas. —Suspiró antes de añadir—: Además, ¿quién abre una librería de clásicos en un callejón de una pequeña ciudad en pleno siglo XXI? Algo debe de haber... ¿Te escondes de Hacienda? ¿De una ex que te persigue? —El librero no daba crédito a lo que estaba oyendo—. Pueblo chico, infierno grande —continuó Robe—. Pero, oye, a mí me lo puedes contar todo que no largaré; entre nosotros existe un pacto, somos miembros del mismo club, ¡entre socios no nos traicionamos!

—¿Del mismo club? —repitió Ángel, cada vez más confuso.

—Claro, del Club de las Dos Páginas.

Ángel negó con la cabeza. De repente tenía mucho calor.

Roberto trataba de calcular si había sido demasiado bocazas, o incluso descortés con el librero, que parecía absorto en un bucle de pensamientos.

Fue Zhivago quien, desde su sillón, decidió que era hora de intervenir. Nunca se sabría si lo hizo porque se acercaba la hora de la cena o porque no le gustaba ver sufrir a su socio humano. Se estiró en silencio: primero una pata delantera, luego la otra; se levantó y estiró la columna. Unos segundos después, había saltado sobre el regazo del librero y lo miraba intensamente.

Ángel volvió al presente.

Acarició al gato, que se apretó contra su pecho para dejarle hacer.

—Es bueno saber que hay tantos amantes de la fantasía, la ciencia ficción e incluso de la novela negra en esta ciudad —susurró—. Son potenciales clientes y lo tendré en cuenta en el próximo pedido.

El mecánico se sintió liberado y estalló en carcajadas.

Ángel decidió que había llegado el momento de abrir las compuertas de su memoria con aquel joven que padecía mal de amores. Solo había compartido con Zhivago y consigo mismo el recuerdo de Constanza.

—Esta librería era el sueño del amor de mi vida.

Enseguida comprobó que empezar a hablar de ella en voz alta a un humano que lo escuchaba con atención le hacía bien.

No había reloj, no había obligaciones. El tiempo quedó suspendido entre aquellos dos hombres y un gato.

Durante más de dos horas, Ángel rememoró su primera vida, aquella que había tratado de esconder. Empezó por el día que descubrió los ojos verdes de Constanza en la biblioteca de Barcelona y su conquista entre notitas y conversaciones robadas en murmullos.

—Si de verdad estás enamorado de Lucía, tendrás que trabajártelo.

—No he cruzado con ella más de dos palabras, pero me emociona ver cómo lee concentrada, cómo separa los granos de maíz de la ensalada en la cantina, cómo camina como si corriera cuando va de un edificio a otro en el aeropuerto... Absurdo, ¿verdad?

—Nada de absurdo, amigo, yo supe que *era ella* solo con verla mover las pestañas al pasar las páginas, escribir en las fichas... El amor se revela en los detalles. —Ángel inspiró profundamente antes de completar la confesión—. El día que por fin le pedí salir, necesité la ayuda de todos los poetas románticos. A ellos me encomendé mientras le escribía un haiku que colé entre las páginas de un libro que le devolví alegando que había una anomalía en la página veintidós. Cuando ella fue a revisarla, descubrió mis versos.

—¿Un qué?

—Lo de los haikus es nivel avanzado por ahora. No te preocupes.

El mecánico asintió, ansioso de conocer el resto de la historia. Le pidió que le explicara aquella primera cita, en la que él le había propuesto encontrarse en una biblioteca histórica del centro de Barcelona.

—Fue en un edificio de 1401, donde hay textos en urdu, árabe, punjabí, hindi, bengalí... Así que quedamos allí para leer, en teoría, y le fui pasando notitas en alguno de estos idiomas. Echando mano de la sección de diccionarios, tuvo que ir traduciendo lo que le decía: que me había enamorado de sus ojos verdes, que quería hablar horas infinitas con ella, que si luego nos tomaríamos un café juntos o un vino, que si...

—¡Eres un romántico!

—Sí, lo reconozco.

—He dado con el mentor ideal para mi proyecto con Lucía.

—Bueno, bueno... Cada mujer es diferente —murmuró Ángel, muy serio—. Primero habría que conocerla mejor. Y luego trazar un plan.

—¿Trazaste un plan con Constanza? —preguntó Roberto.

—Algo así... Bueno, lo tracé, pero saltó por los aires.

Tras esa primera cita, le explicó, fue ella quien empezó a marcar los tiempos. Ella decidía cuándo y cómo quedaban. De alguna manera, el aplicado estudiante de Medicina sintió que lo estaban poniendo a prueba. No le importó. Con el tiempo, se acabaron haciendo inseparables y, un buen día, fue ella quien le pidió que se casaran, poniendo palabras a la misma emoción que embargaba su corazón.

A continuación, le habló de sus primeros años de casados, de las mudanzas, los paseos, las fiestas, la espera del niño que no llegaba, sus carreras profesionales, sus amigos, sus viajes...

—¡Tracemos un plan, sí! —dijo Robe, entusiasmado—. Aunque sea para que salte por los aires. Siento que mi corazón está herido de amor y tú eres médico, ¿no?

—Mi especialidad no era cardiología. —Sonrió, sabiendo que ayudaría a aquel chico, capaz de pelearse con Faulkner por amor—, pero de acuerdo. A cambio, no puedes fallar ni un jueves en el Club de las Dos Páginas. Debes comprometerte con nosotros, con la lectura.

Robe asintió.

Por la noche, tumbados cada uno en su cama, Zhivago y Ángel se perdieron en sus propios pensamientos. El minino soñó con una gata de tres colores, una calicó, que corría delante de él entre unos geranios. Parecía jugar a despistarlo. Las patas de Zhivago se revolvieron en el aire mientras trataba de atraparla.

Por su parte, el librero cerró los ojos e invocó a Constanza para contarle que estaba a punto de convertirse en aprendiz de Cupido.

—Amor mío, estarías orgullosa de mí. Todo lo que tú y yo aprendimos juntos sobre querernos y cuidarnos será semilla de una nueva historia de amor. A este chico se le escapa el corazón por la boca cuando habla de Lucía, una ratita de biblioteca como tú. Lo tienen todo por vivir... —susurró justo antes de dormirse.

El Sueño de Constanza se convirtió, entonces, en una nave silenciosa que avanzaba por el mundo de los sueños con solo dos tripulantes.

10

Tinta en las venas

El primer café del día, el que Ángel se tomaba a solas, era sin duda su preferido. De su vida de médico había mantenido pocos hábitos. Solo algunas de sus costumbres habían viajado en la maleta con él hasta Teruel, pero encontraba refugio en ciertas rutinas cuando le mordía el desconsuelo que, como animal salvaje, lo acechaba siempre.

Por eso le gustaba empezar el día con calma, saboreando un buen café elegido con mimo. Ese ritual marcaba el tono del día.

Nada más levantarse, con *jazz* o clásica como música de fondo, elegía los granos a conciencia. Como buen cafetero, tenía tres o cuatro tipos de café de diferente origen e intensidad. Molía los granos en su improvisada cocina de la buhardilla.

—¿Quién hace eso ya? —Se reía su Constanza en la primera cocina que compartieron al casarse—. Quiero decir, ¿quién con menos de sesenta años?

Él le hablaba de los veranos en Teruel, de las manos de su abuela en la vieja encimera de mármol, seleccionando los granos para el café del abuelo, de su sonrisa al ofrecerle el molinillo cuando era niño. Esos minutos de complicidad, mientras el hombre de la casa dormía, le sabían a felicidad.

Esa felicidad había traspasado las décadas de su vida, la había atesorado y trataba de recuperarla cada mañana.

Una vez molidos los granos, ponía su cafetera italiana al fuego y se disponía a hacer otras cosas nimias hasta que el aroma tostado inundaba la buhardilla, un segundo antes de que el borboteo se escapara de la cafetera. Entonces se servía el café y bajaba a la librería donde, novela en mano, saboreaba lectura y bebida.

Zhivago se había acostumbrado a compartir esos minutos con él; por eso, en cuanto lo oía descender por la escalera, acudía a sentarse en su cojín granate desde donde estuviera. A veces se quedaban los dos abstraídos en sus propios silencios. Sin embargo, cuando el librero empezaba una nueva lectura, el animal ya sabía que escucharía las dos primeras páginas leídas en voz alta por su socio humano.

Aquel miércoles de junio no comenzó diferente a un día cualquiera. El aroma a tierra seca de un café etíope se movía entre los volúmenes de las estanterías mientras el gato daba cuenta de su pienso y Ángel leía los últimos poemas de un libro de Rilke.

—¡Ah del castillo! —La voz dulce de Clara se coló por la puerta un segundo después de que el angelito anunciara que alguien la abría.

Zhivago levantó la cabeza y, pillado por sorpresa, tardó un instante en reaccionar. Ángel sonrió al ver cómo se acercaba a su amiga casi trotando. El gato sabía que no debía cruzarse entre los pies de la chica, así que se puso a su lado y le lanzó varios maullidos cortos y suaves, como si no quisiera asustarla.

Cada miembro del Club de las Dos Páginas tenía su propio saludo; al librero le había costado unas semanas darse cuenta. Como si supiera que cada uno era diferente y, por tanto, merecía su propio trato, Zhivago recibía a cada uno a su manera.

Cuando Tico entraba, corría hacia él como si el tiempo ya no pesara sobre sus huesos y se subía de un salto al mostrador para hacer con él las tareas. A Roberto, a pesar de que ya habían pasado

varias semanas, seguía observándolo de lejos, sin desprecio pero con cautela. Si Amelia era la que llegaba, como proveedora oficial de madalenas, la saludaba con un único maullido largo y acuciante antes de dirigirse hacia ella y rozarle las piernas. En algunas y extrañas ocasiones, muy puntuales, se subía a su regazo. Eso sucedía los días en que llegaba más preocupada o estresada de lo habitual.

—¡Qué sorpresa! —saludó el librero a su amiga, aproximándose a ella y tomándola del brazo.

La acercó hasta su silla, alrededor de la mesa.

—¿Puedo invitarte a un café? Yo me estaba tomando el primero del día.

—¡Por favor! Con mucho azúcar.

El librero sonrió. De tantos años de tratar con pacientes y sus familiares había aprendido que cuando alguien se presentaba de improviso y como por casualidad, casi siempre escondía un motivo. También sabía que preguntar directamente no daba el fruto deseado. Lo mejor era generar el espacio y ambiente adecuados para que, casi como quien no quiere, la cuestión saliera a la superficie desde el fondo del corazón.

—¿Qué andas leyendo? —le preguntó Clara después de dar un sorbo corto a su café—. He pensado que, si tenía suerte, te pillaría empezando libro y podría escucharte.

Ángel sonrió, pero solo él lo supo. Clara no podía verlo y Zhivago, concentrado en la chica, tampoco. «Si no fuera porque sé que no es posible, creería que el gato se ha enamorado de ella», pensó.

De repente, el gato se instaló en el regazo de la chica. Clara dio un pequeño bote: no se lo esperaba.

—Zhivago, tienes que avisarme antes... —susurró.

El gato se disculpó con un maullido mientras se enroscaba y cerraba los ojos. En cuestión de segundos, roncaba suavemente. Los segundos que Ángel tardó en elegir un libro de la estantería más pequeña.

—No te lo creerás, pero... ¡me tocaba empezar novela!

—¡Por fin me sale bien algo hoy!

—Mujer, ¡recién estrenamos día! —contestó Ángel mirando su reloj: apenas eran las diez y media.

—Pues imagínate cómo va la cosa... —Suspiró ella—. ¿Qué libro?

—Humm... ¡Vamos a sorprenderte! A ver si lo reconoces y, si no, ¡te lo digo!

Ella asintió, expectante.

—Sí, mañana, por supuesto, si hace bueno —dijo Mrs. Ramsay—. Pero tendréis que levantaros con la alondra —agregó.

Estas palabras proporcionaron a su hijo una alegría extraordinaria, como si la excursión fuera ya cosa hecha.

A Ángel le divirtió ver cómo el desconcierto se instalaba en el rostro de ella. Ese desconcierto, que escondía una memoria trabajando para encontrar un título en su archivo, se mantuvo mientras él leyó las dos páginas.

Clara había sido una gran lectora. Podía imaginarla concentrada en sus libros durante horas, y también estaba seguro de que era apasionada. No costaba recrearla compartiendo en la cafetería con sus amigos de la facultad el último libro leído, o escribiendo grandes parrafadas en un examen de análisis de texto.

Con un respeto casi sagrado, había cerrado los ojos, acompasando su respiración a la de Zhivago.

Ángel supuso la de veces que ella se habría perdido entre los pasillos de una biblioteca buscando una novela para pasar el verano, o junto a los puestos de un mercado de segunda mano un día

cualquiera de lluvia. Suspiró al verla caminar con una antología de cuentos en las manos, sin poder esperar a leerla al llegar a casa.

Así era su Constanza: ¡en más de una ocasión y de dos se le había pasado la parada del metro leyendo! Una vez, incluso, le llamó en plena noche: había salido con sus amigas al teatro. Volvía en el último metro a casa, leyendo. Cuando se dio cuenta, estaba en la última parada y un enfadado conductor la echó a la oscuridad sin contemplaciones. Ángel tuvo que vestirse sobre el pijama, coger el coche e ir por ella a la otra punta de la ciudad. «Es que era el final de *Romeo y Julieta* y no podía parar de leer», fue toda la justificación que recibió, después de un beso.

«Como si no supiera cómo acababa la historia de los Capuleto y los Montesco», se dijo aquella mañana, sintiendo cómo la nostalgia le mordía entre las costillas.

Se le escapó un suspiro.

Clara no era Constanza. Constanza no era Clara.

Aun así...

—¿Pasa algo? —preguntó la chica.

—¿Por?

—Porque has parado y aún no has leído las dos páginas.

—Me parecía que dormías —mintió—. Continúo...

Era difícil que la chica adivinara qué libro era, tal vez incluso ni lo hubiera leído.

> Pero, puesto que, ya a los seis años, era miembro de ese gran grupo que no consigue mantener en orden los sentimientos, sino que consiente que las esperanzas futuras, con sus penas y alegrías, empañen lo que sí que está al alcance de la mano, y puesto que, para quienes son así, desde la más temprana infancia, cualquier movimiento de la rueda de las emociones tiene el poder de hacer cristalizar y detener el momento sobre el que recae ya la pena, ya la exaltación, James Ramsay que, sentado en el suelo, recortaba estampas del catálogo ilustrado del economato de la armada y el ejército, mientras su madre hablaba, adornó el cromo del refrigerador con una bienaventuranza celestial.

—No tengo ni idea, ¡dame una pista!

Ángel iba a negársela cuando un cliente abrió la puerta.

—Dale una vuelta más...

Mientras ella pensaba la respuesta, atendió a un jubilado que buscaba un libro de pasatiempos para entretenerse.

—Me toca vigilar al nieto y se me hace largo. ¡Es un bebé de tres meses! De tan bueno, ¡ni llora! —le dijo.

Ángel sonrió y le ofreció el único que tenía.

—Si te lo acabas, ¡encargo otro!

Cuando el hombre se fue, entró por la puerta el comercial de una editorial. Ángel le entregó una caja con devoluciones y eligió un par de títulos del nuevo catálogo.

Al cabo de veinte minutos, consiguió volver con su amiga.

Para su sorpresa, Clara estaba de pie, paseándose entre las estanterías. Acariciaba el lomo de los libros con delicadeza, elegía algunos y los sacaba de su hueco. Acercaba el ejemplar a su oído y movía las páginas. Otras veces, los olía antes de devolverlos.

A Ángel los ojos se le llenaron de lágrimas.

Era capaz de reconocer a los miembros de su tribu: Clara amaba los libros por sí mismos, más allá de la historia o de los personajes. Se acercaba a ellos con todos sus sentidos, el tacto, el olfato, el oído... ¡Estaba seguro de que hasta alguna vez se habría comido alguna cantonera!

A Constanza le había pasado. A él, no. Lo que sí reconocía era haber comprado libros simplemente porque la encuadernación era increíble, se trataba de una edición extraña con una errata, o...

Clara era capaz de todo menos de leer.

Viéndola parada en mitad de la librería, pudo percibir todo su dolor. Había tanta tristeza en sus gestos...

Ángel sintió que tenía que hacer algo por ella, por todos los libros que necesitaban ser leídos y todos los personajes que esperaban que aquella alma sensible los descubriera y les diera vida.

Pero ¿qué?

—Clara...

—¡Perdona! Estaba distraída y no te oí llegar. —Calló un segundo antes de continuar—: Tienes una estantería grande, ocupa toda una pared y tres más pequeñas, todas de madera... ¿de qué color?

Ángel la miró con ternura.

—Las paredes de la librería son crema, pero las estanterías mantienen el color de la madera, son de un tono chocolate.

—Ajá... No soy capaz de contar los pisos.

—La más grande tiene ocho estantes: va del suelo al techo. Las pequeñas son de medidas diferentes. Hay dos que, como ya habrás notado, solo llegan hasta tus hombros. La tercera es más alta: tiene seis pisos.

—¿Y cómo tienes los libros clasificados? ¿Por géneros? ¿Continentes? ¿Orden alfabético?

Desconcertado, Ángel calló unos segundos.

—La verdad es que... ¡los coloco sin criterio! Tal como van llegando muchas veces. O si un día estoy cansado, solo coloco libros en los estantes para los que no necesito escalera.

Clara sonrió.

—Librero novato...

Ángel asintió.

—¡Y a mucha honra!

Le explicó que no tenía tantos libros allí, y que su memoria era prodigiosa, así que, más o menos, encontraba lo que buscaba bastante rápido. A veces los clientes tenían que ayudarlo, pero eso era parte del encanto.

—Y cuando un cliente cambia un libro de sitio... ¡ahí se queda! Eso sí que me dificulta el trabajo, pero, por suerte, ¡son pocos quienes lo hacen!

Le dijo que había pillado a Tico en alguna trastada.

—Me cambió el *Quijote* que estaba en la estantería gigante y me lo puso en la más bajita, al lado de Thomas Mann —explicó—, así que, dentro de poco, esto va a ser una república ingobernable. Con amigos como estos...

Ella asintió.

—No he podido reconocer el libro; no lo he leído —dijo, retomando la conversación pendiente.

—Te doy una pista: se trata de una escritora.

—¿Otra pista, por favor?

—Por desgracia, se suicidó.

—Ni idea, pero me intriga mucho ese libro.

—Te encantaría. Deberías leerlo.

Los ojos de Clara se llenaron de lágrimas. Siguió hablando para consolar a la chica, arrepentido de lo que acababa de provocar.

—*Al faro*, de Virginia Woolf —Clara asintió.

—Los libros son un refugio, ¿verdad? —dijo la chica, ya más tranquila—. Para mí han sido eso y mucho más.

Los siguientes minutos, como si se tratara de un ovillo, Clara fue tirando del hilo de sus recuerdos: le explicó a Ángel los dos primeros libros que recordaba haber comprado con sus ahorros, *El saltamontes verde*, de Ana María Matute, y *La historia del gato y de la gaviota que le enseñó a volar*, de Luis Sepúlveda. Le explicó lo que había sentido al leerlos, como también lo que sintió al leer las aventuras de Julio Verne o *Mujercitas*.

—¡Cómo me gustó ese libro!

—¡Y a mí!

Luego le contó todas las novelas de Enid Blyton que había leído en su adolescencia, así como todas las novelas de amor que ocuparon sus noches a escondidas. Fue repasando sus favoritos, como *Juan Salvador Gaviota*, «que me hizo sentir comprendida a mis terribles trece años». Desde entonces, cuando algún amigo de su familia o ella misma viajaban al extranjero, pedía que le trajeran un ejemplar en el idioma del país.

—Me han regalado ejemplares en coreano, italiano, alemán, checo... —recordó con emoción.

»A los libros de adolescente siguieron los de casi adulta y los de la universidad. Algunos regalados, otros intercambiados y otros comprados.

»Incluso, me avergüenza reconocerlo ahora..., robé alguno. —Ángel la miró, sorprendido; Clara no le devolvió la mirada, pero se puso colorada—. Eran títulos que necesitaba tener y ¡no tenía dinero! Aunque también reconozco que algún ejemplar lo robé solo por la adrenalina: si amas algo, te gusta correr riesgos por ello.

—Nunca lo hubiera dicho...

—Lo sé. Aquí donde me ves, ¡fui una kamikaze de la literatura! Y todo antes de los veintitrés. Imagínate dónde me habría llevado mi carrera si hubiera podido seguir leyendo.

También compartió con él por qué había decidido estudiar Filología, cuáles eran sus sueños para cuando acabara la carrera y cómo todos se truncaron hacía apenas unos años, tras un desmayo y una visita al médico. Aquellos dolores de cabeza repentinos, cómo se fue alejando de sus compañeros y decidió volver a casa, con sus padres, para vivir una vida mustia, sin libros.

A Ángel le asaltó una duda y no lo pensó.

—¿Qué has hecho con toda tu biblioteca? ¿La donaste? ¿La vendiste?

—¡Nunca!

—¿La regalaste?

—No, no...

—¿Entonces?

—Siguen conmigo, en una habitación que tenía para estudiar. Cuando supe que estaba a punto de perder la vista del todo, les quité el polvo uno por uno y los ordené como me nacía del corazón. Pensé que, de esa manera, no olvidaría dónde estaba cada título. También me puse pistas.

—¿Pistas?

—Los libros de amor tienen flores secas entre sus páginas y los de viajes, postales. De vez en cuando, aún los acaricio. No dejo que nadie los toque, y yo misma les quito el polvo.

Ángel se dio cuenta de lo importante que para ella era el orden. Anotó en su mente esforzarse, en adelante, para aplicar un criterio a su librería. Pero como tantas otras cosas últimamente, aquella nota pasó al final de su mente y se traspapeló entre otras pendientes.

Un suspiro cruzó El Sueño de Constanza.

—Amas los libros...

—Amo lo que significan: son puertas mágicas a mundos increíbles, son amigos con buena conversación —dijo emocionada.

—¿Por qué renuncias, pues, a ellos? Puedes escuchar audiolibros, por ejemplo. Te he visto acariciar antes los volúmenes: si fueras a clase de braille, tampoco tendrías por qué renunciar a sentir el papel.

—Entonces reconocería que ya no puedo ni podré jamás leer. Perderé la última esperanza en un milagro.

Ángel cerró los ojos. Hizo acopio de serenidad antes de confesar:

—Mi esposa Constanza y yo soñábamos con ser padres. Nos fue imposible. Cuando ella lo aceptó, empezó a leer cuentos a los niños

de una casa de acogida cada semana. ¿Sabes qué decía?: «A veces hay que buscar atajos para llegar a la felicidad que esperabas».

El librero se quitó un peso de encima: había pensado tantas veces en contárselo...

Aquella noche, mientras Zhivago y él cenaban en la buhardilla, Ángel recordó conmovido la conversación con Clara. La nostalgia por la lectura era lo que la había llevado hasta El Sueño de Constanza aquella mañana. Sentirse rodeada de libros, escuchar una nueva historia de la voz de Ángel y hablar de literatura habían dado cierta paz a la chica.

Se había marchado sin dar su brazo a torcer, pero, mientras fregaba los platos, el librero se dijo: «Ha aparecido una grieta en el muro construido a su alrededor para protegerla de tanta renuncia». Estaba seguro de que, antes o después, aquella pasión que Clara creía perdida encontraría una forma, mágica e inesperada, de regresar a su vida.

11

Pasito a pasito

El sol, las campanas y los relojes anunciaban que eran las siete de la tarde en todo Teruel. ¿En todo? Casi. En El Sueño de Constanza, tres vueltas de una cucharita y dos golpes en el borde de una taza azul marcaban la hora.

Zhivago, Tico, Clara, Amelia y Robe, cada uno sentado en su silla, se miraron. Sonrieron emocionados, todos menos el gato, o quizá también, pero bajo tanto pelo blanco nadie lo vio. Aquel sonido familiar daba inicio a la cuarta sesión del Club de las Dos Páginas.

Satisfecho ante la puntualidad de los miembros, Ángel se sentó y abrió el libro elegido para esa ocasión.

Antes de tomar la palabra, el librero echó un vistazo al escenario. Había madalenas en el centro de la pequeña mesa, alrededor de las cuales se habían dispuesto seis tazas, cuatro con café. Las otras dos rebosaban leche fría.

Miró a Robe y a Tico, que lucían cada uno un enorme sombrero con una pluma de color y un palo de madera colgado a la cintura a modo de espada. Clara llevaba el pelo recogido en un moño bajo, un collar con un medallón y un chal negro bordado. Amelia vestía un mantón y una blusa abotonada hasta el cuello, y había elegido unas lágrimas de perla como pendientes y un moño trenzado con cintas azules.

Zhivago era el único que no estaba disfrazado: una cinta que habían tratado de ponerle yacía en el suelo hecha jirones. Era un aviso para navegantes: al socio felino el tema de los disfraces no le acababa de convencer. Pero la lectura de *Los tres mosqueteros*, de Alexandre Dumas, lo merecía.

Prefacio

En el que se hace constar que, pese a sus nombres en «os» y en «is», los héroes de la historia que vamos a tener el honor de contar a nuestros lectores no tienen nada de mitológico.

Hace aproximadamente un año, cuando hacía investigaciones en la Biblioteca Real para mi historia de Luis XIV, di por casualidad con las *Memorias del señor D'Artagnan*, impresas —como la mayoría de las obras de esa época, en que los autores pretendían decir la verdad sin ir a darse una vuelta más o menos larga por la Bastilla— en Ámsterdam por el editor Pierre Rouge. El título me sedujo: las llevé a mi casa, con el permiso del señor bibliotecario por supuesto, y las devoré.

Tico andaba ese día especialmente agitado. Desde que se había disfrazado, no paraba de retar a Robe y a Zhivago, que, por una vez, no estaba contento cerca de su amigo.

Algo no había ido bien en clase: Berta había llamado a Ángel al mediodía para explicarle que, desde hacía unos días, un par de matones la habían tomado con el pequeño por sus gafas y su afición a los cómics. «Y que diga que habla con un gato que se llama Zhivago, que ve a una monja fantasma y no sé qué más tampoco ayuda... ¿No serán demasiado para él tanta novela y personajes?», le había preguntado, angustiada.

Desde la llamada, el librero tenía el corazón un poco encogido, aunque estaba convencido de que las historias amplían horizontes y nos dan armas para resolver problemas.

—No, gracias —se excusó Amelia al rechazar una madalena que le ofrecía el niño—. A mi marido y a mí no nos conviene el azúcar. ¡No

quiero tener que hacer horas extras de *aquagym*!

—¿Vas a la piscina municipal? —preguntó Robe, repentinamente interesado—. Le he oído decir a Lucía que va allí.

—¿Y quién es Lucía?

Robe tomó conciencia de que solo el librero sabía el verdadero motivo por el que se había apuntado al club. Antes de delatarse, intentó driblar la curiosidad de Amelia.

—Oh, nadie, una compañera del trabajo.

Ángel se dio por vencido y cerró el libro, aunque se dijo a sí mismo que solo sería por unos minutos.

—Entre los miembros de un club no debería haber secretos —dijo el niño, comprendiendo que Roberto se guardaba algo para sí—. ¡Todos para uno y uno para todos!

El mecánico pensó que no perdía nada por compartir con sus socios cuál era el verdadero motivo por el que se había inscrito en el Club de las Dos Páginas.

—La verdad es que, a diferencia de vosotros, a mí la lectura no me interesa demasiado.

Tico se levantó de su silla y le chocó los cinco.

—A mí tampoco. Yo solo vengo para peinar a Zhivago, hacer los deberes y...

—Comer madalenas —lo atajó Amelia al ver cómo se zampaba la segunda.

Ángel los observaba resignado. Hasta Zhivago parecía poco por la labor de conocer la vida de la guardia del cardenal Richelieu. Decidió dejar que el mecánico explicara sus motivos amorosos antes de reemprender la lectura. Una retirada a tiempo era una futura victoria, pensó. Seguro que Athos, Portos y Aramis estarían de acuerdo con él.

—Mejor decir que no me interesaba —aclaró Robe—. Hasta ahora, lo que leía en mis pausas como mecánico de aviones era la prensa deportiva.

A continuación, Roberto explicó a sus nuevos amigos que estudiar jamás se le había dado bien. Estar sentado en clase durante horas siempre lo había vivido como una pequeña tortura. Lo suyo era correr y saltar por las calles, subirse a los árboles o pelearse con alguno de sus tres hermanos.

—Mi momento favorito de la semana era cuando iba al campo con mis padres, donde podía montar en bici o jugar al fútbol. Los lunes volvía al cole con las rodillas y las manos peladas de tantas caídas y golpes.

Por suerte, recordó en voz alta, encontraría la pasión por el estudio al iniciar una formación de mecánica aeroespacial.

—Esos libros sí que me interesaron —reconoció—, me fascinaba todo lo que tenía que ver con motores y circuitos.

Hizo las prácticas en el hangar de mantenimiento de una compañía aérea y, más tarde, le ofrecieron trabajo fijo. Cuando acababa su jornada, se iba a correr o a jugar al fútbol con amigos. Los sábados, a la montaña.

—Para mí, esa era la vida perfecta hasta que apareció...

—Lucía —dijeron Amelia y Clara al unísono.

Robe asintió. Recordaba perfectamente el día que la conoció: en el hangar había un avión nuevo que parecía tener un defecto en el tren de aterrizaje. Toda la mañana había tratado de indagar sin éxito dónde estaba el problema. Tras varias pruebas fallidas, Roberto salió a fumar. Para poder hacerlo, tenía que caminar hacia la zona de oficinas, lejos de los motores y el combustible.

Una vez allí, buscó un espacio cómodo y discreto para darse el lujo del cigarrillo, pero también una pequeña cabezada antes de

volver al trabajo. Se tumbó entre unos contenedores, encendió el cigarrillo y cerró los ojos. En su cabeza repasaba una y otra vez los componentes de esa parte del avión que, históricamente, había causado muchos accidentes, tratando de encontrar dónde estaba el fallo.

—En cuanto acabé el cigarrillo, un aroma a primavera, a limones, a algo muy fresco, no sé..., inundó mi nariz —explicó con voz soñadora—. Los problemas de ese puñetero avión desaparecieron de mi mente y un paisaje de campo la ocupó.

Una voz dulce y alegre lo atrapó. Roberto era incapaz de levantarse. No quiso abrir los ojos para no romper el hechizo. Pasados unos minutos, le dio vergüenza salir de su escondite. No quería que la chica creyera que la espiaba mientras hablaba con alguien por teléfono, así que esperó hasta que ella se hubo marchado.

—Los días siguientes fui a la cantina, a media mañana y a mediodía, con la intención de descubrir aquella voz entre las de sus compañeras. Aunque es un aeropuerto pequeño, en el que solo trabajan una docena de mujeres, me costó una semana encontrarla. Cuando volví a oír su voz, aunque solo dijo una frase, supe que estaba enamorado de ella.

—¿Qué dijo? —preguntó Tico, entusiasmado.

—«¿Me das una manzana?». Se la pidió a la camarera.

Todos quedaron en silencio, reflexionando sobre la naturaleza insondable del amor.

—¿Te enamora que coma manzanas? —preguntó el niño, tratando de comprender.

Todos rieron.

—Aunque suene cursi lo que voy a decir, solo sé que quiero despertarme cada mañana oyéndola desearme buenos días.

Al librero le sorprendió el romanticismo que escondía el corazón de aquel joven de apariencia ruda y despreocupada. A Amelia y a Clara les emocionó. Tico y Zhivago se miraron, y convinieron que lo mejor era comerse entre los dos la última madalena antes de que se diera cuenta el resto. Si alguien hubiera podido leer la mente del gato, sabría que pensaba que «azúcar por azúcar, prefiero el que va a parar al estómago».

Se hizo un silencio y Ángel decidió aprovecharlo: sus amigos mosqueteros merecían que fuera valiente y defendiera su historia. Empezó a leer de nuevo.

> D'Artagnan cuenta que, en su primera visita al señor de Tréville, capitán de los mosqueteros del rey, encontró en su antecámara a tres jóvenes que servían en el ilustre cuerpo en el que él solicitaba el honor de ser recibido, y que tenían por nombre los de Athos, Porthos y Aramis. Confesamos que estos tres nombres extranjeros nos sorprendieron, y al punto nos vino a la mente que no eran más que seudónimos con ayuda de los cuales D'Artagnan había disimulado nombres tal vez ilustres, si es que los portadores de esos nombres prestados no los habían escogido ellos mismos el día en que, por capricho, por descontento o por falta de fortuna, se habían endosado la simple casaca de mosquetero.

El librero paró para tomar aire y esta vez fue Robe quien se coló y alzó la voz para continuar explicando a sus compañeros cómo había empezado a hacerse el encontradizo, aunque era incapaz de hablar con ella: cuando no estaba cuadrando cuentas, su enamorada siempre andaba entre libros y papeles.

Un mediodía la había seguido hasta El Sueño de Constanza, Ángel y Zhivago le habían abierto la puerta y...

—El resto es historia. Estoy aquí para ver qué es lo que enamora a Lucía, para descubrir, quizá, cómo enamorarla.

—¿En serio no has hablado aún con ella? —le preguntó Clara—. ¡Serás bobo!

Roberto bajó la vista, avergonzado. Ni él mismo entendía qué le pasaba: era ver a Lucía y quedarse mudo.

Ángel acudió al rescate.

—Hemos trazado un plan.

Como el librero había visto que Athos, Portos y Aramis poco tenían que hacer frente a la historia de amor del mecánico y la ingeniera de sistemas, devolvió el libro a su estante y les contó lo que habían pensado, que era bien poco. Las dos mujeres aplaudieron la idea.

—¡Diego e Isabel en el siglo XXI! —exclamó Amelia.

—Sí... —añadió Clara entornando los ojos—. Los nuevos amantes de Teruel.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Tico mientras peinaba a Zhivago.

Los cuatro adultos lo miraron sorprendidos. Incluso el gato, que tenía los ojos cerrados, abrió uno.

—No puedes ser de Teruel y no conocerlos —dijo Amelia.

—Pues no sé, ¿viven en el barrio? Igual mi madre los conoce.

Todos rieron menos el niño, que empezaba a mosquearse.

—Hace cientos de años, un caballero llamado Diego Marcilla creció en estas calles jugando con Isabel de Segura. Al hacerse mayores, se enamoraron, pero lo suyo se volvió imposible —explicó Clara.

—¿Y eso por qué? —preguntó Tico sin mucho entusiasmo.

A él y a Zhivago las historias de amor no les interesaban demasiado: a uno, por chico; al otro, por viejo. El blanco felino hacía años que había dejado atrás sus escapadas nocturnas en busca de romances y algunas peleas.

—Él era pobre, ella era rica —explicó Amelia—. Y aunque ambos eran cristianos y sus familias amigas, no les permitían casarse. Lo suyo fue una historia de amor legendaria...

La mujer suspiró al recordar que ella, aunque había tenido suerte en su matrimonio, se había casado por arreglo. «El roce hace el cariño», se decía al pensar en su marido y padre de sus hijos. Antes

de él, no hubo nadie. Aun así, se sentía afortunada: cariño, lealtad y respeto no habían faltado en su hogar.

En ese momento, Ángel pareció despertar mientras se preparaba un segundo café.

—He oído hablar de los amantes, pero no conozco su historia con detalle —reconoció, mientras Robe afirmaba lo mismo dando pie a las chicas del grupo a explayarse.

De repente, sin mediar palabra, Tico se dirigió hacia la salida: ya eran más de las ocho de la tarde y su madre estaría a punto de llegar para llevárselo a casa a cenar. Gritó un adiós, pero solo Zhivago pareció percatarse de su marcha. Saltó de su silla, fue hacia el escaparate y se metió dentro, acurrucándose entre un par de biografías de científicos mientras su amigo desaparecía al girar la esquina. Lo último que vio fue la pluma naranja de su sombrero ondeando al viento.

Alrededor de la mesa de café, los cuatro adultos seguían con su conversación.

—Deberíais conocer bien la leyenda si estáis tramando un plan para conquistar a esa Lucía. —Sonrió Amelia—. A mí me la contaron de niña mis tías.

—Yo no tengo tías mayores para que me la cuenten —bromeó Roberto—. Y si se lo pregunto a los mecánicos del taller, no sé yo...

—Pues yo la leí —comentó Clara—, así que no hay excusas.

La joven cerró los ojos y recordó el día en que un compañero de universidad que entonces la cortejaba le regaló el libro. Tenían veinte años y, aunque el galán nunca tuvo posibilidades, ella le agradeció aquel tesoro bellamente encuadernado. Desde entonces, también Clara soñaba con encontrar a su propio caballero, capaz de ir a la guerra por su amor, pero no se atrevía a decírselo a nadie.

—Pero es solo una leyenda, ¿verdad? —preguntó tímidamente Ángel.

—Una leyenda que tiene para nosotros tanto de verdad como que yo me llamo Amelia, hago las mejores madalenas de Teruel y me tiño el pelo de azul.

A pocos minutos de las doce de la noche, en la calleja de la Estrella de Ocho Puntas un librero tecleaba en su portátil. Desde luego, las sesiones del club eran una aventura en sí mismas: se sabía cómo empezaban, pero no cómo acababan. Los mosqueteros franceses no habían podido con la historia de un par de amantes, Robe y Lucía, o, mejor dicho, Isabel y Diego.

Eso pensaba Ángel mientras enviaba un *email* a su proveedor pidiendo un par de ejemplares de *Los amantes de Teruel*, de Juan Eugenio Hartzenbusch, la obra de teatro que su amiga Clara le había recomendado.

Nunca se sabía dónde podía encontrar inspiración para su plan: Ángel había decidido que Roberto y Lucía estarían juntos. O, por lo menos, él haría todo lo posible para que eso sucediera. Si lo hubiera hablado con alguno de sus amigos psiquiatras, le habrían dicho que era blanco y en botella: sentía la necesidad de que una historia de amor, aunque no fuera la suya, tuviera un final feliz.

Él había tenido la suerte de vivir un gran amor, quizá no tan trágico como el de esos dos jóvenes en la Edad Media, pero sí igual de apasionado, y deseaba que otros descubrieran ese mismo fuego en su corazón. Sabía que su tiempo había pasado, pero ¿por qué no hacer de ayudante de Cupido para un miembro de su club?

Se estaba haciendo tarde.

Era hora de brujas, hora de irse a la cama. Zhivago ya lo esperaba en la buhardilla hacía rato.

Cuando iba a salir de la página web de la distribuidora y a cerrar el ordenador, descubrió una galleta en la columna derecha: el anuncio de una versión en cómic de la leyenda. Sonrió y, sin dudarlo un instante, encargó una. Tico tampoco tendría excusa para ponerse al día. Ahora sí, todos los miembros del Club de las Dos Páginas conocerían ese amor tan grande que, ochocientos años atrás, había sobrevolado aquellas mismas calles que hoy ellos caminaban. Quizá, con un poco de suerte, conseguiría que esta vez sí se leyeran el libro entero. Desde que habían comenzado sus reuniones, ninguno lo había hecho, por hache o por be. Era consciente de que el nombre del club no admitía error, pero secretamente alimentaba la esperanza de que una cadena de palabras y emociones arrastrara a sus socios a seguir leyendo más allá de la tercera y la décima página.

Para despedir la noche, se regaló unos segundos más antes de acostarse. Con las luces apagadas y la puerta abierta, apoyado en el marco de madera, Ángel levantó la mirada hacia el cielo de junio.

—¿En qué estrella me esperas, Constanza, amor mío? —murmuró.

Una suave brisa besó su mejilla. Él cerró los ojos y, por un segundo, sintió que aquel beso se lo enviaba su esposa.

12

GAFAS A GOLPES

Aquel sábado la librería estaba hasta los topes y Ángel no daba abasto. Zhivago se había escondido en la buhardilla, junto a la manga pastelera de sor Milagros. Un par de veces que el librero había subido a buscar algún encargo al almacén lo había encontrado allí, malhumorado. Había tratado de acariciarlo, pero se había escabullido. Incluso le había puesto una latita de atún en su cuenco, pero el minino había cerrado los ojos, demostrándole su indiferencia.

Mientras despachaba un ejemplar de los *Cuentos completos* de Cortázar, se preguntó si no estaría enfermo, pero mientras vendía un manual para aprender a jugar al ajedrez se respondió a sí mismo que eso era imposible. Entre sus clientes se encontraba el veterinario del barrio y, la semana anterior, a cambio de un ensayo sobre las enfermedades oftalmológicas de los felinos que le había sido muy difícil encontrar, había visitado a Zhivago en aquel mismo mostrador, tras la hora de cierre.

—Te diría que este gato ha revivido. Bajar la dieta en azúcar le ha venido muy bien. ¡Menos canela y más literatura! —había exclamado el buen hombre mientras abandonaba El Sueño de Constanza.

Aun así, mientras anotaba un nuevo pedido de tres diccionarios escolares, se dijo que algo estaba sucediendo. Pese a no saber nada de gatos, se daba cuenta de que su socio, con esa actitud hostil y

sus lastimosos maullidos de la noche anterior, trataba de explicarle algo. Pero ¿cómo adivinarlo?

Mientras se preguntaba eso, entró por la puerta el dueño de la finca para comentarle algo de unas obras que debían hacer en la calle.

—Cosa del ayuntamiento: hay que revisar los conductos del agua —se disculpó, asegurando que no interferirían en el negocio.

Como las malas noticias no llegan solas, justo después se presentó un cliente enfadado porque le había vendido un ejemplar de *Cuentos de Navidad* con más de diez páginas en blanco. Ángel le pidió disculpas mientras retiraba el ejemplar para pedir uno nuevo.

Si Zhivago hubiera estado de humor, habría subido al mostrador junto a la caja registradora para maullarle que eso le pasaba por comprar un libro fuera de temporada. ¿En verano una historia de diciembre?

Para compensar, entraron tres chicas muy contentas con su madre. Querían un libro para cada una como regalo por su quince cumpleaños. Eran trillizas, simpáticas y muy buenas lectoras.

Mientras Ángel les proponía títulos y autores, vio entrar la sombra de Tico. Su pequeño amigo pasó tras el grupo femenino con la espalda hundida. Alzó la mano sin decir nada y, como si aquella fuera su casa, se perdió tras la estantería del fondo. Entre el bullicio que armaban las chicas y su madre, el librero distinguió los pasos pesados y lentos de su amigo, que subía la escalera metálica de caracol.

Algo pasaba en Teruel y él no se estaba enterando. Una nube negra pendía sobre el ánimo de sus amigos. En cuanto las trillizas salieron por la puerta, felices con sus libros, colgó el cartel de cerrado y se dispuso a mojarse bajo la misma tormenta que el niño y el gato.

Subió despacio a la buhardilla. Al primer golpe de vista, no vio ni a Zhivago ni a Tico. Los llamó, y un sonido le llegó desde la parte más escondida del almacén. Allí estaban, tumbados en el suelo, uno junto al otro. Tenían la mirada perdida en el techo.

El librero se tumbó también, tratando de no pensar en sus articulaciones ni en su espalda, ni mucho menos en todo el polvo que se iba adhiriendo a su camisa blanca. Se quedó en silencio junto a ellos, dando tiempo al tiempo.

Al cabo de unos minutos, sintió la pequeña mano de Tico rozarle.

—Zhivago está triste. Lo estoy consolando.

—Eres un buen amigo. ¿Qué le pasa?

Mientras el niño pensaba su respuesta, el silencio volvió a ocupar el espacio. Si hubiera tenido que describirlo, Ángel diría que sabía a tristeza, pero olía un poco a miedo. Lo sentía pesado como una roca demasiado grande sobre unas espaldas pequeñas. Ese silencio era la suma de muchos otros, se dijo el librero, pequeños y grandes.

Con un movimiento inesperado, Zhivago se levantó y saltó sobre la barriga de Tico. Se puso a lamer su rostro y solo entonces Ángel se dio cuenta que el pequeño lloraba muy quedo. Con la mano que tenía libre, se quitó las gafas azules que le habían hecho creer al librero, la primera vez que lo vio, que era un viejo intelectual atrapado en un cuerpo infantil.

—Es que Zhivago se siente solo... Cree que nadie le entiende. Bueno, le he dicho que yo sí.

El minino dejó de lamer y se tumbó, colocando su cabeza entre el hombro y el cuello de su amigo. En cuestión de segundos, las respiraciones de ambos parecieron acompasarse.

—Claro, eres su amigo —dijo Ángel, sonriendo.

—Sí. Y le he dicho que tú también, aunque no lo entiendas.

Ángel no supo qué contestar. Le pareció que al niño le costaba respirar, pero, como el buen médico que había sido, sabía que no era cuestión de capacidad pulmonar ni de alergia al polvo, que bien podría ser en aquella buhardilla. A Tico le costaba respirar porque el aire estaba cargado de demasiadas cosas que le dolían. Las escasas y breves llamadas de su padre desde Suecia, las noches que cenaba solo mientras su madre trabajaba, los partidos de fútbol que perdían porque era lento corriendo y malo en puntería, las risas crueles de los compañeros que se burlaban de sus enormes gafas de pasta...

—Tú quieres comprenderlo, ¿eh? Pero no puedes.

—¿Por qué crees que no?

—Porque eres mayor —dijo Tico mientras acariciaba el lomo del gato.

—Zhivago también, ¿no?

—En esta vida, no tanto.

El librero pensó que nunca había imaginado que, al cambiar de vida, el contador se pusiera a cero. Si pudiera entender el idioma de Zhivago, habría sabido que, efectivamente, era tan viejo que había montado en carros tirados por mulas y comido de calderos de cocinas de carbón, pero que, a su vez, era jovencísimo.

Quizá el gato se sentía triste por todos los amigos que había dejado atrás en sus vidas pasadas, pensó Ángel.

Zhivago maulló largo y bajito, dándole la razón.

Al librero también le entraron ganas de maullar largo y bajito, profundo, para deshacer el nudo que tenía en la garganta, pero, sobre todo, para deshacer el de Tico y Zhivago.

Entonces, en su mente apareció la palabra *amistad*. Aquellos dos pequeños eran sus amigos y daría lo que fuera por consolarlos. Aunque sabía que no podía hacerlo, le entraron ganas de apostarse en la salida de la escuela para enfrentarse a los chicos que se

burlaban de Tico. O de llamar a Estocolmo para cantarle las cuarenta a un padre desconocido que ya le caía más que mal. También quería decirle a Tico que las gafas no importan y que ser listo, con los años, es una ventaja. Que podía ser lo que quisiera y que daba igual aprobar en clase, pues lo que había que aprobar era la vida. Y él estaba seguro de que aquel niño, con su imaginación desbordante y su voluntad de ayudar, con su capacidad para entender a los gatos y hacerse amigo de casi cualquiera, además del amor incondicional que sentía por su madre, ya tenía un notable en la asignatura de vivir.

Cada cual flotando en sus pensamientos, los tres compartieron el silencio un buen rato.

—¿No le entiendo solo porque soy mayor? —preguntó Ángel tras liberar un suspiro—. Quizá debería ponerme gafas para ver y entender mejor.

—Tú no las necesitas, pero Zhivago sí. El problema es que aún no se han inventado las gafas para gatos.

—¿Qué te hace pensar que necesita gafas?

—No me dirás que no te has fijado; Zhivago se ha de pensar muy bien los saltos porque no consigue enfocar. —Un maullido suave confirmó estas palabras mientras el niño seguía teorizando—. Tú problema no es tanto la vista como que a veces pones tu atención en cosas que no importan.

—¿Qué cosas no importan? —preguntó Ángel, un poco molesto.

—Abrir cajas, sumar facturas, vender libros...

—¿En serio? ¿Cómo puedes decir que...?

—A veces sí haces cosas importantes —lo interrumpió Tico—. Como dar de comer a Zhivago cada día y mimarlo, ayudar a Robe para que Lucía se enamore de él, animarme a que haga los deberes, preparar el Club de las Dos Páginas...

La lista incluía muchas otras acciones cotidianas que el librero nunca habría calificado como «importantes». Eso le hizo sentir realmente bien.

Ángel cerró los ojos. Se transportó a un año o dos atrás, antes del gran desastre que cambió su vida. En aquel entonces, si hubiera preguntado a sus amigos qué era importante de todo lo que hacía, le habrían hablado de su última operación en el quirófano, del artículo publicado en una revista académica, del tiempo en el que había corrido la última maratón o, quizá, con suerte, de lo buen marido e hijo que era. Y ahora aquí estaba, convertido en cuidador de fieras de cuatro patas y de otras con gafas azules, en Cupido de jóvenes amantes y...

—Tú también haces cosas importantes —dijo Ángel despertando de su ensoñación.

—¿Yo? —se sorprendió el niño—. Soy pequeño y muy patoso. ¿Qué hago bien?

—Peinas a Zhivago. ¿Te imaginas lo que pasaría si no lo hicieras? Los nudos del pelo se pegarían en los muebles, no se podría limpiar... Eres un buen amigo para este gato. Además, ¡él no se sube sobre cualquiera!

Zhivago ronroneó mientras seguía dormitando sobre su amigo.

—A mí también me ayudas mucho. —Ángel bajó el tono de voz—. ¿Crees que no sé qué a veces ordenas los libros de los estantes más bajitos para que no tenga que agacharme?

El niño asintió, orgulloso. Un gran suspiro se escapó de su boca. Era un suspiro con superpoderes, ya que disolvió, poco a poco, la nube gris. En unos minutos, los retazos de tristeza habían desaparecido.

Zhivago saltó de su regazo y se dirigió, muy digno, hacia su bol con pienso fresco. Tico le preguntó entonces al librero:

—Para mi padre..., ¿tú crees que soy importante?

Ahí estaba el pedazo hundido del iceberg, pensó Ángel. Sabía por su madre que había olvidado llamarlo para preguntarle cómo le habían ido las notas. También sabía que ese verano no lo invitaría a Suecia porque estaría muy estresado por un cambio de trabajo. Además, su madrastra opinaba que, teniendo niños pequeños, no podía hacerse cargo de otro al que ni siquiera entendía cuando hablaba.

«¿Qué le digo?», pensó el librero con el corazón en un puño. Tras unos segundos en los que el tiempo pareció congelarse, finalmente contestó:

—Sí, eres importante para él, pero a veces se le olvida —respondió convencido—. Tendremos que recordárselo.

Tico imaginó que aquel hombre estaba tramando un nuevo plan. Tal vez este se llamaría «Conquista de un Padre Desmemoriado». Aunque no podía imaginar cómo acabaría, ese pensamiento ensanchó sus pulmones y le hizo latir alegre el corazón.

13

Y POR FIN, ELLA

Ángel sintió que, por alguna extraña razón, como en una de esas películas familiares de Hollywood, era un chico de quince años atrapado en un cuerpo de un hombre de casi sesenta.

Sus pies parecían querer bailar en vez de caminar, y sus manos tamborileaban sobre los libros de las estanterías, el mostrador o la libreta de pedidos sin su permiso. Sus ojos se escapaban constantemente a través del escaparate, mirando la calle, o vigilaban el reloj de su muñeca, como si así pudieran hacer que el tiempo se adelantara. ¿Y qué decir de sus pulmones, empeñados en respirar como si hubiera corrido, cuando no había salido en todo el día de El Sueño de Constanza?

—Es un hecho, Zhivago, estoy de los nervios. Ni yo mismo me entiendo últimamente.

Tumbado sobre el parqué bajo la amable mirada de Gerald Durrell, el gato levantó la cabeza al oír su nombre. Maulló un par de veces, como si tratara de contestarle con un «me lo dices o me lo cuentas». Dudó de si recostarse de nuevo, pero, sabedor de los deberes que tenía como amigo incondicional y bigotudo, decidió desperezarse.

Ángel seguía hablando mientras acometía la nueva decoración del escaparate. Teniendo en cuenta el mes, había decidido dedicarlo a la literatura infantil y juvenil, así como a los cuadernos de verano. En

unas semanas, las vacaciones escolares serían una realidad. Tico le había asesorado, muy orgulloso, con algunas propuestas.

—¿Será porque es jueves y toca la quinta sesión del club de lectura que estoy tan contento? —Zhivago se subió al escaparate y se acomodó en un rincón, como si fuera un supervisor de obras—. Todo ha empezado con la llegada de la ratita de biblioteca, Lucía...

El minino ladeó la cabeza. Si alguien hubiera podido poner palabras a sus pensamientos, su amigo se habría quedado parado: «A cualquier cosa le llaman rata. Esta no era ni jugosa ni apetecible. ¿Quién perseguiría a una humana flacucha como ella?».

—No sé qué me ha pasado. Yo no suelo ser tan osado. Ha sido verla, acordarme de Roberto y... ¡no puedo esperar a que lleguen las siete para contárselo!

Solo faltaban veinte minutos para que los miembros del Club de las Dos Páginas, siguiendo su asombrosa puntualidad, entraran por la puerta. No obstante, tanto el humano como el felino sabían que se les iban a hacer largos.

La primera vez que Lucía, el amor secreto de Roberto y miembro involuntario del Club de las Dos Páginas, había entrado en El Sueño de Constanza aún no era Lucía.

—La segunda vez ya la conocíamos un poco —le explicó Ángel a Zhivago—, pero hoy, cuando ha entrado, ya era nuestra Lucía, ¿lo entiendes? Por eso me he puesto nervioso —siguió mientras dejaba un par de cuadernos de mandalas para colorear en el suelo del escaparate, junto a un volumen de Harry Potter, uno de Greg y otro de los chicos de Tommen.

Su cabeza estaba desordenada desde que, a las dos menos cinco, la contable había acudido para encargar un nuevo libro. El escaparate, casi cinco horas después, también.

Ángel estaba a punto de colgar el cartel de cerrado y subir a su buhardilla para prepararse un buen plato de arroz. De hecho, Zhivago, conocedor de los hábitos del librero, ya estaba subiendo por la escalera de caracol para esperar su almuerzo. El gato se las prometía felices: tras la comida, siesta en el pequeño almacén, junto a la vieja manga pastelera de sor Milagros. Pero ni uno ni otro lograrían tan fácilmente su propósito.

Una Converse rosa se coló en la librería justo antes de que echara la llave. Ángel, que ya estaba con el cartel de CERRADO en la mano, recibió un buen golpe.

—¡Perdón! —exclamó la chica.

El librero, que aún no había visto a quién pertenecían el pie y la voz, pensó para sus adentros que tan arrepentida no debía de estar porque en tres zancadas, y a pesar de la hora, se plantó junto a la caja registradora.

Intuyendo que aquello iba a ser importante, Zhivago se había quedado detenido a media escalera como una estatua. Aun así, no se perdió detalle gracias a su finísimo oído. «Ventajas y superpoderes de ser gato», habría dicho su amigo Tico.

—Es hora de cerrar... —murmuró y se sorprendió a sí mismo.

Por lo general, le daba igual comer tarde o que se le hiciera de noche atendiendo a un buen cliente. Incluso podía decirse que tanto le daba vender como no. En El Sueño de Constanza, las personas que amaban los libros encontraban siempre alguien con quien charlar sobre ellos o un café con galletas. Los viernes podían tomárselo con alguna de las madalenas de Amelia, que empezaban a hacerse famosas también. «Las madalenas de Amelia Proust», las llamaban algunos.

Ángel meneó la cabeza como si así apartara de él pensamientos e intenciones. Decidido a cambiar el tono de voz, se dirigió al

mostrador.

La chica de las Converse rosas vestía una camiseta del mismo color y unos tejanos *vintage*. Llevaba el pelo recogido en una cola que decoraba con un pañuelo de corazones multicolor.

«Sin duda —se dijo mientras se acercaba hasta ella—, una romántica en toda regla. ¿Jane Austen? ¿*Anna Karenina*? ¿*Romeo y Julieta*?».

—¿En qué puedo ayudarte?

Se le abrieron los ojos como platos. De no saber como médico que eso no era posible, habría dicho también que la mandíbula se le había abierto de tal manera que le llegaba hasta las rodillas.

Era ella, Lucía, la Lucía de Roberto.

—Lo sé, lo sé, ¡es tardísimo! —Puso las manos juntas, pidiendo perdón con una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera—. Es que en mi trabajo son muy estrictos con el horario. Solo tengo una hora para comer y he salido corriendo.

—No te preocupes, Lu-Lucía —balbuceó.

Ahora fue ella quien abrió los ojos con asombro.

—¿Sabes mi nombre? ¡Vaya!

«Ángel, ¡serás metepatas! Piensa rápido una excusa», se urgió el librero.

—Hace unas semanas me hiciste un pedido, lo tengo apuntado. Es difícil olvidar a una lectora que se enfrenta a una de las obras más difíciles de Faulkner.

—La verdad es que me ha resultado complicada —reconoció ella —. Interesante, eso sí. Pero no es un libro para cualquier día, ¿verdad?

Él asintió. Había algo en Lucía que no acababa de cuadrar, se dijo. A pesar de su aspecto dulce, el librero percibía que debía mantenerse en guardia.

—¿Qué buscas hoy? ¿Ya lo sabes?

—Sí —dijo convencida—. *La peste*, de Albert Camus.

—Pensé que querrías algo más fácil esta vez —respondió Ángel, sorprendido, mientras sacaba la libreta de los pedidos.

Lucía se encogió de hombros y sacó el monedero del bolso que llevaba cruzado en bandolera.

—¿Te lo dejo pagado?

—No, mujer, que ya sé dónde buscarte.

Aún no había acabado de decirlo cuando se dio cuenta, por cómo arrugaba ella la nariz respingona, que había vuelto a meter la pata.

—Es solo una manera de hablar...

Lucía lo miró, como si dudara un segundo, pero pronto sonrió suavemente.

—¿Cuándo lo tendré?

—A principios de la semana que viene.

Se disponía ya a marcharse cuando se giró de repente:

—¿Sabes? Hace unos meses hice una apuesta con una amiga y por eso escojo estos libros.

Ángel se dijo que aquella era su oportunidad de obtener alguna información valiosa para su plan «Conquista de Lucía». Claramente, su arroz del mediodía podía esperar. Zhivago no compartía su opinión respecto al almuerzo, pero nadie se la preguntó, así que decidió permanecer callado y escondido en la escalera de caracol.

—¿Apostaste a que eras capaz de leer los libros más difíciles de la literatura? —preguntó él sin sarcasmo.

Ella volvió a reírse. Cuando lo hacía, su pecosa nariz, uno de los atractivos de aquel rostro discreto pero armonioso, parecía querer salir volando. Se estiraba hacia el cielo.

—No soy de ese tipo de lectoras. ¡Qué va! Aposté a que, en un año, me leería un libro de un autor con cada letra del abecedario. La

C de Camus, la F de Faulkner...

Quince minutos después, mientras Ángel ponía a hervir el agua para su arroz y Zhivago ya se relamía los restos de carne de lata de sus bigotes, el librero recapituló la información que había obtenido para su plan.

Primer dato, se dijo, «Lucía es una chica a la que le gusta jugar y apostar. Podríamos incluir algún juego en nuestro plan».

—Segundo... —le murmuró a un concentrado gato que se acicalaba el lomo antes de la siesta—, está leyendo un autor por letra del abecedario, y lo hace en desorden. Ha leído a Faulkner, ahora Camus y, según me ha contado, también *Orgullo y prejuicio*, de Austen, *Crimen y castigo*, de Dostoievski, e incluso Bukowski... Por lo tanto, tenemos A, B, C, D y F. Nos falta la E y el resto...

Sentado a la mesa, siguió recordando los minutos compartidos con la chica, tratando de extraerles todo el jugo.

«Viste un estilo clásico y romántico, casi sin maquillaje, y no creo que lleve joyas, aunque no me he fijado. ¿Tal vez unas perlas de pendientes?». Sonrió al recordar el estilo deportivo de Robe, que cuando no venía con una camiseta del CD Teruel, lo hacía con una de algún grupo *heavy*, siempre con tejanos rotos o pantalones de chándal. Tendría que modular su *outfit*.

Constanza tampoco era una mujer de joyas, solo las usaba cuando tocaba una celebración. Eso sí, el primer anillo que él le regaló, un simple aro de madera que compró en un viaje a Senegal para un congreso, jamás se lo quitó. Lo había bendecido un *marabouth* contra los malos espíritus. «Es mi talismán», le repetía hasta pocos días antes de morir, cuando le pidió su mano y se lo puso en la palma. «A mí, me ha traído mucha suerte. Busca a alguien que la

necesite. Una paciente, una amiga...», le había murmurado al oído. Desde entonces lo tenía guardado en una caja entre su infinita colección de calcetines de colores.

Ángel movió la cabeza. Constanza siempre estaba con él, ocupando sus pensamientos, pero ese mediodía tenía una misión y no quería olvidar ningún detalle de lo que le había explicado Lucía.

La chica había estudiado ingeniería por contentar a sus padres, pero siempre había sido una gran lectora, ya desde niña. «Soy de esas que se escondía entre las sábanas con una linterna», le había dicho, y Ángel había pensado que se haría buena amiga de Clara si algún día llegaban a conocerse.

Su pequeña comunidad iba a seguir creciendo y estaba claro que Lucía, si su plan tenía éxito, sería miembro algún día.

Como Constanza, Lucía también se había confesado *omnívora*: «Puedo leer el poema de un juglar o a Borges, una novela de ciencia ficción o una histórica, de amor o de asesinatos, un cuento para niños o versos orientales». Dedicaba muchas horas todas las semanas a hacerlo.

—¿Y qué dice tu novio? ¿También lee tanto? —se arriesgó el librero.

—¿Novio? ¡Uy! Tuve un par, pero... ¡la cosa no salió bien!

«Después de conocer a Werther, a Romeo o a Mr. Darcy, el listón está alto», había deducido el librero.

Antes de salir por la puerta, Lucía le confesó que desde que tenía quince años completaba un fichero con todos los títulos que leía: además de resumir qué le había parecido, le ponía una o más estrellas.

—¡Como los restaurantes!

Ella se había reído antes de perderse por la calleja.

—¡Es que leer es darse un buen banquete!

Ángel fregó los platos, se tumbó a dormir la siesta y, al despertar, aquellos nervios de quinceañero se habían apoderado de él. Quería contarle todo al mecánico: sin duda, ¡tenía material y del bueno! Sin novio a la vista, aquella chica metódica y romántica estaba esperando al amor de su vida.

¿Lograrían convertirlo en ese novio?

Cuando las campanadas de la torre del Salvador dieron las siete, la puerta de El Sueño de Constanza se abrió.

Como un torbellino, Tico entró corriendo, disculpándose por llegar más tarde de lo habitual. Tras él, Clara y Amelia, tomadas del brazo, saludaron a Ángel, dejando en el mostrador la caja de madalenas recién horneadas que la mayor traía.

El librero los saludó a todos, que, sin entretenerse, se dirigieron a sus sillas. Amelia preparó café y calentó leche, colocó sus dulces en la mesa y se sentó. Tico, Zhivago y Clara hicieron lo mismo. Solo Ángel, nervioso, no se movió del lado de la puerta.

—¡¿Qué leemos hoy?! —gritó Tico.

—¿Por qué no empezamos ya? —reclamó Amelia, que siempre tenía prisa.

«Justo esta tarde va a faltar Roberto... No me lo puedo creer», murmuró Ángel mientras se dirigía al mostrador. De detrás, sacó el cofre del tesoro que contenía una sorpresa para los miembros del Club de las Dos Páginas.

Frente a sus amigos, abrió la caja y enseñó los ejemplares de *Los amantes de Teruel* que había encargado la semana anterior.

—Y esta vez, Tico, ¡tú no te escapas! —exclamó al entregarle el cómic.

Estupefacto, el niño recogió el libro sin tener aún muy claro si agradecer el regalo o protestar.

En ese momento, entró Roberto corriendo. Llegaba diez minutos tarde lanzando improperios contra su jefe de taller por cosas que ninguno de los presentes entendió.

—Hoy es tu día, Roberto —dijo Ángel, feliz—. Te toca leer. Y si lo haces bien...

> Háblame, Musa, de aquel varón ingenioso que anduvo errante largo tiempo, después de haber destruido la sagrada ciudad de Troya; que vio los pueblos y conoció las costumbres de muchos hombres, y sufrió en su corazón muchas penas, sobre el mar, luchando por su vida y la vuelta de sus compañeros. Y no pudo salvarlos a pesar de su deseo: perecieron por su misma demencia ¡insensatos!, pues se comieron los bueyes del Sol, hijo de Hiperión, y este les quitó el día de su regreso. Musa, hija de Júpiter, cuéntanos algo de estas aventuras.

Las olas del Mediterráneo inundaron la librería. La quilla de un barco cruzó la puerta y, a babor, todos pudieron ver a Ulises, que, atado a un mástil, trataba de resistir el canto de las sirenas escondidas entre las estanterías.

El librero había apostado alto proponiendo adentrarse en la *Odisea*. Por una vez, más allá de las dos páginas que leyó Roberto, Clara les contó parte de la historia, los trasladó a la antigua Grecia y les mostró, a través de sus palabras, cómo el héroe había sobrevivido a tormentas, batallas contra gigantes y amazonas, para volver junto a su mujer y su hijo.

Un par de horas después, dos amigos paseaban bajo la torre de San Martín, entre las callejas de Teruel, haciéndose confidencias. Por fin Ángel había encontrado el momento para contarle a Roberto todo lo que había descubierto sobre su amor. Para la mayoría de los

transeúntes con los que se cruzaron aquella noche, se trataba solo de dos desconocidos. Para nosotros eran dos cómplices con un plan, dos románticos empedernidos que compartían secretos y confidencias.

Un joven mecánico del aeropuerto de Teruel y un médico maduro reconvertido en librero habían trabado una amistad casi imposible, nacida en el corazón de una pequeña librería de barrio y de un surrealista club de lectura.

Hasta Zhivago, que se había quedado guardando El Sueño de Constanza, se sentía feliz aquella noche sin luna llena.

14

DÍAS PRESENTES QUE TRAEN DÍAS PASADOS

Era un hecho. El verano entraba a zancadas en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. El sol lo anunciaba y Zhivago, con décadas de vida turolense, se tomó en serio la advertencia. Tras ese martes de finales de junio, se despediría del escaparate... por una temporada.

Mientras Ángel revisaba los pedidos con su primer café en mano, su socio felino aterrizó entre una colección de guías de viaje Lonely Planet y una bola del mundo. Se entretuvo un rato haciéndola girar con las almohadillas de las patas. Cuando se cansaba, clavaba una de las uñas para frenarla en seco.

La primera clienta del día advirtió cómo el gato contemplaba el desierto de Gobi antes de hacer girar la bola de nuevo hasta clavar la uña en Perú.

—Su gato tiene alma de geógrafo —bromeó ella mientras cruzaba la puerta de la librería.

—No es mío —repitió Ángel.

No entendía por qué la gente se empeñaba en creer que un gato tenía dueño. Ni Zhivago era su mascota ni ningún gato lo sería jamás de nadie.

—En todo caso, no dudo de que puede ser un buen geógrafo, o cualquier cosa que se proponga —dijo el librero con una sonrisa, tratando de suavizar su primera reacción—. Quizá en alguna de sus

vidas vivió en una biblioteca o fue a la universidad, quién sabe... ¿En qué puedo ayudarle?

La mujer lo escuchaba contenta. Ella también tenía un par de periquitos a los que quería como si fueran sus hijos. «Los valoro más que a muchas personas», le dijo satisfecha.

—Busco un libro de astrología para principiantes —respondió a la pregunta de Ángel algo avergonzada, bajando la voz.

No era lo más extraño que le habían pedido. Hacía un par de semanas había encargado un libro sobre la reproducción de los sapos, y, en otra ocasión, un estudiante de doctorado de lingüística le pidió un ejemplar de *The Klingon Hamlet*. El librero, que era lector de clásicos y empezaba a conocer otra clase de obras gracias a su negocio, quedó atónito al descubrir que era una versión en lengua klingon —la de Star Trek— del clásico inglés. No consiguió la obra para decepción del chico, y también suya: le habría encantado escuchar al chico leer las dos primeras páginas. *TaH pagh taHbe*, «ser o no ser», le había dicho antes de despedirse.

—Le parecerá raro lo que le pido... —dijo la mujer, casi en tono de disculpa.

—¿Raro? ¡Para nada! Raro fue el día en que una clienta me pidió el *Necronomicón*, un libro de magia que aparecía en las historias de un escritor. Por más que Lovecraft juró y perjuró que se había inventado la obra y al supuesto autor, un poeta de Damasco del siglo VIII, hay gente que se niega a creerlo. Cuentan que su lectura puede provocar la muerte y la locura...

—¿Y, aun así, la gente quiere leerlo? —preguntó horrorizada la clienta, que pasaba de los cuarenta y vestía ropa moderna, y que, por como vestía parecía venir directamente del gimnasio.

Tras repasar las propuestas de sus proveedores, Ángel y ella convinieron en encargar *Tu carta astral y tú*, libro de un reconocido

astrólogo llamado Roberto Saula.

Sin moverse del escaparate, Zhivago vio marcharse a la clienta. Aún no se había perdido por la calleja cuando un par de jóvenes cruzaron la puerta buscando lecturas de verano. Eran dos hermanas y sus abuelos les habían dado algo de dinero para gastar. Se iban aquel verano de Interrail y querían una guía de Europa del Este y alguna novela rusa.

Tras charlar con las chicas, Ángel les recomendó un par de clásicos, aunque descartó a su amado Pasternak. Eligieron la edición que pesaba menos. «Por eso de la mochila...», rieron.

Las siguientes dos horas, la librería permaneció en calma. Ángel pudo acabar de ordenar los nuevos libros y de tramitar los pedidos mientras Zhivago dormitaba. Aunque su socio humano no tuviera ni idea, sus cuatro patas habían quemado muchos kilómetros, en esta y en sus otras vidas.

En la actual, pertenecía a una camada numerosa: desde que nació, supo lo que era ser diferente. El resto eran chicas de tres colores. Él nació macho y todo blanco. Tuvo que buscarse la vida muy pronto: un día se perdió y no pudo volver a casa. Su primer recuerdo de esta vida era un garaje y todas aquellas mininas compitiendo por la leche materna. A partir de ahí, caminos, tejados y calles habían sido el escenario de sus días. ¡Incluso recorrió las autopistas de todo el país! Lo había adoptado un camionero, pero cuando este murió, huyó al adivinar las intenciones de los hijos: vender el camión y entregarlo a él a una protectora. ¿O eso fue en otra vida?

Y un día, no recordaba muy bien cómo, participó en el *casting* de sor Milagros. Tal cual: la monja, tras conseguir el permiso de la orden para abrir el obrador de galletas, salió a los parques para buscar un par de gatos que defendieran su almacén. Zhivago,

tumbado en un banco, no creía haber llamado demasiada su atención, pero, por alguna razón, su color o sus ojos o... ¡lo convirtieron en ganador! Sor Milagros también se llevó a uno pelirrojo, pero, como es bien sabido por todos los gatos y amigos de los gatos, están algo locos... ¿Quién si no en su sano juicio se escaparía de un hogar siempre calentito, con comida, mimos y cojines? Había perseguido muchos ratones en aquel local hasta que, por fin, se corrió la voz entre toda la colonia turolense de esos pequeños roedores: «Que nadie meta sus bigotes ni su cola en el obrador de galletas o se quedará sin lo uno y sin lo otro».

Cría fama y échate a dormir, dice el proverbio, así que Zhivago dejó de perseguir ratones para ocuparse en adelante de las galletas de chocolate, bizcochos y merengues que complementaban su dieta a base de latas de paté y pienso. Nunca había sido amigo de violencias innecesarias y aún menos de tener que cazar para comer. «Si te ponen la comida en un bol, ¿por qué esforzarse en perseguirla, despellejarla y deshuesarla?», se decía siempre.

Entre esos recuerdos andaba perdido Zhivago mientras Ángel acababa con su trabajo habitual de los martes. Los lunes era día de descanso, los martes de pedidos, los miércoles de limpieza, los jueves era el club y los viernes tocaba ponerse al día con las novedades del sector. Los sábados no daban para nada más que atender a los clientes y a los bebedores de café gratis.

Alrededor del mediodía, la armonía se rompió.

Un rayo de sol, al principio ligeramente molesto y luego aterradoramente pesado, se coló en el escaparate. Durante el invierno, ¡ese era justo el inicio del mejor momento del día! Pero a mitad de junio, ¡ay!, tras ese primer rayo aparecieron decenas a traición, que, a través del vidrio convertido en lupa, empezaron a quemar primero las patas traseras y después la cola de Zhivago.

Este se revolvió en sueños hasta que, cuando fue alcanzada su blanca panza despatarrada sobre un mapa a escala de América, pegó un maullido que a Ángel le pareció un grito de bebé.

Del susto se le cayó al suelo un ejemplar de *La vuelta al mundo en ochenta días* que acababa de llegar.

El gato pasó por encima de las guías, tirando unas cuantas, y entró a refugiarse en la tienda. En ese momento exacto, las campanadas anunciaron que era mediodía.

El librero miró su reloj y confirmó lo que era obvio.

—Las doce, socio, hora del ángelus.

El gato estaba intranquilo, y no solo por el sol que acababa de despertarlo. Tenía el pelo blanco erizado por una premonición. Algo estaba a punto de pasar, algo que tenía que ver con aquella palabreja, *ángelus*, que el librero había dicho como si nada y que pertenecía al pasado reciente del minino.

Se escondió tras el mostrador, tratando de encontrar algo de calma y seguir con su descanso a salvo del sol. En su duermevela, Zhivago oyó cómo el soniquete del angelito volvía a sonar. Alguien había entrado en la librería, alguien a quien él conocía muy bien pero que casi había olvidado.

Mientras hablaba por teléfono con el supermercado al que hacía la compra semanal, el librero no prestó atención a las tres mujeres.

De haberlo hecho, le habrían parecido sacadas de un tebeo: una era altísima, debía de rondar el metro noventa, lo que para una mujer de su edad era más que estrambótico. Tenía los ojos muy azules y la piel blanquísima, y caminaba como si dominara el espacio. Tras ella cruzó el marco de la puerta una mujer regordeta de cara pecosa y ojos de color almendra. Parecía extasiada sin atreverse a avanzar. La tercera era muy baja y fibrosa, con los ojos y

la piel color caoba y parecía danzar con cada paso. ¿Qué tenía en común aquel trío dispar?

Las tres habían dejado atrás los ochenta años, incluso alguna de ellas, los ochenta y cinco. Lo miraban y tocaban todo con mucha curiosidad y delicadeza. Pero lo más especial era que las tres vestían hábito y cubrían su cabeza con toca oscura.

Ninguna de ellas dijo nada.

Ángel colgó el teléfono y se quedó contemplándolas. Había algo en ellas que transmitía una paz de otro mundo.

Por alguna extraña razón, se dijo, parecían pertenecer a aquel espacio. Antes de que atara cabos, la más alta dijo, como si hablara para ella:

—Una librería...

Las otras dos corearon:

—Una librería.

—El mismo suelo... —añadió la más regordeta. Las otras dos asintieron—. Pero el color de las paredes ha cambiado —observó con un tono triste la que parecía danzar.

Las otras cabecearon algo disconformes.

—¿Recordáis la escalera de caracol? —preguntó la más baja.

Las tres se miraron. Muy despacio, se dirigieron a la estantería más grande, la del fondo. La alta miró detrás con aprensión. Las otras contuvieron el aliento.

Ángel estaba a punto de intervenir cuando oyó cómo una de ellas exclamaba:

—¡Merengue!

—¿Merengue? —preguntó el librero, acercándose a ellas.

Las tres dieron un respingo y la más alta soltó incluso un chillido.

—Disculpen, señoras, no quería asustarlas. ¿Puedo ayudarles?

Un maullido entre desesperado y alegre se escapó de detrás del mostrador, impidiendo que los cuatro humanos se comunicaran. Un trote rápido lo siguió.

—¡Merengue! —exhaló la más alta, aplaudiendo.

—Merenguito... —susurró la más bajita.

El gato apareció de un salto. Loco de contento, iba de una a otra, paseándose entre sus piernas, maullando feliz y complacido mientras se dejaba acariciar por las tres.

Ahora sí, aunque algo lento, Ángel por fin ató cabos.

Como si fueran niñas, las tres ancianas palmoteaban, reían, se interrumpían y consentían a un Zhivago henchido de orgullo y amor.

El librero nunca había visto al gato tan feliz. Cierto era que, cuando Tico o Clara andaban cerca, revivía, pero el resto del día parecía un anciano amable pero distante. Era como si estuviese de vuelta de todo, nada ni nadie parecían sorprenderle. Ángel a menudo se sentía como un mal menor al que el felino había aprendido a tolerar.

Verlo hacer cabriolas y maullar casi cantando le enterneció.

Pasaron prácticamente cinco minutos, con sus risas, caricias, aplausos y bailes, en los que Ángel, a pesar de sentirse excluido en su propia casa, decidió no intervenir. ¿Para qué molestar cuando viejos amigos se reencontraban?, se dijo. Pese a ser un hombre de razón y lógica, sabía de sobra que la amistad no se da solo entre humanos, ni depende de edades o razas.

—Perdone, ¡qué falta de educación por nuestra parte! No nos hemos presentado. —Se adelantó hacia él con la mano extendida la más alta, sin duda la que comandaba aquella pequeña expedición.

El librero le estrechó la mano. Luego inclinó la cabeza hacia las otras dos monjas. La más regordeta llevaba en brazos a un Zhivago que, ahora sí, parecía un peluche sin voluntad propia.

—Somos...

—No me lo digan: las compañeras de sor Milagros —adivinó Ángel.

—Sí, y las amigas de Merengue —puntualizó la de piel caoba—. ¡Lo hemos extrañado tanto!

Ángel las invitó a entrar a la zona de café. Las dos más bajitas miraron a la más alta, que era también la más anciana, buscando su aprobación. Cinco minutos después, las tres y Zhivago estaban sentadas tomándose un cafecito mientras el librero se disculpaba por servirles galletas de caja.

—Ofrecerles esto a ustedes, hermanas... ¡Sus galletas son recordadas en toda la ciudad!

Las tres rieron felices.

—¡No se vaya a creer! De nuestras nada —dijo la más bajita, que se presentó como María.

—Las horneaba sor Milagros, que era bien celosa y jamás compartió su receta. —Suspiró Dolores, la más alta—. Por eso, ella fue el principio y el final de nuestro obrador y de nuestra pequeña comunidad.

—Se nos llevaron de aquí hace ya un año —murmuró Elsa, que había nacido en Guinea Ecuatorial y de muy joven llegó a Teruel como novicia.

—Caballero —se explicó Dolores—, quiero que sepa que estamos felices de saber que ha abierto una librería. Nos preocupaba que...

—... fuera una discoteca, un banco, una casa de empeños, un bingo o algo peor —añadió María.

Le contaron que ellas tres y sor Milagros, que por ser la mayor le consentían el título, vivían en un convento que, durante siglos, había estado unido a la ciudad. Antaño habían sido muchas las jóvenes que entraban a vivir en él y dedicaban su vida a cantar y trabajar el

huerto, velar enfermos por las noches y acompañar a ancianos. Con los nuevos tiempos, le explicaron a un entretenido Ángel, habían perdido vocaciones.

—Elsa fue la última. —Sonrió Dolores mirando a su compañera—. Es la más joven de nosotras.

—¡Y ya tengo ochenta años cumplidos!

—¿Qué es eso comparado con Merenguito? —dijo el librero guiñando un ojo.

El gato maulló con rabia y extendió una pata, sacando las uñas de forma amenazadora.

—¡Zhivago! —gritó el librero, sorprendido, aunque le quedó claro que ese nombre no le estaba permitido.

—¡Merengue! —exclamó Dolores, escandalizada.

—¡Merenguito! —dijo asustada Elsa.

María lo miró decepcionada, sin decir nada.

El gato escondió la cabeza entre las patas, cerrando los ojos.

—¿Cómo lo ha llamado usted? —reanudó Dolores la conversación.

—Zhivago... No sabía que ya tenía nombre. —Sonrió el librero—. Aunque, de haberlo sabido, no estoy seguro de que se lo hubiera mantenido.

—Se lo puse yo —confesó una cohibida María—. Es que como era blanco y tan goloso, pues...

—Como era blanco como la nieve y apareció el día que yo estaba leyendo la novela de *Doctor Zhivago*... —se disculpó Ángel.

Los cuatro rompieron a reír.

Elsa le explicó al librero cómo habían empezado su negocio. Viendo que el convento perdía vida, y también la ciudad, empezaron a pensar qué podían hacer. Ya eran mayores y cuidar ancianos o enfermos quedaba fuera de su alcance. En cuanto al huerto, se lo cedieron al instituto de secundaria para que los alumnos lo

trabajaran. Bordar quedaba descartado: la única que aún conservaba la vista era Elsa, y la pobre bastante tarea tenía con cuidarlas a ellas.

Sor Milagros, que era la mayor, había crecido en el obrador de su padre y su abuelo. Era hija de panaderos.

—Será la genética o que lo aprendió en aquellos años en que su madre la tenía allí sentada mientras ellos trabajaban de sol a sol, pero tenía el don —le dijo Dolores.

Un don que durante años no quiso mostrar. Lo suyo fue una vocación tardía, añadió María, y pasados los setenta se puso a rescatar recetas de su memoria. Ellas fueron sus conejillos de Indias: sobre todo cuando se vino arriba y empezó a innovar.

—No contenta con las galletas y bizcochos de canela o las pastas de almendra, se entusiasmó con un canal de la tele por cable. Nos hablaba de pestiños deconstruidos y polvorones evaporados... Qué quiere que le digamos, Ángel, por suerte, esa fiebre, tal como llegó, se fue. —Suspiró María.

Empezaron vendiendo en el convento, pero se hicieron tan famosas que no podían atender a todo el público que acudía.

—Un día, Elsa y sor Milagros salieron a pasear —dijo María.

—Un día como cualquier otro —apostilló Dolores.

—¡Fue un milagro! —exclamó Elsa.

Jamás torcían por la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, pero ese día sor Milagros quería unas mandarinas y sabía que la frutería Vázquez de la esquina las vendía muy buenas.

Al pasar por delante del local en el que ahora estaban, lo vieron vacío. Cargada con sus dos kilos de mandarinas, sor Milagros se paró frente a él y se puso a llorar como una niña. Fue entonces cuando le contó a una aturdida Elsa que aquella había sido la casa de Miguel, su primer y gran amor, al que abandonó para hacerse

monja. Cuando ella era muy joven, en aquellos bajos había una sastrería. Allí trabajaba Miguel, que, apesadumbrado, tomaba medidas a los clientes. Jamás se casó porque, a quien quería escucharlo, le decía que le habían robado el corazón y ya no volvería a amar.

—Murió con poco más de cincuenta de un ataque al corazón —dijo con pesadumbre María—. Se ve que sí tenía.

El negocio cerró. La sastrería se convirtió en tienda de relojes y la tienda de relojes en una perfumería y cuando esta cerró, el local quedó abandonado.

Aquel día, al pasar y verlo vacío, sor Milagros tomó una decisión.

—Así era ella, ¡mujer de arrebatos! —comentó Elsa.

Un mes después, a cambio de cajas de galletas cada mes, de oraciones cada semana, y con alguna amenaza de maldición por en medio, la monja había conseguido que el dueño les alquilara el local sin fianza y por un precio más que razonable.

—Así nació El Séptimo Cielo, obrador y tienda de dulces —suspiró Dolores.

—Y así llegó Merengue a nuestras vidas —añadió María.

—Sor Milagros estaba empeñada en que era el gato de Miguel —comentó Dolores—, que siempre había tenido uno blanco, por lo que se ve. Lo encontró en el parque y ella creyó que se había escapado de casa al morir el dueño. Por más que nosotras le dijimos que era imposible, que como mucho podía ser un hijo o un nieto, no dio su brazo a torcer.

Y pensar que él había creído que era el espíritu de sor Milagros, se dijo Ángel, ¡y la monja creía que era de su primer amor! ¿Quién sería realmente Zhivago?

—Era una alegría para la vista verlos juntos —compartió Elsa con una sonrisa—: se entendían a la perfección. Los dos pasaban las

horas entre recetas, sacos de azúcar y galletas. Sor Milagros pareció olvidar su artritis, dejó el bastón, y a veces bailaba por el obrador y la tienda. El gato la acompañaba a todas partes como una sombra, sin perderla de vista. Y tenía recompensa: era el primero en catar los dulces que salían del horno. Eran almas gemelas: un resfriado de ella hacía que el gato tosiera, y si ella estaba triste, él también. Más de diez años duró esa felicidad.

—¡Ojalá hubieran sido eternos! —Suspiró Dolores—. Aunque ella no quisiera darse por enterada, el reloj interno de nuestra compañera había seguido funcionando. Tenía noventa años cuando la encontramos muerta en la tumbona que tenía en la buhardilla, con un libro de recetas en el regazo, y Merengue a sus pies, mirándola con dulzura.

—Tenía una sonrisa tan bella en el rostro... —añadió Elsa con lágrimas en los ojos.

Lo que pasó después, Ángel ya lo conocía. El cierre del local, el cierre del convento y la mudanza.

—Sin su receta secreta, sin sor Milagros..., ¡se nos llevaron! —exclamó, indignada, María—. La noche antes, Merengue, como si ya supiera lo que pasaba, desapareció.

Aquella noche, antes de apagar las luces de la buhardilla, el librero se tomó su tiempo. El recuerdo de aquellas monjas entrañables le había instalado una suave paz en el corazón. Aquella había sido una pequeña excursión de despedida, sin duda.

Al despedirse, tras regalarles a cada una un libro y hacerles una foto con su Merengue, les brillaban los ojos a las tres.

Ya en pijama, Ángel suspiró y se arrodilló junto a Zhivago, que se acicalaba en su esquina sobre la manta vieja que le hacía de cama.

Le acarició la cabeza y el felino la ladeó, moviendo despacio la cola. Ronroneó con cierta pena.

—Lo sé... La extrañas. —Ángel se sentó y apoyó en la pared—. Yo no tengo galletas para ti. Solo puedo lanzarte versos, que son migas de poemas. A mí me curan el alma.

Ambos, humano y gato, cerraron los ojos.

«¿Qué poema puedo recitar para consolar a un gato?», se preguntó Ángel. Acudió, sin previo aviso, uno a su boca.

—Ven, acércate más. Eres mi oportunidad de acariciar al tigre y citar a Baudelaire.

Tigre adorado, monstruo de aire indolente;
quiero enterrar mis temblorosos dedos
en la espesura de tu abundosa crin;
sepultar mi cabeza dolorida
en tu falda colmada de perfume.

El silencio y la oscuridad fueron inundando aquella pequeña buhardilla en la que, cada uno a su manera, se dejaron mecer por una nostalgia enorme.

—¿Te he hablado alguna vez de los ojos de Constanza? —susurró Ángel justo antes de quedarse dormido sin ni siquiera echarse en la cama.

15

El círculo se cierra

Jueves, siete de la tarde. El Club de las Dos Páginas al completo dio comienzo a su sexta sesión con el que ya empezaba a ser su ritual.

Zhivago se acomodó sobre su cojín con la M bordada —Ángel no pudo evitar explicarles a todos que la M era de Merengue—. Amelia y Clara, que habían llegado juntas caminando, prepararon el café y colocaron las madalenas, esta vez de arándanos. Tico, una vez finalizados sus deberes, se sentó en su silla con el cepillo para peinar a Zhivago. Mientras, por su parte, Roberto les contaba que ese mediodía había logrado cruzar tres palabras con Lucía.

—Tal cual, ¡tres! —dijo desesperado.

—¿Tenían que ver con manzanas? —preguntó el niño acordándose de la primera conversación que habían mantenido ambos en la cantina del aeropuerto.

Todos se echaron a reír.

A Clara, la estola de zorro sintético que llevaba alrededor del cuello a pesar del calor la hizo estornudar. El clima de la novela de ese día no coordinaba con el último jueves de junio en Teruel. Como le había dicho su madre mientras se la prestaba junto con unos guantes de piel, «para presumir hay que sufrir».

Amelia había llevado las preciosas matrioskas que su hijo le había traído de un crucero por el Báltico. Las había colocado frente a cada

uno de los miembros del club, en la mesa, con su nombre escrito en letras cirílicas.

El librero pensó que el nivel estaba subiendo en aquellos encuentros, aunque, por el momento, nadie hubiera acabado uno de los libros. «¿Debería ponerme más duro con eso?», pensó mientras acariciaba su pipa. La llevaba porque así imaginaba que debían pasar los largos inviernos los personajes de la novela. También traía consigo una bonita caja lacada que había encontrado en una tienda de subastas.

Robe había llegado con una botella de vodka, «vacía» le especificó a un alucinado librero.

Zhivago, con su abrigo natural blanco, ya quedaba perfecto para la lectura que les aguardaba.

Tras contemplarlos con cariño, Ángel dio tres vueltas con la cucharilla y golpeó dos veces el borde de la taza. Y ese gesto y el sonido que lo acompañaba dieron paso a dos cosas: un trueno seguido de un relámpago espectacular y un maullido que puso a todos los pelos de punta. Ambas provocaron dos cosas más: la primera fue inmediata —la caída de una gota de café sobre *Anna Karenina* ante el disgusto del librero—, y la segunda tardaría aún unos cuantos minutos, pero cuando sucediera sería la más devastadora de todas.

—¡Mi ropa! —exclamó Amelia.

—¡Mi *Anna Karenina*! —la secundó Ángel.

Tico miró a Clara, a quien no parecía preocuparle nada. Sonreía al techo, como si pudiera imaginarse allí la ropa tendida chorreando, y a Anna paseando con un abrigo manchado de café por los bulevares de Moscú.

Aquella joven era de carácter risueño y apacible. Nadie la había oído decir una palabra más fuerte que otra desde que habían

iniciado los encuentros en la librería. De hecho, apenas la habían oído hablar.

Con todo, Amelia aseguraba que era una gran conversadora. Ambas vivían en la zona del Ensanche y juntas iban y volvían cada jueves. La veterana la recogía en su puerta y, tras cruzar el puente del Viaducto, pasando bajo la torre del Salvador se adentraban en el casco viejo.

Las confidencias habían ido tejiendo ese recorrido semanal hasta crear una amistad que, en el caso de la anciana, abrigaba sus días. Esperaba con ansia aquellos minutos en los que compartiría con la joven sus dificultades para seguir los cursos de la escuela de adultos, o bien que su primer nieto se había caído de la bici y se había roto un brazo. Para lo primero, Clara siempre tenía un consejo acertado o una palabra de ánimo. Más de una vez, Amelia pensó que su amiga habría sido una gran maestra.

—Yo llevo puestas mis zapatillas de deporte nuevas... ¡Mi madre me matará! —exclamó el niño, sumándose así al estado general de queja por el tiempo.

Zhivago volteó su cabeza hacia el techo, siguiendo el gesto de Clara. Maulló para expresar en su idioma que le dolían los huesos de las patas a causa de la humedad. Amelia, a quien también le dolían las piernas, sabía que lluvia y cambios de presión se llevan fatal con la edad. Porque, si en algo coincidían anciana y gato, era en que ambos vivían ya su última vida y, aunque tenían un espíritu alegre e inquieto, eran conscientes de que ya habían dejado atrás más aventuras de las que les aguardaban.

—¡Pobre Lucía! —exclamó Roberto de repente.

—¿Por? —preguntó Clara.

—Es su hora de salida. Estará esperando el bus, en la cantina la he oído decir que tiene el coche en el taller.

—Deberías ir con tu carroza a buscarla —dijo Tico, muy serio—. Si has de ser su héroe...

—O cambiar la moto por un coche —convino Clara, más sensata.

Ángel, que había tratado de limpiar la mancha del libro con poco éxito, tosió y dijo:

—No hagamos esperar a una dama como Anna, por favor.

Todos se recolocaron en sus sillas con un silencio expectante.

Y la magia, a pesar de la lluvia, acudió rauda a su cita de los jueves en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas.

> Todas las familias felices se parecen, pero cada familia infeliz es desgraciada a su manera.

Ángel hizo una pausa. Para él, aquel era uno de los inicios más fascinantes de la literatura. Y como siempre que lo leía, no pudo evitar agradecer que su familia hubiera sido de las primeras.

Don Ramón y Marisa, sus padres, se habían querido muchísimo. Y lo habían querido a él. Había sido educado en el esfuerzo y el respeto, en el trabajo y la dedicación, pero más con el ejemplo que con los discursos. Por suerte, la vida les sonrió y pudieron disfrutarla.

La familia que Constanza y él formaron también había sido feliz, a pesar de la sombra que siempre planeó sobre sus días de sol. Por un tiempo creyó que no poder tener hijos acabaría con esa felicidad. Sin embargo, no fue así: ese dolor, que con los años perdió aristas, quedó incorporado a sus vidas sin destrozarlas. Viajaron, tuvieron infinitos amigos, crecieron juntos, se amaron.

«¿Y ahora qué? Sin padres, sin Constanza... Sin familia», pensó con melancolía.

Justo en ese momento, a punto de rendirse a la tristeza, se acordó de la conversación con Tico: el dolor escondido tras la frase sobre su padre y su nueva familia en Suecia. Imaginó a Berta, con la

que había coincidido un par de veces más, siempre cansada y trabajando, preocupada por su hijo, pero sin poder atenderlo.

El pequeño le contaba cómo a veces preparaba él la cena y el desayuno para ambos. «Incluso sé poner la lavadora y tenderla —le había dicho orgulloso—, pero no plancho, eso me lo tiene prohibido mamá».

¿Serían ellos una familia feliz? Amor había, sin duda, pero también preocupaciones.

De la vida íntima del resto de los miembros del club apenas sabía algún detalle. Amelia había tenido un matrimonio tranquilo, que ya era mucho. Hablaba con cariño de sus hijos y nietos, pero no con cercanía: seguramente no estaban tan presentes como ella desearía. En cuanto a Clara, mencionaba a sus padres con alegría. Se habían volcado en su hija, hacían muchos planes juntos, estaban pendientes... «Quizá demasiado», pensó el librero antes de volver a la lectura.

> En casa de los Oblonsky andaba todo trastrocado. La esposa acababa de enterarse de que su marido mantenía relaciones con la institutriz francesa y se había apresurado a declararle que no podía seguir viviendo con él.

En el fondo, ¿quién era nadie para juzgar a otra familia?

—¿Qué te pasa? —lo interrumpió Robe.

—¿Perdón?

—No parece que estés aquí —insistió el joven.

Ángel se regañó a sí mismo: ¿resultaría, al final, que él iba a ser el más disperso de todos? Acto seguido, pidió disculpas a los compañeros y permiso para iniciar de nuevo la lectura, acompañado de la tormenta, que no arreciaba. Parecía que, sobre sus cabezas, se libraba una buena batalla.

> Semejante situación duraba ya tres días y era tan dolorosa para los esposos como para los demás miembros de la familia. Todos, incluso los criados, sentían

la íntima impresión de que aquella vida en común no tenía ya sentido y que, incluso en una posada, se encuentran más unidos los huéspedes de lo que ahora se sentían ellos entre sí.

Tan concentrados estaban, por fin, que no oyeron que la puerta de la librería se abría. Ni que el angelito metálico los avisaba de que una extraña, que parecía sacada de un acuario, acababa de entrar.

Aquella mujer de mediana edad, aunque parecía más joven, se quedó tras la puerta sin apartar la vista de la calleja, por donde en ese momento descendían una zapatilla, un paraguas roto y una botella de plástico. Vestía una blusa blanca, que en ese momento lo transparentaba todo, pantalones oscuros y unos zapatos de tacón. Se los quitó y con las manos trató de calentarse los brazos. Estaba claro que el temporal iba para largo.

Solo entonces se giró: al primer vistazo, no vio a nadie en la librería, a pesar de oír una voz humana que atrapó su atención. Era profunda y algo áspera, pero sin llegar a raspar. Sonaba muy masculina y prometía sin prometer, tal como hablan las personas educadas y cultas. Muy quieta, trató de ubicarla y se dio cuenta de que provenía de detrás de una de las estanterías.

Sentía verdadera curiosidad por aquel local en el que se había colado buscando refugio y por esa voz que la había recibido.

Descalza, tratando de no hacer ruido, se acercó a la primera estantería que quedaba a su derecha y se puso a mirar los libros. Había un manual de bricolaje junto a una guía de Francia, *Historia de dos ciudades* los seguía y tras esa obra, *El Aleph y otros cuentos*.

Claramente, no habían ordenado los libros por géneros.

Volvió al principio de la larga estantería, se centró esta vez en el apellido de los autores. De la zeta a la hache, de la te a la be, los vecinos no seguían un orden claro. ¿Quizá por países?, se preguntó cuando empezaba la segunda fila de aquella misma estantería.

Cuando hubo acabado de ver todos los anaqueles, ya lo tenía claro: quien llevaba El Sueño de Constanza era un novato, un caótico, no sabía leer o bien trabajaba para la CIA y aquello era una tapadera llena de enigmas.

Ella, aunque en ese momento luciera despeinada y con el rímel corrido, era una mujer de orden y método.

Tan concentrada estaba la extraña tratando de entender aquel galimatías, mientras se centraba en una segunda estantería, que no vio al gato que se le acercaba.

Zhivago no le quitaba la vista de encima: no desconfiaba de ella en absoluto; era, simplemente, que había algo magnético en esa humana. ¿Sería la confianza con la que caminaba, agarraba los libros, los hojeaba? ¿O tal vez las gotas que, tras ella, iban quedando en el parqué de la librería? Seguramente fuera eso. El felino no pudo evitar moverse y lamer a su espalda para comprobar, por enésima vez aquel año, a qué sabía la lluvia. No conseguía llegar a una conclusión clara.

—¡Vaya! ¡Un gato librero! —exclamó la mujer.

Pillado *in fraganti*, Zhivago alzó la cabeza. Quieto, como estatua griega, se quedó mirándola a la espera de lo que el destino tuviera preparado para ambos.

—¡¿Quién anda por ahí?! —exclamó otra voz masculina desde detrás de la librería.

Esta vez fue la intrusa quien, dejando un ejemplar de *Colmillo Blanco* sobre el mostrador, se dirigió hacia el centro de la librería.

Un montón de cabezas se giraron hacia ella al verla llegar. Como los libros, nada allí parecía tener sentido: una anciana con el cabello azul y una madalena en la mano, una mujer con una estola de piel a pesar del calor que hacía, un hombre canoso con una pipa apagada

en los labios, un niño con unas gruesas gafas de pasta azul y un joven que cargaba una botella de vodka vacía.

Vistos en conjunto, aquel gato blanco que no dejaba de mirarla, gordo y peludo, era el más normal.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó Ángel, sorprendido.

—Por la puerta...

—¿No la has cerrado, Robe? —preguntó Amelia al mecánico, que se encogió de hombros.

—Se me ha olvidado.

—Llueve... —dijo la mujer, intimidada por todas aquellas miradas —. Y hay relámpagos.

—¿No te gustan los relámpagos? A mí tampoco —dijo Tico.

Ella lo miró como se mira a un ornitorrinco que te cruzas en mitad de la autopista. El socio felino de la librería maulló largo.

—Y a Zhivago tampoco le gustan —añadió el niño, acercándose a su amigo para acariciarlo.

—Precioso nombre para un gato librero. —Sonrió.

El felino la miró fijamente a las pupilas y, de alguna manera, fue capaz de leer en ellas que esa extraña pronto iba a dejar de serlo, y que su visita, aunque casual, no sería la última.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó Ángel.

—¿Es usted el librero humano? —Todos rieron—. Solo quería resguardarme de la lluvia —se excusó ella.

—Ningún problema. Está en su casa.

Antes de que Ángel volviera a su silla, ella lo interceptó con un gesto.

—Eso era antes de entrar... Ahora también quiero hacer tres preguntas. —Sonrió de nuevo—. La primera, ¿qué leías?

Cuando aquella noche, acostado en la buhardilla, Ángel repasara su jornada, la cara angulosa y atractiva de Elena, aquella mujer que

había dejado de ser una extraña, se le colaría constantemente.

Había algo que te atrapaba en ella y no sabía explicar qué. El librero y Zhivago compartían la misma sensación sin poder racionalizarla. ¿Tal vez esa mirada sagaz y la sonrisa abierta que aparecían en su rostro de cuando en cuando? ¿Fue su manera de ponerse los tacones y salir de nuevo a la calle sin mirar atrás, saludando con la mano al vacío sabiendo que todos estaban pendientes de ella? ¿O quizá por cómo había preguntado qué libro leía, comprando después un ejemplar sin dudarlo?

—Hace mucho que tengo pendiente conocer a Anna... Que la tormenta me haya traído hasta aquí justo hoy es una señal, ¿no crees? —había comentado mientras pagaba su ejemplar.

El librero comprendió enseguida que Elena era una gran lectora, aunque aquella tarde reconoció que los autores rusos se le habían resistido hasta ese momento.

—¿Y tu segunda pregunta? —le había lanzado Ángel en un intento de retenerla cuando se disponía a marcharse.

—¿Cuál es el criterio de clasificación y orden en esta librería?

Ángel se encogió de hombros.

—El mío.

Elena abrió la boca como si fuera a decir algo, pero finalmente solo ladeó la cabeza en lo que podía ser un gesto de sorpresa o de desaprobación.

Ahora sí, aquella mujer elegante se dirigió hacia la puerta con su libro nuevo bajo el brazo.

Antes de salir, miró por última vez hacia la estantería tras la que se escondía el resto de los miembros del Club de las Dos Páginas. En ese momento votaban la próxima lectura en un conato de rebelión, aprovechando que Ángel no estaba presente.

—Aquí, además de ve-vender libros —balbuceó Ángel cuando ella ya se iba—, tenemos un club de lectura que se reúne cada quince días. Si quieres...

La puerta se había cerrado y la invitación sin concretar quedó volando sobre la cabeza de librero, como quedó la tercera pregunta que ella ni siquiera mencionó. Y seguiría volando por encima de su corazón aquella noche y los días siguientes.

16

UN PLAN CON FISURAS, ¿Y QUÉ?

Era miércoles: zafarrancho de combate en El Sueño de Constanza. Vestido con una camiseta vieja de los Stones, armado con un plumero y un trapo, Ángel perseguía cada mota de polvo con una inquina que a Zhivago se le antojaba enfermiza.

Aquello le parecía demasiado, aunque, como buen minino, era aseado. Se acicalaba cada día, lamiendo su pelo blanco con dedicación. Varias veces por semana, Tico se lo desenredaba y él, por más que casi siempre sentía el deseo de propinarle un buen zarpazo, se dejaba. Apreciaba al chico y, además, sabía que los nudos le acababan haciendo daño. Pero aquello era demasiado: escondido en la escalera de caracol, tras la estantería, se mantenía ajeno a los esfuerzos del librero desde hacía un par de horas, perdido en sus ensoñaciones.

Durante ese tiempo, Ángel había organizado un nuevo escaparate, esa vez dedicado al astro rey que ya azotaba Teruel. En aquella primera semana de julio, los niños invadían las piscinas, los ancianos acaparaban la fresca y las amas de casa bajaban las persianas. En la librería, unos ventiladores estratégicamente situados trataban de mantener a salvo a los clientes de una ola de calor.

Por culpa del bochorno, por las mañanas El Sueño de Constanza parecía un desierto. Pocos se aventuraban a salir a la calle y si lo

hacían, era para ir a una piscina o a encerrarse en el centro comercial con aire acondicionado.

Las tardes, a la caída del sol, era otro cantar.

Desde que Ángel había puesto una pequeña nevera con hielo, a sugerencia de Tico, su invitación a café había ido ganando adeptos. Hasta la hora de cerrar, había supuestos clientes por allí, vaso helado en mano. En los últimos días, la librería se había convertido en sede de varias tertulias improvisadas y muy pocas de ellas eran literarias. Desde cotilleos sobre los vecinos hasta los partidos del CD Teruel; de recetas de cocina a destinos de playa para el insufrible verano, todo tema de conversación tenía cabida entre las estanterías.

Aunque, sin duda, el favorito eran las fiestas. La ciudad ya estaba engalanada para empezar la semana de ferias, pero en cuestión de días empezarían las fiestas de la Vaquilla del Ángel y nadie, ni grande ni chico, saldría inmune de la locura que se iba a desatar.

En medio de todo esto, Ángel ya daba vueltas al escaparate de la semana siguiente. Luciría más turolense que nunca: guías de la ciudad, libros sobre arte mudéjar y sobre los yacimientos de dinosaurios, volúmenes de historia para todas las edades y, por supuesto, novelas y ensayos sobre los amantes de Teruel. En el centro colocaría una preciosa estrella de ocho puntas bordada que le había prometido Amelia.

Mientras pasaba la fregona, bien contento, Ángel recordó que el día anterior había llegado un ejemplar de *La misteriosa llama de la reina Loana*. Era un libro que ya tenía dueño, Roberto. O, mejor dicho, Lucía.

La historia del vendedor milanés de libros antiguos que pierde la memoria por culpa de un ataque al corazón había atrapado a Ángel hacía años. Leyó tres veces seguidas la peripecia de aquel hombre que recordaba todo lo leído, pero no a su familia o su nombre. En un

viaje de regreso a su hogar de infancia, entre periódicos, discos, libros y cómics, revivía la historia de varias generaciones, pero no conseguía recuperar el único tesoro que anhelaba realmente: la cara de su primer y eterno amor.

Una lágrima absurda resbaló por la mejilla del librero al acariciar, aquella mañana, la portada del libro. De alguna manera, ahora más que nunca, se sentía interpelado por aquel personaje y su historia.

Pero no era por eso por lo que lo había encargado para su amigo mecánico, pensó mientras se cambiaba de ropa tras acabar con la limpieza de aquel miércoles.

Un rato después, a la hora de la comida, se lo explicaba a Robe, que llegaba en moto a recoger el preciado libro.

—Es hora de avanzar en nuestro plan «Conquista de Lucía» —le dijo muy serio.

—¿Avanzar? ¡Si no hemos hecho nada! —Se rio el chico mientras se zampaba un bocadillo de tortilla y una cerveza bajo la mirada enfadada de Zhivago.

Si sus maullidos hubieran servido de algo, le habría recordado a aquel insensible que Ángel se había pasado la mañana limpiando. ¿Por qué volvía a llenar de migas la librería?

En cualquier caso, la misión que tenían entre manos captó totalmente la atención de Ángel, que olvidó las horas dedicadas a la limpieza y dejó que Robe hiciera lo que quisiera. Los tres miembros del Club de las Dos Páginas, tan concentrados, vistos desde la calle, parecían un grupo de conspiradores.

—¿Te acuerdas de la apuesta que Lucía ha hecho con su amiga? La de ir leyendo libros siguiendo el alfabeto. —Roberto asintió—. Pues te he conseguido uno precioso para la E que a mí me encanta. El autor es Umberto Eco. —Sonrió Ángel, todo satisfecho.

Roberto volvió a asentir mientras daba un sorbo a su lata. Luego murmuró:

—¿Y? No pretenderás que vaya y se lo dé tal cual, así sin más... «Toma Lucía, nunca hemos hablado y no sabes quién soy, pero te he comprado un libro».

—¡No seas bruto! No va así: se trata de ponerle misterio, magia al asunto —dijo el librero emocionado, bajando la voz.

Media hora después, Roberto desaparecía montado en su moto. Llegaría con retraso al trabajo y, aunque eso no le gustaba nada, aquella tarde sentía que el motivo bien lo valía.

Desde la puerta de la librería, en la dormida calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, Ángel lo vio irse pensando: «Ahí va nuestro galán, montado en su caballo de hierro, el Diego del siglo XXI».

Sus alforjas iban llenas de ilusión y de un plan infalible, según creía el librero.

Si aquellos dos humanos le hubieran preguntado a Zhivago, desde la experiencia amorosa que daban ya seis vidas completadas, les habría dicho que el plan tenía grietas, y muchas.

Unos segundos después de que el joven se fuera, el librero cerró la puerta y subió las escaleras tras el gato con el eco de lo sucedido martilleando aún sus sienes.

—Mañana tienes que llegar antes que nadie al aeropuerto. Cuélate en la oficina de Lucía y... ¿Sabes cuál es su mesa? —le había dicho a su entusiasmado amigo.

—Pues claro, ¡como para no saberlo! Tiene un póster en la pared que pone «Las chicas listas leen libros», en el que aparece una niña con unas gafas enormes.

La idea era que dejara el ejemplar sobre la mesa con una nota.

—Mi letra es terrible —había reconocido, avergonzado, el mecánico.

—Y la mía, de médico —rio Ángel.

¿Sería posible que por esa tontería su plan se fuera al traste? El librero cavilaba sobre posibles soluciones. «No nos podemos rendir tan pronto ni tampoco esperar a que alguien nos eche un capote. Mañana se reúne el club, pero Amelia también queda descartada porque su letra es algo ilegible, como la de Tico. En cuanto a Clara...». Suspiró para sus adentros.

Además, el jueves iban a tener mucho lío: Ángel esperaba ilusionado esa sesión desde hacía días. ¡Por fin iban a leer juntos *Los amantes de Teruel*! Aquella iba a ser una semana dedicada al amor. Con un pellizco de nostalgia, se había concentrado de nuevo en el problema que los ocupaba.

Tras dar vueltas a qué hacer, Roberto había tenido una idea que a ambos les pareció la mejor.

—¿Y si hacemos como en las películas? Cuando recortan letras de diarios y las pegan y entonces...

El librero había comentado que, a pesar de que solía ser en películas de crímenes, la idea podía resultar. No dejaba de ser literario.

El ruido de la moto al irse había despertado de la siesta a más de uno. Las ventanas abiertas no permitían amortiguar el tubo de escape y menos aún la energía con la que Roberto había pisado el acelerador. Sintiéndose un Miguel Strogoff enamorado, con su paquete y su pequeña nota de letras recortadas, cruzó la ciudad y se perdió por la carretera.

Por muchos años que pasen, pequeña *book lover*, yo jamás olvidaré tu mirada perdida entre las páginas de un libro. Pero si por azar, destino o maldición, eso sucediera, como el personaje de este libro, la buscaría por todos los recovecos de mi memoria y hasta el final de mis días.

Disfruta de tu E.

17

UN POCO PARA TODOS

Ángel recordaría durante años aquella tarde que se negaba a ser noche. El reloj marcaba las horas desesperado mientras aquel pintoresco grupo de humanos, según Zhivago, aquel grupo de amigos casi familia, según el médico reconvertido en librero, se negaban a escuchar sus campanadas.

En círculo, alrededor del café y unos bombones helados, leían concentrados para, minutos después, reír como locos, poco antes de ponerse a llorar algunos de ellos. De este modo dejaron pasar la hora y media habitual para adentrarse en una segunda y hasta una tercera.

Animados por un sol de julio que no parecía tener sueño, los miembros del Club de las Dos Páginas se dejaron arrastrar más allá del tiempo y de las lecturas para abrir sus corazones y mostrar lo que todos escondían, de Amelia a Tico, de Roberto a Clara, incluso Ángel, y que no era otra cosa que *amor*.

Insomne en la madrugada, mientras escuchaba roncar a un insensible Zhivago, el librero seguía repasando cada minuto de aquella velada que ya nunca sería un jueves cualquiera, sino *aquel* jueves precioso, promesa inconcreta de algo que ni él mismo sabía explicarse.

Como siempre, todo había empezado media hora antes de las siete. Un tsunami en forma de niño había entrado por la puerta.

Berta venía tras él, corriendo por la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Traía con ella una caja metálica redonda que entregó a un sorprendido Ángel mientras resoplaba.

—Tico se ha empeñado en que hiciera galletas para esta sesión del club. Espero que os gusten, ¡anoche estuvimos hasta muy tarde haciéndolas juntos! —dijo antes de desaparecer por la puerta camino de su trabajo. El turno de noche la reclamaba.

El adiós de Ángel se quedó suspendido en el aire. Estaba acostumbrado a cruzar solo tres o cuatro frases con la madre del niño o, mejor dicho, a que ella dijera algo y él se quedara con las palabras a medio decir.

Berta trabajaba muchas horas, por no decir todas, y siempre iba acelerada, encajando el resto de las piezas de su vida. Su profesión no ayudaba a que tuviera una vida estable, como tampoco el ser madre soltera. Era una mujer agradable, que nunca olvidaba enviar un wasap al librero para comentarle las notas de Tico, mejores desde que hacía los deberes en la librería, así como tampoco olvidaba agradecerle todo lo que hacía por su hijo con algún detalle. Sabía que vivía solo y ella era buena cocinera.

En su día libre, Berta preparaba *tuppers* y les colocaba un cartelito: «Lunes lunero», «Martes ni te cases ni te embarques». Pese a que la vida no le daba tregua, en esa pila empezó a aparecer otro cartelito: «Para el médico de letras».

Cuando eso pasaba, el niño aparecía en El Sueño de Constanza con unas albóndigas caseras, arroz con verduras o bacalao al pilpil que hacían las delicias del humano y el felino. Cuando el contenido ya había desaparecido, Ángel le devolvía el *tupper* reluciente, a veces con un «gracias», otras con una de las madalenas de Amelia o con algún texto entretenido «para leer en (la) guardia». Siempre

quedaba pendiente una visita de Berta a una de las sesiones del Club de las Dos Páginas.

—¡Abre la caja! —le rogó una voz escondida tras la estantería principal que devolvió a Ángel al presente.

En la escalera de caracol, un Tico con pantalón corto y camiseta de Batman, con su mochila aún a la espalda, jugaba con un Zhivago entretenido con una bola de papel de periódico atada a un hilo. Era un juguete sencillo que el librero y el niño habían construido hacia unas semanas.

Ángel abrió la caja y descubrió un montón de galletas con forma de corazón.

—¿Qué te parecen? Mamá las hizo y yo las pinté una a una con azúcar rojo —explicó satisfecho su pequeño amigo.

—Sin duda, serán perfectas para hoy.

—¡Eso pensé yo!

—Voy a preparar la sesión.

—¿Quieres que te ayude?

Ángel miró al gato, que pareció entenderle: en ese momento alargó una pata y tocó con suavidad el brazo bronceado de Tico.

—Sí, ya sabes cuál es tu tarea...

Acto seguido, mientras el niño luchaba con los nudos blancos de la panza de Zhivago, un par de clientes llegaron buscando una lectura para las vacaciones.

Veinte minutos después, Roberto entraba por la puerta. Venía vestido con una capa marrón y traía bajo el brazo un balancín con forma de caballo que hizo las delicias de Tico y el gato en cuanto lo detectaron.

Ángel llevaba veinticuatro horas esperando ese momento: quería saber si, finalmente, su amigo había dejado el libro en la mesa de Lucía. Y si lo había hecho, ¿qué había pasado?

Cuando iba a preguntárselo, entraron Amelia y Clara, ambas con un corazón bordado en la camiseta. Y en el centro de cada corazón, una lágrima. De una bolsa, extrajeron unos polichinelas sencillos, pero fácilmente reconocibles: ahí estaba Isabel, tomada de la mano de Diego; ahí el padre de cada uno.

«¡Qué increíbles!», pensó el librero, atónito ante la capacidad de los miembros del club para sorprenderlo.

Tres vueltas de cucharilla después, todos estaban sentados alrededor de la mesa con entusiasmo. Tico le explicaba a Clara que se había leído todo el cómic de la historia de los amantes.

—¡Qué triste!

—Lo es... Pero ¿te ha gustado? —Clara le preguntó sonriente.

—¿Quieres saber la verdad?

—¡Por supuesto!

—Pues no.

A Clara se le congeló la sonrisa en el rostro. Amelia, que en ese momento preparaba el café, se incorporó a la conversación.

—¿No acabas de decir que te lo has leído entero?

—Sí, pero eso no quiere decir que me guste. Es triste... y ¡estoy muy enfadado!

—¿Enfadado?

Roberto se incorporó al grupo tras haberle explicado a Ángel, en un aparte, que nada había cambiado desde que dejara el libro sobre la mesa de su amor. No había detectado ni un cambio en sus rutinas. Incluso se preguntaba si no habría alguien que se quedaba con los paquetes. Ambos habían acordado que no podían rendirse: había que buscar un nuevo libro.

—¡Se querían! Su padre debería entender que su amor era gigante y que no podía separarlos, pero entonces va y...

Ángel observaba sorprendido al miembro más joven del club, apasionado defensor de aquellos dos enamorados medievales.

—¿Qué te parece, Tico, si hoy leemos entre todos? ¿Quieres hacer de narrador?

El niño abrió los ojos. Dudó, nervioso, se retorció las manos y, finalmente, accedió. Sabía que aquella era una gran responsabilidad.

Tras un tartamudeo inicial, el niño ganó seguridad conforme sumaba palabras.

Acto primero

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. A la derecha, una cama; a la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes.

Lo siguió Amelia.

ZULIMA: No vuelve en sí.

Ángel tomó la palabra.

ADEL: Todavía tardará mucho en volver.

Y siguieron alternando sus voces:

ZULIMA: Fuerte el narcótico ha sido.
ADEL: Poco ha se lo administré. Dígnate de oír, señora, la voz de un súbdito fiel, que orillas de un precipicio te ve colocar el pie.
ZULIMA: Si disuadirme pretendes, no te fatigues, Adel. Partir de Valencia quiero, y hoy, hoy mismo partiré.
ADEL: ¿Con ese cautivo?
ZULIMA: Tú me has de acompañar con él.
ADEL: ¿Así al esposo abandonas? ¡Un amir, señora, un rey!

ZULIMA: Ese rey, al ser mi esposo, me prometió no tener otra consorte que yo. ¿Lo ha cumplido? Ya lo ves. A traerme una rival marchó de Valencia ayer. Libre a la nueva sultana mi puesto le dejaré.

Aquella tarde, todos los miembros del Club de las Dos Páginas tuvieron su momento de gloria, representando alguno de los personajes de aquel romance que, a cada cual, de una manera u otra, emocionaba.

Por una vez, el librero no fue exacto con su norma: cuando ya llevaban dos páginas, siguieron con la tercera, para continuar con la cuarta y adentrarse en la quinta. No tuvieron miedo a la sexta, y la séptima y la octava la siguieron. Incluso Zhivago, atento sobre su cojín, no se perdía ripio.

Cuando llevaban más de diez páginas, un gran suspiro escapó de la boca de Amelia. Todos la miraron y descubrieron que sus ojos estaban arrasados por las lágrimas. Fue entonces cuando, sin que nadie se lo pidiera, empezó a explicar su propia historia de desamor.

—Era una chiquilla porque, aunque no lo creas, Tico, yo también tuve tu edad. En el pueblo crecíamos todos juntos. Íbamos al río o al monte, a las romerías y al baile, al mercado o a ayudar en el campo, al mercado o a la misa, en bola, todos los chiquillos. Era muy pequeña cuando me enamoré. ¿Tendría seis años? ¿Siete? Siempre lo supe: era él, Martín. —Amelia suspiró antes de seguir—. A quien quería oírme le decía que nos casaríamos. Todos reían menos él. Sentía lo mismo que yo.

»Crecimos y nuestros padres vieron que no era broma. Al mío le pareció bien: aprende un oficio, le dijo, y vuelve por mi chica. Al suyo, también. Teníamos quince años. Recuerdo nuestra última noche: bajo las estrellas, nos prometimos amor eterno.

»Se fue a Zaragoza y quiso ser mecánico. Empezó en un taller. Allí estuvo un par de años. Algunos fines de semana nos veíamos y, tanto él como yo, íbamos ahorrando. Y yo empecé, con retales que me daban, a bordar mi ajuar.

»Pasó otro año, yo ya era mocita y llegaron tiempos difíciles. Sonaban vientos de guerra. Martín volvió al pueblo, abrazó a su madre, me besó... y se lo llevaron al frente. Ni él ni yo sabíamos escribir. No pude ponerle ni una letra. Él convenció a un compañero para que me trajera un pañuelo durante un permiso, impregnado de su colonia. Al cabo de unos meses, convenció a un teniente para que me pusiera unas frases: «Que te extraño, que hace frío, que tengo hambre, que reces por mí».

»Y ya. Eso es lo que tengo de Martín, una carta que otro escribió y un pañuelo sucio. Murió. Y no me creeréis, pero, a pesar de los años que han pasado, si me acerco el pañuelo a la nariz, puedo olerle como en aquella noche, bajo las estrellas, mientras me besaba y me prometía un imposible.

»Durante años anduve enfadada con Dios. Me lo imaginaba aquella noche riéndose al oír nuestros planes. Él, que lo sabe todo, sabía que no habría boda, ni hijos, ni nietos, ni una casa con huerto... Yo tuve mi beso, y poco más —sollozó Amelia.

Clara la abrazó como a una niña desconsolada.

Ángel pensó en su propio dolor y le supo menos amargo. Al conocer la tristeza de la veterana, sintió que se mezclaba con la suya. Le nacía en el estómago un torrente que subía al corazón y, de ahí, a la boca.

No era de lágrimas, sino de palabras.

—Nunca os he explicado bien quién era Constanza ni os he hablado del poder de sus ojos verdes.

Todos se giraron hacia él.

Tres segundos después, se embarcaba en la historia de su amor. Les contó cómo la había conocido en la biblioteca, cómo se conquistaron rápida y lentamente a la vez, cómo se casaron y construyeron un nido que nunca llegó a ocuparse del todo, como decidieron ser felices los dos y lo habían conseguido hasta que la bestia despertó.

Calló unos segundos antes de adentrarse en aquel túnel oscuro: una prueba tras otra, una esperanza, más pruebas, un informe, un tratamiento y otro más, una sentencia... E infinitas agujas clavándose en el cuerpo de ella y en el alma de él.

Zhivago se estiró, subió de un salto a su regazo y se quedó mirándolo. Desde el fondo de sus ojos sabios y azules parecía decirle «Suelta todo, déjalo salir».

Ángel, que había aprendido a escuchar a los mayores y a hacerles caso, siguió su consejo. Les habló a todos de las noches de hospital y, peor aún, de las noches inacabables tras la muerte de Constanza.

Roberto intervino para decir que, en su opinión, no había amores desgraciados. Por supuesto, habían pasado por su vida varias novias, rollos diversos, pero no le habían dejado cicatriz. Con Lucía era diferente, nunca había sentido eso por nadie. Justamente por aquello, le mataba la incertidumbre. ¿Sabía que él existía? ¿Cabía la posibilidad de que se enamorara de él? ¿Sería la definitiva?

Confesó al grupo que, por primera vez en su vida, había perdido el apetito.

—Bueno, no del todo, pero... ¡he bajado de peso! Vivo obsesionado con verla: en la cantina, en el pasillo, en la zona en la que me escondo para fumar... Le dejé el libro en la mesa, pero no parece haber cambiado de actitud. Muchas noches paso por su oficina antes de salir, con la esperanza de encontrar una nota con un gracias o algo... Pero nada. Tampoco la he visto leer el libro en su

descanso ni la he oído comentar nada con sus compañeras —explicó y, antes de callar, añadió—: Esta espera va a matarme.

Clara sonrió. Por su parte, quiso compartir una maravillosa historia de amor con un final no tan maravilloso.

—Pero no sufráis: está claro que no era para mí —comentó antes de explicarles cómo se había enamorado de un compañero de facultad y él de ella—. Nada extraordinario: nos sentamos en la misma bancada desde el primer día. Todo un curso sonriendo sin decirnos nada. Hasta que llegó el último día de clase antes de los exámenes. Yo estaba recogiendo mis cosas cuando oí su voz, tan bajito que pensé que estaba soñando. Me dijo: «Voy a extrañar tu olor».

»Me quedé callada. ¿Lo había imaginado? Se acercó más a mí y aspiró hondo cerca de mi pelo. Me asusté. «Hueles a azahar, a la flor justo antes de estallar para que nazcan los limones». Yo reí nerviosa, y él me dijo que era valenciano y que lo que acababa de decirme era muy serio para él, pues había crecido entre limoneros y naranjos. Ese día, tras intercambiar nuestros nombres, nos deseamos felices vacaciones.

»En septiembre, cuando empezaron las clases de nuevo, él me había guardado sitio a su lado. Nos volvimos inseparables. Santiago era increíble. Atento, divertido, educado... Un hombre con infinitos planes y propósitos. Pero en ninguno aparecía una novia, menos aún una esposa ciega. A medida que perdía la vista, empezó a alejarse. Chimpún. Sin dramas ni excusas. Al principio —confesó—, lloré todo lo que se puede llorar. Pero tenía que aprender a vivir de nuevo, así que invertí todas mis fuerzas en eso.

Tras contener la respiración, todos entendieron que Clara era una mujer fuerte, incluso alegre mientras aprendía a vivir esa nueva vida. Con un solo «pero»: todavía se negaba a ir a la escuela para

aprender braille, a pesar de los intentos e indirectas de Ángel. Aquellos libros dormían el sueño de los justos junto a la manga pastelera de sor Milagros, en la buhardilla.

Después de todas esas historias, de los consuelos de unos y los consejos de otras, Tico rumiaba algo. Se había comido dos bombones helados seguidos y amenazaba con lanzarse a por el tercero. Finalmente dijo:

—Está bien. Vuestras historias son supertristes, pero... ¡la de Isabel y Diego mucho más!

Desde hacía días, el pequeño daba vueltas a lo que había leído en el cómic. Aunque se hubiera quejado, había disfrutado leyéndolo: lo había repasado una y mil veces, se lo había enseñado a su madre, e incluso, bien escondido en la mochila, lo había llevado a la escuela como un tesoro. Allí lo había compartido con un par de compañeras, que habían disfrutado tanto como él leyéndolo.

—Tienes razón —dijo Clara—, la suya es una historia inmortal.

—¡Murieron! —exclamó Roberto.

—Son inmortales, como Romeo y Julieta, porque seguimos contando su historia, como hoy y aquí. ¡Si hasta los enterraron juntos y así siguen desde hace casi mil años!

Tico suspiró.

—Pero ellos no lo saben, alguien debería decírselo...

Aquella frase, lanzada cuando las farolas de la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas ya se encendían, sembró una idea en el corazón de un niño triste con gafas de pasta azul. Solo el librero supo verlo. Y pensó que ahí podía germinar una aventura que se convirtiera en historia, pero, sobre todo, en una excusa para que su pequeño amigo sonriera aquel verano, que amenazaba con ser triste y largo para él.

Eran casi las diez cuando apagó las luces de la librería y empezó a subir hacia la buhardilla, donde Zhivago ya lo esperaba en su cuarto sueño.

A mitad de las escaleras, se le cortó el aliento.

Asomada a su escaparate, una mujer elegante y de bonita melena lo saludaba con una sonrisa mientras le hacía señas. Sin duda, pretendía que le abriera. No lo dudó en cuanto la reconoció.

—Esperaba poder llegar a tiempo, pero...

—Los jueves cerramos a las siete. ¡Llegas tres horas tarde! —dijo él, mirando absurdamente el reloj que le habían regalado sus padres y del que nunca se separaba.

—Lo sé —afirmó sonriendo mientras se colaba en la librería—, pero me he terminado *Anna Karenina*. Me ha fascinado y esperaba saber en qué se embarcaba el Club de las Dos Páginas.

A Ángel le pareció que el aire se había condensado y lo envolvía. No podía moverse. O quizá era su sangre, que se había quedado atrapada en sus arterias y no circulaba. No entendía por qué. Hacía calor, pero no más que el día anterior. Había bebido sus tres cafés del día y se había comido dos increíbles madalenas de melocotón.

Aquella mujer, subida sobre unos vertiginosos tacones y enfundada en un traje de chaqueta de falda tubo, tan fuera de lugar y a la vez tan bien puesta en el centro de su librería, tal vez tenía la respuesta. O la culpa.

—¿Entonces...? —insistió con una voz que a Ángel se le hacía de terciopelo, algo rasposa pero suave.

Su perfume lo acompañaría el resto de la noche mientras cenaba intentando leer unos poemas de Miguel Hernández. No se lo quitó de encima ni cuando se lavó la cara y los dientes antes de acostarse.

Tumbado en la cama, hundió la cara en la almohada y lo único que consiguió fue revivir, junto con el olor a vainilla que desprendía

Elena, su última frase: «Está bien, me has convencido: nos vemos en quince días. Quiero aprender de los grandes maestros. Vendré a prueba al club».

18

Si ella pudo...

—«No puedes tocar las nubes, lo sabes; pero sientes la lluvia y sabes lo contentas que están las flores y la tierra sedienta de tenerla después de un día caluroso. Tampoco puedes tocar el amor, pero sientes la dulzura que se derrama en todo. Sin amor no serías feliz ni querrías jugar» —susurró Ángel a un Zhivago espatarrado en el centro de la librería, frente a un ventilador.

Ángel se dijo que esas frases estaban destinadas a una persona muy especial del club de los jueves. O a todas, en realidad, pero él quería dedicárselas a una.

Con ese pensamiento, tras el primer café solo con los restos de madalenas de melocotón, el librero empezó su viernes. Apenas había dormido: dos encargos ocupaban su mente. Debía encontrar un nuevo libro para el plan «Conquista de Lucía», el apellido de cuyo autor empezara por H, y una nueva propuesta para El Club de las Dos Páginas.

Eran las diez de la mañana y seguía dándole vueltas a ambos mientras abría El Sueño de Constanza.

A la primera misión había empezado a darle vueltas en la cama nada más despertar: ¿Highsmith, Hugo, Miguel Hernández, Hesse?

Quería que el libro fuera especial, que despertara la curiosidad de la ingeniera de sistemas, pero también que la atrapara y la llevara a querer saber más sobre el hombre que estaba detrás de aquel

regalo. A media mañana seguía sin tenerlo claro, así que decidió guiarse por su olfato, apostar por algo completamente diferente a lo que la chica acababa de leer. Highsmith y *Extraños en un tren* sería la propuesta. «Además, Robe podrá ver la película de Alfred Hitchcock, aunque sea hacer trampa», pensó.

En cuanto al segundo encargo, el del próximo libro para leer en el club, pese a faltar aún dos semanas, por alguna razón le generaba mucha desazón.

Ángel se había despertado con dolor de tripa y, a media mañana, el horizonte anunciaba migraña. Era el primer día que le pasaba desde que se había instalado en Teruel. ¿Tendría algo que ver con la misteriosa mujer aparecida bajo la lluvia? Solo de pensarlo, las sienes le latían.

Sentía que con la elección de ese libro se jugaba mucho.

Pero ¿por qué?

Se había puesto a leer los catálogos y *emails*, a revisar las webs de sus editoriales favoritas y los blogs de críticos que seguía. A eso dedicaba siempre sus viernes. Le gustaba tanto hacerlo que en cuestión de media hora casi había mantenido a raya aquel dolor de cabeza.

Al hacerlo, había tropezado con aquel pequeño texto de Anne Sullivan. Una autora novel había escrito su biografía y se comercializaba de manera convencional y en braille por una editorial para él desconocida. En su web se podían leer cinco páginas. Ángel no dudaba de que lo iba a hacer, pero antes encargó dos ejemplares del libro. Uno era para él y el otro para alguien muy especial.

En una semana recibiría el libro y podría dárselo a ella, porque ese alguien especial era una mujer.

¿Se sorprendería por el regalo? ¿Se lo quedaría?

—¿Quién no lo aceptaría? ¿Qué letraherida no aceptaría un libro? —le preguntó a Zhivago, cuyas señales de vida no iban más allá de una respiración acompasada con los movimientos de las aspas.

La noche anterior, mientras Ángel daba vueltas en la cama buscando en la biblioteca de su memoria aquellos dos libros especiales, él se revolvía en su manta, soñando con galletas de canela. Pero esta vez no era un sueño placentero: sor Milagros, despistada, lo había encerrado en el horno con aquellas bolas de harina que se iban dorando y él notaba cómo empezaba a churruscarse... ¡Qué pesadilla!

Para salir de dudas, Ángel buscó en la agenda y marcó un número.

Un par de horas después, mientras se preparaba su segundo café, oyó que el angelito de la puerta anunciaba a un cliente.

No necesitó girarse para saber quién era. Dos cosas sucedieron que le permitieron adivinarlo: primero, los pasos vacilantes y, segundo, el maullido dulce de Zhivago, que se levantó y fue al encuentro de aquella chica, que llevaba un vestido floreado de tirantes y unas sandalias, aunque se había puesto una diadema, los pelos se le escapaban por todos lados.

—¡Clara! Justo a tiempo... ¿Quieres un café?

—¿Con hielo?

Sentados en sus sillas, los dos daban pequeños sorbos a sus cafés helados en silencio. El librero había aprendido que su amiga apreciaba aquellos momentos.

Una vez le había explicado que con la oscuridad había llegado también el silencio. Antes su vida estaba llena de las voces de sus compañeros y maestros, del ruido de coches y autobuses, de la televisión y el cine... Pero al perder la vista había reducido mucho

sus actividades. Lejos de asustarse o preocuparse, se había dejado envolver por aquel manto de calma.

No tenía prisa: Ángel llevaba esperando aquella segunda visita a solas desde que ella acudió de improviso a la librería, atacada por la nostalgia.

—Me ha sorprendido que me llamaras —dijo con un deje alegre en la voz.

—Quizá estabas ocupada, pero...

—Pero me has salvado de esa ocupación: cada mañana voy al gimnasio, ya sabes. Máquinas y piscina es mi rutina. —Sonrió—. Luego, dependiendo del día, acompaño a mi madre a la compra o a mi padre a la casa del jubilado.

—¿La casa del jubilado?

—Sí, me lo paso súper. Hago de cuentacuentos.

Clara le explicó que un día o dos por semana compartía la mañana con ancianos: los animaba a explicar historias y, si algún día los encontraba tristes por la muerte de algún compañero o la hospitalización de otro, les contaba alguna aventura de las que recordaba haber leído.

—Otras veces, simplemente, doy conversación. A través de sus palabras, sigo viendo, sigo viviendo. —Suspiró.

Ángel se alegró de haberla llamado.

Sin decirlo, Clara pedía a gritos que alguien la sacudiera y la volviera a poner en marcha. Las historias, las palabras seguían presentes en su vida, pero, por alguna razón que él no entendía, había decidido rendirse y abandonar la lectura. De alguna manera, se había quedado en el carril lento de la autopista de la vida cuando aún podía correr. ¿Qué edad tenía, veinticinco? Y ahí estaba, entre el gimnasio y la residencia de ancianos.

—No te negaré que mis momentos más arriesgados de la semana son el Club de las Dos Páginas de los jueves y la cata de cócteles de los viernes. —Rio.

Dos compañeras de facultad seguían a su lado: a pesar de que el primer año, poco a poco, se fue alejando de todos sus amigos, ellas no se habían rendido. Años después, seguían pasando a buscarla, la llamaban y le proponían planes.

—Se ve que tengo mejor olfato y paladar que las personas con visión —explicó Clara—. Debe de ser algún tipo de compensación. Ellas se apuntaron a la cata para beber y superar la infernal semana laboral, y yo para lucirme ante mi profesor y el resto de los alumnos. Cuando me pones la copa en la mano y me la acerco a la nariz, descubro su contenido con más precisión que nadie.

Ambos rieron y Ángel no dudó en preguntarle:

—¿Has pensado hacerte nariz?

Los ojos azules e inmensos de Clara se giraron hacia su voz, buscándolo.

—¿Nariz?

«Bingo», pensó Ángel: cuando alguien está desanimado, siempre hay que buscar un hilo del que tirar y él acababa de encontrarlo. Pero ese «melón», como diría Robe, no pensaba abrirlo en ese momento. No había llamado a Clara para hablar de oficios ni profesiones, sino para mirar a la vida cara a cara. La cita que había leído a primera hora de la mañana se le había clavado en la mente.

—Son los perfumistas, expertos en descubrir y combinar fragancias... Pero no te he llamado por eso.

—¡Lástima! Parecía interesante. —Ella meneó la cabeza.

«Dos veces bingo», volvió a decirse el librero. Apuntó mentalmente que buscaría información sobre ese oficio para compartirla con Clara.

—Te he llamado porque esta mañana Anne me ha hecho pensar en ti y, no sé tú, pero yo no creo en las casualidades. Durante un buen rato no te me ibas de la cabeza...

—¿Anne? —lo interrumpió ella sin entender.

—Sí, Anne Sullivan.

—Anne Sullivan —repitió ella como si tratara de recordar quién era —. ¿Una poeta?

—No, qué va.

—¿Novelista? —intentó ella de nuevo.

—Tampoco.

—Entonces, ¿una amiga tuya?

—¿Conoces a Helen Keller? —le preguntó Ángel al fin. Clara cerró los ojos y asintió—. Anne Sullivan es la mujer tras el milagro de Helen Keller.

En este punto, Ángel cogió carrerilla: no quería perder la oportunidad de decirle a la chica todo lo que pensaba desde hacía semanas, y que se resumía en un gran *por qué*. ¿Por qué había dejado los estudios? ¿Por qué había renunciado a leer y a escribir, a vivir en el mundo? ¿Por qué se escondía?

—Anne era hija de una familia muy pobre. Su madre murió y tuvo que ocuparse de su padre y sus hermanos. Así que casi no fue a escuela. Y lo peor no fue eso: una enfermedad fue dejándola sin vista —empezó a contarle.

Acto seguido, el librero repasó la dureza de la infancia y la juventud de la mujer, para luego centrarse en su determinación hasta conseguir matricularse en una escuela para ciegos y más tarde convertirse en maestra.

—Un día recibió una propuesta: una familia rica tenía una hija que crecía como un animal, ciega y sorda. Por este motivo tampoco hablaba, aunque no era muda. ¡Qué reto! Anne se convirtió en

maestra de Helen Keller, que llegó a ser activista, escritora y universitaria. Helen siempre dijo que Sullivan había sido su segunda madre. Le enseñó a hablar, a escribir, a leer, a comportarse...

Clara había abierto los ojos, que, muy quietos, estaban clavados en algún punto indefinido en el rostro de Ángel, acostumbrado a observar ese azul cielo sin vida.

—No me puedo imaginar lo que significa quedar tan aislado del mundo: no oír, no ver, no poder hablar... —siguió el librero.

Clara volvió a cerrar los ojos: al abrirlos, en ellos se había desatado una tormenta. Aun así, siguió en silencio.

—¿Sabes? Cuando mi mundo saltó por los aires con la muerte de Constanza, solo encontré consuelo en los libros. Me lancé a releer los favoritos de mi mujer, a buscar títulos nuevos que me sorprendieran, a consumir las noches entre historias y personajes... Leer me salvó la vida.

Clara tosió, incómoda, y dijo:

—Todos nos escondemos, Ángel. ¿O qué es El Sueño de Constanza sino tu escondite? ¿No es Teruel el lugar donde has venido a ocultarte?

Ángel suspiró antes de musitar:

—*Touché*.

Clara se pasó los dedos por el pelo.

—Todo sucedió tan rápido —empezó a decir arrastrando las palabras—. Nadie sabía qué hacer ni teníamos un plan B. Yo me levantaba cada día con pánico: ¿vería menos que ayer? ¿Vería igual? ¿Y si solo era temporal? Porque no te voy a negar que los primeros meses estaba esperanzada, todo volvería a la normalidad dejando la pesadilla atrás. Como ya te dije hace unas semanas, aprender braille me parecía renunciar al milagro de recuperar la vista —concluyó

mientras daba sorbos al café—. Me ha costado aceptar que esta es mi normalidad, aunque por fin lo he hecho—añadió muy bajito.

Ángel aguardó paciente. Clara no solía regalar tantas palabras. Era, sin duda, la miembro del Club de las Dos Páginas más discreta. Siempre sonreía, era amable y educada con todos, pero cedía la iniciativa a Robe o a Tico, que siempre tenían mucho que explicar. Incluso a Zhivago parecía gustarle más ser el foco de atención.

—Los jueves Amelia pasa a recogerme para venir al club —murmuró—. Apenas son veinte minutos caminando, pero ¡escucharla me ha vuelto el corazón del revés! Eso y encontrarnos todos aquí. —El librero callaba para animarla a seguir contando—. Amelia aprovecha esos minutos para hacerme preguntas sobre lo que no comprende en las clases. Me comenta emocionada todos sus logros. Su ilusión por cada palabra que lee y comprende, su emoción al ser felicitada por la última redacción me hacen feliz, pero a la vez me duelen. No sé si me entiendes... No quiero parecerte mala gente. Amelia y yo nos hemos hecho buenas amigas, pero envidio todo lo que está descubriendo y yo he perdido. El otro día me explicaba *El principito* con tal pasión ¡que parecía prima de Saint-Exupéry! —Y mientras dejaba la taza ya vacía en la mesa, le preguntó—: ¿Cómo era eso que decía tu Constanza?

Sonaron las campanadas y Clara fue consciente de cómo se había escapado el tiempo.

—A veces hay que buscar atajos para ver de lejos la felicidad que esperabas —respondió Ángel, emocionado.

Clara asintió y, al levantarse, lanzó la pregunta que el librero esperaba desde hacía semanas.

—¿Podrías pedirme un libro especial?

Sacó de un bolsillo un pequeño papel que le dio a Ángel.

—La semana que viene llegará la biografía de Anne Sullivan para ti, escrita en braille. La he pedido esta mañana.

Aquella noche, antes de cerrar el cajón de la mesita de noche, Ángel echó un vistazo al papel que le había dado y que alguien —quizá Amelia— debía de haberle leído.

Clases particulares de braille para todos los niveles.
Profesora con experiencia.

Al librero le pareció que se abría una pequeña ventana por la que se colaba un poco de aire fresco en El Sueño de Constanza, pero sobre todo en la vida de su amiga Clara.

Eso sí, llegó la hora de acostarse y aún no sabía qué libro seleccionar para el Club de las Dos Páginas.

19

De amores, vacaciones y tacones

Ángel miró a su alrededor. No podía evitarlo: el orgullo empezó a crecerle por dentro, tanto que en unos segundos creyó que iba a explotar. Solo Zhivago, con el clásico sexto sentido de los gatos, pareció notarlo. Maulló tres veces y cerró los ojos, moviendo la cabeza, tratando de darle a entender que no se atribuyera todo el mérito.

Ahí estaba Amelia, presumiendo de una espectacular *mousse* de dulce de leche bien fresquita ante un Tico que se relamía solo de imaginar que la probaba. Su amigo librero estaba sentado junto a Clara, que le explicaba a Robe cómo avanzaba su curso de braille. Tan solo había ido a un par de clases y estaba tan emocionada que no parecía darse cuenta de lo triste que estaba el mecánico.

Había dejado tres libros con sus tres notas en la mesa de Lucía —el segundo, finalmente, *Casa de muñecas*, de Henrik Ibsen; y el tercero *Dublineses*, de James Joyce— y no había observado ningún cambio en la actitud de su compañera.

La que sí notó su decaimiento, en cambio, fue Elena. Como era su primera sesión, se mantenía en un segundo plano, eso sí, sin dejar de observar a sus compañeros. Tan atenta estaba que no fue consciente de que ella también lo era: desde que había entrado, un librero canoso de mediana edad no podía apartar los ojos de ella. La mujer desprendía seguridad incluso allí, siendo la única desconocida

en aquella curiosa familia. Parecía estar acostumbrada a ser diferente, a estar fuera de lugar. Ni Teruel, ni una pequeña librería, ni aquel grupo variopinto parecían ser de su estilo y, aun así, se la veía cómoda.

Ángel estaba cautivado por su carisma, pero también por la elegancia y amabilidad que desprendía. No tenía que ver con su ropa ni con las escasas joyas que llevaba, ni con la sonrisa breve que aparecía en su rostro, sino con algo más íntimo y escondido. Y, sin saber cómo ni por qué, le entraron unas ganas inmensas de descubrirlo.

Cerró los ojos y apartó tal pensamiento de su mente para volverse a concentrar en la sesión.

«Es cierto que no todo es mérito mío, pero algo tengo que ver con que Amelia y Tico avancen en sus clases, que Clara esté volviendo a la literatura y Robe la esté descubriendo», se dijo. Punto. No estaba dispuesto a que nadie se lo arrebatara, y menos en la última sesión del Club de las Dos Páginas antes del verano, en la que había sido su primera etapa. Julio había corrido, mejor dicho, ¡volado! Agosto amenazaba desde el calendario, así que todos habían votado dejar de verse durante tres semanas.

Eso es lo que habían decidido ellos, pero ¿y el universo? ¡Eso era otra cosa, como descubrirían esa noche!

En aquel momento, se dijo, solo tenía que hacer una cosa: girar tres veces la cucharilla en su café y golpear el borde de la taza. Al hacerlo, Ángel recordó una vez más a su padre, don Ramón, quien aseguraba que los rituales eran como las estacas de madera clavadas en la nieve: en el ascenso de la montaña de la vida, marcan el camino, sobre todo, en medio de las tempestades.

Con la edad, él también se había ido cargando de rituales y manías que a veces parecían confundirse con el devenir de los años.

Desde la taza del librero subió el aroma profundo del café colombiano que esa mañana había molido pensando en la sesión del club mientras un silencio respetuoso se extendía por toda la librería.

Aspiró y al hacerlo pensó que los rituales ayudan a vivir, pero si, además, como era el caso, se comparten con amigos, ayudan a vivir feliz. Así se sentía él cuando abrió la portada en la que se veía a un joven pegar un corazón de papel rojo a un muro gris. El título era *Un haiku para Alicia*, de Francesc Miralles. La había elegido tratando de hacer un guiño a los miembros más jóvenes del club.

> Recuerdo como si fuera ahora la primera vez que la vi. Fue en casa de un pieza de la clase, que para celebrar que no repetiría curso hizo una fiesta descomunal a la que estaba invitado todo el instituto. (...)
>
> El anfitrión —un tal Lis, diminutivo de Luis— se había encargado de llenar la nevera con botellas de cerveza, whisky y ron, combinación explosiva que hizo que más de uno acabara bien zumbado.
>
> Era a principios de junio, y aunque todavía hacía frío, el verano estaba al caer.

Ante el carraspeo impaciente del público, siguió leyendo:

> Sin dejar de mover la cabeza al ritmo de la música, Joan-Marc me señaló con un gesto una chica que estaba de pie, completamente sola, al fondo del salón. No la había visto nunca por el instituto: era muy alta y delgada, con el pelo corto y negro, del mismo color que un abrigo de hilo que casi le llegaba a los pies. Me extrañó que no bailara ni se hubiera integrado en uno de esos grupitos que, aquí y allá, charlaban de cualquier cosa. (...)
>
> Entonces Joan-Marc, sin dejar de mirarla, me preguntó:
>
> —Genís, ¿tú qué pensarías de alguien que viene a una fiesta y no se quita el abrigo?

Robe tosió. Su tos fue tan fuerte que se sobrepuso al ruido de las aspas del ventilador y a la voz de Ángel.

—¡Qué razón tiene!

—¿Quién? —preguntó Tico.

—El Miralles este —dijo apesadumbrado el mecánico.

—¿Por qué? —preguntó Amelia, que en ese momento empezaba a dar cuenta de la *mousse*.

—Porque parece que acuda a una fiesta, o a una vida, sin quitarme el abrigo —bufó Robe—, y a este paso...

—¡A mí me gustan los abrigos! —gritó Tico, quien quería que pasara cuanto antes aquel verano solitario y sin visita a Suecia.

Para compensar el hastío del largo parón escolar, desde hacía un par de semanas, todos los días pasaba por la librería con la excusa de peinar a Zhivago, que empezaba a mostrar síntomas de cansancio ante tantas atenciones.

Ángel trataba de pensar pequeños encargos para su amigo, como por ejemplo que fuera a comprar el pan o quitara el polvo de los libros recién llegados. Incluso le había encargado montar el último escaparate, donde el caos parecía el único hilo conductor.

—¿Y qué esperas? —preguntó Elena, mirando fijamente a Robe.

—¡Un milagro! —contestaron Amelia y Clara a la vez.

Ángel decidió intervenir para salvar a su amigo, que en ese momento parecía realmente abatido y sin ganas de dar grandes explicaciones, algo extraño en él.

El librero continuó leyendo mientras el resto sorbía el café con hielo o disfrutaba de la *mousse*, y Zhivago esperaba atento a que cayera un pedacito o que un alma misericordiosa se acordara de él.

«Maldito sea quien puso de moda salir los jueves», pensé cuando sonó el despertador. A duras penas podía abrir los ojos. Después de una intensa lucha interior, conseguí incorporarme para mirar la hora: las ocho y cuarto. Aún podía dormir cinco minutos más, incluso diez si luego me apresuraba. Me desplomé sobre el colchón como un saco lleno de sueño. (...)

—¡Ya voy!

Salté fuera de la cama, no porque estuviera convencido, sino para no disgustar a mi madre. Desde que papá se había ido de casa, ella estaba muy sensible; lloraba por cualquier cosa y yo no quería dar pie a nuevas escenas de autocompasión. No soportaba verla así: siempre había sido una persona fuerte e

independiente. Todo se lo había ganado a pulso, sin la ayuda de nadie. ¿Por qué se derrumbaba ahora como un castillo de cartas?

Ángel leía cauteloso, esperando la siguiente interrupción, que no llegaba. Todos parecían atrapados por la historia.

—¿Qué es toda esta porquería? —pregunté.

—Dos son para la taquicardia, una para la migraña; otra para los nervios...

Esta vez fue Clara quien interrumpió la lectura, cosa extraña en ella. Su voz parecía venir de lejos.

—No te desanimes —susurró.

No había prestado atención a la historia del adolescente, para sorpresa de Ángel. ¿Qué le pasaba?, se preguntó mientras veía cómo el mecánico se encogía de hombros antes de contestarle.

—Por lo menos, el último libro que me compré era de misterio, me lo estoy leyendo. El Faulkner ese... ¡no hubo quien pudiera con él! No pasé de la quinta página. —Suspiró—. Con el de Eco no llegué a la mitad... Tiene gustos difíciles para mí, Lucía.

—Has empezado la casa por el tejado —le dijo Amelia, quien se sentía muy orgullosa de haberse acabado *El mago de Oz* y haber empezado *El principito*.

Elena seguía observando: sabía que aquel club llevaba muchas sesiones sin ella y que debía tener calma hasta conocer los entresijos de las vidas de sus compañeros. Sería paciente.

Esta vez fue Ángel quien tosió: era la última sesión y no estaba dispuesto a no terminar las dos páginas del libro que había elegido. En ese momento, se dio cuenta que quizá habría sido mejor elegir *amor en minúscula*. Hasta dos días antes había dudado.

Pero la había descartado, pensando que la otra engancharía mejor a los jóvenes. Ahora, viendo la poca atención que el Club de las Dos Páginas prestaba, volvió a dudar. Era tarde. Allí estaba él, con aquel

volumen recién estrenado para la ocasión, tratando de salvar la última sesión. ¿Sería que, como los niños, antes de las vacaciones sus compañeros estaban más revoltosos de lo habitual? «Que ya es mucho decir», pensó el librero justo antes de hacer un último intento.

—¿Qué os parece? Acabo de leer las dos páginas y luego... —comentó, sin dejar de mirar a Elena. Le preocupaba qué pensaría ella sobre la seriedad del club.

—¡Celebramos el fin de curso saliendo por ahí! —dijo Tico.

Todos asintieron entusiasmados, incluso la ejecutiva.

La tarde, que podía confundirse con un mediodía de tanta luz y calor, invitaba a lanzarse a las calles a la busca y captura de un helado o una horchata. Solo Zhivago, tumbado bajo el ventilador central de la librería, parecía no tener interés en lo que sucedía fuera.

Mientras cerraba la puerta de El Sueño de Constanza, pasadas las ocho, el librero se preguntaba qué pensarían las musas de saber que aquel grupo había preferido irse a la caza de un refresco que conocer las desdichas del protagonista.

Rápidamente, sustituyó el pensamiento en su cabeza por otro: ¡Qué grupo tan peculiar! Clara, vestida con una falda de cuadros y una camiseta de corazones que no pegaban para nada, iba cogida del brazo de Amelia. Esta llevaba el pelo azul escondido bajo una gorra publicitaria de una marca de jabón, y cargaba un capazo con la ropa de la piscina. «El sol me hace manchas y a mi edad, esas manchas...», se disculpó. El mecánico, que parecía haber revivido gracias al cariño de sus compañeros, cedió su brazo a Amelia y los

tres empezaron a caminar por la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas.

Ángel, mientras echaba el candado, los vio saludar al frutero, que en ese momento recogía el género. Tras ellos avanzaban Elena y Tico, con una entretenida conversación que tenía intrigado al librero. ¿De qué hablarían aquel par?

Elena, que había llegado con un vestido entallado, enjoyada y maquillada, se había disculpado por ir tan emperifollada: venía directamente de una reunión en Zaragoza. No había querido perderse aquella sesión del club, la primera para ella, la última para todos antes de las vacaciones.

—¿No te parece muy injusto? —oyó Ángel que el niño le decía a Elena al acercarse a ambos.

—¿El qué?

—Los amantes de Teruel... ¡se querían mucho! Y no pudieron darse ni un beso...

—¿Tú le has dado un beso ya a alguna niña? —preguntó Elena, divertida.

Tico puso cara de asco.

—¡Puaj! ¡No!

Ángel aguantó la risa mientras seguía la conversación.

—Supongo que un experto en el tema como tú, ya habrá visitado el mausoleo...

Tico bajó la mirada antes de negar con la cabeza.

Justo en ese momento, los dos grupos se unieron para enfilar juntos la calle principal, camino de la plaza del Torico. Querían tomar algo bajo los soportales.

Ángel acudió al rescate de su amigo.

—Quizá este mes de agosto tu madre pueda llevarte.

—Renuncia a las vacaciones y seguirá trabajando —murmuró él— porque hemos de hacer obras en el piso y así podrá ahorrar.

El librero miró a Elena con preocupación. Amelia, que había escuchado la última frase, intervino:

—La semana que viene, mi hijo y mis nietos se van, así que voy a estar muy aburrida. Si alguien se ofreciera a salir algún día de paseo conmigo, lo agradecería. No sé, a dar una vuelta por ahí...

Tico levantó la cabeza y dijo:

—¡Yo quiero! ¿Crees que podríamos ir al Mausoleo de los Amantes? —Su mirada ansiosa hizo reír a todos los adultos sin que él entendiera por qué.

Haciéndose la sorprendida, Amelia añadió:

—Yo diría que sí. Pregúntale a tu madre qué le parece el plan y nos vamos juntos una mañana a conocer a Diego e Isabel.

—Están muertos. No podemos —respondió el niño, muy serio.

Poco rato después, todos reían alrededor de una mesa bajo los soportales. Ángel volvió a notar cómo una tenue felicidad crecía dentro de él. Se sentía afortunado, rodeado de aquellas personas tan especiales que en menos de medio año se habían convertido en amigos.

«Constanza, ¡ojalá estuvieras aquí para conocerlos! Estoy seguro de que los adorarías y ellos te adorarían. ¡Ya ves! Yo que pensaba encerrarme a pasar el tiempo y la vida leyendo en solitario... y hasta un gato se ha colado en mi corazón». Tras salir de su ensoñación, sin saber muy bien por qué, se puso colorado al contemplar a Elena, que reía al escuchar a Amelia hablar sobre sus clases de *aquagym*.

Pasadas las once de la noche, un hombre de mediana edad y pelo canoso, con una camisa azul arremangada a la altura de los codos,

caminaba sin prisa por el acueducto.

Visto desde el cielo, parecía danzar haciendo ochos, movido por unos hilos invisibles que ni las estrellas conseguían iluminar. Solitario, tarareaba una melodía dulce y, de cuando en cuando, se detenía para asomarse a través de los arcos.

Sorprendido de su propia alegría, Ángel sabía que era inútil encerrarse en la librería: aquella noche sería imposible dormir. Por eso, al despedirse de sus amigos, había decidido pasear por su bella ciudad de acogida. A lo largo de una primavera y medio verano, se había escondido en el útero entre libros que era su refugio. Ya era suficiente.

No quería que se acabara aquella noche mágica. Primero, todos habían acompañado a Tico a su casa. Habían saludado a Berta, que lo esperaba con la cena en la mesa. Después, fueron hasta la moto de Robe, que se perdería en la oscuridad camino de su piso en el Ensanche, haciendo un caballito a pesar de los gritos de las mujeres. Amelia y Clara, como ya era su costumbre, se tomaron del brazo y desaparecieron rumbo a sus casas.

Elena y él, él y Elena, casi rozándose, les dijeron adiós con la mano.

En ese instante, cuando el librero fue consciente de que se había quedado a solas con ella, sus sienes empezaron a latir. Se quedó callado sin saber qué hacer ni qué decir. ¿Debía proponerle acompañarla a casa? ¿O era mejor despedirse allí mismo? ¿Se dirían adiós con dos besos o con un apretón de manos? Mientras todas esas preguntas entrechocaban en su cabeza, Ángel sabía que solo había una que quería formular en voz alta:

—Entonces, ¿qué? ¿Te volveremos a ver por el Club de las Dos Páginas? Ha sido una sesión algo extraña. Habitualmente somos más disciplinados y...

Se arrepintió enseguida de la pequeña mentirijilla. Inhaló con fuerza, de repente se sintió como un adolescente atrapado en un cuerpo de hombre. Si cerraba los ojos, estaba seguro de que iba a aparecer don Ramón para regañarle por escaparse una noche de sábado para ir a ver a la compañera de instituto de la que estaba enamorado.

—¡Seguro que sí! Me lo he pasado más que bien.

—¿En serio?

Elena asintió con la cabeza, convencida, antes de proponer:

—Hace muy buena noche. ¿Has visto la catedral iluminada? Podríamos darnos una vuelta por ahí.

De nuevo nervioso como un adolescente, Ángel solo supo aceptar.

En silencio, caminaron hasta la plaza. A esa hora solitaria, se sentaron en uno de los bancos delante de la fachada principal.

—Mira los azulejos de la torre... —suspiró Elena, extasiada—. Es tan preciosa que a veces me bajo con un cuaderno y...

—¿La dibujas? —preguntó Ángel.

—No, escribo... Bueno, lo intento.

Elena le contó que desde hacía un tiempo le rondaba la idea de escribir la historia de su familia.

—Mi padre murió hace un par de años y desde entonces mi madre está perdiendo la memoria. Antes de que se borre del todo, quiero hacerle infinitas preguntas, anotar sus recuerdos... Mis hermanos y sus familias viven en el extranjero, así que es una tarea que me corresponde a mí. Quiero enviar a mis sobrinos la historia de sus raíces. Trato de escribir cada día tres páginas, pero la verdad es que no me sale nada decente. —Suspiró con cierta timidez, como si estuviera contando demasiado de sí misma, antes de concluir—: En fin, la vida me ha regalado una oportunidad y no pienso desperdiciarla.

—¿Una oportunidad? —preguntó Ángel, muy atento.

—Hasta hace unos meses también vivía en el extranjero. Debe de ser algo de familia... Me fui a Alemania con una beca para hacer un máster. Allí hice las prácticas en una multinacional y me quedé todos estos años —le explicó despacio—. Como tú, librero, he vuelto a la ciudad hace poco. Nos estamos reconociendo: llevaba veinte años fuera.

Ángel sonrió, invitándola a continuar con su historia. Una calidez largo tiempo olvidada lo invadió, sustituyendo los nervios que tan solo unos minutos antes sentía.

—La verdad es que hasta el año pasado me iba muy bien en la empresa. Fui ascendiendo de jefa de proyecto a coordinadora de equipo y de ahí a responsable de departamento hasta llegar a subdirectora. Pero entonces choqué con el maldito techo de cristal: en realidad, choqué con el hijo de uno de los fundadores. No nos entendimos y...

—¿Te echaron?

—No exactamente... Mi empresa, que diseña circuitos aeronáuticos, puso su mirada en el aeropuerto de Teruel. Querían estudiar la posibilidad de invertir en algunas compañías que operan aquí y me sacaron del terreno de juego con la excusa de que nadie conoce mejor que yo esta ciudad.

—¿Y cómo viviste el regreso?

—Al principio como lo que es: un castigo profesional —dijo ella tensando los labios—, un exilio involuntario. Pero se está convirtiendo en un regalo. Me vine a vivir con mi madre a una casa preciosa a las afueras, en La Viña, ¿lo conoces? —Ángel asintió—. Está mayor y tiene una cuidadora, así que no debo preocuparme ni por su estado ni por la limpieza de la casa. Cuando no trabajo, tengo tiempo para pasear y charlar con ella, ir al gimnasio, leer e incluso

apuntarme a un club de lectura. —Sonrió—. Cosas que hace un año eran impensables. Gracias a eso, he desempolvado el sueño del libro y quiero ponerme a ello.

—No me cabe duda de que lo conseguirás —dijo Ángel, conmovido.

—Soy una luchadora, así que me dije: aquí estoy, varada por un tiempo. ¡Aprovechémoslo! No conservo amigos porque salí de esta ciudad a los dieciocho años para estudiar en Madrid y, de ahí, al extranjero. Pero he hecho nuevos: ¡vosotros!

Feliz de oír aquello, Ángel sintió que podía sincerarse con esa casi desconocida que, por alguna razón, había captado su interés. Le contó por qué y cuándo había llegado él a la ciudad, cómo El Sueño de Constanza se había convertido en su cueva y cómo, sin darse cuenta, se había ido llenando de vida. Le habló de Tico y sus deberes, de Clara y de su amor por la literatura, de Amelia y sus clases, de Robe y el plan de conquista de Lucía.

—Ya decía yo... —murmuró Elena—. Me suena ese chico de haberlo visto en el aeropuerto, aunque yo estoy en un *hub* tecnológico fuera de las instalaciones principales. ¿Así que además de librero eres celestino? —bromeó con voz cantarina.

—Tanto como eso...

—¿No me has dicho que habéis trazado un plan y...?

—Un plan que está fracasando, la verdad —reconoció Ángel mientras le explicaba toda la historia, que, por alguna razón, pareció entusiasmar a Elena.

En ese momento sonaron las campanas de la catedral. Cual Cenicienta, ella se levantó de un salto y amagó con salir corriendo.

—¿Cómo es posible? ¿Las once? ¡Tengo que irme a casa!

—¿O la carroza se convertirá en calabaza?

Una carcajada se le escapó a Elena mientras se alisaba la falda y agarraba el bolso que tenía olvidado en el banco.

—La cuidadora de mi madre hoy tiene que irse a casa —dijo apurada.

Ángel se levantó y le dio dos besos, deseándole feliz noche y un buen agosto.

—Nos vemos en la próxima sesión del Club de las Dos Páginas —dijo sonriente mientras echaba a correr.

Cuando había llegado a la mitad de la plaza, Elena se detuvo para girarse, como si supiera que Ángel estaría mirándola. Y así era.

—Librero, ¡tengo una propuesta para ti! Yo te ayudo con el plan de conquista y tú me ayudas con la escritura de mi libro.

—¡Hecho! —gritó Ángel.

Mientras recordaba todo esto, tras dejar atrás el acueducto y entrar de nuevo en la ciudad vieja, Ángel se sintió de golpe agotado al llegar a la librería.

—Demasiadas emociones para un ermitaño —pensó mientras subía la escalera de caracol.

Sabía que, aunque cerrara los ojos, el eco de los tacones de Elena corriendo bajo las estrellas, a la sombra de la catedral de Santa María, lo acompañaría aquella noche.

Lo que no podía imaginar era que esa sería la primera de una larga lista de noches blancas.

20

AL AGUA, PATOS

Subido en el mostrador, Zhivago llevaba un buen rato sin quitarles la vista de encima. Parapetado tras la caja registradora, no se había movido ni para ir a beber agua, a pesar de que estaban en la última semana de julio.

La mirada añil de su socio felino, algo entelada, parecía estar diciéndole a Ángel: «¿Qué está pasando aquí?».

Por suerte, Elena parecía inmune a esa atenta vigilancia, concentrada en trazar la nueva táctica para el plan «Conquista de Lucía». Tan solo habían pasado tres días de la última sesión del Club de las Dos Páginas y a última hora de la mañana ya se había acercado a la librería.

—¡Traigo novedades! Vengo del aeropuerto... —anunció, abriendo la puerta.

Uno de los jubilados habituales, que se estaba tomando su café con hielo, se quejaba en ese momento de las obras del alcantarillado, que parecían no tener fin. Asustado, se le cayó el vaso de las manos.

Cinco minutos después, cuando el anciano ya se había ido, Ángel fregaba el suelo manchado mientras Elena le explicaba esas novedades que tanto le quemaban.

A primera hora se había acercado al aeropuerto para visitar las instalaciones y saludar a un par de ingenieros con los que tenía un

proyecto en marcha.

—Como quien no quiere la cosa, he pedido a uno de ellos que me diera un *tour* por el aeropuerto y, haciendo como que la conocía, he preguntado por Lucía —había añadido ante la cara de terror del librero—. Afortunadamente, me han dicho que ha tenido que irse a Zaragoza para unas gestiones, porque no habría sabido qué decirle...

Ángel, que de blanco que se había quedado, parecía hecho de harina, fue recuperando el color mientras ambos se tomaban un café. Gracias a sus averiguaciones, Elena le confirmaba que Lucía no tenía novio, que apenas trataba con sus compañeros y no se le conocían otros *hobbies* o amigos que sus lecturas.

—No sé yo, me ha dado la impresión de que todos la respetan, pero es un pescado hervido...

—¿Pescado hervido? —preguntó, sorprendido, Ángel. Aquella era una vieja expresión que solo había oído en Barcelona.

Una carcajada se había escapado del pecho de Elena y, volando, había llenado la librería, sorprendiendo a un par de clientes despistados, a un centenar de personajes de tinta y a un librero que estaba vibrando como en sus tiempos jóvenes.

—Me temo que es demasiado sosa para nuestro pasional Robe —insistió Elena.

De eso había pasado una hora, en el transcurso de la cual Ángel había cerrado la librería y puesto la comida a Zhivago en su bol cerca de la mesa del café sin que Elena diera muestras de tener prisa por irse. La excusa ahora era comprar un par de libros para ayudarla en su propia misión: la de escribir su historia.

—Quiero aprovechar estas dos semanas de vacaciones para ponerme en marcha —le había dicho a un encantado Ángel, que no dudó en buscar guías y manuales.

Cuando las campanas de la catedral dieron las tres menos cuarto, todos parecieron recordar que no habían comido. Sus estómagos rugieron a la par y, tras unos segundos de incomodidad, ambos rompieron a reír.

—Veamos... —dijo el librero, apuntando en su cuaderno de ventas y marcando en la caja registradora—. Te llevas un ejemplar de *Autoficción*, de Silvia Adela Kohan, y otro de *Mientras escribo*, de Stephen King. ¡Estoy seguro de que van a inspirarte!

—Está bien, pero no olvides encargarme *El gozo de escribir*, de Natalie Goldberg. En los foros hablan también maravillas de él —añadió Elena mientras sacaba la tarjeta para pagar.

—Y por ser miembro del Club de las Dos Páginas, el único miembro que se lee los libros completos, El Sueño de Constanza te regala *Sin trama y sin final*, de Chéjov —dijo muy serio el librero—. Ya sabes que los rusos y yo...

Zhivago maulló antes de bajarse torpemente del mostrador. Lanzó una última mirada a aquella clienta tan especial y, acto seguido, se dirigió a la escalera de caracol. Si no iban a ponerle comida, por lo menos que no le robaran la hora de la siesta.

Cuando las campanas anunciaron las tres, Ángel puso a hervir un cuarto de kilo de macarrones. Sonaba la voz de Edith Piaf en la buhardilla y él tarareaba aquellas tonadas que tanto le gustaban a su padre.

Una dulce melancolía acompañaba sus gestos mientras cocinaba y colocaba la vajilla en la mesa. Tan perdido andaba en sus cosas que no se dio cuenta de que en vez de añadir un puñado de sal al agua, había echado azúcar. Cuando lo descubriera, sentado a la mesa frente al plato humeante de pasta con tomate y queso rallado, poco podría hacer.

«Todo fuera como esto. ¡Más se perdió en Cuba!», se dijo a sí mismo al dar el primer bocado y tener que tirar la comida, sin ser consciente de lo premonitoria que sería esa frase al cabo de unas horas.

Tras recoger los platos, decidió leer en su butaca: quería acabar *La impaciencia del corazón*, de Stefan Zweig, un libro que había leído ya dos veces, y que, aun así, seguía atrapándolo. No lo consiguió aquella tarde: Zhivago dormitaba desde hacía rato frente al ventilador y, contagiado por aquella calma, al librero se le cerraron los ojos.

Por primera vez en mucho tiempo no soñó ni con Constanza ni con sus padres, tampoco con su trabajo de médico en Barcelona o con los libros que llenaban su refugio. Aunque cuando se despertara a las cinco no lo recordaría, soñó con una mujer de espaldas, sobre unos altos tacones, que no paraba de reírse.

Tras despertar de la siesta, la tarde pasó rápido a pesar del calor. La ciudad entera parecía de vacaciones y El Sueño de Constanza era uno de los últimos negocios que permanecía abierto. Hasta la frutería había cerrado la semana anterior, después de regalar a los vecinos algunos kilos de mercancía para que no se echaran a perder mientras ellos se iban a la playa. Ángel lo había agradecido y a cambio les había dado un par de libros de Camilleri, «para que paséis un rato entretenido bajo la sombrilla», les había dicho.

Aquella tarde la pasó cerrando caja y dejando los pedidos encargados para la vuelta. Luego quitó el polvo a los estantes y poco más.

En realidad, no tenía previsto moverse de la ciudad, pero a un hombre metódico como él, cerrar por vacaciones le parecía lo correcto. Y había que hacerlo como tocaba. Apenas se acercaron un par de personas y no cuadró ninguna venta. No le preocupaba:

contra todo pronóstico, y sin que él supiera cómo, El Sueño de Constanza cerraba su primer cuatrimestre con beneficios.

Mientras colocaba el cartel de CERRAMOS POR VACACIONES DEL 7 AL 23 DE AGOSTO, Ángel recordó su llegada a Teruel en primavera, sin previsión alguna de que él, un médico retirado, tuviera éxito en un negocio del que no sabía nada. Era un buen lector, pero de ahí a saber de contabilidad, distribuidoras, pedidos, ventas...

Miró a Zhivago, que seguía descansando en la zona más fresca de la librería, a la que no alcanzaban los rayos de sol. Se había subido a lo alto de una estantería, en un hueco liberado tras la venta de algunas guías de viaje la semana anterior. Desde su atalaya vigilaba al librero, que sonrió a su viejo amigo.

—Seguramente este grandullón blanco y sabio tiene algo que ver con que la librería no sea un fracaso —murmuró mientras se dirigía a servirse un café.

Aquella mañana había preparado una cafetera con granos de Valle del Cauca. El sabor intenso del café colombiano inundó su paladar mientras seguía repasando en su cabeza aquellos primeros meses de su segunda vida.

El Sueño de Constanza le procuraba una soledad muy ruidosa, como decía un autor checo. Quiso protegerse allí, esconderse, pero la vida había encontrado resquicios por los que colarse: la llegada de Tico, aquel niño de aire melancólico, había sido providencial. Su incansable conversación, su curiosidad y su amistad con Zhivago habían llenado de entretenimiento muchas horas.

Recordó también cómo Amelia, y aquel papel arrugado con el título del primer libro que iba a leer, había entrado en su mundo.

A Clara la había hecho entrar Zhivago, maullando con dulzura, prendado de aquella chica discreta y suave que, como él, se sentía a salvo entre libros.

Robe ya era un imprescindible en su vida: su pasión, su fuerza, su humor y su amor desdichado los había unido. El plan de conquista, aunque fuera un fiasco, había dado otro motivo a Ángel para levantarse cada mañana. ¿Y qué decir de Elena?

Nacido al abrigo de El Sueño de Constanza, el Club de las Dos Páginas se había convertido para todos ellos en un hogar. Jueves sí, jueves no, leían dos páginas en voz alta, y, sin darse cuenta, tejían una amistad fuerte y sana.

A finales de agosto regresaría el club con fuerza y nuevas ideas, pero hasta entonces los iba a extrañar, y mucho.

Tras acabarse el café y ver que ya eran las ocho de la tarde, Ángel decidió salir a dar una vuelta y empezar sus vacaciones. Aún con luz de día, cerró la puerta, dejando a buen recaudo sus más preciados tesoros: un viejo gato, un montón de autores y personajes, y todos los recuerdos que lo habían acompañado de su primera vida, como la foto con sus padres el día que se licenció, o el ejemplar de *Doctor Zhivago* que Constanza le había dedicado.

Durante dos horas recorrió solo la ciudad, perdiéndose entre las callejas de la judería, pasando bajo la torre del Salvador y acercándose a la Glorieta. De ahí se perdió entre las casas con jardín del Ensanche y regresó para tomarse un refresco bien frío con un plato de jamón en la plaza del Torico.

Con el corazón contento, decidió que era hora de acostarse antes de que dieran las once.

Entró en la librería a oscuras. Era noche de luna llena y los rayos marcaban el camino hacia la escalera de caracol. Subió despacio, deseando buenas noches a Aristóteles y a Safo, a Goethe y a Mann, a Woolf y a Pizarnik, que ya descansaban en sus estantes.

Una vez tendido en la cama, apenas tardó unos segundos en dormirse. Aquel había sido un día tranquilo y a la vez emocionante,

sin que él supiera muy bien por qué. Con los ojos abiertos en la oscuridad, de haber podido hablar, Zhivago le habría dicho que, sin duda, la visita de Elena tenía algo que ver.

Lo que ninguno de los dos sabía era que, en realidad, la que no iba a ser tranquila era la noche.

Hacia las cinco de la madrugada, cuando la oscuridad aún acariciaba las entrañas de El Sueño de Constanza, Zhivago empezó a mover las patas dormido. Primero, poco a poco, como si se deslizara por encima de una superficie. Al cabo de unos segundos, cada vez más rápido y desesperado.

De golpe, el gato levantó la cabeza y enderezó las orejas: un sonido extraño procedía de la librería. No era una pesadilla. Más que un sonido, era una sinfonía de golpes secos contra la pared y la madera de las estanterías que le recordó a los chapoteos y el sonido de las olas. Bregado en muchas vidas, una de ellas como cazador de ratones en un barco, aquello no pintaba nada bien para el viejo Zhivago.

Lentamente se desperezó y, sin hacer ruido, bajó la escalera todavía medio dormido. Cuando sus patas delanteras trataron de posarse en el penúltimo escalón, un maullido aterrorizado y largo como un día sin pienso escapó de su garganta y trepanó los tímpanos del librero.

Ángel se incorporó de un salto en la cama, con la mano en el corazón, que latía desbocado.

—¡Zhivago! ¿Por qué me despiertas?

Encendió la lámpara de la mesilla justo a tiempo de ver cómo una exhalación en forma de bola de pelo cruzaba la buhardilla y aterrizaba en su barriga. El azul de los ojos del gato había perdido la

tonalidad añil para convertirse en un marino casi negro: estaba muy asustado.

Temiéndose lo peor, despacio y sin hacer ruido, Ángel se levantó y se dirigió al cajón donde guardaba los cubiertos. Cogió el cuchillo más largo que tenía y, con cautela y sin encender la luz general, se dirigió a la escalera de caracol. Tan preocupado estaba ante la entrada de un ladrón que no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que el agua le cubría las pantorrillas.

Para el espectáculo que descubrió al encender la luz, aquel enorme cuchillo le iba a servir de bien poco.

La librería se había convertido en un estanque: en el fondo, un montón de libros dormían mientras sus entrañas se deshacían, liberando las vidas de tantos personajes y sus pensamientos.

Un grito ahogado se encogió en los pulmones de Ángel ante el desastre. Miró a su alrededor: el agua lamía las estanterías y algunas sillas del Club de las Dos Páginas zozobraban.

Paralizado, trataba de entender qué sucedía. ¿Tal vez fuera alguna pesadilla? Dejó caer el cuchillo y se pellizcó. Estaba despierto.

Fue hacia el escaparate: ante su sorpresa, por la calle corría el agua como una riada. Manaba de un par de chorros gigantescos que nacían de las costuras abiertas en el asfalto. Comprendió que el desastre venía de allí, de las obras del alcantarillado que el ayuntamiento había iniciado aquel verano.

Armado con una fregona que era insuficiente para aquella inundación, dio una vuelta por El Sueño de Constanza. Su peor temor se había cumplido: los conductos del agua habían reventado en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, pero también en el interior de la librería. Localizó un par de boquetes capaces de engullir a Zhivago por los que no paraba de salir agua.

Abrió como pudo la puerta de su librería. En el marco de la puerta, con una pierna a cada lado, observó unos segundos lo que sucedía. Se sintió solo ante la catástrofe: el resto de los vecinos dormía, ajeno a la inundación de las porterías y de la calle.

Aquello le pareció el argumento de una mala novela sobre el fin del mundo: a punto de desaparecer tragado por las aguas, mientras todos duermen, un librero carga con el peso imposible de salvarlo.

Diez minutos después, el ruido de las sirenas de los bomberos y la policía despertó a los vecinos.

Los oficiales corrían de un lado a otro, vociferando a los operarios causantes del despropósito, quienes intentaban ponerle remedio con poco éxito. Desesperadas, las familias trataban de achicar el agua con cazos o cubos; algunos se ayudaban con mantas y toallas para intentar absorberla o incluso con escobas, como si pudieran barrer la riada de vuelta al Turia.

Ángel decidió que, ante la tragedia, solo cabía esperar.

Suspiraba sentado en una silla de plástico que un alma caritativa le había puesto en mitad de la calle. El olor húmedo del papel y la madera de El Sueño de Constanza ocupaba sus fosas nasales, pero aún más su mente y su corazón.

Los vecinos se compadecían de aquel hombre que, de repente, parecía mucho más mayor.

Sabía que los libros que vivían en los estantes más bajos de su librería habrían pasado ya a la historia: como su orden era tan *sui generis*, ¡imposible saber quiénes y cuántos! Solo podía esperar a que acabara el desastre para averiguarlo, así como para saber qué había pasado con las paredes de color crema, las estanterías de madera y el suelo de parqué.

Esperar rodeado de recuerdos que flotaban como restos de un naufragio era algo que se le daba muy bien.

Pese a todo, amaneció un nuevo día.

Los profesionales se fueron retirando.

Los vecinos, exhaustos, también.

Cabizbajo, el librero se levantó y, arrastrando los pies a través del lodo, traspasó el umbral de lo que parecía un cementerio de esqueletos de cartón sin lápida alguna.

Una vez hubo cerrado la puerta, se puso a llorar.

21

LIBROS DESPARRAMADOS

Aquel domingo de agosto se asomaba tímido a través de unas cortinas azul celeste que aún no habían sido descorridas. Apenas eran las seis y la mayor parte de los turolenses dormitaba..., excepto un grupo de amigos que, unidos por una misión, no podían conciliar el sueño aquella madrugada.

El más pequeño de ellos, con los brazos cruzados y los pies descalzos, observaba con orgullo cinco cajas de cartón, su parte del botín. Eran de lo más vulgares, con una suciedad que hablaba de más de una vida. Sin embargo, para él eran tan valiosas como el arca de los diez mandamientos por la que Indiana Jones arriesga su vida. Satisfecho y en pijama, se sentía un miembro más de los Guardianes de la Galaxia, que, desde un póster sobre la cabecera de la cama, vigilaban su sueño cada noche.

Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que Ángel le había dado la que, sin duda, era la misión más importante que nunca nadie le había solicitado: debía proteger aquellas cajas —o mejor dicho, lo que contenían— con su propia vida. O eso le había explicado a una desconcertada Berta la noche anterior.

—¡¿Qué narices es este caos en tu cuarto?! —había exclamado al regresar exhausta de su última guardia.

Fuera la hora que fuera, siempre entraba a dar un beso a su hijo, a recoger la ropa que dejaba tirada y a confirmar que los

Transformers estuvieran bien colocados en la pequeña estantería junto a la ventana, y el ordenador, apagado. Solo entonces apagaba la luz y cerraba la puerta de la habitación de su hijo.

Sin embargo, esa noche, en vez de eso, se quedó estupefacta ante el botín de Tico.

—¿Qué chatarra escondes ahí? —le preguntó mientras abría la primera de las cajas.

De un salto, él se levantó de la cama en la que dormía profundamente tan solo diez minutos antes. ¿Sería un superpoder que habría desarrollado para proteger aquel tesoro?

—¿Libros? —murmuró con sorpresa Berta al descubrir el contenido.

Había oído hablar del desastre que, un par de noches atrás, había asolado la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Le habían contado que el librero se había visto muy afectado y que desde entonces parecía un sonámbulo. No se había afeitado ni quitado el pijama en dos días.

Tras una ardua negociación, la enfermera había aceptado guardar aquel centenar de libros en casa durante un par de semanas. Se sabía en deuda con Ángel, y esa deuda no se podía pagar solo con *tuppers* de comida, como había venido haciendo.

—Pero ni uno más, ¿eh? No somos una biblioteca.

Diez manzanas al sur, el olor a café y pan tostado inundaba la cocina de Amelia. La anciana trasteaba poniendo tazas y platos en la mesa. Su hijo, su nuera y su nieto se habían quedado a dormir con ellos. Se había levantado a las siete para ducharse y preparar el desayuno, o, más bien, como diría su marido unos minutos después, aquel banquete sin motivo.

Estaba emocionada: ¡adoraba tener cerca a su familia!

—¡Qué pasada! ¿Son todos tuyos, estos libros, abuela? —le llegó una voz infantil desde el comedor.

—Sssh... —le respondió, haciéndole una señal para que se acercara—. Están todos durmiendo, chiquillo, no los despiertes, que es muy pronto.

Su nieto corrió hacia ella y la abrazó, ella besó su cabello oscuro y suave. Miguel tenía apenas ocho años, era muy cariñoso y buen estudiante.

—A mí me encanta leer —dijo unos segundos después, mientras la mermelada de fresa resbalaba por la comisura de sus labios.

Su abuela había cerrado la puerta de la vieja cocina, lo había sentado en una silla de madera y paja y le había servido el desayuno.

—Lo sé —respondió ella distraída, peleándose con unas patatas para la comida.

—He leído muchos libros. Por lo menos, por lo menos... —Calló un segundo, clavando su mirada en los azulejos algo amarillentos por el tiempo de la pared—. ¡Mil!

Amelia sonrió y murmuró:

—Muchos me parecen.

—Pero los que tienes ahí no los he leído —dijo Miguel sin darse por enterado.

La mujer amplió su sonrisa. No le extrañaba: encima de su sofá floreado, en la butaca preferida de su marido y sobre la mesa de nogal del comedor descansaban los *Episodios Nacionales*, las cuarenta y seis novelas históricas de Benito Pérez Galdós; algunas obras de Pío Baroja y otras de Arturo Pérez-Reverte. La tarde anterior, al llegar a casa con su carrito de la compra a punto de explotar de tanto papel y tinta, pensó que por fin el comedor de su

pequeño piso del Ensanche, que parecía más un mausoleo que otra cosa, iba a ser útil. Prácticamente, solo lo usaban las fiestas de guardar. El resto de los días, ella y su marido comían en la cocina viendo la televisión.

—Yo tampoco los he leído, la verdad —admitió, despeinando a su nieto, que se lanzaba sobre la tercera tostada.

—¿Cuántos libros has leído tú, abu?

—¿Enteros?

Miguel la miró sorprendido y Amelia tuvo que contarle que, por el momento, apenas había conseguido acabar uno, *El mago de Oz*, y haciendo un poco de trampa, ya que algunos capítulos los había leído en diagonal.

—¿No vas muchos jueves a un club de lectura? —la interrumpió una voz adulta, también de hombre.

Con el mismo cabello oscuro que el niño, su hijo se había colado en la cocina sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

—Sí, sí..., pero es un club especial.

La siguiente media hora, Amelia les explicó que pertenecía al Club de las Dos Páginas y que, como su nombre indicaba, para ser miembro solo era obligatorio leer dos páginas en cada sesión. La mujer sabía que, aun así, Ángel soñaba con que los socios consiguieran acabar alguno de los libros. Ella estaba dando buena cuenta de la obra de teatro *Los amantes de Teruel* y esperaba darle la sorpresa al librero bien pronto. Estaba convencida que sería el segundo que acabaría: le había prometido a Tico acompañarlo al mausoleo la semana siguiente y tenía que recordar bien la historia.

Mientras daba cuenta de un café con bizcocho, la anciana saltó de una cosa a la otra, de la escuela de adultos al primer día que entró en la librería, de cómo conoció a Zhivago y a Ángel, de cómo leer se estaba convirtiendo en una aventura increíble y fascinante para ella,

de su amiga Clara y de *La isla del tesoro*... Hablaba sin parar, como si hiciera siglos que las palabras vivieran atascadas en su garganta y hubieran esperado aquella oportunidad para salir.

Dos calles más allá, Clara acariciaba el lomo de *El retrato de Dorian Gray* totalmente absorta. El despertador había sonado a las ocho, pero la había pillado ya a medio vestir. Las ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par: el calor aún se mostraba clemente con los habitantes de la ciudad. Esas horas, en las que con suerte soplaba algo de brisa «ni que sea para que nos confiemos», solía decirle ella a su madre, eran sus favoritas en verano.

Desde que había perdido la vista, otros sentidos se habían desarrollado mucho más o, como le decía su médico, «ahora les prestas más atención». El olfato se le había multiplicado por dos: el olor del papel húmedo inundaba sus fosas. El día anterior, con ayuda de su madre, se habían dedicado a colocar en el que había sido su cuarto de estudio ejemplares rescatados de El Sueño de Constanza para que se secaran. En una esquina, el fantasma de Canterville charlaba con uno de los diez negritos, frente a Clarissa Dalloway, escandalizada por la rebelión en la granja que Napoleón le estaba explicando.

La joven y su madre habían dispersado a todos aquellos personajes por la sala: abiertos los libros como si estuvieran diseccionados, uno se los encontraba encima de la mesa, en las sillas, en una escalera de mano o en el pequeño sofá.

Aquella habitación, presidida por un cuadro de una niña leyendo, era donde más tiempo había pasado Clara durante años. Al llegar del colegio, se sentaba a hacer los deberes mientras su madre leía; al empezar la universidad, se encerraba allí para hacer los trabajos con

sus compañeros, y más de una noche había visto amanecer preparando algún examen o atrapada por alguna novela. Con sus ahorros, había ido decorándola a su gusto, con pósteres de diferentes autores, objetos que hacían referencia a sus libros favoritos... Aún podía recordar los dos muebles de madera lacados en blanco llenos de libros, como si los hubiera visto ayer por última vez. Todavía a ciegas, rastreando con las manos, podía encontrar la edición francesa de *El principito* que su padre le regaló en su dieciocho cumpleaños o el ejemplar subrayado del *Quijote* que había estudiado en clase.

Desde que perdiera la vista y dejara de leer, ningún libro nuevo había entrado allí hasta la tarde anterior. Ahora otros cincuenta añadían caos a su pequeño refugio: no tenía ni idea de cuál acariciaba en ese momento, pero no le importaba. Como Ángel había descubierto enseguida, Clara amaba en sí mismo cada uno de aquellos mágicos objetos.

En su época universitaria, la atrapaba una buena novela tanto como la historia de su autor; le encantaba rastrear entre sus líneas un tiempo y una manera de entender el mundo. Aunque también se declaraba fascinada por una buena encuadernación o por un papel de extrema calidad. Muchas veces había pensado que, si la vida le hubiera dado una oportunidad, se habría hecho coleccionista de obras raras, habría viajado por medio mundo para conocer las obras más antiguas conservadas como joyas en archivos y monasterios. Si se le hubiera concedido un deseo imposible, seguramente habría pedido viajar a Alejandría, a la biblioteca de Ptolomeo, para correr entre pergaminos y por los pasillos.

Aquel domingo, frente a la ventana y con la vista perdida, sin saber que acunaba un ejemplar húmedo y estropeado de *Cumbres borrascosas*, sintió que aquella primavera le había hecho uno de los

mejores regalos. Cuando Zhivago la había invitado a entrar en El Sueño de Constanza, en realidad, la había devuelto a su propio sueño: vivir cerca de libros y de personas como Ángel y Elena, que los amaban tanto como ella, o de otras como Amelia que —estaba segura— iban a amarlos, porque «nunca es tarde si la dicha es buena», murmuró cerrando los ojos cuando las campanas de la catedral anunciaban las once.

A Robe aquellas campanadas lo despertaron.

Había caído rendido en el sofá y allí se despertó. Cuando lo hizo, sudaba. A esa hora, el sol ya no respetaba a quienes vivían en apartamentos bajo el tejado. Se estiró y fue a buscar un café: se levantaba tarde, pero, por una vez, no era culpa de una juerga o de haberse quedado viendo partidos de fútbol hasta las tantas. Hacía algo más de veinticuatro horas había recibido una llamada que había puesto patas arriba su sábado: eran las nueve de la mañana e iba camino del gimnasio en moto cuando hizo un giro de 180 grados para encaminarse hacia el centro de la ciudad.

Adiós a la sesión de cardio, al aperitivo con los colegas y a la tarde de póker que prometía acabar con una buena cena en un local recién inaugurado.

Camino de la cocina, tuvo que ir sorteando libros: un manual de jardinería, dos de recetas tradicionales, una guía para hacer bricolaje y otra sobre cerámica. Ante este panorama, cuando sus dos compañeros de piso volvieran de las vacaciones, se vería obligado a dar mil explicaciones. Por eso esperaba que El Sueño de Constanza pudiera abrir sus puertas antes.

Se sorprendió al descubrir que sobre el microondas descansaban tres libros sobre cómo hacer punto de cruz. Los miró mientras una

taza de café recalentado daba vueltas en el interior. Robe era incapaz de imaginar dos cosas en ese momento: cómo alguien podía escribir sobre ese tema doscientas páginas y cómo esas obras habían ido a parar a su pequeña cocina.

Mientras se echaba azúcar, le asaltó una nostalgia indefinida al pensar en Lucía. ¿Le gustarían los libros que habían pensado para ella? ¿Los leería? No podía saberlo: ya había dejado más de cuatro en su mesa, a escondidas, siguiendo el plan de conquista que había trazado con Ángel y... ¡nada!

Con la llegada de Elena, pensó que la visión femenina aportaría un giro a ese plan que empezaba a estancarse, pero no había apreciado ningún cambio en la actitud de la chica, que seguía comiendo sola en la cantina, escondiéndose para leer en los descansos y saliendo a toda prisa a tomar el autobús. Sus escasos intentos de entablar conversación con ella habían fracasado.

Se acordó de cómo había llegado hasta la puerta de El Sueño de Constanza mientras acariciaba los libros del microondas. Al traspasarla no había encontrado el amor. «¿O sí?», sonrió al pensar en el tremendo Tico, el esquivo Zhivago, la alegre Amelia, la dulce Clara, la inteligente Elena, pero sobre todo en Ángel, quien, contra todo pronóstico, se había convertido en un amigo.

«De los buenos», susurró al tropezar con un volumen para aprender ruso en diez semanas que descansaba en su pasillo junto al manual de huertos urbanos, mientras iba hacia la ducha aún con la taza en la mano. Las campanadas tocando las doce le recordaron que era tarde y que debía salir.

A esa misma hora, Elena ya cruzaba la Glorieta. Apenas había dormido. Seguía inmersa en el proyecto de su libro: se había leído ya

un par de los manuales que Ángel le había vendido y sobre su escritorio descansaba una preciosa Moleskine negra, tamaño DIN A4, recién estrenada. La pluma heredada de su padre esperaba ser empuñada.

Como mujer disciplinada, se sentaba en la silla cada noche. Y dedicaba horas. «Escribir, escribo», le había explicado a Ángel, pero se había ahorrado decirle que, en realidad, no lo que se había propuesto.

Las primeras dos hojas de su libreta recogían la historia de amor de sus padres. La tercera y la cuarta eran frases tachadas. Alguna palabra se escapaba: hombre triste y canoso, olor a café en grano, Pasternak y un gato... Al final de la página, un pequeño párrafo escrito aquella madrugada había escapado a la autocensura:

> Sus silencios hablan más que sus palabras. Esa voz ronca que nos arrastra de frase en frase, de párrafo en párrafo, dice tanto como calla. Mientras habla del amor desgraciado de *Anna Karenina,* amaga el suyo; dando voz a la nostalgia y al exilio de Machado, niega el suyo. Y yo, atrapada en esos suspiros y esos graves, daría todo por comprar el libro en que se cuente lo que este hombre misterioso se guarda mientras nos vende las historias de otros.

Aceleró el paso a pesar del cansancio. No tenía costumbre de llegar tarde y ese día no iba a ser el primero. Caminaba muy rápido, como si tratara de escapar a ese sol inclemente que la amenazaba desde todas las esquinas. A pesar de las gafas y el sombrero panamá, la camisa de media manga y los pantanos de lino blanco, notaba los rayos arañándole la piel.

«¿Qué horas son estas de salir a la calle, niña?», le había dicho la cuidadora de su madre, y el asfalto que parecía deshacerse le daba la razón ahora.

Una vez en las calles estrechas del centro, encontró algo de respiro. Los pocos habitantes que debían quedar aquel agosto en la

ciudad estaban al acecho tras las persianas bajadas, en la piscina municipal o en algún bar con aire acondicionado.

Entró en un pequeño comercio, abierto para su sorpresa, y se plantó ante el ventilador junto a la dueña, que ni siquiera le preguntó qué quería. Ambas se sonrieron. Durante unos segundos compartieron aquella brisa artificial, perdida cada una en sus pensamientos: la dueña, en las vacaciones que empezaría aquella misma tarde; Elena, en los más de cien libros que ocupaban uno de los cuartos de su casa. Puestos a llevarse invitados, había elegido a los escritores franceses por su elegancia, a los japoneses por su discreción, a los españoles por cercanía, y a todas las autoras que habían cabido por sororidad.

La noche de la inundación, Ángel, desesperado, había hecho dos llamadas: la primera a emergencias y la segunda a ella, cuando el sol ya había salido y el caos se había instalado. En un primer momento, aquel gesto la sorprendió. En milésimas de segundo, la sorpresa dio paso a algo parecido al orgullo. Tras ser consciente del desastre al que su amigo se enfrentaba, la ejecutiva que habitaba en ella se puso manos a la obra. Llamó a Amelia porque sabía que la anciana se levantaba pronto, iniciando una cadena entre todos los miembros del Club de las Dos Páginas. Un ejército variopinto acudió al rescate de la librería. Tico se había puesto sus sandalias de ir a pescar al río y unas gafas de buzo «por si acaso», había dicho. Amelia llevaba unas botas de agua grises y una bolsa de plástico en la cabeza porque el día anterior había ido a la peluquería. Robe se presentó con el mono de trabajo, con restos de grasa, y Clara, con un bañador y unos *shorts*.

El deseo de ayudar a su amigo los unía. A todos se les cayó el alma a los pies nada más ver en qué se había convertido El Sueño

de Constanza por culpa de la canalización rota del agua. Elena no permitió que el desánimo durara más de cinco segundos

—Tenemos una misión y es salvar los libros —les dijo.

Todos asintieron, incluido Ángel, que tenía la mirada ida. Lo atribuían al dinero que debía haber perdido, pero a él lo que le preocupaba era que, con aquel desastre, El Sueño de Constanza estaba en peligro.

Con ayuda de varios vecinos, y el frutero y su familia, que habían vuelto de la playa a todo correr, dedicaron una tarde a clasificar los libros. En bolsas, los cadáveres para llevar a los contenedores de reciclaje; en unas cajas de plástico, los que debían ingresar para curas, y en las cajas de cartón, los que estaban sanos.

Al acabar la jornada, Elena se dirigió de nuevo a la tropa:

—Ahora hay que dar refugio a los vivos. Debemos buscarles un hogar, ni que sea temporal.

Así fue como, gracias a la intervención de la ejecutiva y una furgoneta que Robe pidió a un amigo, todos acabaron con bolsas y cajas repletas de libros en sus casas.

Aquella mañana, recompuesta tras aprovecharse del ventilador, compró unos refrescos fríos y algo para picar: sin duda, habría que subir los ánimos del personal.

Cuando sonaron los cuartos en las campanas, cruzó la puerta de madera modernista sintiendo un pellizco en el corazón.

De espaldas, un hombre canoso, en pantalón de pijama arremangado y una camiseta manchada de lodo, contemplaba mudo el escenario. Con los brazos caídos, parecía estar a punto de rendirse.

Elena no podía permitirlo.

—¡Ángel!

El hombre no se giró, pero levantó una mano a modo de saludo.

Quien sí se acercó a ella, casi se podría decir que aliviado, fue Zhivago. Maullando lastimosamente, se paseó entre sus piernas hasta que consiguió que la mujer lo acariciara.

Elena oyó unos pasos bajando la escalera de caracol y una voz que no conocía.

—Ve con cuidado, no te vayas a sacar un ojo con el palo de la escoba.

Unos segundos después, un cariñoso Tico le presentaba a su madre. Berta cargaba un montón de productos de limpieza e iba vestida para un zafarrancho de primer nivel. Porque a eso se enfrentaban: lodo, papel mojado, restos de basura que era mejor no identificar yacían por todos los rincones.

Ángel seguía mudo, con la mirada perdida, hasta que Elena le rozó el brazo. Entonces pareció despertar y una sonrisa breve cruzó su rostro.

Cuando Clara y Amelia entraron por la puerta, encontraron a la cuadrilla sacando a la calle los cojines y las sillas del Club de las Dos Páginas para que les diera el sol. La anciana se unió a ellos mientras a Clara le dieron un trapo y le dejaron una caja con algunos objetos para que los fuera limpiando: las tazas de café, algunos jarrones, la bola del mundo que había ocupado el escaparate solo unos meses atrás para delicia del socio felino de la librería. Este, como si supiera que molestaba más que ayudaba, había desaparecido por el callejón en cuanto vio llegar a Roberto.

Hacia las tres de la tarde, el equipo decidió tomarse un descanso.

Subieron a la buhardilla para prepararse algo de comer. Los ánimos estaban por los suelos: cada uno a su manera consideraba El Sueño de Constanza un pequeño paraíso. Solo Amelia, cocinando con amor y entrega, y Elena, con su actitud de líder nata, trataban de subirlos, aunque con poco éxito.

A Ángel, la noche del naufragio se le había quedado atrapada en las pupilas. Incluso cuando cerraba los ojos, veía los libros cubiertos por el agua y lo invadía aquel olor a humedad que parecía que jamás iba a dejar las paredes.

Tras comer, con el calor apretando y sin poder poner en marcha los ventiladores, decidieron descansar.

Berta se despidió para irse al hospital: entraba en el turno de tarde.

Amelia y Elena se tendieron en la cama de Ángel, y Clara, en su butaca de lectura. Los tres chicos se echaron en el suelo, como si estuvieran en la playa, sobre unas toallas. De la nada, apareció Zhivago, que se estiró cual largo era, tratando de robar el frescor de las baldosas junto al librero.

—¡Esto es mejor que haberme ido de campamentos! —exclamó Tico.

Clara les contó que había dormido en el suelo de una casa abandonada con un grupo de amigos en su último año de escuela. Elena les explicó que una noche había dormido en el suelo del aeropuerto de Tokio porque había perdido el último avión. Amelia reconoció haber dormido sobre una lápida en el cementerio de su pueblo y Robe, una noche, en la pista del aeropuerto, porque había perdido una apuesta con sus compañeros.

Ángel, a quien el humor le iba cambiando un poco, les explicó que había dormido en el suelo del hospital muchas veces: «Las noches de guardia me tendía junto a la máquina de rayos X, un lugar muy tranquilo».

Entre estos comentarios, todos fueron cayendo en un sueño ligero y estival, incluso Zhivago.

Ángel fue el último y, cuando lo hizo, Constanza apareció a visitarlo.

Llevaba un precioso vestido de tirantes que él le había regalado. Estaba sentada bajo un pino y le sonreía. Sobre su regazo descansaba un libro abierto por la mitad. No alcanzaba a ver el título. Constanza le hablaba, pero las frases le llegaban lejanas, entrecortadas. Cuando despertara una hora después, solo algunas quedarían en su memoria. Pero serían tan poderosas que cambiarían su ánimo para el resto del verano: «amigos, un hogar, entre todos».

Así era. Sin que Ángel se diera cuenta, en aquellos meses, bajo ese techo, unos desconocidos se habían hecho amigos, se podría decir que casi familia. En marzo, él había abierto una librería para cumplir una promesa sin imaginar que se iba a convertir en hogar para un librero convaleciente de amor y para los autores clásicos y a veces olvidados, pero también para todos aquellos humanos y un gato que dormían en su buhardilla en pleno agosto.

Y entre todos se habían puesto manos a la obra para salvarlo.

Porque, al final, hogar es donde habita el corazón de uno. Y entre las estanterías arruinadas vivían pedacitos de los de todos ellos.

22

DÍAS INTENSOS

El Sueño de Constanza, aquel segundo martes de agosto, era un cascarón vacío, pensó Ángel mientras bebía el primer café de la mañana; uno bien intenso, cultivado en Brasil, capaz de levantar a un muerto.

Zhivago, al oler el aire mientras la cafetera hervía, había maullado con desagrado y, a pesar de que era media mañana, decidió tratar de dormir de nuevo.

—Un cascarón vacío pero limpio —murmuró el librero con la mirada perdida entre los estantes huérfanos.

Más de una semana le había costado quitar el lodo y los restos, airear el local y volver a pintarlo. Había contratado una cuadrilla de trabajadores, pero otra de voluntarios no había dejado de acudir cada día. Descubrir que se había convertido en una institución en el barrio, a Ángel le había llegado al corazón. Por la librería habían pasado decenas de vecinos para darle ánimos, traerle algo de comer o echarle una mano.

Aunque, si hubiera que dar medallas al mérito, sin duda, se las llevarían los miembros del Club de las Dos Páginas. Desde la primera siesta en la buhardilla hasta esa mañana no habían fallado un solo día.

—No nos han dejado solos, Zhivago. —Suspiró recordando cómo habían cargado la furgoneta más de una y dos veces para poner a

salvo los libros llevándolos a sus casas.

Los habían custodiado con sus vidas.

Una lágrima amenazó con caer desde su ojo derecho, pero no le dio tiempo porque Tico irrumpió en la tienda, corriendo y pidiendo ayuda a gritos para descargar el coche de Berta, que había aparcado en la esquina.

En diez minutos, cinco cajas y dos bolsas ocupaban el escaparate de la librería. Aún no habían recuperado el resuello cuando un bocinazo los devolvió a la calle: Robe había vuelto a pedir prestada una furgoneta. Traía las cajas que se habían protegido en casa de Clara y en la suya.

—Las de Amelia las trae Elena. —Sonrió, pícaro, mirando a Ángel.

Este no pudo evitar ruborizarse: hacía un par de días que no veía a su amiga y, sin saber muy bien por qué, se había sorprendido pensando en ella en tres o cuatro ocasiones mientras pintaba las estanterías o compraba cojines nuevos para las sillas del club.

—Pues vale —acertó a decir, con un gesto tan artificial que su amigo no pudo evitar darle un codazo.

Una hora después, el vacío que había acompañado a librero y gato los últimos días era solo un recuerdo vago de un pasado muy lejano. Un montón de bolsas y cajas ocupaban el mostrador y el suelo de la librería mientras los miembros del club, sentados en sus nuevas sillas alrededor de su mesa de café, discutían acaloradamente.

—¡Yo digo que de la a a la zeta! —gritaba Tico—: es la manera más fácil.

—Pero lo más fácil no siempre es lo mejor —contraatacó Clara—. Yo voto por géneros, aunque los ordenemos por autor.

—Se nota que eres una marisabidilla. —Le guiñó un ojo Roberto, sin ser consciente de que la chica no iba a verlo—. Yo voto por países.

—Y yo por ponerlos tal como estaban —suspiró Amelia.

Elena miró a Ángel antes de contradecirla:

—Eso es imposible, amiga, ni el propio artista sabe cómo pintó ese cuadro... ¿O no os habéis dado cuenta de que no había un orden?

Mientras discutían, Roberto recordó que, desde el desastre y el inicio de las vacaciones, no había pensado en Lucía. Tal vez porque no le había comprado ningún otro libro.

Tampoco ella había vuelto por la librería.

El mecánico se sorprendió al darse cuenta de que casi no le importaba esa ausencia.

Cerró los ojos, escuchando cómo sus amigos seguían debatiendo cómo colocar los libros. Trató de buscar en su corazón, en su cabeza o en su estómago, el aleteo de alguna de las mariposas que antes sentía.

O dormían aletargadas por el calor, o habían migrado.

Abrió de nuevo los ojos. Al hacerlo, tropezó con el azul de los de Clara, que lo atravesaban sin saberlo. Lejos de sentirse inquieto, se quedó prendado de aquellas pupilas que, pese a ser inertes, eran como un bosque lleno de vida. No miraban a ninguna parte y, aun así, parecían ver mucho más allá que cualquiera de las personas que él conocía. «Qué daría por saber leer en esos ojos si están contentos o tristes», se dijo. Y ese pensamiento le provocó un calor extraño a la altura del pecho. Meneó la cabeza para apartarlo.

—¿Y si cada uno ordena su parte como quiera? —propuso Ángel.

El grito de «¡no!» que llenó la librería asustó a Zhivago, que dormitaba plácidamente sobre el regazo de Clara. Pegó un salto y se plantó sobre la mesa, lanzando todas las tazas.

Otro «¡no!», pero esta vez del librero al ver cómo se hacía añicos el juego que había traído con él desde Barcelona, sobresaltó al resto de los miembros del club.

—Me las regaló mi madre... —se defendió mientras iba a por la escoba.

Al cabo de una hora, estaban ordenando los libros bajo la supervisión de Tico. Su criterio, de la A a la Z, había triunfado sobre el resto. Con una salvedad: dada la experiencia reciente, lo mejor era poner los libros más caros en los estantes superiores. Robe, encaramado en una escalera que sujetaba Clara, era el responsable de esa misión.

Elena, que andaba poniendo los libros de la A a la D en la primera estantería, los miraba de reojo. Si no hubiera sabido que el mecánico y el librero tenían el plan «Conquista de Lucía», habría dudado de las intenciones del chico, que no paraba de bromear con la mujer más joven del club. Jugaba a cambiar los títulos, poniendo a prueba los conocimientos de la joven filóloga. Esta debía adivinar los autores.

Allí sentada, Elena viajó de vuelta a la última madrugada. Hacía tanto calor que ni ella ni su madre podían dormir, así que ambas se sentaron en el comedor y, mientras una escuchaba la radio, la otra se enfrentaba de nuevo a su Moleskine.

De nuevo, la pluma, que parecía encantada, se la había jugado. Quería hablar de la infancia de su madre cuando, sin darse cuenta, fueron otras palabras las que se escribieron sobre el papel:

> Como un flautista de Hamelin que en vez de extraer notas de una flauta lo hace de un libro, nos congrega a todos a su alrededor. Lo hace con humildad, pero con entrega. ¡Ama con tal pasión al doctor Zhivago o a Heathcliff que sus ratones no podemos evitar contagiarnos de ese amor! Habla de ellos con tanto detalle y pasión que parecen amigos íntimos. Y no puedo evitarlo, cada jueves, al volver a casa, un pensamiento ocupa mi mente: si es capaz de amar así a un ser de tinta, ¿cómo amará a uno de carne y hueso? Acaricia las portadas con tanta delicadeza que, alguna vez, un sentimiento extraño de envidia ha anidado dentro de mí durante horas.

Ese texto seguía a otro escrito el día anterior, en el que la terraza de la casa de sus padres se convertía de repente en otra en la que, al caer la tarde, un librero y una ejecutiva se explicaban sus vidas entre geranios y rosales.

> Sus canas, bajo el sol del mediodía, parecen hebras de oro cosidas a una sonrisa algo triste. Y yo le pregunto: «¿Te gusta sonreír?». Y él asiente sin acabar de asentir. «Casi se me ha olvidado», murmura. Su frase se me clava en el corazón como una apuesta con el destino. ¿Y si yo fuera capaz de convertirme en maestra? Pensando en voz alta, digo: «A mí no se me ha olvidado». Lanzo ese requiebro y espero que él lo recoja. Me gustaría recordarle a base de sonrisas y carcajadas lo fácil que es. Se mira las manos, pero no las mueve. Yo dejo caer las mías en el agua para asustar a esos peces que, a ratos, sí parecen saber reír.

Elena sacudió la cabeza, decidida a concentrarse en sus cajas abiertas, de las que extraía todos aquellos tesoros. A su espalda, Ángel y Tico trataban de ordenar los volúmenes de la F a la K. La cosa iba para largo porque el niño tenía una pregunta para cada autor, título o editorial. El librero, a quien solo hacía falta provocarlo, se perdía explicándole aquellos chascarrillos que Constanza le había enseñado. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no lo hacía movido por la nostalgia, sino por la curiosidad de su pequeño amigo y de Amelia, que, peleándose con los libros de la L a la O, no dejaba de escucharlos con la fe del converso.

Recién llegada al mundo de la literatura, se había vuelto fan acérrima. Había conseguido acabarse el segundo libro de su vida y ya se peleaba con el tercero, *El principito*, con la ayuda de su nieto. Ángel se sentía más que orgulloso de su amiga, que no se detenía a pesar de las dificultades. Había aprobado el primer curso de la escuela de adultos y ya se había matriculado al segundo con gran ilusión.

Al mediodía, pararon de trabajar para comer juntos unos bocadillos que Berta les había enviado con Tico. «Es mi manera de

contribuir», le había dicho a Ángel, que no había tardado un minuto en llamarla para agradecérselo.

Como siempre, la enfermera andaba perdida con sus turnos infernales. Así que, entre todos, se ocupaban de Tico como podían. Una mañana, Roberto se lo había llevado a la piscina para alegría del niño, que desde entonces lo miraba como a un héroe. Aquella tarde era Amelia quien, ¡por fin!, iba a cumplir su promesa de llevarlo al Mausoleo de los Amantes.

A las cuatro, la anciana y el niño salieron dejando al resto en la librería.

—¿Por qué llevas esa mochila tan grande? —le preguntó Amelia, sorprendida, mientras cruzaban la plaza del Torico cogidos de la mano.

A Tico le encantaba; sus dos abuelas habían muerto y sus abuelos vivían lejos. Amelia, con su sonrisa tranquila, su paciencia infinita y sus madalenas de todos los sabores se había ganado el título de abuela honorífica. Y a ella, que tenía un corazón bien grande, no le importaba adoptar a un nieto más.

—Es en la que traje los bocadillos —contestó mirando al suelo.

Si Amelia no se hubiera encontrado con su vecina y se hubiera parado a saludarla, se habría dado cuenta de que el niño se había puesto colorado y de que parecía costarle cargar la que, según él, era una mochila vacía. Pero la mujer, de naturaleza confiada, bastante tenía con consolar a su amiga, que acababa de perder a su perro por culpa de un atropello.

Diez minutos después, frente a la taquilla del mausoleo, Tico, de tan emocionado, parecía haber crecido dos palmos.

No pudo evitar explicarle al conserje que Amelia y él formaban parte del Club de las Dos Páginas de la librería El Sueño de Constanza. Que ambos se habían leído la historia de los amantes y que iban a conocerlos.

El hombre, que aquella semana de agosto apenas tenía trabajo, lo escuchó con tranquilidad. De vez en cuando, los dos adultos se miraban y sonreían.

Finalmente, ambos entraron junto a un par de familias con la guía para iniciar la visita. Primero visitaron el templo adyacente. La iglesia de San Pedro, del siglo XIV, los acogió entre sus decoradas paredes. Allí habían sido enterrados los amantes, que fueron descubiertos momificados en 1555.

Amelia, a quien no se le cerró la boca en todos los minutos en que pasearon por la nave, quedó fascinada por los dorados, los dibujos y los elementos del mudéjar aragonés. En cambio, Tico, que parecía más nervioso de lo habitual, se movía entre los bancos con impaciencia: él había ido allí por un solo motivo.

Tras conocer el templo, entraron en un claustro restaurado. Allí el guía les explicó que los amantes habían estado expuestos en diferentes espacios hasta que, a principios del siglo XX, fue construido el mausoleo de mármol. En un silencio casi místico, los visitantes siguieron al hombre hasta donde reposaban finalmente los amantes. Se acercaron a los dos sarcófagos con forma humana, la de un caballero y la de una dama que permanecían juntos por la eternidad, aunque sin llegar a tocarse. Las manos de ambos extendidas, una frente a la otra, gravitaban por los siglos de los siglos, pendientes de un hilo invisible.

Tico se había quedado quieto, casi sin respirar. A su alrededor, todo seguía en movimiento: el guía sacaba fotos a parte de las dos

familias, mientras los niños de una de ellas, para desespero de sus padres, corrían alrededor de los féretros como locos.

En un momento dado, el guía les pidió a todos que se inclinaran y miraran por la celosía del monumento: allí se podían intuir aún los restos de Isabel y Diego, a pesar de los siglos que habían pasado.

Tico no se agachó aunque Amelia le insistió varias veces. No quería compartir ese instante mágico, el de conocer a sus dos héroes, con todos aquellos desconocidos.

En ese momento, varios grupos con sus respectivos guías rodeaban el mausoleo. Era la última hora y la voz de los guías se entremezclaba: «Ambos eran amigos desde niños, crecieron juntos en estas calles», contaba uno, y otro añadía que «al crecer, se enamoraron, pero el padre de ella no estaba dispuesto a que se casara con alguien con menos dinero y, aunque noble, con menos reconocimiento». Ante la insistencia de Isabel, su padre propuso a Diego que se fuera a la guerra para conseguir honor y dinero. Si lo lograba, se podría casar con su hija. «Tenía cinco años para hacerlo. El día en que volvió victorioso, las campanas de la ciudad tañían. Se cumplían los cinco años y, sin saber que estaba vivo, su amada se casaba con el gran señor de Albarracín», añadió otro guía. «La desesperación del chico fue tal que se presentó de noche bajo el balcón de su amada para reclamar un beso, el primero y el último. Isabel, ya casada, se negó a dárselo. Diego murió. A la mañana siguiente, mientras velaban su cuerpo, una dama cubierta con un velo negro se acercó hasta él y lo besó con pasión. Su corazón estalló de amor. Murió, y los dos cuerpos quedaron uno sobre otro», explicó el guía a los entusiasmados visitantes.

Amelia lloraba, a pesar de conocer la historia y su final. Teruel entero, rendido ante tal amor, decidió enterrarlos juntos en la iglesia de San Pedro, aunque no eran esposos.

—Vivirán juntos la eternidad —murmuró Amelia a un Tico entristecido.

—Pero Diego no lo sabe, no sabe que Isabel lo quería, ¡no es justo! —le replicó.

La anciana acarició su cabello y, aunque buscó palabras para consolarlo, no las encontró.

Juntos salieron del mausoleo: el suyo había sido el último turno. Aún clareaba porque era agosto y Tico le dijo a Amelia que no se preocupara, que podía ir solo a casa. Ella miró el reloj: quería pasar por la tienda antes de llegar a la suya y se le hacía tarde. Se dieron un abrazo y prometieron reencontrarse en unos días, en la nueva sesión del Club de las Dos Páginas.

Cada cual tomó su camino: Amelia se fue hacia el Ensanche y Tico... volvió a meterse en el museo. Por una vez, se alegró de ser bajito y poco llamativo. Con discreción, muy despacio, se escondió tras una estantería de la tienda de regalos. Paciente, se dispuso a esperar a que el personal se fuera. Lo tenía todo planeado: había estudiado la web del museo y los horarios.

A las ocho ya solo quedaba un guarda y un par de mujeres de la limpieza. Se trataba de ir moviéndose por las salas sin que ellas se dieran cuenta. Durante un par de horas, jugó al gato y al ratón: si las dos buenas señoras estaban en la planta principal, él subía al primer piso. Si ellas iban hasta allí, él se escondía en los lavabos del segundo a dar cuenta de unas croquetas que llevaba en la mochila. Cuando llegaron para limpiar el baño, él desapareció de puntillas para acomodarse en la sala de proyección.

Al acabar el turno, las mujeres dejaron los utensilios en el cuarto de las escobas, justo en el momento en que el guarda de seguridad hacía la ronda por todo el edificio. Tico se escondió entre los cubos y los detergentes. Abrió la mochila y de ella extrajo un termo con café

frío para evitar dormirse, una libreta, un estuche, el cómic de los amantes de Teruel y una linterna. Echó un vistazo a su botín: lo completaban unas pilas de repuesto, unos chicles y unos calcetines, porque su madre le había dicho una vez que, de madrugada, había una hora tonta en que siempre refrescaba.

Se dispuso a esperar releyendo el libro ilustrado que tan solo unas semanas atrás le había regalado Ángel. Sonrió al pensar que el jueves les explicaría a todos su gran aventura. Imaginaba sus caras: no darían crédito cuando les explicara que, aprovechando la guardia de su madre, se había quedado a dormir con Isabel y Diego. Aunque, en realidad, dormir no era lo que tenía en mente: acarició el cuaderno justo cuando la torre de la iglesia de San Pedro daba las once. Sabía que ese día en la televisión retransmitían un importante partido de fútbol y que el guarda del museo era un gran aficionado.

Se sintió orgulloso de sí mismo mientras recogía su botín en la mochila: todo lo había planeado con detalle para que ese día fuera especial.

Lo único que le sabía un poco mal, pensó mientras se dirigía hacia las tumbas, era haber engañado a Amelia. Pero intuía que a la anciana su idea no le habría parecido atractiva. Al oír cómo el guardia increpaba a los jugadores de su equipo desde el ordenador de la recepción, respiró: tenía por lo menos noventa minutos de tregua para cumplir con su misión.

Se sentó entre los féretros de Isabel y Diego. Extrajo el cuaderno, el cómic y la linterna. Nervioso, los saludó entre susurros como si fueran buenos amigos. ¡No solo había leído varias veces el cómic y la web del museo! Había navegado por internet, descubriendo algún documental y una película muy antigua.

—Esto es un acto de justicia —les dijo, abriendo el libro por la primera página y empezando a leer—. Vengo a contaros la verdad,

lo primero... Y me he permitido escribir otro final para vuestra historia, porque no me gustaba y ¡os lo merecéis! Por valientes y enamorados.

Durante los siguientes diez minutos, el niño les relató su historia.

—Diego, ¡Isabel te dio el beso que le pediste! —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. Estabas muerto, pero te lo dio: un beso de amor que le costó la vida.

Acto seguido, les contó todo lo que el guía les había explicado sobre su entierro y cómo, por los siglos de los siglos, se convirtieron en los personajes más queridos de su ciudad.

—Hoy estoy seguro de que os habrías podido casar aunque Diego fuera pobre. ¿O sabes qué? Podría haberte llamado por teléfono, enviado un wasap o un *email* para decirte que no te casaras, que volvía ese día. —Rio de su propia ocurrencia—. O te podrías haber divorciado para casarte con él. —Calló un segundo y, acercando su boca al lateral del sarcófago, murmuró—: Nacisteis antes de tiempo.

Tico cerró los ojos. Una pena pequeña y extraña empezó a crecerle por dentro. Cada vez se hacía más grande, como un nudo que ocupaba su estómago, luego su pecho y hasta la garganta. No entendía aquella pena, que no era suya, porque él no había ido a la guerra, ni se había enamorado, ni había visto morir a su amado ni... Un sabor a óxido ocupó su boca.

Abrió los ojos. Miró los brazos extendidos en el aire, sin llegar a tocarse por toda la eternidad. Aquel gesto inútil del mármol frío le pareció la última afrenta. Empezó a llorar.

Abrió la libreta, y, bajito, les leyó a Isabel y Diego su segunda vida. Una, en la que Isabel recibe una carta de Diego manchada de sangre.

Te la trae un soldado que ha servido con él en la guerra y al que le salvó la vida. Te dice que viene de camino, que lo esperes. Está herido. Tú sabes que tu

padre ha concertado la boda. Tienes que huir antes, sin esperar a que Diego consiga llegar.

De noche, ayudada por el soldado y por tu aya, a lomos de un borrico, sales de viaje. A unos kilómetros, en una colina, encuentras a Diego al borde del camino, agotado. Tiene frío. Lo abrazas.

Juntos veréis salir el sol. Sabéis que los hombres de tu padre vendrán a buscaros, pero los dos unidos sois muy poderosos. No tenéis miedo, ¿verdad?

—Y ya no he escrito más: quizá pudisteis iros antes de que llegaran a buscaros y vivisteis felices en otro pueblo. O quizá vuestra pena convenció al padre de Isabel y os dejó casaros. O... ¡no sé!

Mucho más tarde, con Tico nervioso por culpa del café, los primeros rayos de sol empezaron a colarse por la ventana de la sala: acariciaron las paredes del fondo y, poco a poco, fueron bajando hasta posarse sobre los rostros de mármol. Parecían de oro. Tico los miró asombrado, con los ojos enrojecidos. Esos mismos rayos, lentamente, bajaron por el cuello, por la ropa y por los brazos de los amantes.

Y entonces, en el suelo en el que estaba sentado el niño, las sombras hicieron justicia a los amantes, como cada día desde que sus cuerpos fueron colocados en esos sarcófagos.

Tico rozó con sus dedos las manos de los dos amantes, oscuras y etéreas, entrelazadas sobre el suelo frío. Se sintió afortunado al descubrir el milagro: Isabel y Diego, una vez muertos, podían acariciarse, aunque fuera unos breves segundos, gracias al sol. El escultor y el amanecer les habían hecho ese regalo.

23

REINAUGURACIÓN

Aquello era una fiesta con todas las de la ley. Hasta Zhivago, muy a su pesar, llevaba una pajarita roja de lunares blancos. Amelia se la había puesto y el minino había protestado sabiendo que tenía perdida la partida, sobre todo cuando vio que todos los caballeros del Club de las Dos Páginas llevaban una de diferente color. Ella llevaba una blusa negra de satén con un gran lazo y unos pendientes de perlas «herencia de mi abuela», les decía a todos orgullosa antes de añadir: «Es lo más viejo que hay en esta sala, ¡ellos, no yo!».

Ángel se había puesto una chaqueta verde musgo a juego con su pajarita verde y, por supuesto, el reloj regalo de graduación en su otra vida de médico.

Tico había llegado repeinado con gomina, sus eternas gafas azules a juego con su pajarita, y unos tirantes «que me regaló mi padre por mi anterior cumpleaños», les explicó, algo triste. El verano se acababa y, tal como había anunciado, el hombre no lo había visitado. Seguía teniendo mucho trabajo y poco tiempo para aquel hijo lejano.

Robe se había negado a ponerse camisa y el efecto de la pajarita negra sobre el cuello de su camiseta era algo extraño.

—Aunque no me he puesto tan elegante como vosotros, ¡estreno! —les dijo, mostrándoles las Converse negras al cruzar la puerta aquella tarde para la fiesta de reinauguración.

A Elena, de haber estado, no se le habría escapado el detalle: unas Converse como las que siempre llevaba Clara. Pero la ejecutiva aún no se había dejado caer por el local y el resto poco sabía de moda.

El final de agosto se aproximaba a toda prisa y con él, el fin de las vacaciones. Una lluvia fina y discreta parecía poner lágrimas a un Teruel que poco a poco se veía amenazado por la normalidad: los veraneantes volvían de la playa o del campo, los negocios reabrían y los escolares ya andaban afilando sus lápices nuevos. Pero ese ánimo algo gris se había quedado más allá de la puerta de madera de El Sueño de Constanza.

Dentro, todo era alegría.

El lodo había desaparecido por completo: las estanterías ya no estaban huérfanas. Los libros salvados del naufragio, más unos cuantos nuevos, ocupaban su lugar.

Ángel había comprado unas pequeñas butacas nuevas para la zona del café: con los meses, había descubierto que aquel se había convertido en el rincón favorito de sus amigos del Club de las Dos Páginas, pero también de muchos de sus clientes. La máquina de café era un imán: allí nacían grandes conversaciones sobre la vida y se compartían recomendaciones literarias, aunque también futbolísticas y gastronómicas, como desde que empezara el verano.

Al librero no le importaba lo más mínimo: le encantaba que El Sueño de Constanza estuviera vivo. Las risas, los murmullos, los ruidos de los libros al caer por culpa de algún cliente despistado, los pasos acelerados de los niños corriendo, o los sorbos que daban los ancianos cuando el café quemaba se habían convertido en la mejor de las músicas.

«¡Quién nos lo iba a decir, Constanza, cuando tu recuerdo y yo llegamos a Teruel en marzo! Vinimos buscando soledad y silencio, ¡y

hemos tropezado con todo menos eso!», pensó mirando desde el mostrador.

Aquella tarde del 27 de agosto, con la tienda repleta de vecinos vestidos elegantemente para la ocasión, el pecho le latía como un tambor. Los miembros del Club de las Dos Páginas —en concreto, Elena, que había liderado la campaña— lo habían convencido para organizar una tarde de puertas abiertas con un descuento especial por reinauguración. La ejecutiva le aseguró que así podría recuperar algo de los gastos que la inundación le había causado.

—Eso sí, con *dress code*. No se admite gente que no venga elegante —le había insistido Elena a un sorprendido librero.

Por supuesto, Amelia se había encargado del *catering*, que en ese momento estaba sirviendo. Junto a la anciana, Roberto animaba a todo el que se acercaba para que brindara con cava o se bebiera un buen cariñena.

Ante la avalancha de clientes, Clara se ofreció para ayudar a Ángel en las ventas. El librero no quiso desilusionar a la joven. «¿Cómo, si no ve? No puede buscar los libros ni cobrar o devolver el cambio. Me temo que va a estar tan perdida como un pingüino en el desierto», pensó.

Al cabo de una hora, no daba crédito a la magia que se estaba desatando en El Sueño de Constanza. Si hubiera tenido a mano una aguja, se habría pinchado en el brazo para ver si estaba soñando.

—¿Busca algo en concreto, señora? —le preguntó Clara a la primera clienta que la saludó.

—Quiero hacer un regalo a una amiga, pero, la verdad... —musitó algo avergonzada—, no leo mucho.

—Eso no importa: ¿su amiga es lectora?

—¡Muchísimo!

Clara sonrió al vacío e hizo un gesto con la mano que su interlocutora entendió a la perfección. Con emoción, se puso a hablar de su vieja amiga.

—Desde que la conozco, ¡y la conocí en la escuela!, la recuerdo leyendo. ¿Sabe ese tipo de gente que lleva un libro siempre en el bolso por si acaso?

—Por si acaso el autobús tarda en llegar, por si acaso hay cola en el médico o se pone a llover y entro en una cafetería... —murmuró Clara, reconociéndose en aquella amiga.

—¡Eso mismo! Pero no te hagas ilusiones: te aviso de que no tengo ni idea de qué lee últimamente. Al principio me lo contaba siempre, pero como sabe que tengo tan mala memoria y no leo, ya no me lo cuenta.

Clara asintió y le lanzó tres preguntas seguidas a la mujer:

—Si tuviera que definir a su amiga, ¿diría que es arriesgada o comodona? ¿Le gusta la comida exótica o prefiere la de siempre? ¿Es una romántica o una *killer*?

—¡Uy! Restaurante raro que abren en Teruel, ¡no para hasta que vamos a probarlo! Y romántica cien por cien: ¡a su edad aún cree en el amor sin arrugas! En cuanto a lo de *killer*, no sé muy bien a qué te refieres, pero es muy amable y cariñosa con todo el mundo —le explicó, convencida.

Tres minutos después, la mujer pedía a Ángel un libro de Rupi Kaur.

—¡Buena elección! —exclamó el librero, buscando el único ejemplar que tenía para ofrecérselo.

La mujer lo ojeó y leyó, al azar, un poema:

No quiero tenerte para llenar las partes vacías que hay en mí,
quiero estar llena por mí misma.
Quiero estar tan completa que...

Cinco minutos después se fue, satisfecha y convencida de que había dado con el regalo perfecto. Clara no lo supo porque, en ese momento, atendía a un joven estudiante que quería irse de ruta por la Patagonia y le pedía una guía de viajes. Siguiendo el consejo de la chica, se llevó *En la Patagonia*, de Bruce Chatwin:

—Ese libro es un clásico, despertará tu pasión por esas tierras y te las acercará de una manera diferente. Siempre estás a tiempo de conseguir una guía al uso en el aeropuerto —compartió con él, convencida.

Ángel observó cómo la mayoría de los clientes, atraídos por la pasión con la que su amiga daba consejos, preferían hacer cola ante ella con sus dudas. Solo tras hablar con Clara, se dirigían a él para comprar el ensayo, la novela o el poemario que ella les había recomendado.

—¿Su marido es más de salado o de dulce? ¿De sobremesa larga o corta? —le preguntó a una vecina del bloque de enfrente que, sorprendida, buscaba un detalle para su esposo, que hacía largos viajes de trabajo en avión.

A un hombre que buscaba un libro de cuentos para los gemelos de su nueva novia lo sorprendió interesándose por si los niños eran prácticos o fantasiosos y cuál era la última actividad que había hecho con ellos. También le preguntó por sus superpoderes favoritos. Y a una chica que buscaba un libro para el final de las vacaciones le preguntó cuál era el color y la estación del año que prefería. No contenta con eso, se interesó por su primer recuerdo de cuando era niña.

En un momento de calma, Ángel se acercó y le preguntó, asombrado, cómo lo hacía.

—No sé... Escucho a las personas y se me van formando en la mente los nombres de los autores o los títulos. A veces es el tono

que tienen, otras las palabras que usan o la emoción con que me hablan de ese ser querido los que me dan la pista. Cómo te lo explicaría... Mi mente está en blanco y, en unos segundos, ya no —le dijo, encogiéndose de hombros.

Una pareja que venía a encargar un par de libros para aprender francés llamó su atención, mientras Clara, feliz, escuchaba a una artista joven hablarle de su gato. Lo tuvo claro: *El hombre a quien ya no gustaban los gatos*.

—Isabelle Aupy escribe un texto precioso y rebelde sobre la importancia del lenguaje para ser libres —le comentó—. Y todo siguiendo las pisadas y maullidos de muchos gatos y de sus amos.

Y así, entre preguntas y respuestas, dieron las siete en el campanario de la torre del Salvador. Atrapado por aquella magia de la recomendación perfecta, solo en ese momento Ángel se dio cuenta de dos cosas: que hacía mucho rato que no veía a Tico y a Zhivago y que Elena no había llegado aún.

«¿Será posible que llegue tarde ella, que nunca lo hace, a una sesión tan especial del Club de las Dos Páginas?», se preguntó entre enfadado y preocupado.

Ni de lejos podía imaginar que la mujer se había quedado absorta frente al papel toda la tarde, escribiendo sin parar y olvidando por completo qué hora era.

Las siete campanadas también la sorprendieron a ella: solo entonces se permitió releer lo que llevaba escrito.

> Parece perdido excepto cuando se pasea entre sus libros. Entonces, se convierte en un gigante tímido pero fuerte. No duda en atrapar al vuelo una novela o tres poemarios, enfrentarse a ellos sin miedo, leerlos y releerlos. Siempre las dos primeras páginas en voz alta. Y cuando eso sucede, ¡ay, cuando sucede!, sus palabras me acarician los labios, se me meten por la boca, me rasgan la

garganta y me ocupan el corazón. Cada palabra suya se sobrepone a un latido mío. Si lee con calma, mi corazón baja el ritmo hasta adormecerse, acunado por esa voz de terciopelo. Si, por el contrario, lee rápido, se acelera y se desboca. Cuando calla, necesito cerrar los ojos para volver a acompasar latidos y respiración.

¿Qué pasa después con esas palabras? En el camino de vuelta a casa, una a una, frase a frase, las recuerdo, las paladeo, las exhalo y las devuelvo al mundo. Las dejo libres para cualquier otro corazón herido de amor.

Elena suspiró y giró la página para tropezarse, en la siguiente, con un vano intento de tomar las riendas de su historia.

Mi madre y mi padre se conocieron de niños. Su historia de amor nació en el patio del colegio, disfrazada de amistad ingenua. ¿Será ese siempre el inicio de todos los grandes amores? ¿Una semilla de inofensiva amistad? Una sonrisa, una palabra amable, un «pásame la pelota» o un «recomiéndame un libro» lanzados como si nada al aire, que con el tiempo se vuelven copo de nieve, flor de cerezo o beso en la mejilla para caer sobre ti, desprevenida.

Igual que un amor eterno nace en la más tierna infancia, en esos años en los que todo está por construir, ¿por qué no puede nacer en la madurez, en esos años que todo empieza a destruirse? ¿Quién dice que no es igual de bello crecer junto a alguien que envejecer? Mamá, ojalá estuvieras aquí conmigo, no solo en cuerpo sino en alma también, para que pudiera hacerte todas estas preguntas, para que pudieras darme todas estas respuestas.

Releyendo en voz baja, se saltó un par de párrafos para perderse en otro nuevo y descubrir, desesperada, que una vez más un librero canoso había usurpado un espacio que no le estaba destinado.

Superados los ochenta años, mi madre camina a ciegas, perdida en meandros y senderos de su memoria, pero con una brújula muy clara: siempre hacia su norte, mi padre, incluso a tientas, a rastras, lo sigue a él, que hace cinco años partió dejándola atrás contra su voluntad y a la deriva en su enfermedad. Dolor sobre dolor, mi madre casi no me reconoce y, sin embargo, si le enseño una foto de mi padre, sonríe. En la niebla de su mente, en el mapa sin coordenadas de su memoria, solo una certeza se alza: el nombre de mi padre, su cara, el amor sin mutación posible. ¿Será Constanza esa misma certeza en el corazón y la mente del librero? ¿Cabrán dos certezas en la vida de alguien?

Cerró el cuaderno de golpe, con lágrimas en los ojos.

¿Cómo podía haberle pasado «eso» a ella? ¿Cómo no había intuido que enamorarse era una opción que podía acechar en cualquier calleja? Daba vueltas y vueltas al tema, tratando de entender cómo había pasado: ¿tan vulnerable era a esas alturas de su vida que en pocas semanas un librero podía robarle el corazón? Y lo peor de todo, lo había hecho sin pretenderlo ni darse cuenta.

Aspiró el aire húmedo que entraba por la ventana abierta de su habitación y apagó la luz. La única certeza que en ese momento ocupaba su mente, mientras lloraba como hacía años, era que ella, Elena, no iría a la reinauguración de la librería ni a la sesión especial del Club de las Dos Páginas, a pesar de que iban a leer uno de sus libros preferidos de juventud, *El principito*, que también era el de Clara.

Sin tener noticia de aquella decisión, Ángel miraba preocupado la puerta de El Sueño de Constanza mientras Clara despedía al último cliente que le agradecía el consejo y Roberto lo acompañaba a la puerta para cerrarla tras él.

Amelia se puso a preparar el rincón del club ordenando las butacas, colocando el cojín de Zhivago y extrayendo los ejemplares del libro de Antoine de Saint-Exupéry en una preciosa y moderna edición.

El librero cogió el móvil y marcó el número de Elena sin dejar de mirar a la puerta. La ejecutiva vio, en la oscuridad de su habitación, cómo se encendía la luz del teléfono. Decidió no contestar y seguir sumida en su tristeza, consciente de que, en algún momento, debería dar una explicación sobre aquella actitud.

La voz de Amelia sacó a Ángel de su estupor.

—¿Tico se ha vuelto a casa sin decir nada?

Roberto hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la escalera de caracol. Entonces, el librero fue de nuevo consciente de que hacía un buen rato que no veían ni escuchaban al niño.

Los cuatro fueron tras la estantería: sentados en un escalón, abrazados, estaban el felino y el niño, que se había quitado las gafas como si así pudiera borrar el mundo que lo rodeaba. Gruesas lágrimas surcaban sus mejillas y, si no hubieran sabido que era imposible, los adultos habrían jurado que el añil de Zhivago también parecía más líquido.

—Se acaba el verano... —susurró Tico, como si sintiera que debía dar una excusa.

Amelia, Roberto, Clara y Ángel sabían que el niño no estaba así por la vuelta al colegio, ni mucho menos. Se miraron entre ellos, pero permanecieron en silencio.

—Mi padre no ha venido ni yo he ido a Estocolmo.

La anciana revolvió el pelo de Tico, suspirando, y Roberto se sentó junto a él en la escalera, pasándole el brazo por encima del hombro. Ángel iba a decir algo, pero, mientras buscaba las palabras, Tico añadió:

—Ahora dice que no sabe si podrá venir antes de Navidad porque...

Clara fue la que terció:

—Démosle un motivo para que lo haga.

Roberto la miró y se sonrojó sin que nadie se diera cuenta, para su suerte. «¡Qué guapa está hoy! El color tostado de la piel se realza con el vestido blanco», pensó para sí, consciente de que no le había quitado ojo mientras atendía con tanta dedicación y pasión a los clientes.

—¿Me pongo enfermo? —preguntó Tico, alzando la vista—. ¿Me rompo algo?

—¡Sería total! —exclamó Roberto, aunque, ante la mirada enfadada de Ángel y Amelia, pronto se dio cuenta de que no era una buena respuesta.

—Yo no iría tan lejos —murmuró Clara antes de añadir—: Démosle un motivo bonito, que le haga sentirse orgulloso de ti.

Tico se quedó cavilando y sin decir nada.

—¿Salvo a alguien y consigo una medalla? —preguntó, dudoso.

—O das un espectáculo —sugirió Amelia, aún mosqueada por el engaño de unas noches atrás, cuando Tico se había quedado a pasar la noche en el Mausoleo de los Amantes de Teruel.

Sin poder esperar al jueves, el niño los había llamado al día siguiente a todos para contarles su hazaña: había reescrito el final de la historia de los amantes y se la había explicado a ellos. Cuando el de seguridad lo descubrió dormido entre los dos féretros, lo despertó e, indignado, llamó al hospital para hablar con Berta. Eran viejos conocidos del barrio.

La mujer llegó muy alarmada a recogerlo. Si no hubiera sabido lo triste que estaba su hijo, lo habría castigado.

—Le prometí a mi madre que no volveré a hacer algo así —añadió el niño, sonrojándose.

—Espectáculos hay de muchos tipos —murmuró Clara, a quien se le empezó a iluminar el rostro.

Media hora después, sentados en círculo, el Club de las Dos Páginas aún no había empezado su nueva lectura, pero sí había trazado un plan, esta vez sin fisuras aparentes.

Amelia había llamado a su nuera, que trabajaba en el ayuntamiento. Esta le había prometido tramitar el permiso para poder actuar en la calle, en la plaza que se escondía tras el museo

donde descansaban los amantes. Ángel le había prometido a Tico revisar con él el texto y convertirlo en una obra de teatro y, ante una asustada Clara, Roberto se había comprometido a ensayar para convertirse en Diego, «si la bella Clara se convierte en Isabel». Aterrada, había tratado de zafarse del compromiso, pero las súplicas de Tico y una caricia en la mejilla del joven mecánico la habían dejado sin argumentos. Es más, la habían dejado sin palabras.

—Una vez obtengamos el permiso, buscamos la fecha y alquilamos los trajes —dijo Ángel antes de ser interrumpido por Roberto, quien añadió:

—¡Necesitamos una directora para los ensayos! Y estoy seguro de que tenemos a la mejor. —Le guiñó un ojo a su amigo antes de decir —: Elena estará encantada con la idea.

Ángel sonrió, dubitativo: aquella tarde no había dado señales de vida. Sin duda, tenía mucho trabajo. ¿Podría dedicarle tiempo a una obra de teatro de aficionados? Todos aplaudieron con emoción excepto Clara, que seguía dándole vueltas a cómo se había dejado enredar en aquella historia sin pies ni cabeza. ¿Cómo iba a actuar ella, que no veía, en mitad de la calle? Le espantaba la idea de quedarse hablando ante una pared o moverse torpemente, chocando con su Diego, y que el público se pusiera a reír. Absorta como estaba, dio un respingo cuando Ángel le apretó el brazo.

—Y ahora, dejando este tema de lado, ¡démosle una oportunidad a nuestro principito! —comentó antes de abrir el libro y empezar a leer.

Eran cerca de las nueve, pero, como todos seguían de vacaciones, sabía que tenían margen para estirar el horario.

A LEON WERTH

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una seria excusa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor puede comprender todo; hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde tiene hambre y frío. Tiene verdadera necesidad de consuelo. Si todas estas excusas no fueran suficientes, quiero dedicar este libro al niño que esta persona mayor fue en otro tiempo. Todas las personas mayores han sido niños antes. (Pero pocas lo recuerdan). Corrijo, pues mi dedicatoria:

A LEON WERTH
CUANDO ERA NIÑO

Se trataba tan solo de la dedicatoria del libro, pero les colmó de poesía e inspiración. Al cabo de un par de minutos y para sorpresa de todos, Ángel cedió el libro a Roberto, que estaba sentado a su lado. El joven aceptó el reto.

Cuando yo tenía seis años vi una vez una lámina magnífica en un libro sobre el Bosque Virgen que se llamaba «Historias vividas», Representaba una serpiente boa que se tragaba a una fiera. (...)

El libro decía «Las serpientes boas tragan sus presas enteras, sin masticarlas. Luego no pueden moverse y duermen durante los seis meses de la digestión».

Reflexioné mucho entonces sobre las aventuras de la selva y, a mi vez, logré trazar con un lápiz de color mi primer dibujo. (...)

Mostré mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les asustaba.

Me contestaron: «¿Por qué habría de asustar un sombrero?».

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digería un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudiesen comprender. Siempre necesitan explicaciones.

Cuando, tras leer una página, el mecánico alcanzó el libro a Amelia, esta dudó si tomarlo. Ante la insistencia de todos, la anciana se armó de valor: solo leía en voz alta ante su nieto o ante los compañeros de clase en la escuela de adultos. Sabía que los miembros del club eran como una segunda familia, pero aun así... Un médico, una filóloga o un estudiante listo como Tico eran un público que se le antojaba fuera de su nivel.

Temblando, empezó a leer despacio:

> Las personas mayores me aconsejaron que dejara a un lado los dibujos de serpientes boas abiertas o cerradas y que me interesara un poco más en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue como, a la edad de seis años, abandoné una magnífica carrera de pintor. Estaba desalentado por el fracaso de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas mayores nunca comprenden nada por sí solas y es cansador para los niños tener que darles siempre y siempre explicaciones.

Cerca de las doce de la noche, cuando Ángel decidió apagar las luces de El Sueño de Constanza, se sentía orgulloso. Era la primera vez que todos los miembros del Club de las Dos Páginas se habían llevado el libro a casa con la firme promesa de seguir leyéndolo. Incluso Clara se había guardado en el bolso su ejemplar en braille.

Como a millones de lectores de todo el mundo, desde que Antoine de Saint-Exupéry escribiera el libro, aquella historia poética los había atrapado. No querían que les contara el final: ¡lo querían descubrir ellos mismos!

«Bueno, todos no», suspiró, la mirada perdida en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, como si esperara un milagro que ni él mismo se atreviera a nombrar y que tenía nombre de mujer.

«Ángel, no me seas tonto. Pasada la medianoche, las princesas se convierten en Cenicienta y se esconden en sus casas», murmuró para sí mismo, dando la espalda al asfalto mudo de pasos.

Reluciente por la lluvia, el gris reflejaba pedazos rotos de luna. Los mismos que se reflejaban en el vidrio de la ventana de una de aquellas cenicientas tristes que respondía al nombre de Elena y que, por fin, aunque intranquila, había encontrado algo de paz en sus sueños.

Sobre su escritorio descansaba un cuaderno cerrado que escondía entre líneas sus sentimientos y sus deseos bien vivos. Como en la

calleja de la Estrella de las Ocho Puntas el corazón de Ángel escondía los suyos, aún dormidos, sin que él fuera consciente.

Zhivago, sentado en el centro del escaparate y el único vecino despierto del barrio, era el guardián fiel de tanto secreto. Algunas noches, el nombre de Elena, bajito, escapaba volando de los sueños del librero y se quedaba planeando entre los de las heroínas de las hermanas Brontë o de Jane Austen hasta que, por la mañana, al abrir las ventanas o la puerta, escapaba desapercibido.

24

RUTINA SIN RUTINA

Ángel se tomaba el primer café de la mañana, uno bien tostado, acodado en el mostrador con la mirada perdida en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, muy tranquila a esa hora.

—Zhivago, ¡yo no sé qué tiene la gente contra la rutina! A mí me encanta...

Su socio, que en ese momento se acicalaba, maulló varias veces como si le diera la razón. De hecho, tras vivir siete vidas más que intensas, habría jurado por todos los dioses del olimpo felino que aquella, primero entre galletas y luego entre libros, con todas las rutinas y horarios, era perfecta.

Había pasado una semana desde la tarde de la reinauguración, que había resultado un éxito. Ángel había vendido como nunca: sus vecinos, a muchos de los cuales ni conocía, le habían demostrado que la librería ya formaba parte de su patrimonio y estaban dispuestos a defenderla. Desde entonces, el librero parecía flotar en un mar de bienestar: ni tres pedidos equivocados ni un descuadre en la caja de esa semana habían conseguido ponerlo nervioso.

Solo un pequeño nubarrón oscurecía, a ratos, esa calma. Seguía sin saber nada de Elena. El viernes, después de la sesión del Club de las Dos Páginas al que no se presentó, se había despertado pensando que ella le devolvería la llamada y podría así explicarle el

exitazo de la fiesta. Pero pasó todo el día y, por más que miró su móvil, entraron varias llamadas, pero ninguna de ella.

Llamó Tico para anunciar que el fin de semana se iba a casa de un amigo, a Albarracín. Desde que se conocía su hazaña —¡dormir con Diego e Isabel sin ser descubierto!— se había vuelto famoso entre sus compañeros de clase y le llovían las invitaciones.

Aquel mismo día, también lo llamó Roberto para explicarle que no pasaría a buscarlo para dar una vuelta al cerrar el sábado, algo que ya se había vuelto tradición, porque se iba a Huesca a ver a sus padres.

Clara lo llamó el sábado para explicarle una idea a la que andaba dándole vueltas.

—¿Has oído hablar de las consejeras literarias? —le preguntó a bocajarro.

—No, la verdad...

—Yo tampoco, pero eso no quiere decir que no sea una idea genial, ¿no?

—Supongo —contestó, comedido.

—Hacía tiempo que no me sentía tan feliz como la otra tarde, recomendando libros a los vecinos...

Ángel recordó con una sonrisa la magia que se había desatado en la librería. De hecho, aprovechó para decirle que, esa misma mañana, había pasado por allí la señora a la que había recomendado la poeta indocanadiense para comentarle que el regalo había sido un éxito.

—Tendrás noticias mías, librero —dijo Clara antes de colgar—. Tal vez podríamos abrir un consultorio literario en El Sueño de Constanza.

El lunes por la mañana fue Amelia quien lo llamó: estaba atrapada entre las alas de *El principito*.

—La próxima vez que vea un sombrero no podré mirarlo de la misma manera —le dijo emocionada—. ¿No te parece maravilloso?

Todas aquellas llamadas de los que consideraba ya su familia eran un bálsamo para el corazón. Sin embargo, cuando pensaba en el silencio de Elena, este se le encogía. El viernes no lo llamó, pero tampoco el resto de la semana.

¿Se presentaría aquella tarde en la sesión del Club de las Dos Páginas?

Ante la duda, el café le supo amargo. Lo dejó sobre el mostrador a tiempo de atender a un nuevo cliente.

Entre una cosa y otra fue pasando la mañana. La hora de comer les pilló a él y a Zhivago con hambre y sueño. Ambos decidieron obedecer a sus instintos y hasta las cinco de la tarde Morfeo se hizo dueño de aquel pequeño local.

Sirviéndose el segundo café del día, esta vez con hielo, Ángel se dedicó a buscar libros para la nueva temporada del Club de las Dos Páginas. Lo que había comenzado como una excusa para matar el tiempo se había convertido en una de las tareas más importantes de su semana.

Decidió elevar la apuesta. Andaba perdido entre algunos pasajes de los libros de Camus cuando oyó sonar la campanilla del angelito. Un pensamiento absurdo —«qué bueno que el agua no oxidó el recuerdo de sor Milagros»— lo asaltó mientras levantaba la vista de las páginas.

No se esperaba para nada lo que vio: azorado, trató de disimular su sorpresa, aunque supo que no lo había conseguido del todo.

—¿Molesto? —preguntó Lucía.

—¡En absoluto!

—Venía a comprar algunos libros —le dijo sacando una lista del bolsillo que le extendió con premura.

Ángel tomó el papel y leyó los títulos apuntados.

—Pero...

—¿No los tienes? ¿Se pueden encargar?

—¿Qué ha pasado con la apuesta con tu amiga?

—¿Perdón? —preguntó confundida.

—Me dijiste que leías un autor con cada letra del abecedario y...

Ella lo miró antes de responder, escueta:

—Aquello ya pasó. —Ángel la miró y la chica se sintió obligada a explicarse—: Me peleé con aquella amiga, así que, ¿qué sentido tendría continuar?

—Se me ocurren varios. Por ejemplo, disfrutar de grandes historias. O descubrir nuevos autores.

—Ya... —contestó, sin mucho convencimiento mientras miraba, nerviosa, el reloj.

—Solo una pregunta, si no es indiscreción: ¿te gustaron los libros?

—Depende —respondió, dudando de si debía hacerlo—. Unos sí y otros no.

En realidad, lo que Ángel quería preguntarle era si le habían gustado los que Robe y él le habían regalado de manera anónima, pero no sabía cómo hacerlo sin delatar a su amigo.

—¿Cuáles sí?

Lucía empezó a resoplar. Estaba claro que tenía prisa y que aquella conversación no era de su interés. Aun así, hizo un último esfuerzo por ser amable.

—Me gustaron algunos que no elegí yo —dudó—, me los regaló mi jefe.

—¡¿Tu jefe?! —exclamó sorprendido el librero.

—Eso me dijo cuando le pregunté quién había dejado aquellos paquetes durante semanas —contestó, hastiada—. Por suerte, ya se ha ido. Lo han trasladado. Menudo personaje: su gusto literario impecable, pero... estaba casado.

Ángel empezó a valorar si decirle a la chica que tenía razón, que su jefe era un personaje y que mentía con mucha facilidad. Pero no le dio tiempo.

Lucía volvió a mirar el reloj y en un tono desabrido preguntó:

—Entonces, ¿los puedo tener o no?

—Imagino que tienes que volver al aeropuerto. —Ángel releyó la lista antes de decirle—. Como mucho en una semana tengo los tres libros.

—Por las tardes ya no trabajo. Me he apuntado a una academia. —Lucía dudó un segundo antes de dar más información a aquel librero que, por alguna razón desconocida, la trataba con tanta familiaridad—. Como has visto por el pedido, he decidido presentarme a unas oposiciones. —Ángel sonrió: efectivamente, los títulos encargados no invitaban a la fantasía o al romanticismo—. Quiero largarme de esta ciudad —contestó, irritada, y como si se diera cuenta de que había dicho algo incorrecto, añadió—: Oí que tú te acabas de mudar. Lo entenderás cuando lleves toda una vida como yo.

Media hora después de que Lucía se fuera, Ángel seguía desconcertado. Aquella chica no parecía la misma y, sobre todo, se dijo, no parecía la adecuada para Roberto.

Zhivago lo observaba con preocupación desde lo alto del mostrador: se había preparado el tercer café del día y le había puesto cuatro cucharadas de azúcar. ¡Aquello era un despropósito! El librero solo ponía tres. Aun así, dulce en exceso, se lo tomó. Luego se concentró en renovar el escaparate: quitó todos los libros

veraniegos, la toalla de playa y la cesta de pícnic que los acompañaban mientras pensaba en qué poner.

Primero pareció inclinarse por un escaparate dedicado a novedades sin más: escogió los ejemplares que habían llegado las dos últimas semanas y los colocó sin mucho miramiento. El resultado, como era de esperar, no le gustó.

Septiembre era el mes de la vuelta al cole, así que lo mejor sería adoptar una mirada comercial y anunciar que tenía libros escolares de las diferentes escuelas del barrio. Seleccionó un par entre las mochilas que un representante le había dejado para ver si tenían salida, cajas de lápices de colores, libretas y ejemplares de Matemáticas, Conocimiento del Medio y Lengua, así como cuadernos de caligrafía para los más pequeños y diccionarios de idiomas para los mayores.

El librero salió a la calle y se plantó ante el escaparate. Zhivago se puso en el marco de la puerta sin atreverse a salir.

—Mejor dejarlo así —murmuró, pensando en el escaparate y en la aspiración de Robe con Lucía.

En realidad, el escaparate no le preocupaba demasiado. Lo que buscaba era entretenerse para no dar vueltas a los dos nudos que tenía en la cabeza: ¿debía decirle algo al mecánico sobre los planes de Lucía o había que seguir animándolo? Y sobre todo, ¿volvería Elena al Club de las Dos Páginas?

Entró en la tienda dejando la puerta abierta.

Zhivago se quedó unos minutos en el umbral, aprovechando el sol de media tarde mientras vigilaba la inexistente vida en la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Sin darse cuenta, se encogió. Quizá se desataron en su cerebro felino recuerdos de otras tardes en las que por aquella vía pasaban mulos y carros, hombres con capa y mujeres con sombrero. O tal vez solo fuera una excusa para calentar

sus huesos, que empezaban a quejarse como si intuyeran la llegada lejana de un invierno más duro que los anteriores.

Solo cuando vio llegar a su amigo Tico, corriendo y gritando su nombre y el del librero, el minino pareció recuperarse. Llegaba una hora antes de que comenzara la nueva sesión del club, que, sin él saberlo, le estaba dedicado.

—¡Ángel! —insistió mientras daba un portazo.

El librero, que andaba preparando la mesita del café y colocando los cojines sobre las butacas recién estrenadas, sonrió al verlo llegar.

—¡Tengo tantas cosas que contarte! —le dijo tirándole de la manga—. He ido a las cuevas de Albarracín, ¿te acuerdas? Aquellas sobre las que hicimos un trabajo... ¡Buf! Son increíbles.

A partir de ahí, el niño no paró de explicarle todas las aventuras vividas con su amigo de la escuela. Tal como relataba su visita a las cuevas, Ángel podía imaginarse que se hallaba ante un Indiana Jones de metro cincuenta.

Esforzándose por escucharlo con cariño mientras sacaba de una caja los ejemplares del libro que iban a leer, el librero no podía impedir que a su cabeza volviera una y otra vez la misma pregunta: ¿por qué le preocupaba tanto lo que hiciera Elena?

Como si sus corazones estuvieran conectados misteriosamente, a unas pocas calles, el de la ejecutiva también latía desordenado. Ella no necesitaba preguntarse nada: lo tenía claro desde que se dio cuenta de que los textos de su cuaderno siempre giraban alrededor del librero. Por más que luchaba contra ello, Ángel siempre se colaba en los márgenes, entre líneas o incluso, como aquella tarde, ocupando toda una página.

La releyó, consciente de que eran más de las seis y debía apresurarse para llegar a la sesión del club. ¿O no quería ir y solo trataba de procrastinar la salida de casa? Faltar a una sesión, la pasada, sería fácil de explicar, pero faltar a dos... Iba a necesitar una buena excusa.

Dos corazones heridos navegaban por el asfalto de una pequeña ciudad. Ambos estaban marcados por el dolor de la pérdida: uno, del primer y gran amor; el otro, del éxito y la vocación.

Sin saberlo, caminaban al encuentro el uno del otro. El destino les dio una excusa: una tarde de lluvia, una puerta abierta, un refugio cálido. Un día cualquiera estaba a punto de convertirse en *el día*, sin que ellos lo supieran ni lo buscaran. Pero fue la literatura la que convirtió aquel encuentro breve y fortuito en una posible historia: los clásicos tejieron con sus personajes unos hilos fuertes entre ambos. Hilos invisibles. ¿Cabría más amor en el corazón herido de él? ¿Cabría menos miedo al fracaso en el corazón herido de ella? ¿Se dejarían atar por aquellos hilos que, lejos de hacerlos esclavos, los hacía libres?

Elena suspiró.

En la cocina, la cuidadora preparaba la cena para su madre que, desde hacía unos días, parecía más perdida que nunca, como si se hubiera contagiado del estado de ánimo de su hija.

Aquel jueves había decidido no ir al trabajo: no había salido en todo el día de casa. Prefería acompañar a su madre mientras escribía.

Volvió a su cuaderno, a lo que había escrito el día anterior:

Llovía. Llevaba puestos mis zapatos favoritos. Piel granate, tacón del siete, punta. No quería estropearlos por nada del mundo. Corría entre las estrechas calles del centro: los locales cerrados, las cafeterías abandonadas... ¡Desierto de asfalto!

Al fondo de aquella calleja, una luz. No lo pensé: me dirigí hacia allá sin ser consciente de que sería refugio para mis zapatos, pero también para mi corazón, ese día y muchos otros.

Suspiró otra vez: aquella tarde, al cruzar la puerta de la librería, le había parecido acogedora sin más. Recordó cómo había escuchado una voz, escondida tras las estanterías, grave y atractiva.

¡Una librería! Buscando un puerto seguro, ¡había encontrado uno lleno de libros!

No se veía a nadie. El librero debía de estar en el almacén. Mientras tanto, decidí regalarme el placer de descubrir los tesoros que escondía aquel lugar. Siempre he sido una mujer de orden y, en cinco minutos, el caos que parecía reinar en aquellas estanterías me puso de los nervios.

Me quité los zapatos y me arremangué la chaqueta. Estaba a punto de ponerme a ordenar los autores cuando una voz, esa voz, su voz... me atrapó. Había entrado buscando un refugio temporal, pero, a pesar de que me fui enseguida, se quedó algo dentro de mí.

Sentí que debía volver. ¿Sería curiosidad? ¿Quiénes eran todos aquellos personajes que parecían sacados de un cuento? ¿En qué consistía aquel peculiar club al que había espiado? ¿Por qué leían *Anna Karenina*?

Quizá, más que curiosidad, fue la corazonada de que lo que de verdad deseaba era saber quién era él, el dueño de esa voz, de esa mirada triste y de ese caos literario.

La catedral dio las siete campanadas y devolvió a Elena a la realidad. La televisión sonaba en el comedor: la cuidadora y su madre cenaban viendo un concurso. Se miró en el espejo: llevaba unos tejanos y una camiseta ancha con una de sus citas favoritas de Gabriela Mistral: «Creo en mi corazón, el que yo exprimo para teñir el lienzo de la vida».

¡Solo vestía así en casa!, pensó, pero no había tiempo para cambiarse.

Se acercó al armario donde dormían sus trajes chaqueta, los vestidos de lino y las faldas de tubo... ¡Adiós muy buenas!, parecían gritarle.

Se calzó unas sandalias, se colgó el *tote bag* y echó a correr.

Y corrió tanto que consiguió llegar antes de las siete y media a la puerta modernista de madera de El Sueño de Constanza.

La abrió despacio. Mientras trataba de pisar sin hacer ruido, se extasió ante las paredes y estanterías recién pintadas mientras oía una voz conocida que leía *El libro del desasosiego,* de Fernando Pessoa:

> Por lo demás, no sueño ni vivo, sino que vivo la vida real. Todas las naves son naves de sueño con tal de que exista en nosotros el poder de soñarlas. Lo que mata al soñador es no vivir mientras sueña; lo que hiere al que hace algo es no soñar cuando vive.

Le pareció el perfecto resumen de lo que sucedía en ese momento en su corazón. Hacía años que estaba vacío, ningún amor había sido lo bastante fuerte para acompañarla en su proyecto profesional. Había tenido un par de parejas estables, un compañero consultor y un piloto cuando era más joven, pero después había ido encadenando relaciones cortas. Estudios, viajes, traslados de país en país, jornadas interminables... Lo que fuera para conseguir llegar a la cúspide como se había propuesto. ¡Qué frío sintió en la cumbre, justo un minuto antes de que la hicieran rodar hacia abajo!

Ese frío se le pasó al entrar en aquella librería. En su corazón vacío empezó a surgir algo: un renovado interés por la lectura, un sentido profundo de la amistad y, sobre todo, del amor. Ese sentimiento, al principio indeciso y casi desconocido para ella, cojeaba entre sus encuentros. Pero después de tantos días fantaseando y escribiendo sobre el librero, lo tenía claro. Se había enamorado. No sabía cómo ni por qué. Aunque, en realidad, lo único

verdaderamente importante era saber... ¿Y Ángel? ¿Se habría enamorado también?

Una vez más, sus corazones se invocaron misteriosamente entre sí.

—¿Hola?

El librero interrumpió la lectura creyendo que un cliente despistado había entrado. Se dijo que, una vez más, Roberto se había olvidado de cerrar la puerta al ser el último en entrar.

—Soy yo —dijo con su habitual seguridad Elena, caminando hacia el rincón donde se escondían sus amigos.

Zhivago maulló satisfecho, como si hubiera esperado aquel pequeño milagro durante todo el día. En cambio, Ángel bajó los ojos al libro y volvió a concentrarse en la lectura.

Elena sonrió a Amelia, acarició la mano de Clara que quedaba a su lado, guiñó un ojo a Tico y lanzó un beso con la mano a Roberto. Posó su mirada sobre Ángel que, tratando de esconder el brillo de sus ojos, empezó a tartamudear.

El librero respiró hondo: los libros eran su tabla de salvación.

> Para quien hace del sueño su vida y del cultivo al abrigo de sus sensaciones una religión y una política, para ese, el primer paso, lo que acusa en el alma que ya dio el primer paso, es el sentir las cosas mínimas extraordinaria y desmedidamente. Este es el primer paso y el paso simplemente primero nada más que consiste en eso. Saber poner en el paladear de una taza de té la voluptuosidad extrema que el hombre normal solo puede hallar en las grandes alegrías que proceden de la ambición súbitamente satisfecha.

En El Sueño de Constanza, una vez que el círculo estuvo completo, todos lo tuvieron claro: ellos sí sabían disfrutar con intensidad, desmedidamente, los sorbos de café y las madalenas caseras de los jueves, las sencillas bromas y palabras de cariño que se dedicaban unos a otros, como explicaba Pessoa.

Allí todo eran sueños, pero también piel, corazón, cariño, sudor, risas, lágrimas, secretos... y esperanza; sobre todas las cosas, esperanza.

La de un niño que soñaba con poner en marcha una obra de teatro para que su padre fuera a verla, la de una chica ciega que volvía a descubrir la pasión por la literatura, la de un mecánico que soñaba confusamente con el amor, la de una anciana que se construía una segunda vida y quería verla completa, la de una mujer que, en el ecuador de su vida, se sentía como una niña con zapatos nuevos, y la de un librero que no sabía ni qué sentir.

25

SENTIMIENTOS CRUZADOS

Agosto había finalizado y, como si Zhivago lo supiera, volvía a descansar en su sitio favorito de El Sueño de Constanza: sobre unos diccionarios, en el centro del escaparate, parecía una efigie egipcia. Muy atento, no dejaba de observar la calleja.

Cuando Ángel bajó de la buhardilla, se sorprendió al encontrarlo allí.

—¿Será que el otoño se adelantará este año? —murmuró, consciente de que si su socio se instalaba allí era que el calor tenía las horas contadas.

El librero se preparó el primer café de la mañana, un suave y aromático brebaje de arábica. De hecho, estaba a punto de vivir su tercera estación en Teruel y eso le ponía contento.

—A mí me gusta el otoño, Zhivago. Me pone nostálgico...

Desprevenido, se sintió emboscado por un recuerdo de Constanza. A la bibliotecaria le encantaban los colores dorados, morados y marrones que pintan los bosques en los meses previos al invierno. Un año lo convenció para cambiar de turno las vacaciones: juntos se fueron a Boston, alquilaron un coche y recorrieron Nueva Inglaterra.

Aquella mañana, tantos años después, Constanza bailaba para él en el centro de la librería, bajo la lluvia de hojas. Su jersey favorito, anaranjado, se confundía con la cascada de color que caía sobre ella. Giraba y giraba sobre las puntas de sus botas de *cowboy*, y el

vuelo de su falda se alzaba como si quisiera recoger todas aquellas hojas.

Ángel cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, giró la cabeza al gruñir la puerta.

—¡Clara!

La chica sonrió mientras agarraba una correa.

A regañadientes, entró en la tienda una bola peluda de color canela. Algo había llamado la atención del cachorro en la calle y no parecía dispuesto a perderlo de vista, así que se revolvía sobre sí mismo tratando de escapar.

—Ángel, Zhivago, os presento a mi perro guía —dijo la chica.

—Más bien pareces tú su perro guía...

—Está a prueba —suspiró Clara—. La verdad es que es buenísimo, pero aún muy joven. Yo soy su última oportunidad.

Lejos de moverse, Zhivago se quedó observando fijamente a aquel otro peludo que no se había percatado de su presencia. En una de sus anteriores vidas, se habría lanzado con las garras afiladas sobre aquel lomo inconsciente y enemigo, pero había aprendido que no todo es lo que parece.

—¿Y cómo se llama este perro buenísimo? —preguntó el librero, dispuesto a salvar a su amiga del caos de la correa, el bastón, las piernas y la puerta que estaba a punto de hacerla caer.

—Aún no tiene nombre.

El cachorro sintió que una fuerza diferente tiraba de él hacia el interior de la tienda y se giró sorprendido. Empezó a mover la cola y a saltar sobre Ángel, que no cesó de reír mientras cerraba la puerta de la librería.

Clara, ya en terreno conocido, se dirigió hacia el mostrador.

Después de hacerle mil fiestas, el labrador dejó a Ángel para olfatear aire y suelo. Luego empezó a ladrar feliz.

Zhivago se desperezó y, poco a poco, se acercó dudando hacia el cachorro.

Este se tumbó en el suelo, como si buscara quedar a la altura del gato y, cuando el felino se aproximó, empezó a moverse a su alrededor sin llegar a rozarlo. Cuando el más anciano de los dos se cansó de aquel espectáculo, maulló dulcemente y se dirigió, despacio, hacia el mostrador.

Clara contó entonces a los dueños de El Sueño de Constanza cómo ella, tras tantos años negándose a tener un perro lazarillo, había acabado con uno.

—Uno de mis profesores de la escuela de braille tiene una hermana ciega. El caso es que su perrita se quedó embarazada y tuvo tres cachorros. Los llevaron a todos a la escuela de perros guía, pero este es un desastre. Es fatal para la disciplina. Pensaron que quizá en una familia que ya tuviera un lazarillo aprendería. Fue a parar a una con tres niños. El padre es ciego y tiene un perro guía que se llama Olimpus, un *crack*. Pues nada, ni el dueño ni Olimpus pudieron meter a este en vereda. En la escuela me dijeron que como yo soy muy autónoma, ahora mismo no trabajo y tengo tiempo..., si no lo aceptaba, este angelito tendría un futuro incierto. Me dio tanta pena que aquí me tienes. Mañana empiezo a ir a la escuela con él —comentó riendo.

Ángel miró al perro, que en ese momento olisqueaba las estanterías como si los libros fueran una hamburguesa. Parecía estar valorando si devorar un ejemplar de Agatha Christie.

—Deberíamos ponerle un nombre —dijo Ángel mientras lo acariciaba para hacerlo desistir de su intención.

Recordó que tenía un muñeco de trapo tras el mostrador que había formado parte de uno de los escaparates. Pensó que era mejor perderlo a que bajo aquellas fauces muriera Phileas Fogg.

Tirando del collar, llevó al perro detrás del mostrador y le ofreció el juguete. Entusiasmado, el cachorro se echó al suelo mientras trataba de encontrarle el alma con patas y dientes.

—Sí, pero tendrá que esperar a tener uno, porque yo he venido por algo más importante.

Al librero le sorprendió la determinación de su amiga, siempre tan dulce y discreta. Desde que la conocía, apenas había expresado alguna opinión, más allá de las literarias. Cedía siempre la palabra al resto de los miembros del club.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero hablar de la consejería literaria.

—¿La consejería literaria?

—¡Ángel! La idea que te conté tras la reinauguración...

El librero sonrió mientras se decía que Clara debería enfadarse más a menudo. Le sentaba bien. Sus mejillas adquirían rubor y sus ojos azules parecían despertar a destellos.

—¡Claro que me acuerdo! Pero si no concretas más, no sé cómo puedo ayudarte.

—Necesito libros, personas a las que les guste leer, una mesa y una silla, ¡y todo eso puedes facilitármelo tú! —Tomó aire antes de continuar—. El rincón donde nos encontramos está desocupado todos los días menos los jueves por la tarde, ¿cierto?

Él asintió complacido, empezando a adivinar qué había ido a proponerle.

Quince minutos después, ante la mirada de un testigo con largos bigotes blancos y un cachorro dormido, se estrecharon las manos para sellar el acuerdo. Harían una prueba: Clara ofrecería tres tardes a la semana su consultorio literario. Los clientes que no tuvieran claro qué libro comprar, se sentarían con ella.

—Les haré preguntas y les ofreceré algunos consejos. Se nos abre un mundo de posibilidades, Ángel. ¿Conoces los audiolibros? ¿Y los *podcasts* literarios? La vista no es el único camino para disfrutar y enfrentarnos a las grandes historias.

Mientras charlaban, entró veloz Tico. Como hacía cada día, saludó a Zhivago primero. Luego se acercó a Clara para darle un beso y, antes de que chocara los cinco con el librero, un inesperado personaje salió de detrás del mostrador dando brincos. El cachorro se abalanzó sobre el niño, que no paraba de reír con sus lametazos.

—¿Quién es?

—Un amigo de Clara con muy pocos modales —respondió el librero, que empezaba a desear que volvieran a abrir la escuela, tanto para niños humanos como perrunos.

—¡Es genial! ¡Lo amo! —Zhivago maulló enfadado y Tico rectificó —: Por supuesto, menos que a ti, amigo.

—¿Nos ayudas a ponerle nombre? —dijo Clara.

—Vale, pero si vosotros me ayudáis con el guion de la historia de los amantes. ¡Amelia me ha llamado, ya tenemos fecha para la obra! —dijo emocionado.

El chico les explicó que apenas tenían un mes para escribir esa breve obra, ensayarla y conseguir los trajes.

—Ya he invitado a mi padre... —dijo bajando la mirada—. Ahora no puedo fallar.

—¿Vendrá? —preguntó Ángel, preocupado.

Tico se encogió de hombros.

—Le dejé anoche un mensaje en su contestador. No me ha dicho nada...

Clara le revolvió el cabello.

—¡Habrá que preparar un cartel tan increíble que, cuando tu padre lo vea, no le quede otra que venir! Pero antes hay que

bautizar a este chico —dijo ella, acariciando la cabeza dorada de su labrador.

Media hora después, en una caja de cartón dormían veinte papeles con distintos nombres para el cachorro. La idea había sido de Tico: los tres habían escrito todos los que se les habían ocurrido, siempre relacionados con la literatura.

—¡Que decida el destino! —exclamó Ángel.

Se decidió que, primero, cada uno de ellos sacaría un papel. Después el primer cliente que entrara por la puerta elegiría el definitivo entre los tres finalistas.

—Snoopy —leyó Tico, dudoso.

—¡Muy obvio, Ángel! Esperaba más de ti —protestó Clara—. Ese no cuenta.

El librero se encogió de hombros mientras Tico sacaba una segunda propuesta:

—Milú. —Sonrió—. Lo he puesto yo.

Sus amigos se miraron. Clara sacó el siguiente papel y se lo entregó a Ángel para que lo leyera:

—Totó.

—Ese lo he puesto yo —dijo la chica.

—Sirius —leyó Ángel—. Este no lo he puesto yo...

—Es el animago que se hace perro en Harry Potter —explicó Tico con suficiencia.

—*Alea jacta est* —sentenció Ángel, dejando los tres papeles elegidos sobre el mostrador y tirando el resto.

Mientras esperaban la llegada de algún cliente, los tres se pusieron a hablar de la obra de los amantes. Clara seguía sintiendo mucha desazón cada vez que se hablaba de actuar, pero Amelia le aseguraba que se vería preciosa vestida de dama. Por su parte, Elena, a quien como Robe había imaginado le parecía genial dirigir,

opinaba que tenía un tono de voz dulce perfecto para un personaje romántico. Pero sin duda, entre todos ellos, Roberto parecía el más entusiasmado con la intervención de la joven.

Tico sacó la libreta que había llevado aquella noche al mausoleo: las huellas de chocolate delataban cómo había pasado las horas hasta que fue descubierto por la mañana. Releyó a sus amigos su versión de la historia:

> Isabel recibe una carta de Diego manchada de sangre. Se la trae un soldado que ha servido con él en la guerra y al que le salvó la vida: le dice que va de camino, que lo espere. Está herido. Ella sabe que su padre ha concertado la boda. Tiene que huir antes, sin esperar a que Diego consiga llegar.
>
> De noche, ayudada por el soldado y por su aya, a lomos de un borrico, ella sale de viaje. A unos kilómetros, en una colina, encuentra a Diego al borde del camino, agotado. Tiene frío. Lo abraza.
>
> Juntos, ven salir el sol. Saben que los hombres de su padre vendrán a buscarlos, pero los dos unidos son muy poderosos y no tienen miedo.

—Y ya no he escrito más —reconoció el niño—. ¿Tal vez se van y viven felices muy lejos? ¿O si, retado a duelo, Diego mata al marido de Isabel y se casa con ella? No sé... ¿Qué final pondríais?

Los tres se quedaron en silencio.

Solo el cachorro sin nombre corría incansable, persiguiendo su rabo ante la indiferencia de todos. Un ladrido desesperado los sacó de su ensoñación.

—Necesitamos un cartero y un aya —dijo Ángel, para salir al paso.

—¡Pues tú! —le dijo el niño.

—Amelia sería perfecta como aya —añadió Clara.

Y una vez más, como si hubiera sido invocada, apareció con su carrito de la compra azul, con el que la había conocido Ángel meses atrás. Aquella imagen de la anciana con el cabello a juego con el carrito lo había enternecido al verla por primera vez. Ahora, el pelo blanco contrastaba con la piel morena de la mujer, que había pasado el verano entre paseos y piscina con sus nietos.

—¡No os lo vais a creer, pero traigo un verdadero tesoro! —exclamó a modo de saludo—. ¡Me vais a adorar!

—¿Más? ¡Imposible! —la saludó Clara.

—Y este, ¿quién es? —preguntó la anciana al descubrir al cachorro que husmeaba el contenido de su carrito.

—¡Es el nuevo perro de Clara! —gritó Tico, entusiasmado.

—¿Y cómo se llama?

—Ese es el problema, que nadie lo sabe... —repuso el librero—. Dinos primero para que has venido.

La mujer abrió el carro mientras Tico abrazaba a su nuevo amigo. Los ojos del niño y los del librero se abrieron de par en par al ver una espada que parecía auténtica, una capa de terciopelo, un velo bordado y un montón de telas preciosas.

Entre todos, le describieron a Clara semejante tesoro.

Amelia les explicó que, tras recibir la llamada de su nuera con el permiso para la actuación callejera de Tico, decidió ponerse manos a la obra. Había compartido con sus vecinos y con sus compañeros de la escuela de adultos el proyecto que se traían entre manos.

—Y ya veis... Entre unos y otros, en dos días, ¡me han traído de todo! —comentó mientras enseñaba un enorme cinturón de piel—. Tendré que coser algunas cosas, pero ya tengo las telas y los patrones.

Contagiado por tanta alegría, el cachorro se puso a ladrar como loco.

—¡Por Tutatis! Pongámosle ya un nombre para poder pedirle que se calle —gritó Ángel mientras le acercaba los tres papeles a Amelia.

Ella los miró.

—¡No! —se enfadó Tico—. ¡Tenía que ser el destino!

—Pues esta vez el destino se llama Amelia y no tiene ninguna duda sobre el nombre para este pequeño —aseguró la mujer.

Por la noche, mientras preparaba su cena, Ángel no paraba de hablar con Zhivago. Su socio se había pasado la tarde dormitando escondido en el almacén, junto a la manga pastelera de sor Milagros, su refugio favorito.

—Te prometo que nunca será miembro del Club de las Dos Páginas. Por supuesto, tampoco tendrá cojín ni asiento propio —le aseguraba mientras hervía verdura y batía un par de huevos para hacerse una tortilla. El minino lo ignoró mientras daba cuenta de una lata de *mousse* de atún, su favorita—. Acéptalo como un cliente algo molesto o, mejor, como el acompañante de Clara. Creo que para ella va a ser bueno. —Zhivago se relamió los bigotes—. Al final, ya verás, Totó te robará el corazón.

En primavera, Amelia había entrado por primera vez en aquella librería, temblorosa, con el título de una historia escrito en un papel. *El mago de Oz* era el libro que la había llevado hasta El Sueño de Constanza, la primera historia que había desentrañado con esfuerzo durante largas noches. Este Totó de carne y hueso acompañaría a su amiga en el camino de vuelta a casa, al mundo de los libros y las historias.

Sin saberlo, el joven labrador llevaba ahora un nombre lleno de significado, así como aquel viejo sabio peludo cargaba con el suyo.

26

Recuperando el trono

Zhivago llevaba unos días comportándose muy diferente. Ángel lo observaba con atención sin descubrir qué le pasaba a su socio. Lo que podía determinar era desde cuándo estaba así: todo había empezado cuando Totó cruzó la puerta de El Sueño de Constanza y, por lo tanto, la de sus vidas.

—¿Será posible que haya celos entre animales? —se preguntó mientras se afeitaba aquella mañana de jueves.

Zhivago comía menos y dormía más, se mantenía más reservado y apenas subía al mostrador. Antes, en cuanto levantaba la cabeza de las cuentas, descubría la mirada añil del gato clavada en su nuca, como un maestro que revisa la tarea del discípulo para darle ánimos. Si el aroma del café era dulce, se acercaba a Ángel cuando se bebía la primera o la segunda taza del día. Y, por supuesto, cuando se sentaba a leer en voz alta las dos primeras páginas de un nuevo libro, se acomodaba en su cojín granate con la M bordada.

No había vuelto a hacerlo desde que Clara los visitó con el perro.

Al librero las rutinas le daban paz: sus tres cucharadas de azúcar y las tres vueltas para disolverlas, o los calcetines de colores que ya estaba deseando volver a ponerse. Le desconcertaba que, después de varios meses, Zhivago hubiera decidido ahora no formar parte de ellas.

—Quizá sea pasajero... —se dijo preparándose el primer café.

Mientras molía unos granos de moka, que aderezaría con canela, una idea empezó a formarse en su cabeza. Consultó el reloj: tenía once horas para hacerlo posible.

No podía contar con su ayudante Tico porque esa semana había vuelto al colegio. Septiembre había ido avanzando y con él lo que algunos llamaban normalidad. Roberto volvía a pasar horas en el aeropuerto y Amelia había regresado al *aquagym* y a sus clases en la escuela de adultos. Elena tenía más trabajo que nunca, o eso decía, porque solo se había dejado ver durante las sesiones del Club de las Dos Páginas. Clara, que el curso anterior había estado desocupada, ahora no daba abasto entre las clases de braille y prepararse para su rol de consejera literaria que inauguraría ese mismo sábado.

—No hay problema, también puedo hacerlo solo —murmuró mientras abría la puerta para atender a un par de ancianos.

Cuando se marcharon, tras tomarse una taza de café con él, ponerlo al tanto de algunos chismes y llevarse uno de ellos un libro de historia sobre la Segunda Guerra Mundial, Ángel empezó a dar forma a la idea que, según él, le recordaría a Zhivago lo importante que era para ellos.

Lo primero que hizo fue indagar en qué tiendas de Teruel vendían lo que andaba buscando. En una convenció al dueño de que, al cerrar al mediodía, le llevara el pedido. En la otra tuvo que pagar un mensajero, pero valía la pena. Mientras tanto, también atendió un par de pedidos telefónicos y recibió a un distribuidor que venía con el nuevo catálogo. Desde que había vuelto a abrir, en El Sueño de Constanza no había un momento de pausa.

A media mañana se tomó la segunda taza del mismo café, que le había entusiasmado, y aprovechó para buscar un título entre los estantes. Tras quince minutos, un grito despertó a Zhivago, que

volvía a dormitar en el escaparate. Levantó la cabeza, pero ni siquiera llegó a girarla. Al cabo de unos segundos la enterraba entre las patas delanteras para seguir a lo suyo.

—¡Eureka! Lo tengo... —Sonrió satisfecho el librero mientras llevaba al mostrador los dos ejemplares que tenía del mismo título.

Empezó a leer la historia para convencerse de que era la adecuada. Rompiendo una de sus normas más arraigadas, lo hizo en voz baja a pesar de que era la primera vez que lo leía. «Un amigo bien merece que uno cambie sus manías. No quiero estropear la sorpresa», pensó convencido. Luego siguió con los quehaceres de la librería hasta que, poco antes de irse a comer, llegaron los paquetes que esperaba.

Después de esconderlos tras el mostrador, humano y felino subieron a la buhardilla y, cada uno frente a su plato, dieron cuenta de una buena comida, dejándose mecer por las partituras de Bach. Las mismas piezas los acunaron mientras se echaban su siesta reglamentaria, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Ángel, como un niño nervioso antes de la mañana de Reyes, no pudo dormir dando vueltas a la nueva sesión del Club de las Dos Páginas y la sorpresa que preparaba. Zhivago durmió a pata suelta mientras entre sueños se daba un atracón de galletas y sor Milagros le daba agua de litines y algunos mimos para contrarrestar el malestar.

La tarde no fue tan tranquila. De hecho, hubo un momento en el que, según dijo una mujer que iba con dos gemelos, la librería debería haberse llamado «La Pesadilla de Constanza». Zhivago, de poder hablar, le habría dado la razón: un caniche había tratado de morderle, dos críos lo habían perseguido con un rotulador por media tienda con la idea de pintarlo mientras Ángel trataba de encontrar un encargo que se había perdido para un abogado un poco estresado.

Por primera vez desde que abriera, Ángel estuvo a punto de regañar a alguien. A raíz de la inundación, El Sueño de Constanza se había hecho famoso: la radio y el diario local lo habían citado en un reportaje. En redes, varias personas habían animado al público a acercarse la tarde de la reinauguración.

«¿Será esto morir de éxito?», se preguntó mientras veía cómo Tico entraba en la tienda discretamente.

Viéndose por fin salvado, Zhivago corrió a su encuentro. Su pequeño amigo alzó la mano: saludó de lejos al librero y, ante la avalancha de clientes, minino y niño desaparecieron tras la estantería.

Ángel los oyó subir la escalera de caracol y dedujo que se habían escondido en la buhardilla. Se imaginó a los dos amigos tumbados en el suelo: uno haciendo deberes y el otro observándolo atentamente. Sintió envidia: le habría gustado perderse con ellos entre los ríos de Aragón con una buena taza de café. O, por un día, con un batido de chocolate como los que le gustaban a Tico y siempre llevaba en la mochila.

Los aspavientos de una chica lo devolvieron a la realidad.

—¿Me oye?

—Sí, disculpa. Dime...

La chica, sonrojada, bajó el tono de voz.

—Busco el *Kamasutra*...

Ángel sonrió mientras se dirigía a la estantería donde estaba aquel clásico. Por fortuna, lo tenía.

Recordó su vergüenza con aquellos temas a la edad de la chica. Movido por aquel recuerdo, decidió envolver el libro sin hacer ningún comentario y cobrar. Aunque tuvo ganas de decirle que uno no debía avergonzarse de lo que leía si no había sido escrito para atacar o denigrar a otros seres humanos. Sin embargo, faltaba solo media

hora para la sesión del club, así que más le valía darse prisa. Atendió a un cliente más y colgó el cartel de cerrado.

Antes de que Tico y Zhivago bajaran, preparó el espacio del café para el encuentro. Abrió los paquetes que habían llegado al mediodía: de uno extrajo unas galletas especiales para gato... con forma de gato. De la otra, tres peluches, un par de globos y seis caretas. Sobre la mesa dejó las tazas y los dos ejemplares del libro que iban a leer.

Cuando sonaron las campanadas que anunciaban las siete y cuarto, el círculo mágico ya estaba completo.

Antes de empezar, con el ejemplar de *Neko Café* —el subtítulo de la novela era *No necesitas siete vidas, puedes ser feliz en esta*— abierto en las manos, miró a todos sus amigos.

En vez de Clara, la cara de una preciosa gata siamesa esperaba en el asiento junto a él. A su lado, un gato pelirrojo había ocupado el cuerpo de Roberto y un común europeo, el de Amelia. Elena, como no podía ser de otra manera, había elegido la careta de una bella gata de angora. Tico era el más desconcertante: un gato esfinge. Ángel mostraba el rostro de un azul ruso. Incluso Totó lucía en la cabeza unas orejas de gato negro que trataba de quitarse con la pata.

Zhivago los miraba, algo ofendido, sentado en su cojín, mientras los tres peluches parecían vigilarlos desde la estantería. Aun así, de alguna manera, entendía que todo aquel despropósito era para él.

Todos se mostraban extremadamente cariñosos con él. Y él sería un gato, pero no era tonto: agradecía los mimos, las palabras bonitas y los gestos de amistad. A lo largo de sus siete vidas, saber quién lo apreciaba y quién no albergaba buenas intenciones hacia él le había supuesto la diferencia entre la vida y la muerte.

—La sesión de hoy está dedicada al miembro más antiguo del Club de las Dos Páginas, al único que camina sobre cuatro patas con elegancia y luce una melena blanca impecable...

—¡Gracias a mí! —saltó Tico, blandiendo el cepillo del que había sido su primer encargo en la librería.

—El gran y único Zhivago.

Todos rompieron a aplaudir menos Totó, que se puso a aullar como un loco. Ajeno a aquel homenaje, Zhivago bostezó y se acomodó sin apartar la vista del libro, como si quisiera decirle al librero: «Menos peloteo y ponte a tu trabajo, esclavo humano. ¡Lee!».

El librero obedeció:

> Los gatos tienen seis vidas en los países árabes y Turquía; siete en Hispanoamérica y Portugal; nueve donde se habla la lengua de Shakespeare. ¿Para qué necesita tantas vidas un gato?
>
> Un viejo proverbio inglés lo explica así: «En las primeras tres, juega. En las tres siguientes, vaga por las calles. Y en las tres últimas, se queda en casa».
>
> Antes de entrar en el Neko Café, Nagore no sabía nada de gatos, pero sentía que no tenía ninguna vida. Ni una sola.

Poco a poco, Ángel fue leyendo los primeros párrafos de esta historia acerca de la soledad, los gatos, las segundas oportunidades y el sentido de la vida, que se esconde en el lugar menos pensado. El librero se sentía interpelado por aquella historia y leyó más emocionado de lo habitual.

Al acabar las dos páginas, levantó la mirada y se quedó sorprendido ante el panorama: Zhivago ronroneaba acariciado por Clara, a la que Roberto miraba con mucha atención, tanta como la que ponía Tico en las crestas de manzana que había llevado Amelia.

Al ver que se detenía, la mayor del club exclamó:

—¿Ya? ¡Qué corto se me ha hecho! Deberías seguir...

Elena asintió.

—Es que nos llamamos el Club de las Dos Páginas —respondió con convencimiento el librero—. Si os gusta, llevaros el libro a casa para leerlo vosotros. Sé que hemos hecho alguna excepción, pero... ¡eran eso, excepciones!

Amelia protestó con grandes gestos y Elena contraatacó:

—Pero las normas están para saltárselas, ¿no crees? Y las rutinas, para cambiarlas.

Ángel tuvo la sensación de que aquello iba más allá de la lectura de *Neko Café*. Miró a los ojos a Elena solo un segundo. Se turbó y rápidamente desvió la mirada hacia el resto de los miembros.

—Vosotros ¿qué opináis?

Tico saltó el primero:

—¡Este libro me gusta! Quiero saber más... ¡Un café de gatos! ¿Y si abrimos una librería de gatos? ¿Seríamos la primera?

Zhivago maulló enfadado.

—Creo que el voto del homenajeado es negativo... —rio Robe—. Respecto a lo de compartir este local con más socios, creo que con Totó tiene bastante.

El cachorro, hasta ese momento callado, se levantó de un salto y fue hacia el mecánico. Desde el primer momento, el labrador lo adoraba y lo seguía por todo el local, arrastrando tras él a la pobre Clara si tenía la mala suerte de llevar la correa.

Tras la votación, que ganaron los partidarios de seguir leyendo, Amelia tomó la alternativa ante un Ángel que se debatía entre la alegría de haber dado por fin con un libro que los había atrapado a todos y el nerviosismo de haber roto las reglas.

Elena lo miraba con ternura sin escuchar a la anciana. «Es como si te leyera la mente, librero. Ese ovillo loco de lana que son tus pensamientos, siempre con un pie, listo para saltar, pero sin llegar a hacerlo. ¿Será por miedo? ¿Por pereza? No lo parece», se dijo.

Recordó entonces lo que había escrito la noche anterior en su cuaderno.

> Toda historia tiene un principio y un final. Pero ¿cuál? Ojalá pudiera decir «este fue el momento en que me enamoré de ti», o «aquí dejaré de quererte, adiós». Pero no puedo. ¿Y si lo imagino? ¿Hallaré algo de paz? Por intentarlo... ¿qué puedo perder?

Elena sacudió la cabeza y trató de conectarse de nuevo con lo que sucedía en El Sueño de Constanza. Cuando Amelia acabó de leer su página, la siguió Roberto.

> Todo empezó una noche de calor sofocante. Tras dar muchas vueltas a su cuerpo sudado, había conseguido dormirse. Llevaba apenas una hora de sueño cuando un chillido agudo y angustioso la despertó.
>
> Al principio Nagore pensó que aquel grito había surgido del fondo de una pesadilla. Se giró en la cama. Estaba demasiado agotada para regresar al mundo. Todavía no...
>
> Entonces volvió a oírlo, ya plenamente despierta. Parecía el gemido de un niño que lloraba desconsoladamente, sin que nadie lo confortara.
>
> Se tapó la cabeza con la almohada, intentando silenciar aquel ruido y volver a dormirse. Pero le resultó imposible, pues a la primera voz se unió una segunda más agresiva aún.
>
> Entonces cayó en la cuenta: aquellos malditos gatos callejeros estaban librando una de sus reyertas justo debajo de su ventana, en el patio interior que amplificaba los sonidos como un altavoz.
>
> «Cómo odio el verano...», se dijo muerta de sueño. De tener aire acondicionado habría cerrado la ventana para ahorrarse aquella tortura, pero no era el caso. La necesitaba abierta para respirar en medio del bochorno.
>
> La serenata nocturna siguió con un coro disonante que parecía formado por voces de bebés desamparados. Hasta que uno de los gatos lanzó un rugido y su contrincante respondió con un bufido amenazador.
>
> Nagore se incorporó furiosa. Sentada en la cama, también ella habría maullado de desesperación, de no haber otros vecinos luchando contra el insomnio.

Todos estaban entretenidos con aquella historia divertida excepto Tico, que empezaba a aburrirse, como le pasaba casi siempre. Interrumpió a su amigo y volvió a su tema favorito.

—¿Creéis que a Isabel y Diego les gustaban los gatos?

Roberto empezó a reírse y Ángel vio la oportunidad de detener la lectura en ese punto.

—Eso no lo sé, pero... ¿quieres que hablemos de la obra de teatro? —terció, sabiendo de sobra la respuesta.

Ya eran las ocho: desde que la normalidad había vuelto, las cenas, los trabajos, la escuela marcaban los horarios.

—¡Los trajes van viento en popa! —dijo Amelia, que había tomado las medidas a todos para ajustar los disfraces y telas que le habían dado—. El fin de semana me vendría bien hacer alguna prueba de vestuario.

—Prueba de vestuario... —murmuró Clara, algo nerviosa.

—Estoy seguro de que estarás guapísima con tu velo y tu falda larga. ¿Qué te parece? —aseguró Tico entusiasmado.

La chica ladeó la cabeza, no muy convencida.

—Pero lo que iría bien es hacer un ensayo, ¿no? —añadió Elena, poniéndose en el papel de directora que le había asignado el grupo.

—De hecho, antes de que os marchéis quería proponeros hacer una lectura todos juntos —dijo sacando del bolso una copia del texto para cada uno a excepción de Zhivago, que decidió ponerse a jugar con los peluches y con Totó por toda la tienda, dejando a los humanos con sus planes absurdos.

De repente parecía haber rejuvenecido frente a un cachorro que era pura vida.

Diez minutos después, todos escuchaban de pie la primera lectura de la directora. Tico, como guionista oficial, hizo algunos comentarios y Elena, con mucho cariño y respeto, los anotó todos prometiéndole tenerlos en cuenta para la siguiente versión.

—¿Leemos ahora cada uno nuestro personaje? —los invitó.

Empezó el cartero —interpretado por el librero que había sido médico— anunciando la entrega de una misiva. El aya, o sea Amelia, se dirigió a su ama Isabel para entregársela, la única que tenía la versión en braille: Elena había tenido la delicadeza de pagar a una persona que la transcribiera, para sorpresa de todos.

Clara sonrió al tenerla bajo las yemas: igual, se dijo, no era tan terrible actuar. Declamó sus frases con tanta pasión que Roberto no pudo evitar suspirar para sorpresa de todos menos de Elena, que como corazón enamorado intuía hacía tiempo que los sentimientos del mecánico habían cambiado.

«El corazón es la veleta más caótica», pensó al ver cómo el chico acariciaba la mejilla de Clara, en un gesto que pilló con la guardia baja a la chica, pero también a Roberto. Ambos se quedaron congelados mientras el aya volvía a hablar con contundencia.

—Tenemos un poco bastante que ensayar —dijo Tico, frunciendo el ceño.

Elena emitió un comentario compasivo mientras salían por la puerta de la librería.

—¡Yo he visto mucho potencial!

Desde el umbral, Ángel vio a sus amigos caminar por la calleja hasta girar en la esquina de la frutería. Elena llevaba un vestido entallado en la cintura, con vuelo. Al moverse, la falda se elevaba como el tutú de una bailarina.

Justo en ese momento, como si hubiera intuido que la observaba, ella se giró. Había empezado a oscurecer, pero, bajo la luz de la farola, le pareció aún más bella. Sus miradas se cruzaron.

Como dos adolescentes pillados *in fraganti*, dudaron qué hacer. Tico, que caminaba al lado de la ejecutiva, los miró a su vez. Levantó la mano y la agitó para decir adiós a su amigo antes de

desaparecer camino de casa. Elena tardó una milésima de segundo en imitarlo, aunque sintió que lo hacía de manera torpe.

Ya en casa, le dio vueltas a la escena. ¿Había algo especial en los ojos de Ángel? ¿Los estaba mirando a todos o solo a ella? ¿Por qué se le disparaba la respiración al pensar en eso?

Mientras preparaba una ensalada y pescado al horno, siguió dándole vueltas al encuentro de aquella tarde. Trataba de rescatar algún pequeño gesto o palabra del librero. Pero no se engañaba: por más que repasaba cada palabra y cada gesto, no hallaba ninguno significativo. «Ángel es como una estatua antigua. Tiene alguna grieta y por ella escapa alguna emoción o sentimiento de los que esconde en su corazón, pero no deja de ser mármol», se dijo mientras ayudaba a la cuidadora a acostar a su madre.

Solo más tarde, frente al papel, encontró cierta calma.

La casa estaba a oscuras. En su habitación, Elena volvía a abrir su libreta mientras una infusión humeaba. Entre la luz tenue de la lamparita de mesa y el vapor acompañado de silencio, le pareció entrar en otro mundo.

Cerró los ojos unos minutos y cuando volvió a abrirlos, empezó a reescribir la historia tal como le gustaría que fuera. En ese otro mundo, que existía ahí mismo, pero no se podía tocar, construido de sueños y sentimientos, asfaltado de posibilidades y deseos, ¿por qué no perderse?

Elena abrió la puerta de la librería con decisión. O lo hacía así, rápido y con valentía, o no lo haría. Llevaba dándole vueltas toda la semana, podría decirse que casi tantos meses como lo conocía, o incluso, toda una vida. No le había avisado: si él dudaba, ella también lo haría.

Llovía como la primera vez que se vieron.

Ella decidió leerlo como un signo favorable: el universo cerraba el círculo. La lluvia los había hecho encontrarse, la lluvia sellaría su amor.

Por eso, cuando entró, lo primero que hizo fue quitarse los zapatos de tacón. Con ellos en la mano, se dirigió directa al mostrador.

Él sonrió al verla cruzar la librería.

Dijo su nombre, pero no alcanzó a decir nada más: el beso que ella le dio selló su boca durante unos minutos.

Su madre ya se lo decía: «Elenita, cuando algo se te mete entre ceja y ceja..., ¡no desistes!». Su padre siempre afirmaba: «La línea recta es la manera más rápida de llegar donde quieres».

Acarició sus labios antes de dejar que fuera la infusión quien se los besara. Bebió con los ojos cerrados, como si así pudiera conjurar su imaginación y transformar aquella taza que acariciaba en la cara de Ángel. Ese pensamiento la hizo sonreír.

Decidió que no tenía sueño y deseaba seguir escribiendo; su corazón se acompasaba con su mano y le daba calma.

Hacía años que Elena vivía de espaldas al amor. Lo había conocido cuando era joven, pero de eso había pasado mucho tiempo. Así que, cuando aquella primavera volvió a encontrarlo, al principio no supo reconocerlo. Como a ella, le habían salido arrugas y canas. Había cambiado de maneras y formas. Sin embargo, igual que si aprendes a montar en bici, sabes hacerlo toda la vida, quien ha aprendido a amar también sabe hacerlo siempre.

Con el paso de los días, una palabra aquí, una sonrisa allá, un gesto inocente o una caricia despistada, había ido recordando: aquel aleteo de mariposas cada vez que empujaba la puerta de la librería, esa quemazón en los dedos cuando él la rozaba al darle la taza de

café, el tambor en el pecho cada vez que él leía... Ese querer que todos los días fueran jueves, que las palabras fueran puentes entre sus corazones... Eso era amor.

Había tardado meses en reconocerlo, pero ahora lo tenía claro.

Lo que Elena no tenía claro era qué hacer con aquel sentimiento: ¿lo compartía?, ¿lo regalaba en silencio?, ¿lo olvidaba? Ella no era de las que callan ni de las que esperan; mucho menos de las que renuncian.

Así que, una noche cualquiera, de un mes cualquiera, marcó el número de la librería, que sonó y sonó mientras ella imaginaba a un librero canoso, de mediana edad, algo sorprendido, que bajaba por las escaleras de caracol y cruzaba una pequeña librería a oscuras para descolgar el teléfono escondido bajo el mostrador.

—¿Sí? ¿Quién es?

Mientras la mano de Elena acariciaba su libreta, saltando de frase en frase, la de Ángel pasaba las páginas de *Neko Café*. Tenía el corazón y la cabeza hechos un lío: no encontraba el principio del hilo para tirar de él, así que lo mejor era, como siempre, esconderse en su cueva de papel, entre amigos felinos de tinta y uno de carne y hueso que, a sus pies, dormía tranquilo.

La madrugada lo pilló cerrando el libro.

Un nuevo viernes le aguardaba con sus rutinas y eso le dio paz.

Pero como en los mejores *thrillers*, Ángel sabía que en aquella calma anidaba una tormenta, aunque fuera una tormenta del corazón.

27

SEGUNDAS Y SOÑADAS OPORTUNIDADES

El Sueño de Constanza había nacido fruto de una promesa a la esposa de Ángel, pero ahora era otra mujer quien le estaba dando vida. En pocas semanas, Clara se había hecho imprescindible para el librero y para Zhivago. Su sencilla y discreta alegría inundaba cada estantería y rincón del local, pero también esos dos viejos corazones ansiosos de latir.

—El día que conocí a mi esposa estaba leyendo *Matar a un ruiseñor* en la biblioteca. Era también uno de sus libros favoritos —le explicaba Ángel aquella mañana de martes mientras quitaba el polvo a un ejemplar de esa obra.

—A mí también me encantó —comentó la chica, sentada junto a él —. ¿Has leído *Olvidado Rey Gudú?*

—No... Pero no tienen nada que ver.

—Lo sé, pero, de repente, ¡en mi cabeza se ha colado Ana María Matute! —rio ella, contagiando al librero—. Supongo que no tienes esa obra aquí, así que...

No hizo falta que acabara la frase para que Ángel le respondiera que tomaba nota para el siguiente pedido, que, por supuesto, prepararían juntos.

Al principio, el acuerdo entre ambos era que la joven se pasara unas horas al día para hacer de consejera literaria, pero pronto

empezó a llegar antes y a quedarse más tiempo. A veces era el librero quien la convocaba con cualquier excusa fuera de turno.

En menos de una semana quedó claro que el equipo ya lo formaban tres.

«¿Cómo he podido llevar la librería solo hasta ahora?», pensó Ángel, sirviéndose un café mientras Clara hablaba con un cliente.

—Entonces, ¿te fías de mí? Esta versión ilustrada de *Mujercitas* hará las delicias de tu hija recién operada. Hay historias por las que no pasa el tiempo. ¡Quién diría que la intrépida Jo March tiene ya ciento cincuenta años!

Ángel sonrió: sabía que el cliente tenía las de perder. No tardaría en venir a por su libro.

Clara no solo hacía de consejera literaria estupendamente, sino también de dependienta. Los clientes la adoraban, aunque tuvieran que buscar el libro en la estantería y envolvérselo ellos.

—Esta chica es un talismán —le había dicho Ángel a Amelia—, y lo mejor es que Totó no viene todos los días a la librería porque va a la escuela.

Cuando el cachorro estaba en la tienda, acababa desapareciendo la mitad del pienso de Zhivago, o bien aparecía un pipí en el lugar más inoportuno, para disgusto de los clientes.

La entrada de una pareja sacó a Ángel de sus pensamientos mientras Clara, sentada en la zona del café, repasaba sus frases de la obra en aquel momento de relativa tranquilidad.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó el librero a los dos ciclistas jóvenes, con caras de cansados y mochilas al hombro.

—¿Tienes un mapa de la ruta de las Montañas Vacías? —preguntó a trompicones el joven, con pinta de chicarrón del norte.

Ángel lo miró sorprendido.

—Ni idea... ¿En qué país están? Revisaremos la sección de guías.

El chico se giró desconcertado y miró a su compañera, que se encogió de hombros y, en un castellano casi perfecto, respondió:

—Esto es Teruel, ¿verdad? —El librero afirmó con la cabeza—. Y Albarracín queda cerca —buscó ella confirmación.

Ángel volvió a afirmar y el chico sonrió como si de repente todos vieran un elefante en la sala menos quien lo tenía delante, el librero.

—Un minuto —dijo—, voy a buscar a mi ayudante.

Una vez más, agradeció al universo tenerla y empezó a valorar la idea de contratarla formalmente, ni que fuera media jornada.

Cinco minutos después, la pareja, Clara y él navegaban por internet, fascinados.

—Es una ruta de casi setecientos kilómetros por una de las zonas más deshabitadas de Europa —explicaba Kepa, un gran aficionado a la montaña—. ¡La llaman la Laponia española! Mirad qué paisajes... Es muy famosa entre ciclistas con alforjas.

—Llevamos un año entrenando para hacerla —añadió Miren, quien parecía estar muy al caso—. Empieza en Teruel y puedes recorrer los Montes Universales, las sierras de Javalambre y de Gúdar por pistas forestales y caminos.

—Kilómetros y kilómetros en los que solo estás tú y la naturaleza —siguió el chico—. Duermes en la tienda, cruzas ríos, te pierdes en bosques, o transitas por el silencio de la sierra.

A Clara le encantaba oírlos hablar: de niña y adolescente había recorrido mucho la zona, por lo que le era fácil poner imágenes a los pueblos y monumentos que mencionaban. Se dejó transportar por la mente: tal era la pasión con la que describían la que iba a ser su aventura que le pareció sentir el viento en la cara.

Por su parte, el librero se había imaginado paseando por aquellos paisajes. No iba solo. Elena, sin sus clásicos tacones, caminaba a su

lado en silencio. El sol que iba cayendo peinaba su melena. Un suspiro se le escapó.

Miren interrumpió la charla.

—Os estamos aburriendo.

—¡En absoluto! —respondieron a la vez los dos miembros del Club de las Dos Páginas.

—Han sido tantos meses preparándolo... ¡y nos hemos dejado el mapa en casa!

—Como ya habréis adivinado, no tengo un mapa de vuestra ruta concreta, pero sí de la región. Dadme un segundo... —dijo Ángel antes de perderse por la escalera de caracol.

—¡Deberíamos organizar una excursión del club! —exclamó Clara cuando los dos ciclistas se hubieron marchado con una guía de rutas en BTT por Aragón.

Ángel rio.

—Somos un club de lectura no...

—¡Somos un club de amigos y los amigos se divierten juntos! —le recriminó Clara mientras se sentaba en el taburete que Ángel había acomodado para ella.

Habían destinado una pequeña parte del mostrador a la consejera literaria. Allí tenía una libreta y algunos bolígrafos en los que apuntaba los pedidos: como le había explicado el primer día a Ángel, «aunque con muy mala caligrafía, aún soy capaz de escribir. Hay cosas que no se olvidan una vez las aprendes».

Había renunciado a sentarse en la zona del café para que así estar más cerca del librero.

—Iremos perfeccionando el sistema —le había dicho Ángel al advertir cierta frustración en la chica.

Aquella mañana tuvieron ocasión de hacerlo con tres consultas que atendió la consejera. La primera fue por teléfono: una maestra de primaria le pidió consejo para acercar los cuentos clásicos a los alumnos. La chica no lo dudó.

—Fácil, ¡hay antologías buenísimas! Puedes elegir entre las de Andersen, Grimm, Perrault...

La maestra le encargó tres ejemplares de la que fuera su favorita.

Nada más colgar, se presentó una chica joven buscando consejo.

—Tengo veinte euros y quiero hacerle un regalo a una amiga... Algo sobre la amistad.

Clara procedió a hacer sus preguntas clave y, como buena investigadora que era, acabó descubriendo que ambas, compañeras de trabajo, se habían peleado por una nimiedad. Hacía semanas que no se hablaban. Decidió proponerle *Nubosidad variable*, de Carmen Martín Gaite, aunque también le habló de *El abanico de seda*, de Lisa See, que narra la amistad entre dos mujeres chinas en el siglo XIX. La chica se llevó el primero y prometió volver a por el otro el mes siguiente.

—Promete ser muy interesante —suspiró—. ¿Un contrato vitalicio entre mujeres firmado por sus familias para que sean amigas por encima de obligaciones familiares?

La tercera consulta la puso en aprietos, pero solo durante unos minutos. Un funcionario de mediana edad venía buscando un libro para la mujer de su jefe: no sabía casi nada de ella, más allá de que era estadounidense y que leía libros sobre la historia de su país, pero «que sean muy divertidos, que para dramas ya ha tenido los suyos», había apuntado el hombre.

—Nos inclinaremos por *Criadas y señoras*; en su versión en inglés se llama *The Help*, que es la que pediremos. Fue escrita por Kathryn Stockett. Cuenta la historia de sirvientas afroamericanas de los años

sesenta y sus desventuras al servicio de mujeres blancas. A mí me encantó. Y no solo a mí... Se ha publicado en más de treinta países y ha vendido millones de copias. ¡Y eso que Kathryn no lo tuvo fácil! ¿Sabía usted que la rechazaron sesenta agentes literarios?

Cuando Ángel cerró la puerta de la librería, vio cómo su amiga desaparecía por la calleja casi bailando. Sin duda, ¡aquella idea suya le había devuelto la felicidad... a ambos!

Zhivago y el librero, como era su costumbre, comieron y durmieron su larga siesta a pierna suelta.

Mientras el silencio amable ocupaba El Sueño de Constanza y el corazón de ambos, una nueva batalla se había despertado en el de Elena, no muy lejos de allí.

Aprovechando el descanso del mediodía, la ejecutiva se había encerrado en su despacho del aeropuerto. Sacó la libreta del bolso y, tras suspirar, se lanzó en picado sobre la hoja a medio escribir.

Eran casi las ocho. Sintiéndose furtiva, Elena se coló en El Sueño de Constanza sin anunciarse. Dejó la puerta abierta y, de puntillas, se acercó al escaparate. De espaldas a la puerta, Ángel ordenaba algunos libros en la estantería del fondo. Zhivago dormitaba sobre el mostrador y ni siquiera abrió un ojo.

Ella dejó caer un sobre que contenía una declaración o, en realidad, su corazón. Tal como había entrado, como una exhalación desapareció. Solo el portazo despertó a Zhivago y consiguió que Ángel se girara. Ambos se miraron: no hacía viento y hacía semanas que el espíritu de sor Milagros no los visitaba, ¿qué había pasado?

Estaban tan ocupados, uno ordenando y el otro durmiendo, que decidieron seguir a lo suyo. Ni siquiera repararon en la mujer que, desde el portal de enfrente, los observaba. Ni, por supuesto, en la

carta, que dormía entre un par de novelas japonesas y el último premio Nobel.

No fue hasta que, al caer la noche, el librero se acercó a cerrar la puerta y apagar las luces que reparó en aquel sobre color crema que, con una caligrafía preciosa, mostraba su nombre. De manera automática, lo rasgó y empezó a leer, allí mismo, la carta. Al cabo de unos segundos, subió a la buhardilla, se sirvió un vaso de vino y se sentó en su pequeña butaca. Terminó de leer la carta como si lo llevara el viento: rápido, sin detenerse apenas. Eso fue la primera vez. La segunda, la leyó más despacio y, la tercera, lo hizo en voz alta, como si quisiera convencerse de lo que leía. Solo entonces, la volvió a doblar y a meter en el sobre.

Cerró los ojos, ignorante de que, a unas cuantas calles, el corazón adolescente de una mujer madura deshojaba una margarita: ¿llamará?, ¿no llamará?

Si Elena hubiera estado allí y hubiera visto la sonrisa que, delicadamente, se dibujaba en la cara de su amado, habría sabido que sí, que la iba a llamar esa noche y muchas otras, quién sabe si todas las noches del mundo a partir de entonces.

Dejó la pluma para dar un mordisco al sándwich que tenía en la mesa. Se lo había comprado en la máquina de la cafetería para no perder ni un segundo: desde hacía unas semanas, Elena robaba tiempo al tiempo para quedarse a solas con su libreta. O, mejor dicho, con el espíritu de Ángel. Hallaba cierto consuelo en imaginar mil maneras en las que su amor llegaba a buen puerto.

No se reconocía: por alguna extraña razón, ella siempre tan decidida, era incapaz de preguntarle a Ángel por sus sentimientos. De hecho, hacía lo imposible por no coincidir con él: solo se acercaba a la librería durante las sesiones del Club de las Dos

Páginas. En cuanto acababan, ya no buscaba una excusa para ser la última en salir.

Suspiró: «Quizá tenga miedo. Pero ¿a qué? ¿A que se ría de mis sentimientos? ¡No creo! ¿A que no sienta lo mismo que yo? ¿A que se lo cuente a alguien y me convierta en la comidilla de todos?», se preguntaba, aunque reconoció que, tal vez, tenía miedo de que sintiera lo mismo que ella.

Nerviosa, decidió aplazar aquella conversación consigo misma y volver a su cuaderno: le quedaban aún unos minutos antes de que la secretaria volviera y el teléfono empezara a sonar.

El destino, por fin, se alió con ella.

Un domingo, a primera hora de la tarde, había decidido ir a pasear a orillas del Turia. No esperaba encontrarse con nadie y, menos aún con Ángel, que apenas dejaba su buhardilla o las calles del centro donde se encontraba la librería.

Ella iba en chándal, sin maquillaje y con unas enormes gafas de sol.

¿Sería por eso que el librero pasó cerca sin reconocerla?

Ambos caminaban en sentido contrario junto al río, despacio, con las miradas y los corazones ausentes.

Elena supo que era él no porque lo viera, sino por el rastro de su perfume: se había acostumbrado a él en la librería, cada jueves, sentado junto a ella en las sesiones del Club de las Dos Páginas.

—¡Ángel! —lo llamó.

Él se giró y, al verla, sus ojos se abrieron como naranjas. Luego, como un niño pillado en falta, metió las manos en los bolsillos y sonrió tímidamente.

—No sabía que salías a pasear por aquí —rompió ella el hielo.

—De hecho, es la tercera vez que vengo desde que vivo en Teruel —y, nervioso, añadió—, podría decirse que casi no vengo...

—Podría decirse —repitió ella, sin saber qué añadir.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Vienes mucho por aquí?

Desde fuera, a las familias y parejas que pasaban por su lado les debían de parecer dos meros conocidos. Desde luego, no dos amigos, ni... enamorados. Eso pensó Elena y, sorprendida por ese hilo de palabras, fue ella quien metió las manos en los bolsillos, como si tratara de esconder el temblor.

—Vengo casi cada semana —sonrió recuperando algo de su compostura—, así que podría decirse que sí, que vengo mucho.

Dejó escapar la risa y, como si eso desatara algún mecanismo desconocido en Ángel, él también rio.

—¿Qué te parece si hoy paseamos juntos? —preguntó, coqueta.

No había acabado la frase y Ángel ya caminaba a su lado. Lentamente, los dos iniciaron el paseo sin saber que iba a ser el primero de muchos. A ese domingo siguieron unos cuantos más: los primeros, se encontraban «casi por casualidad». Sin decírselo, ambos volvían al mismo lugar y a la misma hora con la esperanza de encontrarse. Al cabo de un mes, los jueves ya se despedían hasta el domingo siguiente. Dos semanas más tarde, paseaban del brazo y, al cabo de otro mes, Ángel la llamó:

—¿Quedamos el domingo por la tarde?

—Como siempre... —respondió ella.

—No —tosió él—. No como siempre sino en plan... cita.

El Turia, los árboles, los pájaros y tantos otros ciudadanos de Teruel se convirtieron en testigos mudos de un amor que se cocinaba a fuego lento. No importaba: ambos cocineros sabían que tenían toda una vida para disfrutarlo.

Cuando sonó el teléfono en el despacho, Elena supo que su descanso había acabado. Cerró la libreta y la metió apresuradamente en el bolso. Tal vez por la noche, tras cenar con su madre y la cuidadora, podría robar algunos minutos más para perderse entre líneas y deseo.

En El Sueño de Constanza también sonó el teléfono. Ángel y Zhivago se desperezaron y ambos supieron que también ellos debían volver al lío. Un cliente quería encargar un cuaderno de ejercicios para la memoria.

—En una semana lo tienes —dijo el librero justo antes de colgar y pensar que necesitaba un buen café.

La tarde se presentaba entretenida: Tico, Roberto y Clara habían amenazado con pasarse para ensayar. Mientras se tomaba una taza de arábica con extra de azúcar, murmuró:

—¿A quién querrán engañar esos dos? Mi pequeño amigo está de los nervios porque en menos de una semana su padre estará aquí y

él tendrá que lucirse, pero... ¿Roberto y Clara? ¡Ya les vale!

Una familia que entró buscando un cómic para regalar a un sobrino se sorprendió al encontrarlo riendo solo. A él no le hubiera importado explicarles por qué lo hacía, pero no le dieron oportunidad. Tenían prisa y no estaban para historias absurdas.

Mientras los veía salir de la librería, miró a Zhivago que, cerca de la puerta, se acicalaba como si supiera que más tarde tenía visita.

—Así vivía yo, amigo, antes de que me conocieras. —Suspiró—. Corriendo siempre, preocupado y demasiado ocupado... —Su mirada se perdió a través del vidrio del escaparate—. Queriendo ganar tiempo fue como lo perdí.

En ese instante, un pellizco atravesó su corazón. ¿Cuántas tardes no pasó a ver a sus padres en la residencia porque tenía que hacer horas extras? ¿Cuántas noches se encerró en el estudio, dejando a Constanza sola con la película, para redactar la ponencia de un congreso?

Se acercó a Zhivago y, en un gesto poco habitual entre ellos, le acarició la cabeza lentamente. El minino, como si supiera que lo necesitaba más que él, se dejó.

—Demasiado tarde descubrí que lo importante es para qué ganas el dinero...

Miró a su alrededor: la luz de la tarde otoñal, cayendo sobre las paredes color crema, dotaba de cierto tono dorado y nostálgico a la librería.

—Pero más vale tarde que nunca, ¿cierto?

Y se sintió feliz: por El Sueño de Constanza y el mimo con que la había puesto en pie, por el Club de las Dos Páginas que con paciencia había ido tejiendo, y por toda la comunidad que, a su alrededor, en el barrio, se iba armando. Se sentía orgulloso de todas las horas pasadas haciendo deberes con aquel niño respondón, de

los paseos con el joven Roberto trazando un plan de conquista que ya todos habían olvidado, de cómo había abierto las puertas al sueño de Clara de convertirse en consejera literaria.

Acompañar a Tico, tan solitario y triste cuando lo conoció; dar alas a Roberto y devolver a su amiga ciega a la vida, o animar a Amelia a no desistir en el difícil camino de la superación... ¡era infinitamente más importante que los artículos publicados o acudir a congresos!

—Constanza, amor mío, ¿te sientes orgullosa? Tú que sí eras capaz de distinguir lo importante de lo urgente...

Una lágrima cruzó su rostro. Una vez más, Zhivago, que lo vigilaba desde un rincón, pensó que era difícil entender a los humanos.

En ese momento, un terremoto con gafas azules cruzó la puerta de la librería. No había acabado de saludar al gato que ya entraba Roberto, exultante. Llegaba directamente del aeropuerto, como delataba alguna mancha de grasa en la manga. Clara, acompañada de Totó —«lo siento, a esta hora ya no hay escuela»—, llegó con diez minutos de retraso, pero, evidentemente, nadie se lo tuvo en cuenta.

Ángel propuso ensayar allí mismo, cruzando los dedos para que no vinieran demasiados clientes.

Zhivago desapareció entre bambalinas y el cachorro estuvo a punto de seguirlo por la escalera de caracol, pero dos bufidos y un lomo encrespado lo disuadieron.

Finalmente, los tres actores pudieron concentrarse en sus escenas.

A pesar de que la de Ángel era breve, solo un par de frases, tuvo que repetirla varias veces. Tico adoptó su propio personaje: el de un exigente y tirano director suplente que no le pasaba ni un titubeo.

—¡No andas como un cartero! —le recriminó.

—¿Y cómo anda un cartero, si puede saberse? —le respondió Ángel, ya de los nervios.

—No como un librero —contestó el niño, muy serio.

Al cabo de diez minutos, el pequeño director consideró que sus andares ya eran los de un cartero. Sin embargo, entonces entraron un par de clientes y Ángel tuvo que atenderlos ante la mirada airada del pequeño guionista.

—Si no te lo tomas en serio... —murmuró.

—Jovencito, ¡se te están subiendo los humos a la cabeza y ni siquiera hemos estrenado! —le susurró Roberto.

Dos minutos después, siguieron ensayando.

Clara, a pesar de saberse de corrido todas sus frases, se movía torpemente, como era de esperar. Por más que Roberto trataba de situarse delante, la chica siempre le hablaba al vacío: no paraba de girar sin darle tiempo al mecánico a ponerse delante. Un par de veces que extendió los brazos para dar más énfasis a lo que decía, abofeteó al pobre muchacho. Él no paraba de reírse.

—¡Esto es un desastre! —suspiró Tico, y Ángel tuvo que darle la razón mientras respondía al teléfono.

—Deberíamos llamar a Elena —musitó el niño—. Seguro que a ella le haríais caso. Yo soy solo el director suplente de esta obra.

—Está muy ocupada y no tiene tiempo —respondió Ángel.

—Sí lo tiene para las cosas importantes como esta —dijo Tico—. A mí me vino a ver el otro día a la salida de la escuela. Me invitó a un batido y estuvimos comentando algunas ideas para decorar el espacio.

El librero sintió una punzada de celos que descartó, por absurdos, en pocos segundos. Mientras el niño llamaba a la directora de la obra, él decidió prepararse un descafeinado y centrarse en cambiar una bombilla que se había fundido con la ayuda de Roberto.

Clara atendió las consultas de un par de clientes y, veinte minutos después, una nueva presencia femenina ocupaba la librería. Como había anunciado Tico, Elena siempre tenía tiempo para sus nuevos amigos y, si no lo tenía, se lo inventaba.

Tumbado en la cama y repasando el día, aquella noche Ángel sintió que ya no llevaba el timón de su barco. La ruta que se había trazado había cambiado, la tripulación había ido creciendo, pero, además, notaba cierto vértigo en el estómago y en la cabeza.

—Me siento en medio de una tormenta. —Calló un segundo y, mientras cerraba los ojos, afirmó algo que se repetía hacía días—. En realidad, la tengo dentro.

Antes de dormirse, la imagen de una Elena despeinada bajo la lluvia sobre la cubierta de un barco acudió a su mente. Gesticulaba, pero ¿qué quería decirle?, se preguntó mientras se deslizaba en el pozo del sueño.

28

Cuando el viento sopla...

—¿Bromeas? —preguntó Ángel mientras trataba de quitar el polvo de la estantería más alta, subido a una escalera.

—Te juro que no —respondió Roberto, que exudaba felicidad por los cuatro costados, mientras vigilaba que su amigo no se cayera. —El librero cabeceó—. Es única —le aclaró el mecánico.

Un libro golpeó el suelo de madera: Thoreau se había lanzado de cabeza, acompañado del «ajá» de Ángel, por el hueco abierto entre la estantería y la escalera.

—Es dulce, amable, sencilla, tímida, de gran corazón, generosa... —continuó Roberto con los ojos entornados—. ¡Y sabe tanto de libros!

El librero bajó despacio los peldaños, dudando sobre qué decirle. Aquella cabeza llena de pájaros, unida a su corazón apasionado y poco reflexivo, le parecían un peligro. «El camino al infierno está asfaltado de buenas intenciones», le decía siempre don Ramón cuando era joven.

—Me suena haber oído antes esas palabras... —murmuró mientras se disponía a limpiar la siguiente estantería.

Roberto lo siguió como un cachorro, sin dejar de sonreír.

—No es lo mismo, no es lo mismo... —negaba feliz—. ¡Esto es real!

Esta vez fue Thomas Mann quien se despeñó por el precipicio por culpa del codo del librero, que estaba cada vez más preocupado.

Roberto recogió el libro y se lo dio.

—¿Querrás también que diseñemos un plan de conquista? Te aviso de que necesitarías tres vidas para leerte todo lo que se ha leído Clara... —comentó Ángel.

El chico decidió obviar el tono sarcástico de su amigo y seguir sujetando la escalera.

Aquella mañana, mientras desayunaba y veía salir el sol por la ventana de la cocina, el mecánico había tenido una revelación. Soplaba sobre su café con leche mientras en el grupo de WhatsApp de sus compañeros discutían sobre los resultados del CD Teruel. Desde hacía días, a él esos debates ya no le interesaban, su cabeza andaba por otros caminos. El inminente estreno de la obra de Tico. Las nuevas sesiones del Club de las Dos Páginas. La melancolía que parecía haber ocupado de nuevo el corazón de Ángel.

Sin embargo, había algo más. Un tema principal que resaltaba en aquella sinfonía de vidas cruzadas. Esa era la revelación: todos los pensamientos desembocaban en una chica de ojos claros y piel pálida que combinaba mal la ropa, pero tenía una sonrisa que todo lo iluminaba.

Durante su jornada entre motores y herramientas estuvo disperso. Incluso le habían llamado la atención los otros operarios. Nada más salir, tuvo muy claro con quién debía compartir aquel descubrimiento que lo tenía con la cabeza en las nubes y el corazón a mil.

Y allí estaba con Ángel, quien no parecía entusiasmado con la novedad.

—¿Acaso hay algún código ético que prohíba enamorarse entre socios del Club de las Dos Páginas? —protestó Roberto, sin ser consciente de que estaba tocando una tecla muy profunda.

El librero lo miró como si de repente hubiera descubierto la piedra filosofal. Abrió la boca, pero no llegó a decir nada. Trató de concentrarse de nuevo en el trapo del polvo y los libros. Pensó en Elena y algo se removió en su interior: ¿por qué temblaba nada más evocarla? ¿Era miedo? ¿O tal vez no tenía claros sus sentimientos? ¿Y los de ella? ¿No sería que la veía lejos de su alcance? ¿O, simple y llanamente, se había hecho mayor y sentía que era tarde para arriesgarse?

¿Qué diría Robe si se lo contara?

¡Dos parejas en el club!

Perdido en sus propios pensamientos, tardó en darse cuenta de que varios libros habían empezado a caer, uno tras otro: Gloria Fuertes golpeó a Mary Shelley y esta a Beatrix Potter.

Un maullido enfadado de Zhivago, que no lograba dormir la siesta en el escaparate, devolvió a Ángel a la librería y a la conversación con su amigo, que lo miraba entre preocupado y divertido.

—No hay ningún código más allá del sentido común —le respondió el librero—. Hace dos días andabas enamorado de Lucía y ahora...

—¡Aquello no cuenta! Ni siquiera la conocía.

Ángel recordó la última visita de la chica, la compra de los libros para preparar la oposición y sus deseos de marcharse de Teruel. En su momento no lo comentó con Roberto para no desilusionarlo. «Quizá el destino ha hecho su trabajo», se dijo, alegrándose por primera vez aquella tarde de que su amigo ya no estuviera interesado en su compañera del aeropuerto.

—Clara es una chica maravillosa —empezó Ángel, buscando las palabras para no ofenderlo—. Es como una flor rara y sensible.

—Lo sé.

—Y ha pasado lo suyo. Ahora está volviendo a abrirse poco a poco. —Suspiró al recordar cómo le había costado animarla a

aprender braille, o la ilusión con la que había empezado a trabajar con él—. No sé si está preparada para...

—¿Para el amor?

—Para tu amor, Roberto. ¡Eres como un huracán!

El chico se quedó mirándolo, callado. Finalmente masculló:

—Clara no es Tico... No es una niña, quiero decir. ¿Por qué no dejamos que sea ella quien decida?

El librero iba a replicarle, pero no le dio tiempo; Roberto se le adelantó:

—Sin planes de conquista ni nada. Dejemos que surja lo que haya de surgir.

Ángel recordaría aquella conversación esa noche, con la radio sonando.

—Realmente, ¡parece enamorado! —le dijo a su socio felino, que se acicalaba preparándose para dormir—. Pero también lo parecía de Lucía, ¿no crees?

Zhivago maulló: le gustaba oír la voz de su amigo y, aunque no tuviera nada que aportar, le seguía la conversación. Como era bien sabido por todos, se había declarado fan de Clara desde el primer día que la divisó en la calleja, parada frente al escaparate. Incluso le había perdonado que trajera a Totó.

—Pero no podemos evitarlo... —contestó Ángel, acariciándolo—. Así son los corazones humanos, impredecibles e irrefrenables. Crucemos los dedos y que sea lo que Cupido decida.

Ángel dudaba, desde hacía un par de días, sobre qué libro empezar a leer. Tras la visita de Roberto y su supuesta ayuda en la limpieza del local, se movía entre la alegría por su amigo y el nerviosismo por lo que podría suceder en adelante.

Nunca había leído aquella obra y al descubrirla aquella tarde, olvidada en una caja tras el mostrador, había llamado su atención. Por alguna extraña razón, le pareció una señal. Ya tumbado en la cama, tomando aire, se dispuso a leer en voz alta las primeras palabras que el chileno Luis Sepúlveda había escrito a finales de la década de 1980.

Desde un Teruel que empezaba a ser barrido por un cierzo a destiempo, Ángel se sumergió en el viento tibio de la Amazonia, para conocer a un viejo que leía novelas de amor.

Mientras tanto, un barrio más allá, una mujer escribía su propia novela de amor, suspirando tras una ardua jornada de trabajo. También a ella la empujaba el viento frío que se había adelantado un par de meses como mensajero de misterios insondables.

El cierzo parecía querer borrar los pasos que llevaban hasta El Sueño de Constanza. Aliado de la desmemoria y el olvido, el viento arreciaba con cada movimiento de la mujer. Elena había recorrido esa ruta desde su casa hasta la librería decenas de veces la pasada primavera y en verano. Y miles de veces lo había hecho en sus sueños.

Cerró los ojos y siguió avanzando: a veces no hay mejor brújula que el corazón. Y, con los pasos borrados y la memoria perdida, solo las migas de la ilusión y la alegría, del amor y la emoción, podrían servirle de rastro. El corazón no se guiaba por nombres de calles ni por número de pasos: solo por sonrisas, miradas brillantes, latidos apasionados... A ellos se encomendó justo a tiempo.

Vio el faro a lo lejos: las luces de la librería se apagaron justo cuando ella giraba la esquina de la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Los libros se habían convertido en cuna de personajes y las historias, en sus nanas.

Pegó la cara al cristal y allí, al fondo, de espaldas, lo vio a él. Siempre atento, cuidando día y noche de tanta novela, romance, poema o cuento. Ella dudó, pero el viento no. Golpeó con fuerza los vidrios.

Ángel se giró: un relámpago de duda iluminó sus ojos al descubrir los de ella, que levantó la mano. Él se acercó a la puerta y posó su mano sobre la de ella.

No hizo falta más: el cristal que los separaba ardió, porque sus corazones ardían al unísono. Él abrió la puerta, la abrazó y la salvó del viento y de la noche para siempre.

Una lágrima recorrió la mejilla de Elena, que dejó la pluma sobre la libreta abierta. Se levantó y fue hacia la ventana. ¿Sería capaz de salir corriendo esa noche, o cualquier otra, hasta los brazos de Ángel?

El amor parecía flotar sobre el Club de las Dos Páginas en aquellas horas tardías, no solo sobre el librero lector y la ejecutiva escritora.

Tico dormía inquieto, anhelando la llegada de su padre en pocos días y soñando con cómo lo aplaudiría tras la función.

Zhivago perseguía en sueños a su querida sor Milagros, cada vez más borrosa, pero que seguía oliendo a canela, para que le hiciera una de sus caricias y sus añoradas galletas.

Amelia besaba en la frente a su esposo, que se había quedado dormido una vez más frente al televisor. Pensó en todos los besos que le había dado. Al sumarlos, le pareció que tenía una deuda demasiado grande con la felicidad.

Roberto roncaba, dándole sonido al aleteo de las mariposas de su estómago. Contarle el secreto a su amigo lo había liberado en cierta medida, pero, en otra, lo había comprometido. Él era un hombre de acción y ya había dado el primer paso. No podría parar.

Solo Clara descansaba profundamente, ajena a todos aquellos corazones azotados por el viento, con su precioso vestido de dama a los pies de la cama. La fuerza de Isabel, la amante, protegía sus sueños.

29

LECTURAS PARA TODOS LOS GUSTOS

Navidad no será Navidad sin regalos.

La voz de Amelia había cautivado al único miembro del público. Sentado en su cojín, Zhivago movía la cola y la miraba atentamente como si tratara de animarla a continuar. Insegura, la anciana dejó el libro sobre su falda, una preciosa edición en tapa dura con letras en relieve.

El librero había propuesto a los miembros del Club de las Dos Páginas elegir un libro y leer en voz alta unos cuántos párrafos para el resto.

—Os tengo mal acostumbrados: elijo siempre yo, la mayoría de las veces los leo y cuando alguno se ofrece, son tres frases y ya —había protestado Ángel en la última sesión.

—Pero... ¡es que algunos de esos autores muertos hablan muy raro! —se había quejado Tico a quien, como a la anciana, le daba vergüenza leer en voz alta, aunque no lo quisiera reconocer.

Clara aún trataba de familiarizarse con el braille. Eso le hacía sentirse insegura ante el público.

—Yo era una buena rapsoda: incluso gané concursos en el colegio. Pero ahora lo hago a trompicones y me confundo si la palabra es muy larga. Pido tiempo: prometo leeros en unos meses —se había excusado.

—¿Y vosotros? —preguntó Ángel a Elena y a Roberto.

—¿Cómo voy a elegir un libro? —dijo el mecánico—. ¡Nunca os he engañado! Justo ahora empiezo a leer...

Elena fue la única que no protestó, aunque tampoco se mostraba muy entusiasmada. Ángel no quiso insistir: últimamente la veía extraña. Tal vez algo no iba bien en el trabajo o quizá la salud de su madre había empeorado. No quería preguntarle qué le sucedía porque parecía haberse cerrado en banda. Aquella mujer directa, parlanchina y extrovertida de las primeras semanas se mostraba ahora retraída, silenciosa, aunque, eso sí, siempre amable y pendiente de sus compañeros.

Lo que no podía imaginar el librero es que, aunque a Elena le encantaba leer en voz alta y estaba acostumbrada a grandes auditorios, había callado porque le gustaba escucharlo a él. Disfrutaba redescubriendo clásicos que ya conocía a través de la voz grave, serena y apasionada de aquel hombre que le había robado el corazón.

«Si supieras cómo, al escucharte, todo adquiere sentido... Los personajes viven en mi mente: los veo sufrir y reír, me parece oírlos. Reconozco los paisajes, que se pintan cuando tú los describes», hubiera querido gritarle, pero se limitó a murmurar sin ninguna pasión:

—Sin problema.

—Gracias, Elena —le dijo con amabilidad—. El resto esforzaos un poco. Esto no es una clase ni yo soy el profesor de nadie. Somos un grupo de amigos, amantes de las buenas historias, que se reúnen para leer y comentarlas.

Amelia fue la primera en ceder: entendía lo que Ángel intentaba transmitirles y decidió que valía la pena. Desde jovencita, las aventuras y amores de las hermanas de *Mujercitas* le habían

encantado. Había visto la película en sus diferentes versiones, así que pensó que sería buena idea leer ese libro: ¡se sabía de memoria la historia!

—¡Es tan triste ser pobre! —suspiró Meg mirando su vestido viejo.

—¡Me encanta el libro que has elegido! ¿Te lo había dicho? —exclamó Clara, quien acababa de llegar mientras su amiga ensayaba la lectura en solitario—. Me parece un clásico de los que nunca muere.

Zhivago maulló, saludándola feliz.

Avergonzada, Amelia prefirió cambiar de tema y alabó el medallón que colgaba del cuello de su amiga con una cinta de terciopelo, el moño con el que había recogido su cabello y la cartera de piel envejecida en la que llevaba su libro.

Todos los miembros del Club habían recuperado el hábito de disfrazarse con algún pequeño detalle.

—Yo me he hecho un cuello de encaje y me he puesto un lazo... Con todos los retoques de los disfraces para la obra de los amantes, no he tenido tiempo para más. —Calló un segundo, antes de añadir —: Por supuesto, sí para preparar un bizcocho de arándanos, o me sé de alguno que no me lo habría perdonado.

Ambas se pusieron a reír justo cuando los chicos del grupo hacían acto de presencia. Tico llegaba con una gorra de marinero y una camiseta blanca con franjas horizontales azul marino. Por su parte, Roberto llevaba una camisa blanca arremangada, chaleco marrón y un cinturón de hebilla demasiado grande, presumiendo además de látigo. Por iniciativa propia, le había puesto un pañuelo con una estrella de *sheriff* al cachorro que llegaba con él.

Si Zhivago hubiera sido humano, habría suspirado dando por perdido el caso de su colega canino.

Amelia iba a preguntarles a aquellos dos cuál era su libro, pero el niño se adelantó antes de que pudiera hacerlo, diciendo que era una sorpresa.

En menos de quince minutos, todos estaban sentados en sus sillas. Zhivago aquella tarde volvía a mostrarse más esquivo de lo habitual. Ni él mismo sabía por qué. Totó ya no era un problema: se había hecho a la idea. Quizá presentía que volvía el otoño y la ciudad se adormecería de nuevo, preparándose para el invierno. A pesar de su nombre, al gato ya no le gustaba el frío. En sus anteriores vidas, las temperaturas bajas habían ocupado semanas del calendario: aún recordaba cómo, cuando salía a recorrer las calles, el agua de sus bigotes se convertía en pequeñas estalactitas. Aquello quedaba lejos, pero también la juventud de sus articulaciones.

Totó, que parecía adivinar algo que se escapaba a los humanos, no se apartaba de su lado. Si el minino lo miraba, él lanzaba un ladrido alegre que no parecía molestar a su socio, pero que no era suficiente para motivarlo a jugar.

—Veo cierta expectación... —dijo Ángel contento.

El resto de los socios del Club de las Dos Páginas asintieron.

Elena vestía de negro: una blusa de mangas abullonadas y una falda ancha y larga. Se había puesto también una toquilla de lana «de mi madre», como les explicó a todos emocionada, «de cuando aún podía hacer punto», añadió mientras Amelia le acariciaba la mano.

En Teruel, la mujer había sido famosa por su agilidad con las agujas y su buen gusto. De eso había pasado mucho tiempo pero había quien aún se acordaba.

Era poco común que la ejecutiva mostrara sus emociones, pero, como todos sabían, alguna tempestad se había desatado en su

corazón. Lo que nadie sabía era el parte meteorológico exacto.

Todos pidieron que fuera ella quien empezara aquella sesión tan especial, la primera en la que se leerían varios libros y, además, obras elegidas por todos ellos. Los personajes cobrarían vida gracias a la voz de cada uno.

—He escogido una poeta —murmuró como si pidiera disculpas.

Ángel y el resto del ala femenina del club aplaudieron su elección: Emily Dickinson no era una autora fácil, pero Elena había seleccionado solo algunos fragmentos. Sacó una enorme libreta de su bolso. Antes de leer, la acarició: ninguno de ellos sospechaba que en ella se escondían innumerables escenas de su historia de amor soñada, pero también algunas instrucciones sobre la medicación de su madre, el horario de trenes a Zaragoza, anotaciones para la representación callejera de los amantes y algunos de sus versos favoritos.

¡Ve hacia ella, carta feliz!
Cuéntale la página que nunca escribí,
dile que solo expresé la sintaxis
y descarté el verbo y el pronombre,
dile cómo los dedos corrieron
y luego vacilaron lentos, lentos
y cómo deseaste tener ojos en las páginas
para ver lo que tanto los conmovía.
Dile que la noche acabó antes de que nosotros terminásemos
[y que el viejo reloj seguía marcando...

Mientras leía aquel poema, no pudo evitar recordar uno de los finales para su amor que había escrito, tres o cuatro páginas más allá del mismo cuaderno, aquel mediodía.

Elena no podía más.

Todos los jueves salía de casa decidida. Cruzaba las calles del Ensanche con energía, pero, cuando llegaba a la Glorieta y veía a los jóvenes enamorados en los bancos, el cuerpo empezaba a temblarle. Subía la cuesta y sus intenciones se iban volviendo gelatina. Al pasar bajo la torre del Salvador, sus piernas perdían fuerza. Le pesaban los huesos y, cuando llegaba frente a la puerta de El Sueño de Constanza, eran las palabras las que se escabullían. Delante de su amado, olvidaba aquella decisión. Dejaba, una semana más, que el tiempo arrastrara sus intenciones fuera de allí.

Volvía a casa con los hombros caídos, muda. Solo por la noche, en el reino de los sueños, tirando del hilo de las letras, volvían a formarse en su mente las frases que acariciaría durante toda la semana: «Me gustas», «¿Te gusto?», «Quiero tomarme un café contigo todos los días de mi vida», «¿Te importo?», «¿Qué soy para ti?», «Para mí eres...». Tenía claro qué quería decirle, sabía cómo..., pero ¡ante su mirada todo se le olvidaba!

Lo tuvo claro: una carta; eso debía escribir, una carta.

Y lo hizo: «Te quiero», puso.

La puso en un sobre, compró el sello y la echó al buzón.

Se sentó a esperar: desde su ventana vio llegar al cartero y extraer la saca.

Siguió esperando: lo vio subirse a la moto para seguir con la recogida por toda la ciudad.

Imaginó la carta descansando en una bandeja de la oficina de Correos, durmiendo allá una noche, rodeada de facturas, postales y catálogos, ajena a su destino. A la mañana siguiente, iría a parar a la saca de otro cartero, que, como una caricia, se la entregaría a un sorprendido librero.

Supo que su espera había terminado cuando el móvil sonó y una voz grave dijo...

—¡Qué poema tan precioso! —exclamó Clara y Roberto, que no quiso ser menos, aseguró que estaba de acuerdo.

—¿Puedes leer otro? —pidió discretamente Amelia.

Elena accedió.

La esperanza es una cosa con plumas
que se posa en el alma
y canta una canción sin letra,
y nunca, nunca se calla.
Y más dulce suena en el vendaval;
y muy fuerte tiene que ser la tormenta
para acallar a ese pajarillo
que a todos nos alienta.
La oí en las tierras más frías
y en el más lejano mar
aunque nunca me pidió una migaja
ni en la mayor adversidad.

Cinco minutos después, era Clara quien se ofrecía a leer. Sacó un libro que había escondido bajo la falda. Ángel lo reconoció enseguida y no pudo evitar sonreír.

—Mi lectura es un homenaje —siseó la chica— a un buen amigo que me regaló este libro y, al hacerlo, me regaló luz en la oscuridad, me devolvió a mi camino.

Tomó aire, y los siguientes minutos se oyeron su voz y sus dedos al rozar el papel de la edición de la vida de Helen Keller que el librero había encargado para ella cuando aún no sabía leer braille.

Los ojos de Ángel se convirtieron en dos pequeños estanques a punto de derramarse, pero solo Elena, siempre atenta, lo notó. Había cierto orgullo en esos ojos que ella amaba.

Clara leía con seguridad, dulzura y pasión. Y cuando hubo finalizado, todos mantuvieron la respiración, como si hubieran presenciado un pequeño milagro.

—¿Quién era esa Helen? —preguntó Tico, intrigado, y una animada Clara le contestó con todo lujo de detalles.

—¡Ya te lo sabes todo! —rio Roberto.

—Es que ya me he leído el libro...

Ángel rompió a aplaudir.

—¡Estás superando las dos páginas!

Amelia y Elena protestaron: ellas se habían leído varios de los libros, una más que la otra, pero ambas con interés. Roberto y Tico callaron, avergonzados.

—Me toca —dijo Tico, sorprendiendo a todos con un ejemplar de bolsillo de *Los hijos del capitán Grant*, de Julio Verne.

Antes de empezar a leer, les explicó que pertenecía a la colección de Berta, a quien «de niña le gustaban mucho las aventuras. Cuando le dije que tenía que elegir una historia para leer, que no podía ser uno de mis cómics, se fue al altillo. Cogió la escalera y bajó su maleta de los tesoros: allí estaba su bata del colegio, las fotos de la comunión, su primera muñeca... y un montón de libros viejos», les explicó el niño, ajustándose las gafas azules antes de lanzarse sobre el primer capítulo.

> El 26 de julio de 1864, un hermoso yate, el Duncan, avanzaba a todo vapor por el canal del Norte; un fresco viento del noroeste favorecía su marcha. En el tope del trinquete flameaba la bandera de Inglaterra y, un poco más atrás, sobre el palo mayor, se agitaba un gallardete azul que mostraba una dorada corona ducal y las iniciales EG.

Todos convinieron que el libro prometía y casi obligaron a jurar a su amigo que lo continuaría. Tico, un maestro del birlibirloque, no dijo ni que sí ni que no, ni todo lo contrario. Siguió leyendo con calma, saboreando aquel pequeño momento de gloria. Estaba acostumbrado a leer en voz alta en el cole, pero, sin duda, aquel auditorio era más agradecido.

> El capitán opinó, ante la sorpresa del lord, que podía tratarse de un tiburón, posiblemente de la variedad martillo, que suele aparecer por todos los mares.

—¡Yo no quiero ser el último! —exclamó Roberto.

—Las damas primero —dijo Ángel, señalando a Amelia que, nerviosa, se retorcía las manos.

—A mí no me importa que...

Todos se pusieron de pie, movidos por un resorte invisible, y comenzaron a aplaudir como se recibe a un gran artista. Amelia no pudo evitar sonreír ante la ovación.

Lenta pero segura, ayudándose con el dedo índice, avanzó por aquel bosque de signos que, solo unos meses atrás, le habría parecido una selva indescifrable. La historia de las hermanas March atrajo la atención de todos los oyentes, que, respetuosamente, avanzaron por el camino que les marcaba la veterana del club con sus palabras.

Clara cerró los ojos y creyó ver a la hermana menor tocando el piano. Elena sonrió al imaginarlas tras la ventana helada observando a su vecino.

—Te cedo el turno —dijo Ángel.

Roberto sacó su ejemplar de la mochila. El librero no reconoció el libro, no era de El Sueño de Constanza.

—Mi novela no es tan vieja como la de Tico, pero tampoco es nueva —confesó al ver el interés en la cara de su amigo—. No la he

comprado a la competencia ni tampoco por internet. No la busqué yo, me encontró ella...

Clara abrió la boca y dio voz a la pregunta de todos:

—¿Qué quieres decir?

Feliz por el misterio creado, el chico explicó a sus amigos cómo había sucedido. Había salido a correr con sus compañeros de piso por las afueras de la ciudad. De repente le dio un tirón. Les pidió que siguieran y él se sentó en una roca. Al hacerlo, distinguió algo extraño entre la maleza.

—*La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe —leyó—. ¿Quién pierde un libro entre rocas y zarzas?

Clara y Ángel suspiraron, ausentes entre los vericuetos de su memoria. Ella había perdido libros en trenes, iglesias, bares y parques. Él, en aeropuertos de medio mundo, salas de urgencias de hospitales y también en playas. Pero ambos guardaron silencio por todos aquellos amigos perdidos, sabiendo que Roberto no hacía tanto tiempo como ellos que se codeaba con autores, papel y tinta.

A mediados de una fría tarde de febrero, dos hombres estaban sentados solos con una copa de vino delante, en un comedor bien amueblado de la ciudad de P. de Kentucky.

—Este libro no fue siempre un libro —dijo Ángel.

Todos lo miraron sorprendidos al enterarse de que se había publicado en un periódico durante un año y por capítulos. El librero les contó que eso antes era muy habitual y que, solo más tarde, algunas de aquellas historias alcanzaban la posteridad entre tapas duras.

Dos rondas de café con leche y un bizcocho después, seis lecturas y un par de maullidos más tarde, las campanas de la catedral dieron las once. Mientras apagaba las luces de la librería y subía por la

escalera de caracol, Ángel sonrió al recordar la sorpresa de sus amigos cuando había leído la historia escogida para ese día.

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Todos protestaron. «¡Trampa!», gritó Tico; «¡Solo siete palabras, así cualquiera!», exclamó Amelia; «Si lo sé, traigo el diario deportivo», comentó Roberto con sorna, y Clara afirmó: «Nunca he entendido qué le ve la gente a "El dinosaurio"».

Solo Elena convino que aquella frase era evocadora de mil frases, que aquel inicio contenía cien mil finales y que Monterroso, respetuoso con la libertad y la imaginación del lector, apenas había esbozado uno de los caminos a seguir.

En aquel momento, al oírla, algo cálido se abrió paso en el corazón de Ángel. Si este hubiera sido un glaciar, todos abrían podido oír cómo grandes bloques de hielo caían contra el mar de sus emociones para deshacerse crujiendo en la desmemoria.

30

Sin vuelta atrás

«Nervios de estreno. ¿O debería decir de preestreno?», se preguntó Ángel mientras se miraba en el espejo de la buhardilla. Se ajustó la chaqueta que Amelia le había cosido: «Estoy seguro de que los mensajeros de reyes y nobles vestían así en la Edad Media», le había dicho a una anciana hinchada como un pavo real.

Tras encasquetarse el sombrero de fieltro marrón con una pluma verde, se cruzó una gran cartera. Tras él, Zhivago, con la cabeza ladeada, no perdía ripio.

—Quién me lo iba a decir, Constanza, a mis casi sesenta años actuando por las calles —murmuró.

Cerró los ojos y se imaginó a su esposa en una nube, junto a sus padres tomados del brazo, riéndose de él, que siempre se había negado a recitar poemas el día de Navidad ante la familia.

«Una vez que me tocaba actuar en la función de fin de curso en el colegio, me puse tan nervioso que, entre bambalinas, me subió la fiebre de golpe a cuarenta. Tuvimos que suspender con el público ya sentado porque no tenía sustituto», le había confesado a Amelia unos días atrás mientras se probaba el disfraz. Aquel era un papel principal.

—Menos mal que, en la obra de Tico, solo debo entregar una carta y decir dos frases —dijo para tranquilizarse.

Una vez a solas, a media hora del ensayo general, tuvo un momento de duda, pero la espantó rápidamente ante la atenta mirada del gato.

—Zhivago, si no hacemos algo así por un amigo, ¿por quién lo haremos?

Su socio maulló, aunque en realidad lo que reclamaba era su cena: el sexto sentido gatuno le hacía intuir que aquella iba a ser una noche larga y fuera del orden establecido.

Una voz que llegaba desde el baño los sacó a ambos de sus ensueños:

—¡Salgo! —anunció Clara, justo antes de abrir la puerta.

Las bocas de Ángel y Zhivago quedaron colgando ante una espectacular Isabel vestida con sedas y gasas. Un ligero escote dejaba ver su cuello perfecto hasta donde se insinuaba el pecho; un corpiño ajustado realzaba el talle y una falda larga hasta el suelo le permitía moverse con soltura. Clara se había convertido en la más elegante dama del siglo XIII que ambos, humano y felino, habían conocido.

—Uy, ese silencio... ¿Me he puesto mal la ropa? ¡Con el velo no he podido! Esperaré a que vengan Amelia o Elena —dijo agitando una gasa. Ángel negó con la cabeza, olvidando por completo que su amiga no podía verlo—. ¿Me queda fatal? Ya le dije yo a...

—¡Al contrario! —repuso atropelladamente el librero—. ¡Quitas la respiración de guapa que estás!

Clara se puso colorada y, con un gesto muy suyo, inclinó la cabeza hacia delante, como si tratara de evitar que su mirada, habitualmente quieta, dejara escapar algún secreto.

Ángel se lo había visto hacer aquella misma mañana ante los halagos de un joven profesor de filosofía que le había pedido consejo sobre novelas de ciencia ficción.

—La verdad es que no conozco demasiado el género —le había comentado, preocupada—, pero siempre he pensado que *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick, plantea temas muy interesantes.

El cliente reconoció no haberla leído.

—Conozco *Blade Runner*, la adaptación de Ridley Scott de la novela, y me atrapó, pero, habiéndola visto en el cine, ¿por qué leerla?

Clara reaccionó como una gatita enfadada: ¡una cosa era una cosa y otra, otra! Con pasión, defendió el poder de la palabra escrita y leída, sus matices, y cómo permitía al lector un ejercicio de libertad y creatividad mayor que el cine.

—Puedes imaginar el futuro o los androides como tú quieras. ¿No es maravilloso? —lo interpeló, exaltada.

Durante un par de minutos, Clara comentó las diferencias entre la película y la novela, y por qué se complementaban entre sí.

Su interlocutor se quedó pasmado. Luego miró al gato que, sentado sobre el mostrador, ronroneaba como si lo complaciera el debate.

—Me has convencido, ¡mi libro para leer en octubre será esa novela! —Tosió antes de añadir—: Y creo que también la de ese gato que te escucha con tanta atención.

Clara rio.

—Te la vendo con una condición: ¡que vuelvas y la comentemos!

Ángel, que en ese momento repasaba albaranes en la otra punta del mostrador, sonrió para sí. «¿Clara coqueteando con los clientes?», se dijo.

Antes de marcharse, el profesor la elogió diciendo que ojalá sus alumnos tuvieran la mitad de su pasión para defender sus opiniones, y ella hizo ese mismo movimiento de cabeza.

Ángel le ofreció su brazo de cartero y, con voz afectada, al oír cómo alguien llamaba a la puerta, le preguntó:

—Estimada dama, ¿descendemos a la planta baja?

Tras su turno de consejera literaria, habían decidido que era mejor que Clara se cambiara en la librería, al igual que Ángel, para el ensayo que empezaría a las ocho. Y así lo habían hecho: tras cerrar la tienda, se tomaron juntos un café mientras cuadraban caja y recolocaban los ejemplares que habían sido abandonados a su suerte sin ser comprados.

Comentaron con una nostalgia extraña y compartida cada venta y cada nuevo propietario de una obra que ellos habían amado.

—¿Tú crees que esa niña sabrá cuidar de *Caperucita*? Por cómo gritaba, me da miedo que lo haga trizas —murmuró Clara mientras acariciaba a un ronroneante Zhivago y Ángel devolvía el *Pinocho* descartado a su estante.

Al cabo de unos segundos, era él quien opinaba:

—Pienso que el relojero, un hombre metódico y a quien ya he vendido varios ejemplares, será un buen amigo para Tolstói y su *Guerra y paz*.

Así se pasaron un buen rato hasta que las campanadas de la catedral les recordaron que debían correr a vestirse. El médico reconvertido en librero y la joven ciega letraherida debían dar paso a un cartero y una joven amante.

Al bajar la escalera de caracol, Ángel pensó que lo habían conseguido: su amiga caminaba con elegancia, recogiendo la gran falda con un gesto delicado, y él se sentía imponente con su sombrero. Nada comparable a la imagen de Tico que, al otro lado de la puerta modernista, esperaba que le abrieran.

El niño entró como una exhalación: vestía un traje con pantalón y americana a juego. Llevaba camisa y un pañuelo anudado a juego

con sus gafas. Berta había peinado hacia atrás con gomina su indomable cabello.

—¿Parezco o no parezco un guionista?

Clara resiguió con los dedos la chaqueta, el pañuelo...

—¡Definitivamente, sí! —dijo Ángel, entusiasmado.

El maullido de Zhivago mientras se frotaba contra sus piernas hizo que el pequeño abandonara su papel de artista para retomar el cepillo y peinar a su amigo.

En ese momento, una toca blanca se asomó al escaparate: debajo, una entusiasmada Amelia los saludaba. Le abrieron la puerta y la admiración volvió a inundar la pequeña librería.

—Me documenté en la biblioteca para saber cómo se vestía un aya de la Edad Media. Mi nieto me ayudó a encontrar la información y a hacer el diseño —explicó, orgullosa, mientras sacaba un croquis de la cesta—. Luego todo fue...

—¡Coser y cantar! —intervino Roberto, que, en ese momento, se colaba en El Sueño de Constanza con Totó trotando a su lado.

El cachorro se puso a ladrar anunciando así que la paz de Zhivago había llegado a su fin. En cuanto Roberto dejó la cadena para abrazar a los otros socios del Club de las Dos Páginas, Totó salió corriendo hacia el gato que, estoico y bien peinado, lo esperaba. Sin inmutarse, el felino lo vio saltar a su alrededor y ladrar hasta que, unos minutos después, el mecánico lo llamó al orden.

Regresó corriendo a su lado.

—La verdad es que no podía con él. —Clara se encogió de hombros—. Es muy bueno, pero tiene tanta fuerza... De momento no quiero decir nada en la escuela porque ya sabéis que...

—Eres su última oportunidad —comentó el librero.

—Así que me he ofrecido a pasearlo cada tarde al salir del trabajo. Así lo canso. Nos vamos al río o al parque, jugamos, corremos juntos

—dijo Roberto, guiñándole un ojo a su amigo—. Yo me ahorro el gimnasio y Clara, disgustos.

«¡Ni un minuto ha perdido este! Ya tiene una excusa perfecta para ver a su enamorada cada día», pensó Ángel sintiendo una punzada de envidia. Admiraba lo decidido y valiente que era el mecánico. Cuando algo se le ponía entre ceja y ceja, iba a por ello. No como otros...

—Y quién sabe —añadió el joven dándole un suave codazo a Clara —, quizá convenzamos a esta bella dama de acompañarnos algún día.

—¿A correr? —preguntó ella asustada.

Roberto se encogió de hombros.

—Yo empezaría por pasear, pero... ¡con Totó nunca se sabe! Tú mandas. ¿A que sí, amigo? —le preguntó al perro, que de un brinco puso sus patas sobre los hombros del chico y empezó a lamerlo.

—¡Quita! Que me ensucias mi precioso atuendo —lo reprendió con cariño.

Roberto vestía unas calzas marrones y un chaleco a juego, camisa blanca con puntillas en las mangas y una capa corta. Un cinto de cuero cruzaba su pecho y de él colgaba una espada de madera. Completaban su vestuario unas botas de montar a caballo que había pedido prestadas a un compañero de piso aficionado a la hípica.

Tico y Ángel le explicaron a Clara cómo iba vestido su amado Diego. La chica se sonrojó e inclinó la cabeza una vez más.

«Igual no lo tiene todo perdido este chico», se dijo para sus adentros el librero cuando una aparición le dejó la mente en blanco.

Una directora, ¡la directora!, acababa de entrar en escena.

Vestía un traje de chaqueta *oversize* de corte masculino: pantalón ancho, chaleco y chaqueta. El pelo recogido en un moño bajo iba

cubierto por una gorra de director de cine. Había algo enigmático y elegante en Elena.

El librero tomó aire y ella lo miró de reojo sonriendo. Su entrada fue impactante, tal y como había deseado.

Diez minutos después, con todos los miembros de la improvisada compañía de teatro sentados alrededor de la mesa de café, la directora dio paso a una nueva ronda de lectura del guion. Incluso Totó, sobre su manta y con su juguete entre las patas, parecía por una vez atento a lo que sucedía. Zhivago, sentado en su cojín, había cerrado los ojos, pero todos sabían que no dormía: sus orejas seguían las voces de sus amigos.

¿Sería el primer apuntador felino de la historia?

Finalizaron la lectura y, tras algunas dudas y comentarios sobre el ritmo o el tono de voz, procedieron a recitarla de memoria. Aquí la sesión ya no fue tan plácida. Ángel declamó perfectamente como cartero, pero Clara se equivocaba constantemente: entraba antes de tiempo o demasiado tarde. No veía el rostro de Amelia y de Roberto, así que a veces les pisaba las frases que aún no habían dicho o dejaba segundos muertos antes de intervenir, poniendo nervioso a Tico.

El niño quería que todo fuera perfecto: su actuación era al día siguiente, sábado. Esa noche su padre llegaba a Zaragoza y por la mañana alquilaría un coche para llegar a Teruel solo para verlo actuar.

Clara estaba cada vez más desesperada, a Amelia le picaba la toca y Roberto tenía mucho calor con su traje.

Elena decidió proponer un descanso.

—Me voy para que me dé el aire —anunció Clara.

—Te acompaño —dijo Tico antes de que Roberto tuviera tiempo de hacerlo.

Para sorpresa de todos, los siguió Zhivago.

El resto de la compañía se quedó dentro, preparándose un café.

Tico y Clara se habían sentado en el suelo. Zhivago se había puesto sobre su amiga hecho una bola, como si tratara de transmitirle confianza. El niño no paraba de hablar, pero nadie podía oír qué decían.

«Mi reino por saber qué anda contándole el guionista a su estrella principal», pensó Ángel mientras daba tres vueltas a la cucharita en su taza.

—Yo sé que estás nerviosa, ¡es normal! Tienes un papel protagonista, ¡el más difícil de mi obra!

—Ya había hecho teatro antes y papeles mucho más difíciles —le contestó ella con tristeza.

—¿Y?

—Pues que no era ciega, Tico.

Zhivago, atento hasta al mínimo gesto de la chica, frotó su cabeza contra su pecho. Ella se la acarició mientras el pequeño guionista rumiaba.

—El texto te lo sabes.

—¡Faltaría más!

—La voz, tus gestos... son perfectos. ¡Pareces una dama del siglo XIII!

—Ya... Pero ni siquiera sé cómo es Roberto. ¿Es alto o bajo? ¿Gordo o delgado? ¿A quién le hablo? ¿Por quién estoy dispuesta a morir?

—Claro, no puedes verlo —admitió Tico, resignado.

—No veo con los ojos, pero sí con las manos —dijo sonriendo—. Sé que Totó es de estatura mediana y no muy gordo, tiene unas orejas muy largas con pelo suave y una nariz redonda, por ejemplo.

Después le explicó a Tico su segunda gran dificultad: saber dónde estaba su compañero y, por lo tanto, hacia dónde dirigir su mirada vacía.

—¿Seguimos? —Elena sacó la cabeza, interrumpiendo el momento de confesiones.

El niño había empezado a urdir algunos planes en su cabeza, así que entró corriendo y agarró a Roberto del brazo.

—Tienes que dejar que Clara te vea... —le propuso entusiasmado.

Amelia, que en ese momento se recolocaba la toca, le regañó:

—Tico...

Pero antes de que pudiera acabar su frase, la anciana sintió que se le ponía la piel de gallina. El tiempo pareció detenerse para todos cuando, frente a frente, Roberto tomó suavemente las manos de Clara y se las puso en las mejillas. La chica cerró los ojos y, meticulosamente, empezó a acariciar la cara del chico con las yemas de los dedos. Tropezó con su hoyuelo en la barbilla, sonrió al notar que la barba mal afeitada le picaba y se preocupó al tocar la nariz.

—¿Te la rompiste?

—Un cabezazo jugando al fútbol cuando era niño.

—¿Duele?

Él sonrió.

—No si la tocas tú.

Ella se puso colorada y, rápidamente, se dirigió a la frente. Era amplia y despejada. El cabello de Roberto no era ni largo ni corto, tenía algún rizo grande y medio deshecho.

—Mi pelo es oscuro —dijo él antes de que ella preguntara—. Herencia de la familia de mi padre.

Ella asintió mientras tocaba las orejas, desiguales y no muy grandes. Bajó las manos por el cuello y sintió cómo su compañero se

estremecía. Lo atribuyó al frío y siguió por los hombros. Al tocar los músculos de los brazos, fue ella la que se estremeció.

Clara era delgada, de brazos largos y quebradizos. De niña, su abuela le decía que parecía bailarina de clásico. Se dijo que los brazos de Roberto eran los de alguien acostumbrado a trabajar con ellos. Fuertes y robustos.

—¿Y esto?

—¡No se te escapa una! —dijo el chico, admirado—. Tuve un accidente con la moto: me quemé el brazo y lo que notas es la quemadura. Pero no te preocupes..., ¡han pasado diez años!

—¿Alguna herida de guerra más?

—Sí, pero no quieres que te diga dónde... Piensa que voy en moto desde que tengo uso de razón y he sido muy movido y tremendo. He saltado muros, he subido árboles, he corrido por circuitos improvisados...

—Y todo eso lo explica tu cuerpo.

—Como el tuyo explica tu vida —dijo él cogiendo sus manos y mirándolas con cariño—. Suaves porque no has trabajado con ellas. Dedos largos, perfectos para pasar páginas... Aquí hay una pequeña marca.

—Me clavé una grapa una vez.

Roberto y Clara —Diego e Isabel— quedaron envueltos por un velo de seda, ajenos a la mirada de sus amigos. Atrapados por aquella magia cálida que, sin saber muy bien cómo, Tico había invocado en El Sueño de Constanza.

El niño estaba feliz, pensando que ahora todo iría mucho mejor porque sus dos protagonistas se estaban conociendo. Amelia sonreía para sí, muy lejos de allí, evocando un baile de verano entre los brazos del que con el tiempo sería su marido. Elena sentía envidia, dulce pero envidia. ¿Por qué todo es siempre más fácil cuando eres

joven? ¿Se tiene menos que perder? Su corazón enamorado reclamaba su derecho a vivir lo mismo.

Ángel se había ausentado: había algo en esa escena que le dolía. No podía ponerle palabras. O, mejor dicho, no quería ponerlas.

Una hora después, tras haber sido capaces de hacer dos representaciones completas sin que nadie se equivocara, los actores se abrazaron en grupo. Quedaban menos de veinticuatro horas para hacer realidad el sueño de Tico y estaban entusiasmados.

El padre ya había aterrizado en Zaragoza y su hijo se preparaba para sorprenderlo.

«¿Qué pasará después? Esperemos que este encuentro cambie algo. Ese hombre tiene que ver lo maravilloso que es su hijo», pensó Ángel desde el umbral de El Sueño de Constanza mientras veía cómo la improvisada compañía se perdía por la calleja. Antes de desaparecer, Tico se giró como si pudiera sentir las miradas del librero y de Zhivago sobre su espalda. Levantó el brazo, lo agitó y salió corriendo.

Sin duda, el niño dormiría emocionado aquella noche. Al igual que Clara y Roberto, que desde que se habían tocado, parecían haber roto una barrera invisible que se levantaba entre ellos. Con un gesto de confianza, la chica había salido del brazo del mecánico camino de casa, ante las miradas risueñas de Elena y Amelia. Si Ángel no hubiera estado tan ocupado en recolocar las sillas y apagar la máquina de café, se habría dado cuenta de que Elena había buscado la suya también.

Media hora después, ya a solas en su habitación, la ejecutiva estaba tan abatida que ni siquiera se veía con fuerzas de escribir nada más en su cuaderno.

Lo dejó abierto y se fue a dar una ducha. «Quizá así me quite esta tristeza», se dijo.

La oscuridad cayó sobre las palabras que, tan solo unas horas antes, había escrito excitada ante el encuentro en la librería.

La directora se preparó para aquel ensayo, el más importante de la obra. Lo hizo a conciencia: estrenó un traje elegante y a la vez original. Esperaba arrancarle un piropo, una mirada torpe, un temblor de manos a aquel actor secundario. El de cartero no era un gran papel, pero ella se había encargado de que el guionista le diera un par de frases largas para disfrutar viéndolo actuar, pero también para que él se sintiera feliz. Últimamente, lo encontraba de nuevo triste, esquivo, nervioso... ¿Por qué?

Caminó, feliz de ver cómo más de uno se giraba al verla. Un paso tras otro, despacio, para disfrutar del trayecto hasta la librería, imaginando qué le diría él al verla. ¿Que estaba preciosa o tal vez espectacular? ¿Quizá buscaría la ocasión de quedarse a solas para decírselo?

O tal vez no diría nada, pero su silencio sería más elocuente que cualquier poema o declaración. Su mirada le hablaría, expresando todo lo que su boca era incapaz de decir.

A lo lejos vio la puerta de madera, el pequeño escaparate, las luces de dentro encendidas... La hora de la verdad estaba al alcance de su mano.

Tras lo vivido aquella tarde, ¿qué sentido tenía seguir soñando, seguir escribiendo?, pensó. Ni una mirada, ni un gesto cómplice, ni una caricia descuidada... Esa era la única verdad que había tocado.

31

Al asalto de las calles

Fue un beso tímido. Y, aun así, poderoso: sacudió dos almas hasta casi convertirlas en una. «¡Alquimia!», habría gritado el sabio musulmán que, seis siglos antes, cruzaba esa plaza cuando aún no era plaza. «Justicia», pensarían dos jóvenes amantes muertos ocho siglos antes y obligados a despedirse allí mismo sin rozarse siquiera. «Amor», se dijo la joven filóloga convertida en artista callejera por un día, con las mejillas ruborizadas, tras representar la obra.

A su lado, sin soltarle la mano ni borrar la sonrisa de sus labios, un mecánico reconvertido en caballero no podía pensar ni hablar ni sentir.

Por un instante —una nimiedad en la inmensidad del tiempo, pero un absoluto en algunas vidas—, aquella plaza que tanta historia había vivido enmudeció. Solo un instante, porque acto seguido estalló en vítores y hasta Zhivago, que lo miraba todo desde un tejado, hubiera aplaudido si supiera cómo. Aquellos ingratos humanos que eran sus amigos habían estado a punto de dejarlo encerrado en El Sueño de Constanza.

Se habría perdido así el primer beso de Roberto y Clara, el abrazo de Tico y su padre, los aplausos acalorados del nieto de Amelia y las miradas brillantes que se lanzaban Elena y Ángel sin poder evitarlo. De ser un felino más vanidoso, habría reclamado parte de los

aplausos como propios. Pero sus siete vidas le habían enseñado a Zhivago los beneficios de pasar desapercibido.

De hecho, solo dos horas antes lo había comprobado.

Desde primera hora era evidente que algo pasaba en la librería. Era sábado, diez de la mañana, y el cartel de CERRADO seguía colgado en la puerta a pesar de que Ángel parecía encontrarse más que bien de salud y ánimo.

Reinaba una alegría de esas que parece bailar en el aire, aunque no se oiga música. El librero se movía de un lado a otro: primero se preparó un café amargo y fuerte, se afeitó con esmero, planchó la camisa un par de veces y ensayó otras tres frente al espejo. Cuando una serie de golpes nerviosos en el cristal del escaparate lo sacaron de su ensueño, pareció reparar en que las agujas del reloj seguían moviéndose, aunque él no lo notara.

Bajó las escaleras de caracol y se dispuso a abrir la puerta. Un Tico en tromba entró en El Sueño de Constanza, blandiendo un fajo de papeles como si fuera un amuleto.

—¡No he podido dormir! ¡Tengo un nudo en el estómago! —Se dirigió hacia la mesa del café y, sin cambiar de tono, preguntó—: ¿No queda ni una madalena, ni una galleta?

Ángel iba a contestarle, pero no le dio tiempo. Por la puerta que aún no había alcanzado a cerrar se coló un aya medieval tan bien caracterizada que hasta al mismísimo Zhivago se le pusieron los pelos de punta.

—¡Estoy emocionadísima! Mi familia al completo vendrá a verme actuar. —Sonrió girando sobre sí misma—. Incluso mis compañeras de *aquagym* y varias vecinas han prometido pasarse por allí para aplaudir. —De golpe se calló. Miró a todos lados antes de bajar la voz—: Ya me entiendes... Si algo no sale bien, más vale tener amigos entre el público.

El librero le habría dado la razón, pero, de nuevo, un par de golpes se lo impidieron. Esta vez era Clara, a quien había acompañado su padre en coche, la que sonreía entusiasmada. La chica entró sin saludarlo, atrapada por el abrazo de Amelia.

—Mi padre me ha traído en coche porque con este vestido me iba a mirar todo el mundo. ¡Qué vergüenza!

Ángel sonrió para sus adentros pensando que, en un rato, esa misma chica se expondría ante cientos de desconocidos. «Aunque, sin duda, saber que lo hará con sus amigos, le da valor», se enorgulleció el librero.

A Roberto no le hizo falta llamar a la puerta: el librero oyó la moto atravesar el callejón a una velocidad de vértigo.

—¡Isabel! Tranquila, tu Diego ya está aquí —entró gritando a pleno pulmón—. Nada puede salir mal.

—O todo —se oyó murmurar a una Elena, preocupada, que en ese momento también entraba en la tienda.

Todos la rodearon, incluso Zhivago, intuyendo que aquello era importante.

—¡¿Qué quieres decir?! —gritó Tico, el más nervioso de todos.

—¡Si estamos todos aquí y nadie parece enfermo! —terció Amelia mientras Roberto y Clara asentían.

—Anuncian lluvias torrenciales —suspiró la directora de la obra.

Todos se volvieron hacia el escaparate: miraron el cielo a través de un par de cometas, una maqueta de un avión y varios ejemplares de libros sobre aviación. Una sola nube parecía amenazar las torres mudéjares de la ciudad.

—Yo diría que el hombre del tiempo se ha levantado algo pesimista hoy —dijo Ángel, tratando de animar a sus compañeros.

—U optimista... —rio Roberto—, si cree que esa nube va a mojarnos a todos.

Contra lo habitual en ella, Elena parecía indecisa. A Ángel no le pasó desapercibido, pero no sabía qué hacer. Por suerte, Amelia y su bendita manía de endulzarles a todos la vida acabó por devolverles los ánimos.

—Antes del último ensayo necesitamos fuerzas —dijo abriendo su inseparable carrito de la compra, del que sacó un par de *tuppers* y un termo.

Todos la siguieron como si fuera un imán.

Veinte minutos después, las risas y las migas ocupaban cada rincón de la librería.

—Deberíamos hacer un último ensayo —señaló Elena, retomando su papel de directora—. En apenas una hora estaremos ante el público.

El Club de las Dos Páginas al completo convino que era lo mejor.

Por primera vez, pudieron representar el texto seguido. La magia invisible de sor Milagros o la de Constanza, según a quien le preguntaran, hizo de las suyas: Amelia no se olvidó una sola frase, Ángel acertó a entrar y salir a tiempo y, sobre todo, Clara y Roberto fueron una pareja de baile perfecta.

Desde el ensayo de dos días antes, un hilo invisible y mágico parecía unirlos. Ni una sola vez la chica le habló al vacío ni dio la espalda a su enamorado caballero, que la guiaba con discretos roces en un brazo o en la cintura que pasaron desapercibidos para todos. O casi todos: a Elena cada una de esas caricias le quemaba en su propia piel.

Suspiró.

La noche anterior se había quedado hasta tarde escribiendo una nueva entrada en la libreta. Recordaba perfectamente cómo empezaba «Sí y mil veces sí, hoy y todos los hoy que hayan de venir, le dijo Ángel a Elena, bajo la sombra torcida de la torre de San

Martín». Lo había escrito en mayúsculas, en cursiva, en minúsculas... Lo había escrito tantas veces que aquella página de su cuaderno parecía la de una escolar aprendiendo caligrafía.

—¡Somos los mejores! —El grito de guerra de Tico devolvió a la ejecutiva a la realidad justo a tiempo de ver cómo el niño se le abrazaba.

Sonrió entonces.

«En este momento, lo único que cuenta es el corazón de Tico», pensó al acariciar el cabello de su pequeño amigo. Este alzó la cabeza justo cuando una pequeña lágrima rodaba por su mejilla.

—Es de felicidad —corrió a aclararle a Elena. Ella asintió—. Y de nervios —añadió el chico antes de salir corriendo a por un trozo más de bizcocho.

—Repasemos disfraces, maquillaje y peinado —dijo Amelia con un tono de voz profesional. —Apenas hizo falta porque todos estaban más que preparados—. ¿Y el atrezo? —preguntó la mujer entonces.

—En mi coche— respondió Elena.

—Solo tú lo has visto... —murmuró Amelia.

—Así será sorpresa para todos —respondió, cariñosa, la directora de la obra mientras le apretaba el brazo.

Diez minutos después, salieron en tropel de la librería.

Para todos, era un misterio saber cuánta gente acudiría, pero no querían hacerlos esperar. A la familia y amigas de Amelia se unirían seguro la madre de Elena y su cuidadora, que aprovecharían el sol de la mañana para un pequeño paseo, así como los padres de Clara, antiguas compañeras del colegio y algunos de sus amigos de la escuela de braille.

—Vienen de figurantes —comentó riéndose.

Roberto había sobornado a sus compañeros de piso con currarse una buena cena con cerveza a discreción si se pasaban por allí.

—Evidentemente, no se han negado —afirmó—. También se lo he comentado a los compañeros del aeropuerto y, aunque nadie ha confirmado, tampoco han dicho que no...

Lo mismo le había pasado a Ángel: llevaba días repartiendo entre sus clientes unos *flyers* que él mismo había diseñado, y había dejado parte de ellos en la frutería de la esquina.

—He hecho imprimir más de doscientos... ¡A saber si los han tirado o alguien se los ha leído!

Clara le regañó.

—Nuestros clientes son gente seria y sensible. Estoy segura de que los han leído y que más de uno y de dos vendrán.

A Ángel se le henchía el pecho al oírla hablar así. Clara se había convertido en la «socia perfecta»: apasionada, trabajadora, discreta y llena de ideas. Cada vez estaba más convencido de lo maravillosa que había sido la idea de incorporarla al equipo. Mientras quitaban el polvo a los libros, montaban el escaparate o abrían las cajas de los pedidos, conversaban sobre literatura y sobre nuevas iniciativas para dar vida a la tienda.

La chica lo había convencido de asociarse con un par de redes de pequeñas librerías europeas, e incluso de apuntarse a un curso *online* para libreros «novatos».

—¿Has visto lo que has sido capaz de levantar en El Sueño de Constanza sin quererlo? ¿Te imaginas en qué podríamos convertir esta librería si nos lo propusiéramos? —le había dicho una mañana que estaba especialmente inspirada—. El Club de las Dos Páginas no hay que tocarlo, pero ¿y si abrimos uno nuevo? Uno al que la gente pueda venir con su mascota, por ejemplo —le había insistido ante la aterrada mirada de Ángel, a quien Tico ya había intentado vender una idea parecida.

Zhivago tenía derecho propio porque había sido el primero en llegar, y Totó era una causa humanitaria, pero de ahí a convertir aquello en un zoológico...

—Habrá que darle una vuelta más a esa idea —le había respondido para ganar tiempo.

Escuchando a aquella ardiente oradora la mañana antes del estreno, pensó que si ella se lo proponía, ¡hasta los periquitos de la vecina de enfrente podrían formar parte de un nuevo club de lectura en El Sueño de Constanza!

—¡Quizá sí! Quizá nos detengan por convocar una manifestación en el corazón de la ciudad sin permiso municipal —le respondió Ángel—. Te recuerdo que la nuera de Amelia solo nos consiguió permiso para una pequeña actuación en la calle...

—Con el pronóstico del tiempo, ¡dudo que se anime la gente! —insistió Elena, que seguía algo ceniza.

Ángel la miró: el mal tiempo parecía desatado en su corazón más que en el cielo de la ciudad, donde ahora reinaban dos pequeñas nubes en vez de una, pero igual de inofensivas.

—Hora de irse o llegaremos tarde —anunció Tico al oír las campanas de la catedral—. No quiero que mi padre se aburra.

Una vez más, como siempre que el niño hablaba así, a Ángel se le encogió el corazón. Pero no tuvo tiempo de decir nada porque el grupo se puso en marcha.

—Un momento, compañía, ¡todos al centro! —exclamó Roberto, tomando el brazo de Clara y extendiéndolo con la palma hacia abajo.

Posó suavemente el suyo sobre el de la chica. Todos comprendieron lo que pretendía y fueron poniendo una mano sobre la otra.

—¡Todos para uno...! —gritó el chico.

—¡Y uno para todos! —exclamó Tico—. Eso es de la novela aquella de los mosqueteros.

—Todo está ya escrito —dijo Ángel, riendo—. En los libros, amigo, siempre encontrarás una frase para todo.

—A la vez, todo está por escribir para alguien que sea valiente —murmuró Elena, tan bajito que solo ella se escuchó.

Uno a uno, fueron saliendo de la librería.

Los nervios iban por dentro de aquella procesión pintoresca que enfilaba la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Elena iría a buscar su coche y el resto la esperaría en la plaza para descargar el material.

¡¿Todos?!», habría exclamado Zhivago si le hubieran preguntado, pero nadie lo hizo. Atrapado en el escaparate, los miraba con lo que debía de ser incredulidad gatuna. ¿Se iban sin él? Por unos minutos, pareció una estatua egipcia para los peatones que lo veían al pasar frente a la librería. Hasta que salió corriendo como alma que lleva el diablo. Desapareció tras la estantería, subió las escaleras de caracol y se dirigió al pequeño almacén donde se guardaba la manga pastelera de sor Milagros y mil trastos más.

Saltó sobre un par de cajas. Se escurrió tras un mueble viejo y olvidado para descubrir que sí, que aquella pequeña trampilla seguía en la pared. Sor Milagros siempre acudía a su rescate, pues aquel hueco servía para ventilar el espacio donde se guardaban la harina, el azúcar o la canela.

Con toda la fuerza de sus vidas pasadas concentrada en las patas delanteras, empujó la trampilla y salió a un pequeño alféizar que daba a un patio de luces desde el que podía ver cómo una vecina tendía la ropa.

Miró sobre su cabeza: si daba un par de saltos hasta una vieja viga, podría llegar al tejado de El Sueño de Constanza. Y a partir de

ahí, ¡la suerte estaba hecha a la medida de los valientes! Un tejado por aquí, otro por allá y si su intuición gatuna no le fallaba, lograría seguir las voces de sus amigos o el rastro de unos olores que ya conocía más que bien. Amelia siempre olía a cocina de la buena y Roberto, a grasa. Tico, a bebé, por la colonia que su madre seguía poniéndole, y Clara, a flores de azahar, también a causa de su perfume. Elena era la que tenía el aroma más intenso, agradable pero fuerte, con personalidad. Zhivago lo habría reconocido entre mil, como reconocía el de su amigo y socio Ángel, a café y madera seca.

Guiado por su olfato y oído, llegó a la plaza donde se escondía el Museo de los Amantes y su mausoleo, justo a tiempo de ver cómo sus amigos montaban el escenario.

La directora había hecho un gran trabajo que dejó a todos boquiabiertos: unos rollos enormes de tela salieron de su coche. Al extenderlos en el suelo, apareció un cielo estrellado, seguido de otro dominado por el sol sobre unos edificios antiguos y las torres mudéjares... ¡Toda una pequeña ciudad de tela y personas de tinta!

Con unos palos de madera y las bases de piedra, fueron levantando aquel plan de urbanismo improvisado ante la atenta mirada del público, que ya empezaba a concentrarse.

En quince minutos, todo estaba dispuesto.

El pequeño guionista y apuntador se escondía tras uno de los telones. En cambio, la directora se sentó en un taburete desde donde todos los actores podían verla. Por la calle entró corriendo un Ángel metido en su papel de cartero, con el sombrero y la pluma dándole cierta majestad. A gritos, le anunciaba al público que estaban a punto de presenciar «¡la historia nunca contada, pero no por ello imposible, de lo que aconteció en esta ciudad a dos jóvenes amantes, siglos atrás!».

Luego se subió a una pequeña tarima que habían preparado. Tras él estaba Isabel, enfundada en su precioso vestido de seda y con el impresionante velo que le cubría la cabeza, bordando junto a su aya en lo que parecía el hogar de una casa antigua. Incluso se oía crepitar la leña ardiendo: Elena había grabado algunos sonidos y música para acompañar a los actores.

Más allá, se veía a un joven caballero que parecía aguardar su turno.

—Estimado público, ¿qué poder tiene un beso? El roce de dos labios puede parecer poca cosa... ¡Ay! Incapaz de fundir el hierro o de derribar una pared de piedra, puede parar dos corazones y las vidas que ellos alimentan... Un beso es, a veces, la diferencia entre la vida y la muerte, como bien saben Isabel y Diego, Diego e Isabel.

Cuando arrancó la trama, los amigos de la compañía rompieron en aplausos, contagiando a turistas, curiosos y transeúntes camino del mercado o del parque, que se quedaban atrapados en aquella rocambolesca versión de la famosa historia de los dos amantes.

Diego asaltado en el camino, Isabel recibiendo una carta, su aya aconsejándola no acudir, el cartero animándola a seguirlo, el encuentro de los dos amantes en plena noche, la persecución de los soldados... Todo conducía, aquella mañana soleada, al beso de Clara y Roberto.

Cuando eso sucedió, ante la mirada suspendida de decenas de desconocidos y entre la música épica que Elena había elegido, Roberto se dijo que jamás había pensado que lo suyo con la joven ciega podía hacer que sintiera todo aquello. Dudó una milésima de segundo antes de besarla, presa de una emoción extraña, sobre si debía hacerlo o no. ¿Darse un beso en la calle, ante tanta gente, siguiendo un guion, no era traicionar ese amor que él creía sentir? ¿Y si todo era ficción? ¿Y si su amiga era solo eso, una amiga? ¿Y si

hasta ahí lo habían llevado solo la emoción de la obra, la desaparición de Lucía, que lo había confundido?

Fue solo una milésima de segundo, quizá dos, porque al sentirla entre sus brazos, temblando, le nació de dentro, de muy dentro, el deseo de abrazarla y susurrarle al oído «estoy aquí, junto a ti; no me dejes, sin ti me faltaría la luz». Pillado a traspiés por aquella emoción, la acarició, la abrazó y depositó un rápido beso en sus labios de terciopelo. Fue un beso tímido y, aun así, poderoso, porque sacudió dos almas hasta casi convertirlas en una.

Clara lo acogió con los ojos cerrados. Dejó de temblar y se le acercó, como si quisiera fundirse con él.

Entonces, para sorpresa de ambos, la música dejó de sonar en la calle para hacerlo en sus almas, mientras los aplausos rebotaban en sus entrañas. ¿O eran sus corazones que latían descompasados, buscándose?

Solo ellos dos sintieron la verdad de todo aquello. El resto creyó que eran los mejores actores callejeros de la ciudad: dos nuevos talentos a descubrir.

—Estimado público, ¿por qué negarles un beso a estos dos jóvenes? —los interrumpió la voz del cartero, devolviéndolos a la realidad—. ¿Estabas tú allí? ¿Estaba yo? ¿Cómo saber lo que de verdad sucedió? —Ángel calló un segundo, conteniendo el aliento del público en su puño—. Nuestro joven guionista —señaló a Tico, situado en una de las esquinas del escenario— os propone ahora que sean vuestra imaginación y vuestro corazón los que decidan la suerte de Isabel y Diego. ¿Huyeron lejos y vivieron felices? ¿Fueron perdonados por sus familias? ¿Perdieron la vida tras ese intenso beso? Sed jueces de este amor, cada uno, esta noche, cuando las estrellas os cubran.

El público rompió en aplausos.

Los miembros del Club de las Dos Páginas andaban tan enredados en sus propios nervios que no prestaron atención a cómo Roberto acarició el cabello de Clara, la agarró por la cintura y la situó en el centro del improvisado escenario callejero, cediéndole todo el protagonismo.

Hubo murmullos de sorpresa entre los desconocidos y de entusiasmo entre los amigos que ocupaban la plaza mientras algunos pedían un bis.

El aya, el cartero, la directora y el guionista, que a su vez habían hecho de soldados malvados que pretendían separar a los dos amantes, se sumaron a Isabel y a Diego para recibir los aplausos.

—¡Esta es una obra de una única representación! —gritó Tico, tratando de hacerse oír por encima del griterío de los compañeros del aeropuerto de Roberto y de las vecinas de Amelia, sin duda, los más escandalosos—. Por eso es tan mágica.

—¡Guapos! —gritó Berta desde primera fila—. ¡Qué digo! ¡Reguapos!

—¡La que más, el aya! —exclamó el marido de Amelia.

Para reafirmar el piropo, lanzó un silbido largo ante una azorada anciana que no sabía dónde esconderse. Lo acompañaron varias carcajadas.

Para sorpresa de todos, los padres de Clara lanzaron algunas flores a los pies de los artistas, que seguían saludando a su público.

Emocionado, Robe, que estaba en un extremo del extraño grupo, se movió hacia el centro, arrastrando tras de sí a su joven enamorada.

—¡Apapacho colectivo! —gritó emocionado mientras agarraba a un desprevenido Ángel por el brazo.

—¿Apa... qué? —preguntó Tico, justo en el momento en que Amelia lo agarraba y le respondía entre risas:

—Un fuerte abrazo, de los de verdad.

Dos segundos después, no se sabía dónde empezaba la falda de gasa de Isabel y donde la capa de Diego, el pañuelo de Tico se confundía con la túnica del aya... ¡La compañía de teatro se había convertido en un nudo de brazos y piernas!, pero, sobre todo, como bien sabían ellos, en un nudo de corazones que ya serían por siempre difíciles de separar.

Eso no lo recogería la foto oficial de aquella compañía de única función.

La tomó Berta y, durante años, presidiría cada sesión del Club de las Dos Páginas, enmarcada y clavada en la pared frente a la mesita del café y las butacas. Eso le permitiría a Tico presumir ante cada nuevo miembro sobre aquel día, su guion y el éxito que cosecharon. E incluso la utilizarían para un artículo que se publicaría en el *Diario de Teruel* para celebrar el décimo aniversario del club. Pero en ese momento, mientras la enfermera trataba de que se estuvieran quietos y apuntaba con el móvil, todo aquello ni el sabio Zhivago podía saberlo.

Tico era el que más se movía, inquieto. No veía el momento de salir corriendo: al fondo había divisado a su padre, que agitaba la mano y le sonreía.

Aún tuvo que esperar unos minutos para fundirse en un largo abrazo con él. Los amigos y vecinos querían hacerse una foto con el elenco, felicitarlos a todos e incluso, medio en broma medio en serio, algunos les pedían autógrafos ante los desconcertados transeúntes, que se preguntaban quiénes eran.

Cuando por fin el padre del chico lo alcanzó, este pareció crecer dos palmos. De su mano, acto seguido, corrió hasta donde Ángel saludaba al frutero de la calleja y a otro par de vecinos.

—¡Ángel! ¡Mi padre! —gritó.

El librero se apartó del grupo para dirigirse a ellos y estrecharle la mano a aquel hombre que parecía una versión robusta y estirada de Tico. Pero a diferencia de su pequeño amigo, con sus gafas características, nada obstaculizaba la mirada felina de ese padre elegantemente vestido.

—¡Por fin nos conocemos! Encantado, soy Pedro —exclamó, dándole la mano.

—Lo mismo digo —respondió Ángel, pero no alcanzó a decir nada más porque enseguida llegaron Amelia, Clara, Elena y Roberto.

¡Todos querían saludar al progenitor del miembro más joven del club! Incluso Zhivago, a quien nadie había visto en el tejado, lo observaba con atención. Si le hubieran preguntado y hubiera podido responderles, habría dicho que no se parecían demasiado: la seguridad que emanaba del adulto contrastaba con la sensibilidad artística de su amigo, aunque sin duda los dos tenían una mirada inteligente.

Los miembros del club aprovecharon aquel encuentro para ensalzar a Tico y su obra. El padre lo miraba orgulloso, reconociendo que, en eso de la imaginación, «ha salido a Berta, su madre». El niño, agarrado de su mano, no dejaba de mirarlo como si temiera que fuera un sueño tenerlo allí.

La primera en marcharse fue Elena.

—Mi madre se cansa enseguida —se excusó la directora, que volvía a vestir su traje *oversize* que tan bien le sentaba—. ¿Os podéis encargar de desmontar? En el museo nos lo guardarán, pasaré a buscarlo esta semana.

Ángel, sin darse cuenta, hizo un pequeño mohín de disgusto. Aunque no lo hubiera expresado con palabras, esperaba que fueran todos juntos a celebrarlo. Ver cómo Elena se iba empujando la silla

de ruedas de su madre junto a la cuidadora lo entristeció sobremanera.

«Tendría que haberla felicitado... ¡No le he dicho nada! ¿Creerá que no me he fijado en ella?», se regañó mientras recogía con Roberto, también taciturno, las grandes telas de la ciudad medieval.

Tras aquel apasionado beso, Clara había desaparecido con sus padres.

«Ni un comentario ni una despedida ni...», se decía el joven mecánico, sin comprender. ¿Sería verdad lo que su amigo le había dicho unos días atrás? ¿Clara no estaría preparada para un amor tan intenso? ¿La habría asustado?

Se encogió de hombros sin que nadie lo viera: «Estoy sacando las cosas de quicio, seguro». El mecánico era un hombre práctico y no estaba dispuesto a pasarse el fin de semana dándole vueltas a algo que podía solucionar con una llamada, la que haría esa noche. En aquel momento, el joven enamorado no podía imaginar que esa llamada duraría hasta la medianoche y que sería la primera de una cadena que cruzaría los meses y los años a lo largo de su vida.

Ángel y Roberto, mientras recogían un gran altavoz, vieron cómo, a lo lejos, Amelia desaparecía del brazo de su hijo y de su nieto, mientras su marido cargaba un precioso ramo de flores que le habían llevado. Tico y Pedro se habían ido hacía rato a buscar a Berta. «Vamos a ir a comer todos juntos para celebrar mi éxito», les había dicho atropelladamente el niño mientras los abrazaba a ambos.

—Poco dura la alegría en casa del pobre —murmuró Ángel tras dejar todo el material en la guardarropía del museo y salir de nuevo a la calle, ya desierta.

Eran casi las tres del mediodía: todo el mundo se había ido a casa a comer.

Por fin, ¡el cielo había decidido descargar su pesada carga! Llovía, lenta y pesadamente, lo que aún ensombrecía más el ánimo del librero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roberto mientras se cobijaban en un portal.

—Nuestro éxito... ¡ha sido cosa de minutos! Ni siquiera lo hemos celebrado —musitó el librero.

Robe lo miró y le dio un codazo. Su amigo parecía en ese momento un niño desconsolado.

—Vente con mis colegas del aeropuerto... ¡Me esperan en la plaza del Torico para irnos de bares!

Ángel suspiró y dudó por un momento.

«¿A quién quiero engañar? —se dijo al cerrar tras de sí la puerta de El Sueño de Constanza unos minutos después, completamente mojado—. Con quien quería celebrarlo era con Elena, no con un grupo de treintañeros desconocidos».

A unas cuantas calles de allí, frente a un plato de verduras y con la televisión a todo volumen para que su madre pudiera oírla, Elena también andaba perdida y triste. Una libreta cerrada sobre la mesa parecía derrotada. Los dedos de ella tamborileaban en la portada, distraídos.

«¿A quién quiero engañar?», se preguntó también. Pero su frase desprendía aroma a tristeza, desesperación, fracaso y desamor. Aquella mañana había recibido miles de aplausos y felicitaciones, incluso un par de silbidos de admiración. Pero ninguno de ellos había logrado llenar ese agujero hecho de deseo y emoción que, desde hacía unas semanas, se le iba agrandando en medio del corazón.

Ese agujero solo necesitaba un aplauso, solo uno, para colmarse: el de Ángel.

—Constanza... —murmuró al apagar la luz de la mesita aquella noche—. Todo tuyo. Has ganado: sigue queriéndote a ti.

Era la primera vez que a aquella ejecutiva exitosa, estudiante de matrícula, tan segura y decidida, le ganaba un fantasma... al menos por una noche.

32

UN ÚLTIMO INTENTO

Era lunes. Para Elena lucía gris, aunque tenía por delante el día libre y aún sentía el regusto del éxito de la actuación callejera. Si le hubieran preguntado a cualquier otro ciudadano de Teruel, seguramente habría contestado que brillaba un sol tímido, típico de inicios de otoño. El invierno solo era una insinuación en el calendario y las nubes brillaban por su ausencia..., excepto en el corazón y la mente de la ejecutiva.

En pijama, sentada a la mesa de trabajo de su habitación, frente a una ventana, escuchaba cómo la casa iba cobrando vida: por el pasillo, el chirrido suave de la silla de ruedas le anunció que la cuidadora llevaba a su madre a la ducha; el vecino de arriba dio voces para que los niños se dieran prisa y no llegaran tarde al colegio; mientras tanto, el ascensor de la finca subía y bajaba en su incesante trasiego de los días laborables.

La vida se empeñaba en contradecirla y avanzar: puso los codos sobre la mesa, apoyó la cara en las manos y perdió la mirada a través del cristal. Se declaraba en huelga, aunque fuera por unas horas. Esa mañana no se ducharía, no se vestiría ni bajaría a la calle. Por supuesto, el móvil seguiría apagado y el portátil cerrado. Recordó un chiste que había leído cuando era adolescente. Mafalda lanzaba un grito a un globo terráqueo: «Paren el mundo, que yo me bajo».

Suspiró.

Ella ya tenía un pie en el suelo y el otro en el estribo. Estaba a nada de bajarse y eso a pesar de que, el día anterior, su madre había estado parlanchina y risueña como una niña. Ese era un regalo cada vez más escaso, que le hacía añorar una infancia y una juventud llenas de alegría en aquella misma casa.

A la anciana, la obra callejera de teatro le había encantado: luego se habían ido a tomar el vermut juntas y, más tarde, contra su costumbre, las había invitado a comer, a ella y a su cuidadora, en uno de los restaurantes más elegantes de Teruel.

—Son tan pocos los días que mamá está así de contenta que hay que aprovecharlos —le había dicho a la mujer mientras pedían un buen entrecot para cada una.

La felicidad de Tico al presentarles a su padre, y el orgullo de Amelia, que le explicaba a su nieto cómo habían preparado la obra, habían acariciado su corazón. El beso tímido de Clara y Roberto, por un momento, había dado alas a su propia esperanza, como si el amor pudiera contagiarse como un virus entre los humanos que estaban en la plaza. La mirada distraída de Ángel, las cuatro palabras genéricas que le dirigió, le demostraron que no era así. Con todo, en el restaurante achacó aquella actitud primero a los nervios y luego al cansancio.

Tras la tarta de Santiago y el café, las tres mujeres volvieron a casa. Fue cuando su madre y la cuidadora se fueron a descansar y el apartamento quedó en silencio que la tristeza se apoderó de Elena. Esa misma tristeza que, aquel lunes, la envolvía y a la que se negaba a renunciar.

Ella no era una mujer que se engañara. No se hacía trampas al solitario. «Esta tristeza no tiene que ver con mi madre ni con mi trabajo. Mis jefes están cada vez más contentos conmigo», se dijo,

recordando cómo en la última junta directiva se había hablado de ella y la habían felicitado. Desde que llegó al exilio profesional en Teruel, las cosas le habían ido de cara. Gracias a su trabajo, pero también a cierta dosis de suerte, había conseguido cerrar buenos negocios y desencallar algunos proyectos.

«Este agujero que se me abre de vez en cuando entre el pecho y el estómago tiene nombre de librero», suspiró, acariciando la libreta que, como un imán, la atraía también aquella mañana. Era su tabla de salvación en medio de la tempestad: asirse al bolígrafo y a las palabras que perdía entre las rayas la salvaba de pensar.

—No se puede pensar cuando te falta el aire —murmuró abriendo el cuaderno y empuñando el bolígrafo.

¿Y si...? ¿Y si un librero y una ejecutiva se hubieran conocido antes? Antes de sus oficios, de sus amores, de sus trabajos... Antes de sus cicatrices. Cuando solo eran ella y él, con pocas certezas y muchas páginas en blanco por escribir. Ella, a sus veinte años, corre porque, como siempre, llega tarde a la universidad. Su vida es un número de malabares: perdió a su padre siendo una niña y ella y su madre doblan trabajos. Pero no quiere renunciar a estudiar. Corre con sus libros, un delantal de la panadería en la que trabaja, un trabajo por entregar... Quizá él, tímido y despistado, sale en ese momento de la tienda de fotocopias. Carga un libro de anatomía y muchos folios. Como en una mala comedia romántica, chocan. En un revuelo de papeles, libros y carpetas, se equivocan. Él se lleva el trabajo de ella sin querer. Cuatro manzanas más allá, se da cuenta. Corre hacia la facultad de Económicas y la busca. Y la encuentra, con un ataque de nervios por la pérdida del trabajo. En el último instante, puede entregarlo.

—¿Una tila? —pregunta él.

—Mejor una cerveza —responde ella.

O quizá, cuando solo eran ella y él, vivían en la misma escalera siendo niños. Se cruzan siempre: ella con sus trenzas y sus amigas que la siguen, él con sus pantalones rotos de jugar al fútbol; ella con un libro y él con la maqueta de un avión; ella con una bicicleta y él con un examen suspendido. Y tras tanto cruzarse, mientras uno sube y la otra baja, o al revés, un día se lanzan una mirada. Al otro, una sonrisa tímida. ¿Un hola? O tal vez, ¿cómo va? Y un lunes, o quizá un martes, y sin saber muy bien por qué, se paran para intercambiarse algunas frases. Y se convierte en costumbre hasta que, sin darse cuenta, acaba convirtiéndose en deseo.

Ella se acaba de licenciar, para orgullo de su madre. Busca trabajo por toda la ciudad. Y entre tanta búsqueda, cae agotada. Y un virus se ceba en ella. Así que, una madrugada, madre e hija buscan un médico en Urgencias. Y ahí está él, haciendo tiempo, atrapado en las páginas de *Doctor Zhivago*. Blanco por blanco, piensa ella, prefiero el de Siberia al de las salas de Urgencias. Pero lo piensa en voz alta y él ríe. Y ella queda atrapada en esa risa discreta, que se escapa por las comisuras de una barba a medio afeitar. Esa noche y dos noches más él pasará a saludarla y a contarle cómo van las aventuras del médico poeta. Cuando ella tiene el alta, él tiene ya su teléfono. La llamará para contarle el final, porque ella no tiene miedo a nada y tampoco a los *spoilers*.

Reconciliada con aquel pasado inexistente, Elena se sintió con algo más de fuerza. «¡Qué mecanismo tan extraño! Escribir lo que deseo y no sucede ofrece cierto consuelo», pensó mientras se adentraba en la cocina. En un ataque rápido sin víctimas, se preparó el café, cogió un par de tostadas y un yogur, y desapareció justo antes de que las otras mujeres de la casa hicieran su aparición.

Al cerrar la puerta de su habitación, oyó cómo encendían la radio. Las primeras palabras del parte meteorológico calaron en ella: «Un invierno que se prevé largo».

—Un invierno que se prevé largo. —Masticó con calma mientras se sentaba de nuevo en su silla—. ¿Será que ese invierno ya se ha colado en el corazón de Ángel, adelantándose incluso al otoño, congelándolo antes de tiempo?

Su suspiro, entre triste y esperanzado, se elevó hasta chocar con el techo. Elena cerró los ojos y empezó a sorber su café de a poquito, para no quemarse. De haber podido, habría visto cómo el suspiro, roto en mil pedazos, caía sobre ella, negándose a rendirse.

Como si al beber el café recuperara la energía perdida, su cabeza empezó a hervir, llena de ideas contradictorias, de deseos encontrados, de sueños oxidados y retazos de emociones ya transitadas que se mezclaban con un «y si...», o con un «tal vez con un poco más de tiempo».

—¡Qué difícil es rendirse! —exclamó volviendo a abrir los ojos y la libreta.

Para alguien como Elena, acostumbrada desde joven a perseguir metas y objetivos, quedarse quieta con los brazos cruzados no era una opción.

—Te voy a dar una última oportunidad, librero —lanzó un órdago a aquel hombre que, a unas calles de distancia, sorbía el segundo café de la mañana.

Los lunes eran lentos y Ángel parecía querer contrariar aquel inicio de semana. Se había levantado con el sol: un maullido enfadado de Zhivago le había dejado claro que no pensaba participar en aquel despropósito. Al gato la aventura callejera del día anterior lo había dejado exhausto: apenas había cenado al regresar a la librería. De tejado en tejado, bajando por algún canalón y subiendo por cubos de basura, había regresado a El Sueño de Constanza antes que su socio humano. A este no le sorprendió encontrárselo durmiendo a pata suelta en su rincón de la buhardilla: últimamente, el gato pasaba más horas descansando.

Por eso mismo, cuando aquella madrugada Zhivago le demostró que no pensaba levantarse, Ángel lo había ignorado. Por alguna razón, él no podía seguir en la cama: su colchón parecía haberse convertido en el de un faquir, lleno de clavos.

Se duchó, afeitó y vistió a toda velocidad.

—Como en tiempos pasados —murmuró mientras hacía la cama.

Cerró los ojos y tomó aire: no le esperaba ningún paciente, ni ningún colega que quisiera mostrarle algún informe complicado, ni siquiera debía enfrentarse al tráfico intenso de Barcelona para llegar

a su trabajo. Solo debía bajar una escalera caracol y abrir una puerta para que la magia de la rutina empezara a fluir.

—Y desde luego, los clientes no vendrán a las seis de la mañana a la librería para comprar un ejemplar de *La montaña mágica* de Thomas Mann o el *Lazarillo de Tormes*. —Sonrió para sí mismo.

Había decidido tomarse el desayuno con calma: rebuscó entre los paquetes de café hasta dar con el último pedido: un arábica, robusto y amargo, que parecía adecuado para su estado de ánimo.

Cuando el borboteo anunció la llegada inminente de la preciada bebida, preparó una bandeja con algunas tostadas, una taza y un termo, y bajó las escaleras, optando por dejar descansar al minino.

Diez minutos después, instalado en una de las butacas del Club de las Dos Páginas mientras saboreaba la primera taza de café, se perdía entre las páginas de *Mujercitas*, que le había quedado pendiente de acabar desde la sesión del club.

Hacía tiempo que no disfrutaba de la obra de Alcott, que tanto agradaba a Constanza. Para ella, la autora era una avanzada a su época: hija de un maestro y filósofo amigo de Emerson y Thoreau, creció en una casa de artistas y librepensadores. Siempre supo que quería escribir y dedicaba muchas horas a hacerlo. ¡Incluso tenía un vestido y un gorro para ello! Su padre le construyó una mesita frente a la ventana de su habitación para ese fin.

Louise nunca pensó que aquella historia, basada en las aventuras vividas con sus hermanas, obtendría tanto éxito.

Al acabar las dos primeras páginas, el librero cerró el libro y se perdió en sus recuerdos.

Muchas veces, cuando leía, era inevitable acordarse de Constanza. ¡Habían compartido tantos ratos de lectura juntos, se habían recomendado tantos libros y los habían comentado que era imposible olvidarla!

—Sin embargo, ya no duele como antes —murmuró, sorprendido al dar voz a una sensación que lo acompañaba las últimas semanas.

Ángel era muy consciente de que su nueva vida iba ganando peso en los afectos de su corazón y en las actividades de su día a día. Cuando llegó a Teruel, Constanza, don Ramón y Elisa eran tres inquilinos más de la buhardilla. Algunas noches incluso le había parecido que los veía sentarse con él a la mesa para cenar o que Zhivago se acurrucaba junto a sus pies. Constantemente, recordaba anécdotas compartidas, consejos que le habían dado o manías que tenían.

Con el tiempo, los cambios de ánimo de Zhivago, las preocupaciones amorosas de Robe, los exámenes de Tico y Amelia, los avances de Clara en el mundo del braille y las conversaciones con Elena habían ganado espacio.

—Elena... —Suspiró.

Y, rápidamente, como tratando de apartar los pensamientos y emociones que aquel nombre convocaba, se sirvió la segunda taza de café justo en el momento en el que, sin que él lo supiera, alguien decidía darle una última oportunidad.

¿Se la daría él a ella? Eso era lo que se preguntaba una ejecutiva algo nerviosa, parada frente al espejo de su habitación. Había decidido acercarse hasta El Sueño de Constanza con la excusa de comprar un libro para la cuidadora de su madre. Llegaba su cumpleaños y quería sorprenderla con algo especial.

«Mi madre cada vez duerme más horas y la mujer se aburre, así que he decidido regalarle un par de novelas románticas. ¿Qué me aconsejas?», había pensado que le diría a Ángel.

Repasó su imagen: calzaba unas alpargatas de cuña, unos tejanos y una blusa con cuello Mao de color crudo. Se puso un collar de coral rojo para dar algo de color y sonrió. El pelo suelto, las pestañas largas con rímel y su sonrisa amenazaban guerra.

Estaba lista: contaba con una excusa y su buen aspecto como tarjetas de presentación.

Conforme recorría el acueducto, le empezó a parecer que no serían suficientes, así que, al entrar en el casco antiguo, un par de veces estuvo a punto de retroceder hacia su casa y quedarse allí, soñando frente a su cuaderno.

Se detuvo ante un escaparate de ropa deportiva como si aquello le interesara. Empezó a darle vueltas a sus posibilidades: ¿haría el ridículo si Ángel no se daba por aludido? ¿Se sentiría rechazada si no compartía sus sentimientos? ¿Era mejor quedarse sin saber nada y mantener aquella amistad, en la que el librero parecía tan cómodo?

El dependiente de la tienda de deportes salió a preguntarle si podía ayudarla: llevaba diez minutos allí parada y, claramente, necesitaba ayuda para decidirse.

Por primera vez en muchos años, Elena estaba tan nerviosa que no supo negarse. Acabó comprando un balón para Tico. «Se lo merece por haber escrito una obra tan brillante», se dijo tratando de disculparse mientras se apresuraba hacia la librería.

Una vez en la esquina de la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, volvió a dudar. «No te reconozco, Elena», se dijo, cada vez más temblorosa.

De repente el collar rojo le parecía exagerado y las alpargatas, en septiembre, fuera de lugar. Incluso creyó que el blanco crudo de la camisa la envejecía. Meneó la cabeza al pasar frente a la frutería, su última excusa.

Decidió entrar porque le hacían falta unas naranjas, el postre favorito de su madre, y algo de valor, como si allí pudieran vendérselo. Las piernas le temblaban: ¿cómo era posible que no fuera capaz de declararle su amor a un librero amable? Ella, que había negociado con tiburones de finanzas y trepas empresariales en varios idiomas.

Mientras Elena hacía cola, Ángel se acababa el segundo café y decidía que, como solo eran las nueve, antes de abrir la tienda iría a hacer la compra. Quería caminar un poco antes de pasarse el día limpiando libros, atendiendo a clientes o preparando devoluciones.

Estaba algo intranquilo y no sabía por qué. O, mejor dicho, sí que lo sabía, pero no quería pararse a pensarlo. En un lugar escondido de su mente, cierto sentimiento de traición enseñaba la patita: ¿estaría olvidando a sus padres? Y, lo que era peor, ¿estaría olvidando a Constanza? Se había mudado a Teruel con su amor intacto, buscando en aquella pequeña ciudad y en una vida tranquila la manera de embalsamar su corazón con ese sentimiento. ¿Qué estaba pasando?

«Será mejor salir a dar una vuelta y despejar la cabeza de tanta tontería», se dijo.

Al oír cómo se cerraba la puerta de la tienda, Zhivago abrió los ojos, se desperezó y bajó a ocupar sus dominios, por fin libre de su nervioso socio humano. El verano estaba más muerto que vivo, y el otoño se acercaba por la calleja: el minino decidió que era un buen momento para volver a dormir en el escaparate. Tuvo que apartar unos cuantos libros escolares y un diccionario de latín para hacerse un hueco. Apoyó la cabeza sobre un estuche de princesas y se dispuso a seguir descansando, con el lomo apoyado en las mochilas

y cuadernos de caligrafía. Tan quieto estaba que parecía un peluche olvidado en el escaparate.

Justo cuando iba a cerrar los ojos de nuevo, algo le hizo sombra. Sin apenas moverse, giró la cabeza levemente y levantó despacio los párpados: era Elena.

Se quedó observándola sin entender muy bien qué hacía allí: no miraba el escaparate ni llamaba a la puerta. Estaba quieta con los ojos en el final de la calleja. De repente dio la espalda a la librería y parecía a punto de irse cuando se apoyó en el escaparate. Poco a poco, se dejó escurrir hasta sentarse en el suelo. Zhivago se enderezó y, por encima de la nuca de su amiga, siguió su mirada, justo a tiempo de ver cómo Ángel se perdía por la otra esquina.

Elena sollozaba en silencio, sintiéndose pequeña y sola.

El minino suspiró.

Si alguien le hubiera preguntado, una vez más, habría afirmado que no conseguía entender a los humanos por más vidas que hubiera vivido, pero, eso sí, había empezado a tomarles cariño. Seguramente por eso, alargó la pata y acarició la cabeza de Elena. Le pareció que sus hombros se agitaban. Volvió, con más fuerza, a acariciarla: un cristal se interponía entre él y su amiga.

La impotencia que habitaba en el corazón de la mujer se coló por un poro olvidado del cristal, inundando también el de Zhivago, quien, a pesar de sus muchas vidas, era sensible al mal de amores.

Así pasaron unos minutos, breves para el dios Cronos, pero eternos para aquella mujer enamorada y su amigo felino. De repente, como si fuera una marioneta cuyos hilos moviera un dios titiritero, Elena abrió el bolso y rebuscó. Una idea se abría paso en su mente: «No tengo valor para decirle a Ángel lo que siento... cara a cara. No podría soportar su cara de desconcierto o, peor aún, de negación. Pero por teléfono sería diferente». Suspiró: solo encontró

un panfleto que anunciaba la inauguración de una zapatería en su barrio y un lápiz azul que su madre debía haber metido en el bolso.

«Si esto es lo que tienes...», se dijo, mientras escribía con letras mayúsculas por detrás de una promoción de botas y zapatillas deportivas:

ÁNGEL, LLÁMAME. ES URGENTE.

Elena

Aprovechando un pequeño resquicio en el marco de la puerta, dejó allí el papel ante la mirada impasible de un Zhivago que no se perdía detalle de aquel asunto. Elena sonrió al descubrir al minino entre los libros del escaparate. Deseosa, se aferró a él como a un talismán: «¡Anda! Dile a tu amigo librero que se lea el papel y me llame».

Nerviosa, y mirando hacia atrás como si fuera una pequeña gamberra que hubiera cometido su última trastada, se alejó rápido de la librería. «En manos del destino lo dejo», pensó mientras pasaba bajo la torre del Salvador camino de su casa y sabiendo que hubiera podido ser ella quien llamara más tarde.

Pero el destino es caprichoso y juguetón, como sabían tantos de los personajes que dormían en El Sueño de Constanza, y dejarlo en sus manos era arriesgado. Una suave brisa podría haberse llevado el papel, o un niño aburrido, pero no fue así. Aquella vez el destino jugó una partida más sencilla. Simplemente, pasó el camión de la limpieza, como tantos días a esa hora; el funcionario iba escuchando el fútbol. Su equipo se jugaba un ascenso y toda su atención estaba pendiente de aquel penalti definitivo.

—¡¡Goool!! —gritó.

Y el chorro de agua de la manguera convirtió la tinta y el papel de la nota de Elena en un amasijo de agua y pasta que un enfadado Ángel apartó con la punta del zapato una hora más tarde, mientras limpiaba los cristales de escaparate y puerta.

Aquel aficionado anónimo no supo nunca que su alegría se cimentaba sobre el reniego de un librero y la tristeza de una mujer que esperaba ansiosa una llamada que no iba a llegar... al menos esa noche.

33

UNA COSECHA DE GRANDES FINALES

Ángel estaba eufórico. Entre Tico y él habían tenido una gran idea para la primera sesión del Club de las Dos Páginas de aquel curso, que se iba a celebrar aquella tarde.

Todo había empezado tres días atrás cuando el librero, al cerrar El Sueño de Constanza un poco antes aquella tarde, había decidido ir a comprar un jersey. Empezaba a refrescar, sobre todo a última hora del día. La buhardilla no estaba bien aclimatada para el invierno. Andaba dándole vueltas a eso en una de las tiendas de ropa más grandes de la ciudad, perdido en entre pasillos en la sección de «Hombre», cuando había oído una voz conocida. En la sección de «Niños», Tico protestaba porque no quería una chaqueta que su madre lo obligaba a probarse.

El librero no lo dudó y se acercó a ellos justo a tiempo de oír uno de los clásicos discursos de su amigo.

—Mamá, ¡se reirán de mí en el colegio! Es de niños pequeños, ¡un perro con gafas! Estoy a punto de acabar la primaria. Además, el amarillo no pega con mis gafas azules.

Apenas había pasado una semana desde su gran éxito teatral y la rutina parecía haberse instalado de nuevo en la vida del guionista con la carrera más corta de la historia. Tico volvía a ser un niño a punto de empezar un nuevo curso escolar; Berta, una desesperada madre con poco tiempo; y él, Ángel, un solitario librero. Casi no

había visto a ninguno de sus amigos desde el gran evento, aunque, por suerte, aquella semana se pondría remedio a tal situación: inaugurarían ellos también el curso.

—¡Familia! —los saludó contento.

Los dos se giraron hacia él y cambiaron sus caras tristes por unas alegres.

—¡Ángel! —exclamaron a la vez y, sin darle respiro, trataron de ganarlo para su causa.

Berta le explicó que todos los jerséis de Tico le habían quedado pequeños, que tenía que empezar el curso con alguno nuevo, pero que se negaba porque decía que una chaqueta le hacía más adulto. Ella había accedido por no discutir más. Había encontrado una preciosa, aquella que llevaba puesta, que a ella le parecía divertida y de buena calidad. Pero el niño, mientras trataba de abrir la cremallera que se le resistía, aseguraba que picaba, que era fea, que tampoco le quedaban tan mal los jerséis que tenía en casa...

Ángel le guiñó el ojo a la madre y le dio una palmadita al chico. Se sentía feliz de ejercer de observador neutral en medio de aquella discusión. En solo siete días, ¡cuánto había extrañado a sus amigos!

Decidió tomar cartas en el asunto para solucionar cuanto antes aquel tema y convencerlos de irse a tomar juntos un refresco. Si Berta tenía un rato, había que aprovecharlo. Desde que el verano terminó, el librero quería saber si su pequeño socio seguiría yendo a cumplir su tarea diaria de peinar a Zhivago y a hacer los deberes en el local cuando volviera a la escuela. Esperaba que sí: para los dos socios, humano y felino, era difícil imaginar El Sueño de Constanza sin las risas, los comentarios y la curiosidad de Tico.

Al cabo de quince minutos, los tres hacían cola para pagar. Cada uno se llevaba la misma chaqueta, pero de su talla: azul con los puños verdes.

—Un regalo por vuestro cumpleaños —les había dicho el librero, a pesar de las débiles negativas de la madre—. Me hace ilusión que los tres la tengamos igual.

Como era de esperar, Berta se negaba a llevar el perro con gafas que había elegido para su hijo, así que todos habían salido ganando al elegir un modelo adecuado para los tres. Lo celebraron con una buena merienda en el sitio favorito de Tico, una pastelería muy famosa que, además, había instalado mesas para degustación.

—Esto ya es la cena, hijo —dijo asustada la enfermera al ver el bocadillo que se pedía el niño.

—Empieza el cole, amigo. ¿Estás nervioso? —comento Ángel.

—Si este curso fuera un libro, saltaría directamente al final. ¡Quiero vacaciones de verano! —exclamó Tico.

Ángel se puso a reír y Berta cabeceó desesperada, como si ya hubiera oído esa cantinela más de dos y tres veces.

El niño le explicó que su padre, antes de marcharse después de la obra, le había propuesto hacer juntos un calendario de visitas. Habían dedicado una tarde a cuadrar la agenda: en Navidad, vendría con su nueva familia a pasar unos días en Teruel, para que los hermanos se pudieran conocer; en verano, sería Tico quien se iría a pasar un mes allá. Una vez cada dos meses, su padre prometió ir a verlo un par de días o pagarle un billete de avión al chico. Contenta, Berta había accedido a todo. Como le había dicho al librero, estaba segura de que Tico y su padre se iban a llevar a las mil maravillas.

—Mas allá de la relación padre-hijo, tienen caracteres muy parecidos —le explicó a Ángel mientras el niño se iba a lavar las manos—. Cuando me cuenta algo, si cierro los ojos, me parece oír al hombre con el que me casé nada más acabar la universidad. Éramos muy jóvenes y eso nos pasó factura. Es un hombre con mucha ambición profesional. Viaja constantemente y ya está pensando en

mudarse a otro país con la familia. Yo valoro otras cosas, como que mi hijo crezca en un entorno estable, pero eso no ha de impedir que ellos dos se entiendan y se conozcan. En esta última visita, creo que mi exmarido ha descubierto que Tico no es un bebe llorón al que cuidar, sino un chico inteligente y cariñoso. Han conectado.

Al regresar a la mesa, el pequeño siguió con la conversación sin querer dar su brazo a torcer.

—Hay veces que uno ya sabe que lo mejor del libro está en el final...

Ángel le dijo que no estaba del todo de acuerdo.

—El final es especial porque cierra toda una historia, eso es lo que le da sentido.

Los dos iniciaron una discusión obstinada. Berta decidió aprovechar para ir a comprar a la carnicería, que quedaba al lado, y dejar a los dos amigos intentando convencerse el uno al otro. Cuando regresó diez minutos después, se los encontró dándose la mano como dos caballeros.

—Hecho. Acepto el reto —dijo muy serio el más pequeño de los duelistas.

Mientras recordaba todo esto aquel jueves, Ángel andaba preparando la primera sesión del Club de las Dos Páginas dedicada a los finales. Esa tarde no se leerían en voz alta las dos primeras páginas de ningún libro. Todos los miembros del club habían aceptado, entusiasmados, el reto. Cada cual llevaría su propio final para compartir: uno que les gustara mucho, que tuviera sentido para ellos por alguna razón.

Aquella mañana, mientras atendía a familias que venían a comprar o a encargar cuadernos de caligrafía, diccionarios y libros escolares, Ángel había ido madurando su propuesta. Tico y él habían acordado

que era necesario justificar la elección, y el resto de los amigos había estado de acuerdo.

Esperaba que Elena, la única que no había contestado al mensaje, también lo estuviera. Aquel silencio lo había sorprendido, pero Clara, quien seguía trabajando allí todos los días unas horas, le había quitado importancia.

—Robe dice que hay mucho trabajo en el aeropuerto. Imagínate si él, que solo es un mecánico, siente la tensión... Elena, que es una ejecutiva de primera línea, tiene que estar...

Sonaba lógico, pensó Ángel. Aun así, hacía días que un runrún extraño lo sorprendía a ratos. De haber sido un hombre más intuitivo o emocional le habría puesto nombre a ese desasosiego. Se lo provocaba el silencio de Elena, pero también la posibilidad de que contestara, o la posibilidad de verla aquella tarde.

Era evidente lo que estaba pasando, aunque él se negaba, cabezón, a admitirlo. Su cabeza podía darle instrucciones a su corazón, pero este seguía siendo rebelde.

A raíz de la obra se habían intercambiado muchos mensajes. Así, sabía que la madre de la ejecutiva parecía más animada con la bajada del calor, que la cuidadora se iría de vacaciones en octubre y que andaba loca buscando una sustituta. Por su parte, él le había comentado que estaba pensando en pintar las paredes de la librería de nuevo porque el color crema se le hacía aburrido, a pesar de que solo llevaba unos meses. También había compartido con ella que Zhivago parecía más ausente los últimos días, bien durmiendo, bien mirando a través de la puerta como si esperara la llegada del mismo otoño.

Desde hacía tres días, silencio.

Él le había enviado algunos mensajes: una cita de Alcott que le había gustado de su última lectura, la recomendación de una

película finlandesa muy emotiva y original, un par de fotos de *pantones* para elegir el color de las paredes y, por supuesto, la propuesta de los finales para la sesión del Club.

Doble *check* y nada más tras cada mensaje.

La alegría de Clara, que en ese momento quitaba el polvo a los nuevos libros que habían recibido, le devolvió a la mañana que ya se iba terminando de aquel jueves, su día favorito de la semana.

—Lo que hace el amor... —comentó sonriendo al ver cómo la chica movía los pies siguiendo un ritmo que solo ella sentía.

—¿Aún puedo negarlo? —dijo Clara, risueña—. ¿O es demasiado evidente?

Acto seguido, le contó que, desde que se habían besado en la plaza, no habían dejado de escribirse. Al día siguiente, nada más salir del trabajo, Robe se había presentado en su casa.

—Me dijo que no estaba para perder el tiempo y que no pensaba dejar que yo lo perdiera. Me colocó un casco, para horror de mis padres, me subió a la moto y me llevó a la Dehesa a pasear —explicó Clara, que no montaba en moto desde que se había quedado ciega. El mecánico le había dicho que de eso se trataba: «De volver, Clara, de volver...». Cuando ella le había preguntado adónde debía volver, él la había besado y luego susurrado a su oído: «A la vida y de mi mano».

—Yo iba a decirle que nos tomáramos un tiempo, que lo habláramos, pero no me dejó... Cada vez que iba a decir algo, me daba un beso o me hacía cosquillas. Al final me preguntó: «¿Te he convencido ya?».

Ella solo pudo abrazarlo con mucha fuerza por toda respuesta.

Y ahí estaba, diez días después, brillando como una estrella, pensó Ángel.

Hasta Totó había salido ganando con la nueva situación: como perro lazarillo no tenía futuro, pero entre Roberto y Clara habían decidido quedárselo. Quién sabe si como un primer proyecto compartido, había comentado sonriente su amiga.

Comieron juntos, como habían decidido hacer todos los jueves para preparar la sesión y que Clara no tuviera que ir y venir. Luego decidieron echar una cabezadita en las butacas mientras Zhivago se colocaba en el regazo de la chica y la música suave de Bach los mecía entre sus amados libros.

Antes de cerrar los ojos, el librero comentó:

—Algo así debe de ser el paraíso...

—Solo falta Robe... —murmuró ella.

Un pensamiento atacó la mente del librero antes de que se hundiera en el sueño: «Faltan Robe y Elena».

Alguien llamó a la puerta y los despertó.

—¡Nos hemos dormido! —exclamó la chica, azorada, mientras bajaba las escaleras.

Ángel corrió a abrir la puerta: uno de los jubilados del barrio llegaba con su nieto para encargar un par de libros de matemáticas y una agenda.

La tarde se les pasó a ambos casi sin respirar. Unos minutos antes de las siete, empezaron a desfilar los miembros del club.

El primero, contra su costumbre, fue Robe, que no se molestó en disimular su principal acicate para llegar puntual. En dos grandes zancadas se plantó tras el mostrador y levantó a una desprevenida Clara por los aires.

—Como a ti te gusta, ni un minuto antes ni un minuto después.

Ella rio.

Antes de que pudiera contestar, entró Amelia con su consabida cesta de merienda.

Tico llegó en pantalón corto y sandalias, como si quisiera apurar el verano a pesar de que ya refrescaba. Zhivago, que había pasado la tarde en la buhardilla junto a la manga pastelera de sor Milagros, apareció maullando feliz. Tico fue a por el cepillo y se lo enseñó. Ambos desaparecieron tras la estantería, su lugar secreto al pie de la escalera de caracol.

Mientras los otros tres adultos se contaban la semana, Ángel parecía ausente. Desde la puerta abierta, saludó con la cabeza a un par de vecinos y al frutero, sin dejar de mirar a la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas. Solo cuando vio que Elena doblaba la esquina, se apartó de la puerta de madera, como un niño pillado en falta.

Se dirigió hacia la cafetera y la zona de sillones. Todos lo siguieron, incluso una Elena algo silenciosa y que tardó un buen rato en quitarse las gafas de sol.

—Disculpad, es una alergia... —respondió cuando le preguntaron, preocupados, por qué tenía los ojos rojos e hinchados.

Pensaron que el exceso de trabajo, las tensiones o la alergia a una crema de cara, como ella esgrimió, eran las razones de aquel aspecto. ¿Cómo imaginar que la alergia se la habían producido dos llamadas de teléfono? La primera, la que no había recibido, la había tenido toda una noche y su siguiente mañana en espera, dándole vueltas a la cabeza y al corazón en un centrifugado extremo, sollozando. La segunda, la había recibido aquel mediodía y la había dejado casi sin respiración. Era la que había cambiado su decisión de no ir a la sesión del Club de las Dos Páginas. Esa llamada también había hecho que llorara durante horas, pero también que estuviera

allí. Pero eso solo lo sabían Elena y los directores generales de su empresa en Londres.

—Esta es una sesión especial, única, en nuestro club —empezó el librero, ceremonioso.

—¡Idea mía! —exclamó Tico, que ya comía un trozo del bizcocho de almendras que Amelia había preparado.

Ángel le cedió protagonismo al pequeño.

—¿Quieres ser quien lea primero? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Lo haré yo —los cortó Robe.

Se notaba que había preparado algo para su amada Clara, así que nadie se vio con ánimo de negárselo. El joven mecánico empezó a leer los párrafos que había elegido.

> Al final termino volviendo mi corazón con el lado malo hacia fuera y con el lado bueno hacia dentro, buscando la manera de ser como de verdad me gustaría ser y como podría ser... si no hubiera otra gente en ese mundo.
>
> Tu Anne M. Frank

El silencio se ciñó sobre todos ellos.

Una lágrima resbaló por el rostro de Clara. A ella, la historia de la niña judía escondida durante el nazismo que moriría en un campo de concentración siempre le había tocado el corazón. Encerrada entre paredes, con miedo y sin voz... Así se había sentido ella muchas veces. Le sorprendió que Robe hubiera hecho esa elección, aunque recordó haberle comentado hacía un par de días cuánto le gustaba ese libro.

—Para mí tiene un gran no-final —dijo el mecánico—. Ahí todo parece posible. Cuando ella escribe eso, no sabe lo cerca que está

de que los descubran. La maldad escribirá el final de su historia, de su vida, y, aun así, no será el final, porque seguimos sabiendo quién es Anne. Vivirá para siempre en nosotros.

Todos rompieron en aplausos: la pasión con la que el mecánico había hablado le hizo pensar a Amelia qué bien le sentaba el amor al chico, y a Ángel, que la literatura estaba ganando un adepto nuevo para sus filas.

Amelia fue la siguiente en sacar su libro del bolso para enfrentarse al gran final. Ella también había cumplido con el trato que le habían propuesto Ángel y Tico.

> Pensaré en todo esto mañana, en Tara. Allí me será más fácil soportarlo. Sí, mañana pensaré en el medio de convencer a Rhett. Después de todo, mañana será otro día.

La anciana se excusó, sabiendo que aquella era más una gran película que una gran obra de literatura.

—Pero es una de mis favoritas. Me fascina Escarlata. Ama su tierra como a nada y ¡nunca se rinde! Hay que ser así: saber que mañana aún tenemos la oportunidad de cambiarlo todo.

Todos le dieron la razón. ¿Como quitársela a quien los tenía consentidos con su dulzura y sus dotes culinarias? Ángel sonrió al recordar a la tímida mujer que había entrado en su librería tan solo unos meses atrás. Nada más de imaginar que tendría que elegir un libro y defenderlo ante sus compañeros se habría negado a volver a visitarlos.

Clara levantó la mano y pidió su turno.

—He tirado de memoria. Me encanta este libro. También tiene una peli... —dijo sonriendo a una Amelia orgullosa—, pero creo que, como pasa casi siempre, la obra escrita la supera. Al menos, el final. La he elegido porque me gustaba mucho este autor, esta historia y este personaje.

Calló unos segundos antes de que, con sus manos, empezara a acariciar el libro que había traído. A todos, incluso a Ángel, aquel le parecía un acto sagrado, místico y casi mágico: las yemas de los elegantes dedos de Clara se convertían en sus ojos, en la puerta de entrada a toda la belleza que se escondía en el libro. Su cerebro era capaz de cambiar aquellos puntos y rayas por palabras. ¿O sería su corazón?

> Y allí, pensando en el viejo mundo desconocido, me acordé del asombro de Gatsby cuando descubrió la luz verde al final del embarcadero de Daisy. Había hecho un largo camino hasta aquel césped azul y su sueño debió de parecerle tan cercano que difícilmente podría escapársele. No sabía que ya lo había dejado atrás, en algún sitio, más allá de la ciudad, en la vasta tiniebla, donde los oscuros campos de la república se extienden en la noche.
>
> Gatsby creía en la luz verde, el futuro orgiástico que año tras año retrocede ante nosotros. Se nos escapa ahora, pero no importa, mañana correremos más, alargaremos más los brazos y llegarán más lejos... Y una buena mañana...
>
> Así seguimos adelante, botes contra la corriente, arrastrados sin cesar al pasado.

Todos aplaudieron también.

—*El gran Gatsby*, de Francis Scott Fitzgerald —murmuró Clara—. ¿Cómo olvidar este libro?

Las tres mujeres del grupo estuvieron de acuerdo: la pasión y la alegría, pero también la mentira y la desesperación del protagonista, les habían robado el corazón.

Fue una melancólica Elena quien reclamó entonces su momento.

A pesar de no haber contestado el mensaje que el librero le envió con la propuesta, había hecho el trabajo: había buscado un autor que la había acompañado muchas veces.

Ángel no pudo evitar que una oleada de cariño le subiera por el pecho hasta la garganta, donde la razón la detuvo antes de que lo delatara con alguna palabra fuera de lugar.

> Toda sombra es, en última instancia, hija asimismo de la luz. Y solo quien ha experimentado acontecimientos claros y oscuros, la guerra y la paz, el ascenso y el descenso, solo ese ha vivido de verdad.

El silencio ocupó aquel rincón del universo de las letras, escondido en el corazón de una pequeña librería de una pequeña ciudad donde las palabras de Zweig quedaron rebotando entre estanterías.

—*El mundo de ayer*, de Stefan Zweig. —Fue la voz de Ángel quien rompió el silencio, dubitativo sobre por qué Elena habría elegido la obra que el autor austriaco escribió en plena guerra mundial, justo antes de suicidarse.

La contempló despacio, como si tuviera miedo de leer la respuesta en sus ojos. Ella lo miró de frente con los ojos bien abiertos.

Aun así, en el caos desatado en los mismos, el librero fue incapaz de leer nada.

—Había pensado en otras obras y otros finales, pero..., a pesar de que hay quien lo considera triste, yo lo considero realista. No hay noche sin día, no hay cruz sin cara, no hay mañana sin ayer... Solo conoceremos lo que de verdad es vivir al final, cuando hayamos transitado por todas sus facetas. Hoy podemos caminar en la sombra, pero sabemos que hay días de luz.

Clara asintió: ella había caminado en el frío, sintiéndose invisible y sola, hasta que Robe llegó, llenando su camino de calidez. No sabía qué pasaría a partir de ahora, era demasiado pronto, pero sabía que ella no era invisible ni lo sería nunca más. Eso se lo había regalado el mecánico.

Alargó su mano y buscó la de su amiga Elena, que, para su sorpresa, encontró fría y temblorosa. No dijo nada porque intuyó que, fuera lo que fuera lo que estuviera atravesando, se lo contaría cuando estuviera preparada.

Elena los miró a todos despacio. Ese era su epitafio para el Club de las Dos Páginas. Había dedicado muchas horas a pensar qué leería porque... sería el final de ese libro, pero también de su relación con aquellas personas entrañables. Solo ella lo sabía. Ese secreto le pareció una carga imposible para sus hombros y su corazón, era capaz de hundirla hasta un fondo desconocido.

La suave mano de Clara resultó un ancla de hierro en ese momento. Quedó a la deriva, pero a flote. Respiró hondo y clavó su mirada en la de Ángel, pidiendo auxilio, pero sabiendo que ya era inútil, como si sus ojos fueran una bengala húmeda, incapaz de prender.

El tiempo iba pasando. Entre lectura y lectura, todos opinaban sobre lo escuchado. El bizcocho, el café y la leche iban volando de mano en mano.

Contra todo pronóstico, Zhivago no había pedido su ración. Desde que habían comenzado a leer, no se había movido de su almohadón, con la cabeza sobre las patas. Solo cuando Elena cerró el ejemplar de Zweig y lo guardó en su bolso, el gato empezó a desperezarse. Como si pidiera permiso, se plantó frente a la ejecutiva, quien golpeó sus rodillas como toda respuesta. Fue suficiente para que Zhivago saltara y se acomodara sobre ellas. En dos segundos, volvía a dormitar.

—Me toca a mí —interrumpió Tico las conversaciones y pensamientos de todos.

—No tienes ningún libro en las manos —observó Ángel.

—Lo traigo escondido en la mochila —le respondió, misterioso, mientras la abría—. Quiero que cerréis los ojos, a ver si adiviináis el título.

Sus compañeros se avinieron a la norma y cerraron los ojos justo en el momento en que el miembro más joven del club sacaba un

libro con cuidado.

—Mire —le dijo—. ¿No le parece curioso? Mire quién camina a través del prado.

Al mirar, la señora Medlock levantó los brazos y dio un pequeño chillido, ante el cual los sirvientes que la rodeaban se acercaron para mirar también. Los ojos casi se les salieron de las órbitas.

Caminando por el prado, radiante de felicidad, venía un señor Craven desconocido para la mayoría de los empleados. A su lado, Colin, con la cabeza en alto y los ojos llenos de risa, avanzaba fuerte y firmemente como cualquier niño de Yorkshire.

Nadie abrió los ojos. Unos perdidos en sus propios pensamientos y otros tratando de recordar a qué novela pertenecía aquel final.

—Y con vosotros acabo el libro —dijo Tico cerrándolo— y ya se lo puedo devolver a su dueño. Un préstamo es un préstamo.

Alargó el volumen y se lo entregó a Ángel, que no necesitó abrir los ojos para saber que se trataba de *El jardín secreto*, el libro que le había prestado a un dudoso Tico el primer día que se conocieron. Parecía haber pasado una vida desde entonces.

El librero sonrió a su amigo, mirando el ejemplar en sus manos. A continuación, hizo dos cosas que sorprendieron a todos.

Se levantó sin decir nada, se dirigió al mostrador y tomó un bolígrafo.

En la primera página, ante un atónito niño, escribió:

Tico, Teruel, primavera y verano

—Toma, préstaselo a algún compañero o compañera del cole que creas que necesita un amigo que lo acompañe algunos días —suspiró—, con una sola condición... Que, como nosotros, lo haga circular.

Una lágrima rodó por la mejilla de un emocionado librero. Recordó cuántas veces había leído esa historia con su padre, tantos años atrás. Allá sentado frente a un desconcertado Tico, que dudaba si

volver a guardar el volumen o no, se alegró infinitamente de haber traspasado a una nueva generación aquel amor de su padre por esa historia. Sintió que, al hacerlo, le rendía un bonito homenaje al médico que había dejado aquella ciudad para buscar un futuro para él y su familia.

Vista desde el cielo, aquella tarde El Sueño de Constanza parecía una burbuja de emociones a punto de explotar. El corazón de Elena bombeaba su propia tristeza bajo la presión de aquel secreto que se negaba a aceptar. El de Robe y Clara lo hacía con la pasión de una primavera que para ellos comenzaba. El de Amelia y Tico con orgullo del sano. Ángel, quien debía leer el final que había elegido con cariño, se sentía en un torbellino difícil de clasificar. Hombre dado a pocas pasiones, estaba desbordado.

> Años después de la guerra, después de las bodas, de los hijos, de los divorcios, de los libros, llego a París con su mujer. Él le telefoneó. Soy yo. Ella le reconoció por la voz. Él dijo: solo quería oír tu voz. Ella dijo: soy yo, buenos días. Estaba intimidado, tenía miedo, como antes. Su voz, de repente, temblaba. Y con el temblor, de repente, ella reconoció el acento de China. Sabía que había empezado a escribir libros. Lo supo por la madre a la que volvió a ver en Saigón. Y también por el hermano menor, que había estado triste por ella. Y después ya no supo qué decirle. Y después se lo dijo. Le dijo que era como antes, que todavía la amaba, que nunca podría dejar de amarla, que la amaría hasta la muerte.

Calló de golpe, en seco.

En ese instante, supo que se arrepentía de haber elegido *El amante*, de Marguerite Duras, para leer. Aunque no sabía muy bien por qué. ¿Tal vez porque había hecho llorar a Elena tras las gafas de sol que había vuelto a ponerse? ¿Tal vez porque él, que siempre había creído amar así a Constanza, estaba a punto de descubrir que no era cierto? No lo sabía ni lo sabría nunca, pues en aquel preciso instante sonaron las campanas de la catedral, que rompieron el

encantamiento que parecía haberse posado sobre las cabezas de los miembros del Club de las Dos Páginas.

La primera en levantarse fue Amelia.

—Tengo a mis cuñados a cenar en casa. Me voy rápido y nos vemos la semana que viene —lanzó al aire mientras se levantaba, tomaba el bolso y agitaba el brazo camino de la puerta.

Ya no tenía que esperar a Clara: era evidente que la chica prefería volver a casa con Robe, robando tiempo al tiempo para estar juntos. Aun así, fue Tico quien salió corriendo tras la anciana.

—No quiero llegar tarde a casa, que hoy ceno con mi madre. Entra en el turno de las diez a trabajar —dijo a modo de disculpa mientras, emocionado, guardaba su libro en la mochila—. Gracias... —musitó, mirando a Ángel justo antes de cerrar la puerta tras de sí.

Entonces fue Elena quien, rápidamente, depositó a Zhivago en el suelo. El gato no se quejó, como si entendiera que la mujer no podía quedarse ni un minuto más en la librería y menos aún a solas con Ángel. Tenía que salir antes que Robe y Clara, que ya se estaban despidiendo del librero, o rompería a llorar sin motivo.

Mientras se colgaba el bolso, lanzó una mirada furtiva a la estantería del fondo. Con la imaginación, subió la escalera de caracol, entró en la buhardilla y descubrió el libro abierto que descansaba en la mesita de noche del librero.

Al dirigirse a la puerta para perderse en la puesta de sol, trató de grabar en su memoria aquella mesa con las butacas alrededor, el color verde oscuro de las estanterías y el pequeño escaparate que con tanto esmero decoraba Ángel.

Con la puerta abierta, se giró y lanzo un adiós que el desconcertado librero trató de atrapar como si fuera el hilo de una cometa. Quería atraerla hacia él, pero no sabía cómo ni por qué. Así

que, una vez más, simplemente respondió con un adiós de conveniencia.

Clara y Robe le respondieron con una sonrisa mientras decidían si se iban a cenar o a un concierto. Le pidieron consejo a Ángel, que solo era capaz de mirar a Zhivago. El gato había seguido lentamente a Elena. Se había subido al mostrador de un salto y había pegado su nariz al cristal, justo a tiempo para ver como ella, casi como un ánima en pena, se arrastraba lentamente por el callejón sin mirar atrás.

Antes de doblar la esquina, se detuvo.

Zhivago levantó las orejas y se puso de pie. Si ella se volvía a mirarlo, sería capaz de hacerla regresar. No sabía cómo, pero echaría mano de todos los recursos aprendidos en sus siete vidas para lograrlo.

Pero Elena no se giró.

Simplemente, sacó el móvil del bolso y marcó un número.

—Está bien, acepto. Realmente, París es un buen destino. Mañana cojo el tren de las nueve y media, voy a Zaragoza y hablamos de los detalles.

34

En el último segundo

A las seis de la mañana de un viernes de septiembre, la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas dormía. Un sol tímido remoloneaba en las esquinas sin decidirse a entrar todavía y, sin viento, ni los papeles olvidados se movían. Solo el silencio campaba a sus anchas, acariciando y protegiendo los sueños de los vecinos entre las sábanas. Las fachadas, con las persianas bajadas y las puertas cerradas, protegían a sus habitantes de la próxima llegada de un nuevo día que amenazaba nublado y frío.

Solo una figura, borrosa y fuera de contexto, amenazaba la calma de los adoquines y de dos de los vecinos más apreciados de la calleja, que dormían felices e ignorantes.

Desde la esquina norte, la misteriosa figura contemplaba los escasos portales como si fueran un espejismo. De no ser por la tenue sombra que proyectaba sobre la calzada, se podría decir que estaba más ausente que presente: callada, inmóvil y respirando entrecortadamente. Vestía un traje chaqueta de lino gris y una camiseta negra; cargaba con una bolsa de viaje pequeña de ante y llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Completaba su estampa con unas argollas plateadas a juego con un largo collar fino y un anillo en el dedo corazón.

La figura suspiró. Se apoyó en la pared entre dos afiches que anunciaban manzanas y brócoli a buen precio y dejó la bolsa en el

suelo. Pareció medir distancias y contar pasos. Resopló como si ese nimio gesto ya la hubiera agotado. O quizá la posibilidad de recorrer aquel camino que, dadas las dimensiones de la calleja, no podía ser largo.

Abrió la bolsa y extrajo un sobre. Con un gesto extraño, se lo acercó a la cara y lo olió. Cerró los ojos al besarlo. Aún con ellos cerrados, empezó a caminar, agarrada a él como si fuera un tesoro y no un trozo de papel.

Se paró al cabo de unos pasos. El sonido de sus tacones la desasosegaba. Se los quitó y, al hacerlo, no pudo evitar recordar un día de lluvia en el que, en aquella misma calle y frente a la misma puerta que estaba ahora, había hecho aquel gesto. Entonces fue por no estropear los zapatos; ahora era por no despertar a los que aún dormían creyendo que el día les podía sonreír, regalarles un sueño hecho realidad por pequeño que fuera. Ella, Elena, sabía que no, que el suyo, el más grande que había tenido en los últimos tiempos, dormiría para siempre entre las estanterías de aquella pequeña librería.

Detenida ante el pequeño escaparate, no pudo evitar mirar a través del cristal. El interior seguía casi igual que la primera vez; casi, porque, una inundación después, por fin había orden en los estantes.

Recordó cómo le había sorprendido, en aquella tarde lluviosa, no encontrar el hilo lógico que mantenía el caos a raya entre tantos libros que no estaban clasificados ni por género ni por países ni por orden alfabético ni por... Le pareció ver a Pasternak saludando a Anna Karenina, quien la había hecho volver por segunda vez a la librería. Y tras la segunda, la tercera y la cuarta, hasta que un gato, un librero y un pintoresco club de lectura habían conseguido convertirla en un hogar.

Después de las jornadas maratonianas en el aeropuerto, huyendo de la pena de ver a su madre enferma, allí había encontrado calidez, amigos y buenas lecturas.

Sintió una rabia pequeña y molesta que le mordía por dentro: ¿por qué y cómo había dejado que todo eso se pusiera en peligro? A su edad, como una adolescente, se había enamorado de Ángel, de su voz aterciopelada pero rugosa, de sus canas abandonadas en un cabello siempre a medio peinar, de su corazón acogedor y sereno, de sus palabras siempre a tiempo, de su manera paciente de enseñar a Tico, de su perseverancia para llevarlos a todos ellos a superar sus miedos... Todo eso sin darse importancia. Ángel no era consciente del poder que ejercía sobre sus vidas: la de la joven Clara, que había reencontrado su pasión por los libros y un oficio; la de un Roberto enamorado y apasionado; y la de la temerosa Amelia, que se había hecho grande desde que cruzara ese umbral.

¿Y qué decir de la influencia que tenía en su vida? ¿Como podía no darse cuenta? O, peor aún, ¿cómo podía jugar así con ella?

Todos habían ganado con el librero.

Ella había perdido. Le había entregado sus ilusiones, pero... ¿qué le había entregado él?

—Te odio y te amo por eso, Ángel —murmuró, sin dejar de mirar el mostrador, la caja registradora, a la vez que intuía escondidas las butacas, la máquina de café y la pequeña mesa alrededor de la cual se había sentado varias tardes.

Suspiró.

Era cierto que nunca se había sincerado con él: en secreto, siempre había esperado que Ángel supiera leer sus miradas, el doble sentido de sus mensajes... Pero no, no lo había hecho. Y Elena no estaba dispuesta a ponerse en evidencia: tenía miedo de que le volvieran a romper el corazón.

—Esto no tiene sentido. París me espera —murmuró mientras dejaba el sobre contra la puerta, como había visto hacer a tantos repartidores.

Algo la retenía y no sabía muy bien qué.

Elena sabía que aquellos meses en Teruel habían sido un paréntesis que la vida le había regalado. El cemento que mantenía su vida en pie estaba hecho de viajes, reuniones y bares de moda, de destinos exóticos en vacaciones y vestidores con trajes de chaqueta y zapatos de tacón. Los clubs de lectura, las obras de teatro en la calle, las madalenas caseras y las conversaciones adolescentes bajo la luna y en la plaza, por mucho que la hubieran hecho feliz por un tiempo, eran espejismos de una vida que habría podido ser suya..., pero no iba a serlo.

Apoyó la frente en la madera de la puerta: siempre le había gustado aquel toque modernista nostálgico en la entrada. Cerró los ojos un segundo, tratando de grabar todo lo que había visto y, de golpe y sin dudar, regresó a la esquina, recogió su bolsa, se puso los zapatos y salió taconeando del universo de la que por siempre sería su librería favorita.

Las campanas de la catedral anunciaron que ya eran las seis y media. Suspiró: ¿cuánto tiempo tardaría en volver a escucharlas? Sacudió la cabeza: la nostalgia no le ayudaba. Si bajaba paseando a buen ritmo, podría tomarse un café en la estación antes de que llegara el tren de las ocho.

Aceleró el paso y lo hizo sin saber que, en ese momento, un gato blanco y viejo se despertaba de golpe. Se le había acelerado el corazón sin una razón clara. Zhivago miró a su alrededor: no había perros ni ratones, dos de los motivos que, en su juventud, le daban taquicardia. Estaba confuso, últimamente nada funcionaba como antes.

Miró a Ángel, que seguía durmiendo tan tranquilo.

Maulló asustado.

Ángel tosió, se giró y siguió durmiendo.

Su socio maulló mucho más fuerte.

—¿Qué pasa, Zhivago? Aún es muy pronto... —El felino maulló tres veces seguidas y muy agudas. Ángel se incorporó y lo buscó con la mirada—. ¡Nadie decente anda despierto a esta hora, sigue durmiendo!

Zhivago saltó sobre la cama en un arresto de chulería que pagaría el resto de la jornada. Subió por la panza de Ángel y se quedó plantado mirándolo. Acercó una pata y le rozó la mejilla una y otra vez.

—Entendido, comida, quieres comida... —murmuró el librero, quien lo apartó suavemente antes de levantarse para ir a la cocina.

Aprovechando que estaba de espaldas, Zhivago se escabulló de la buhardilla. Bajó las escaleras de caracol y, desde el centro de la librería, empezó a maullar nuevamente.

—¡Esto es el colmo! —oyó que decía el librero desde la buhardilla.

El gato se puso a dar vueltas por la librería como si hubiera perdido algo. Ángel, que bajó con el bol de su comida, lo vio subirse a la mesa del café y quedarse en el centro, contemplando las butacas del Club de las Dos Páginas.

—Puesto ahí pareces un maestro de ceremonias...

El gato maulló de nuevo. Saltó y se subió a su almohadón sin dejar de mirar a su socio humano.

—¿Quieres que te lea? ¿Tan pronto? —le preguntó, sorprendido.

Muchas mañanas empezaban así su rutina. A Zhivago le gustaba escuchar, cuando empezaba un libro nuevo, las dos páginas reglamentarias. Pero solían hacerlo cuando el gato ya había

desayunado y él tenía un buen café entre las manos. Por alguna razón, su socio felino parecía tener prisa ese día.

—No sé qué libro empezar... Déjame pensar —murmuró mientras ponía la máquina de café en marcha.

Zhivago se movió inquieto. Ángel vio que sobre la mesa quedaba un libro de Stefan Zweig, olvidado allí no sabía cómo.

—¿Por qué no? Claramente, hoy no va a ser un día normal —dijo el librero sin saber aún cuánta razón tenía—. Ayer leímos el final de los libros, leamos ahora el principio de este.

Con la taza de café servida y un más tranquilo Zhivago, que no le quitaba la vista de encima, Ángel empezó a leer:

> Cuando por la mañana temprano el famoso novelista R. regresó a Viena después de una refrescante salida de tres días a la montaña, decidió comprar el periódico. Al pasar la vista por encima de la fecha, recordó que era su cumpleaños. Cuarenta y uno, se dijo, pero esta constatación no le agradaba ni le desagradaba. Echó un vistazo a las crujientes páginas del periódico y se fue a su casa en un coche de alquiler. El mayordomo (...) le entregó el correo acumulado en una bandeja. (...) vio una carta con caligrafía desconocida y apariencia demasiado voluminosa que, en principio, dejó de lado. (...)
>
> Era un pliego de unos veinticinco folios escritos precipitadamente con letra femenina, desconocida y nerviosa; más que una carta parecía un manuscrito. Palpó de nuevo el sobre, instintivamente, por si encontraba alguna nota aclaratoria. Estaba vacío. En él no había más que aquellas hojas; ni la dirección del remitente ni tan siquiera una firma. Qué extraño, pensó, y cogió nuevamente la carta. «A ti, que nunca me has conocido», ponía como encabezamiento, como si fuera un título.
>
> Perplejo, se planteó: ¿iba esto dirigido a él o a una persona imaginaria? De pronto se despertó su curiosidad, y empezó a leer:
>
> Mi hijo murió ayer.

Dejó el libro sobre sus rodillas. Zhivago dormitaba, acunado por su voz y por el poder de la rutina que ambos habían construido en esos meses. Dando pequeños sorbos a su café aún caliente, Ángel perdió la vista entre las estanterías. Su mente divagaba también.

Constanza había sido hermosa, de joven y en su madurez. Ya nunca sabría si en la vejez también lo habría sido. Para él, su imagen viajaba congelada en su memoria, inmune a las arrugas y al dolor, por fin, para siempre.

Contra lo que hubiera sucedido unos meses atrás, ese pensamiento no le trajo pena sino cierto consuelo. A veces, mente y corazón no navegan en armonía: esa mañana, sin transición, la primera llevó a Ángel a pensar en Elena. Su corazón acogió ese pensamiento con alegría serena: el cabello fuerte y negro de ella era bello, como su mirada decidida. Cuando pensaba, una pequeña arruga cruzaba su frente y, si miraba a lo lejos, entrecerraba los ojos, apareciéndole unas pequeñas marcas en las comisuras. Sus manos, que pasaban las hojas de los libros con ansia, tenían algunas manchas que a él le parecían adorables.

«Elena es bella en su madurez y, seguramente, lo será en la vejez. Su seguridad, su discreción y su generosidad la hacen así», se dijo.

A Elena sí podía verla envejecer y admirar esa belleza. Esa idea le provocó una alegría inusitada y empezó a martillear en su cabeza: a Elena sí podía verla envejecer, a Elena sí podía verla envejecer... Le pareció un regalo inmenso e inmerecido que el universo le había llevado hasta su refugio.

Constanza era y sería siempre su amor de juventud. Elena podía ser el de la vejez. No eran incompatibles. ¿Cómo podía haber imaginado que lo eran? A veces hay que madrugar para ver con claridad, pensó al oír cómo las campanadas daban las siete.

Aprovechando que el gato dormía y que aún faltaba un buen rato para abrir la tienda, decidió salir a dar una vuelta. Nunca había visto la ciudad tan temprano: iría hasta la Dehesa, junto al río, y luego ya vería.

Subió a ducharse y se preparó para salir. Un cuarto de hora después, cuando abrió la puerta de la librería, un sobre cayó sobre sus pies.

Se agachó para recogerlo.

No había oído al cartero, se extrañó.

Pero aún más se extrañó al abrirlo: dentro había una libreta. Nada más.

Entró de nuevo en la tienda y fue hacia el mostrador, donde la apoyó para abrirla. «La letra no es de Tico», se dijo, como si nadie más pudiera hacerle semejante envío.

La hojeó buscando una pista, pero no encontró ninguna, y entonces decidió leerla con más prisa que atención, hasta que se dio cuenta de que aquello era más que un cuaderno: era un pedazo de corazón que alguien le entregaba.

Ángel perdió el equilibrio y se le dificultó la respiración al comprender, aunque no del todo, que Elena le entregaba el cuaderno en el que le había dicho que escribía cada noche la historia de su familia.

A la tercera o cuarta página descubrió que ahí la única historia, o mejor dicho, no-historia que se explicaba era la suya, la de ambos.

Se apoyó en el mostrador y leyó todo el cuaderno del tirón. A cada párrafo, era como si alguien le quitara un trozo de venda de los ojos. ¿Así lo veía Elena? ¿Eso sentía por él? ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta?

Empezó a llorar sin control, y las palabras se le volvieron borrosas.

Eran lágrimas dulces. No amargas ni saladas, como las que había derramado el último año. Eso le sorprendió y le robó una sonrisa.

Miró hacia la zona de café: estuvo tentado de despertar a Zhivago para compartir con él aquel descubrimiento. ¡Elena lo amaba!

Mucho más sabio que él, el gato le hubiera dicho que el quid de la cuestión no era ese: «¿Tú la amas? Esa es la pregunta que deberías hacerte». Sin embargo, su socio felino dormía y tuvo que ser la propia libreta quien le lanzara aquel reto a la cara.

En la última página solo había escritas unas pocas frases, con una caligrafía que denotaba dudas y prisa y contrastaba con el resto del escrito, que era amoroso y calmado.

> A las seis de la mañana de un viernes de septiembre, la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas dormía. Solo una figura, borrosa y fuera de contexto, amenazaba la calma de los adoquines y de dos de los vecinos más apreciados de la calleja, que dormían felices e ignorantes.
>
> Elena se acercó hasta la puerta de El Sueño de Constanza, descalza, como había llegado la primera vez. Si tenía que marcharse en el tren de las ocho, no podía llevarse con ella ese trozo de corazón que había sido suyo. Ya no le pertenecía porque en él se había grabado a fuego el nombre de un librero. Con mucho dolor, algo de rabia y miedo, se lo arrancó y lo metió en un sobre. La esperaba su vida y no podía perder más tiempo. Como los ladrones de medianoche, sin llamar y a hurtadillas, desapareció camino de la estación. Eso sí, cruzando los dedos: ojalá Ángel cuidara de aquella libreta y su amor de verano como ella lo había cuidado. Un amor inconcluso, sin final, acabado como una mala historia en puntos suspensivos...

Ángel leyó una y otra vez aquel párrafo, como si buscara la clave de un acertijo que lo ayudara a entender qué, cómo, cuándo, por qué... O quizá lo que buscaba era la respuesta a la única pregunta que en ese momento importaba: ¿qué sentía él?

Sonaron de nuevo las campanas. «¿Por quién doblan las campanas?», pensó que le preguntaba Hemingway.

Tuvo muy claro que era por él y que si no se daba prisa doblarían a muerto. Porque sí, porque quería a Elena, no sabía si con tanta fuerza como ella a él, pero si no corría hacia ese tren, ya nunca podría averiguarlo. Porque sí, porque en una vida cabían dos amores leales y él tenía derecho a vivirlos.

Con todas esas certezas, echó a correr sin preocuparse siquiera de cerrar la puerta de El Sueño de Constanza, donde un Zhivago, por fin feliz aquella mañana, movía la cola y maullaba desde el centro del escaparate.

Ángel corría y corría con la libreta en la mano.

Bajó las escaleras de la plaza del Óvalo, encomendándose a los amantes de Teruel, que lo veían saltar de escalón en escalón desde el mural de mármol.

Al ver la estación, se detuvo un segundo. Miró el reloj: el verdugo del tiempo le había concedido dos minutos. Pidió un bolígrafo a la taquillera y, en una esquina, esbozó rápidas unas frases.

No fue lo bastante rápido.

El pitido del tren le anunció que el final ya estaba escrito.

O no, se dijo y, sin reconocerse, saltó por encima de los controles y corrió hacia la vía en la que un tren se ponía en marcha muy lentamente. Corrió buscando entre los rostros asomados a las ventanas, desesperado, hasta que la vio.

Elena estaba de pie tras una de las puertas del tren, como si hubiera intuido, o quizá deseado, que él llegara en el último momento. O hubiera dudado en el último momento si subir o bajar de aquel caballo de hierro.

No había tiempo: le alcanzó con dificultad la libreta, ante la mirada extrañada de ella. No pudo decirle nada porque de inmediato cayeron sobre él dos fornidos hombres de seguridad que se lo llevaron a rastras mientras una desesperada Elena se hacía pequeña en el horizonte.

—No tengo tiempo para explicaciones... —le repetía en el despacho a un nervioso jefe de estación.

—De usted no me lo esperaba, Ángel, mire que parecía serio y educado...

—Lo parecía y lo soy, pero le prometo que se lo contaré luego.

—El tren ya ha salido.

—Pero para en la siguiente estación.

—Sí, pero no se puede subir si no tiene billete y...

—¡Es que no quiero subir!

Al final, con la promesa de que no volvería a hacerlo y un descuento para las próximas compras del jefe de estación en la librería, Ángel pudo dirigirse a la parada de taxis.

Veinte minutos después, entraba corriendo en la siguiente estación.

Creía que el corazón se le saldría por la boca, pero lo que pasó fue que se le paró en seco al ver el andén vacío. Era un pequeño pueblo, apenas una parada que muchas veces nadie utilizaba, pero él no necesitaba encontrarse con decenas de personas, solo con una. Una mujer elegante y segura de sí misma que llevaría una libreta en la mano. Una libreta en la que él había escrito:

> Pero Ángel últimamente se comportaba como un hombre extraño que ni él mismo podía reconocer. Por eso decidió que no quería cuidar ese trozo de corazón, que quería cuidar el corazón entero. Y no solo un invierno, sino todos los inviernos que estuvieran por llegar. Como quería que ella, Elena, cuidara del suyo, con sus cicatrices y sus secretos, pero que él le ofrecía esperanzado.

Bajo el texto había dibujado un gran corazón.

Suspiró. O Elena no había leído el texto o ya era demasiado tarde para que cambiara de opinión.

Un bocinazo del taxi le recordó que el conductor lo esperaba fuera.

Se dirigía para allá cuando un sonido conocido, un repiqueteo que anunciaba la llegada de alguien, lo detuvo.

Ángel se quedó quieto. Cerró los ojos. ¿Y si era ella? ¿Y si no lo era?

No quería moverse para no decantar al universo del lado incorrecto. Quizá si no respiraba, si no se movía, podría quedarse en ese instante en que todo era posible, o provocar con la fuerza de su deseo que la realidad se amoldara a su sueño.

Una mano se posó sobre su hombro.

Abrió los ojos.

No necesitó girarse: reconocería la punta de esos dedos en cualquier momento y lugar.

Agarró esa mano y, como un tonto, solo acertó a decir:

—Fuera nos espera un taxi para llevarnos a casa.

Dicho esto, la besó tiernamente, como el prólogo de todos los besos que tendrían que llegar en la historia que estaban a punto de escribir juntos y que no cabía en esa libreta que ella seguía agarrando como su mayor tesoro.

Siguieron caminando juntos sin decirse nada más, se sentaron en el taxi y se acurrucaron uno junto al otro, lo más cerca que nunca habían estado.

Ángel pensó que, de momento, no hacían falta más palabras: en aquella frase se englobaba para él todo lo importante: la primera persona del plural y su hogar.

Ni él pertenecía a otro sitio ni ella podría ya pertenecer tampoco. Aquella pequeña ciudad, una calleja de adoquines y esa librería de clásicos eran todo su universo. Ninguno de los dos necesitaba más.

Llegarían otros días con sus momentos, otras semanas con sus palabras, pero no había prisa. Ambos sabían que las buenas historias se escriben poco a poco, sobre todo, cuando son a cuatro manos y están destinadas a ser para siempre.

EPÍLOGO

Ahí estaban todos viviendo un día cualquiera.

Eran los favoritos de Zhivago. Siempre lo habían sido, en esta séptima vida y en las anteriores.

Un día de esos en los que no pasa nada y, sin embargo, cuando años después vuelves la vista atrás, ha pasado todo. Los sabios como Zhivago saben que viene a ser lo mismo.

Todo y nada, siempre y nunca, sí y no se dan la mano en muchos universos paralelos. Eso andaba pensando Zhivago esa mañana mientras se acicalaba, en medio del lío que había montado en El Sueño de Constanza.

Ángel daba instrucciones a Amelia sobre cómo cerrar caja mientras Clara atendía a una clienta dudosa sobre qué libro regalar a su abuela. Algo moderno pero clásico, quería. Roberto ayudaba a bajar las maletas a Elena por la escalera de caracol justo en el momento en que sonó el teléfono.

Uno de los jubilados del barrio, que se había pasado para desearle buen viaje al librero, fue quien contestó, dejando con la palabra en la boca al pobre frutero, que solo había ido a llevar un regalo.

—¡Es Tico desde Suecia! —gritó.

Todos dejaron de hacer lo que hacían.

—Aquí hace más frío que en Teruel, os echo de menos, qué estáis leyendo, yo no leo nada, patino todos los días, mis hermanos son geniales, no me gusta la comida, mi madre viene mañana, volveré

en verano... Ah, tengo muchos amigos, pero ninguno ha oído hablar de los amantes de Teruel ni ha peinado un gato en su vida.

Todos rieron. Luego se cortó la llamada.

Elena aprovechó para decirle a Ángel que, si no corrían, perderían el tren y luego el avión y nunca llegarían a su luna de miel.

Roberto aprovechó para besar a Clara delante de una clienta escandalizada, y Amelia para pedirle consejo al frutero sobre todo eso de cuadrar caja. El jubilado desapareció murmurando algo de una partida de dominó.

Zhivago miraba todo desde el centro de aquella librería que era su hogar.

Zhivago lo miraba todo desde la esquina del escaparate donde Ángel había vuelto a colocar un papel que decía:

SE BUSCAN LECTORES DE DOS PÁGINAS PARA FORMAR UN CLUB DE LECTURA

Zhivago lo miraba todo desde la puerta con algo de nostalgia anticipada.

Zhivago lo miraba todo desde la esquina de la calleja de la Estrella de las Ocho Puntas, sintiéndose de nuevo ligero.

Volvía a ser primavera, se dijo, mientras subía por el canalón de la frutería.

Habían pasado casi dos años desde que escuchara a un triste hombre de mediana edad leerle *Doctor Zhivago*, pensó, caminando por los tejados. Todo había cambiado y mucho más en el corazón de su socio, como en el de todos aquellos humanos que ya eran su familia.

De teja en teja, fue olvidando sus nombres uno a uno: Roberto, Tico, Clara, Amelia, Elena... Ángel.

Y su alma fue de nuevo libre, sin apegos ni rutinas.

Era hora de saltar a su octava vida y dejar que sus amigos fueran felices, como prometían tantos cuentos que se guardaban en aquel cascarón de dos pisos que ya había dejado atrás.

Las perdices ya se las comería él, pero a saber dónde, pensó.

Quizá, con algo de suerte, cerca de sor Milagros de nuevo.

Y es que él era gato de muchos cariños, aunque de un solo amor.

LISTA DE LIBROS INCLUIDOS EN ESTA NOVELA

Querida lectora, querido lector:
Tal vez, tras leer esta novela, sientas el deseo irrefrenable de formar parte del Club de las Dos Páginas. Si amas las buenas historias, si te fascina hacer amigos de carne y hueso o de tinta, compartir una tarde charlando de lo divino y lo humano gracias a un autor cualquiera… bienvenido, bienvenida, desde ya mismo.

Solo hay un requisito imprescindible, impuesto por Zhivago: leer las dos primeras páginas de todos los libros que nuestros socios ya leyeron. Aquí va una pequeña lista.

Y, cuando acabes con ellos, ¡busca entre estas páginas! Clara te recomendará un montón de títulos más, Ángel te compartirá otros cuantos mientras se bebe un buen café y Roberto te regalará los que compró para su plan de conquista.

Que en ellos encuentres tanta felicidad como nosotros.

Ángel

Doctor Zhivago de Boris Pasternak
El jardín secreto de Frances Hodgson Burnett
El mago de Oz de L. Frank Baum
Matar a un ruiseñor de Harper Lee
Historia de dos ciudades de Charles Dickens
La isla del tesoro de Robert Louis Stevenson
Mi hermana la vida de Boris Pasternak

Alicia en el país de las maravillas de Lewis Carroll
El ruido y la furia de William Faulkner
Los tres mosqueteros de Alejandro Dumas
Al faro de Virginia Woolf
La Odisea de Homero
Anna Karenina de Leon Tolstói
Los amantes de Teruel de Juan Eugenio Hartzenbusch
La vida de Helen Keller
Un haiku para Alicia de Francesc Miralles
Neko Café de Anna Solyom
El principito de Antoine de Saint-Exupéry
*Poema*s de Emily Dickinson
Los hijos del capitán Grant de Julio Verne
La cabaña del Tío Tom de Harriet Beecher Stowe
Mujercitas de Louisa May Alcott
El diariode Ana Frank de Anne Frank
Lo que el viento se llevó de Margaret Mitchell
El libro del desasosiego de Fernando Pessoa
El gran Gatsby de F. Scott Fitzgerald
El mundo de ayer de Stefan Zweig
El amante de Marguerite Duras

AGRADECIMIENTOS

A Sandra y Berta Bruna, mis agentes, por hacer el milagro una y otra vez de que mis historias no sean solo mías. A Rosa, mi editora, por tener siempre una mirada cariñosa, una lectura amable y una palabra certera. A Francesc, por traerme desde la India una tarjeta de una librería y su club de lectura, semilla de El Sueño de Constanza. A Miguel, el Willy Fogg de esta historia, por su *savoir faire* y su alma bonita.

Esta novela era solo un sueño y algunas frases cuando recibí la llamada que toda escritora espera. Yo estaba en Teruel, con mi prima Rosa, Ramón y mi amiga Elena. Era este un viaje años aplazado para reconocer las calles por las que algunos de mis ancestros caminaron. Una parte de ellos nació en esta sobria y dura tierra. Un día, como tantos, mi padre emigró a Barcelona y empezó su propia historia y la mía. Pero en la sierra de Albarracín duerme nuestra memoria. Por eso, todo pasa a la sombra de la torre del Salvador que cruzarían mil veces mi abuelo Vicente y mi abuela Rosa, en el Mausoleo de los Amantes o en la Glorieta, por la que paseaba mi tía Rosita con sus amigas y mi tío Máximo. Este cuento largo es en realidad un homenaje de la bisnieta de la Vicenta —una mujer analfabeta que sufrió muerte, guerra y trabajo duro—, o sea yo, a todas las mujeres y hombres que fueron para que ella fuera. Es, después de tanta lucha y amor, un sencillo acto de justicia del destino. Yo solo soy un pequeño lápiz quebrado en sus manos. Un abrazo de letras a todos y todas, Doñate y Moreno. Y a Belén, mi

primera amiga turolense, por esa amistad preciosa que es larga conversación mantenida desde los dieciocho años hasta hoy, sin permitir que ni kilómetros ni años nos la interrumpan: cada palabra y cada silencio han valido la pena. También es una historia dedicada a la ciudad de Teruel, que paciente me ha esperado con su memoria, sus tesoros y gente bonita una vida entera, hasta que pude encontrar el camino de vuelta para abrazarlos a todos.

Los personajes de este libro han cobrado vida y me han acompañado en meses difíciles. A pesar de ello, o quizá por ello, están llenos de esperanza y luz. Quiero agradecerles que no me hayan dejado caer mientras me recuperaba de un par de operaciones, de la muerte de mi amiga Eva y de la de mi querida tía Adelita —y todo lo que esos tiempos conllevan de preocupación, incertidumbre o dolor—. Como tampoco me han dejado caer tantos amigos y amigas de carne y hueso, tantos conocidos, vecinas, compañeros y compañeras... Para ellos, para ellas, mi admiración y cariño por siempre. Escribir nombres para hacerles justicia me llevaría a ser injusta con otros que se quedarían en el tintero. En el corazón, vais todas y todos, bien protegidos. En mi memoria, bien grabados. De sobra sabéis quiénes sois los que, con pequeñas dosis de alegría y cariño, me habéis mantenido en pie.

Esos meses difíciles me reafirmaron en algo que ya sabía: «Uno a uno somos mortales. Juntos, eternos» (lo dijo Apuleyo, hace casi dos mil años). Contad conmigo, siempre, para todo, para nada. Gracias a los y las que me hicieron croquetas, me cuidaron, me visitaron, me abrazaron, me hicieron reír o me aguantaron mientras me quejaba, me dejaron un magneto, hicieron bandejas o pintaron mandalas, me regaron las plantas, me curaron heridas, me regalaron merengues o bombones, me trajeron té, me enviaron libros, me regalaron sororidad pintada o una llama por pintar, me llamaron y

escribieron, me hicieron el cambio de armario, a las que me llevaron al médico o me lavaron la cabeza cuando no podía ni andar. Desde muy cerca o desde Estados Unidos, México, Chile, Colombia...

Cuando solo faltaban cuatro capítulos por escribir, la vida volvió a golpearme, aún más fuerte. Mi hermana Mercedes, con apenas cincuenta y un años, se nos murió. Busco palabras, como si fueran estrellas, para construir una constelación que sea el camino de vuelta a casa. O como si fueran notas, para crear una melodía que la acompañe en la oscuridad y la meza en la noche tan larga. No las encuentro. Se las llevó todas consigo al partir. Solo consuela saber que libre corre ya hacia los que tanto la quisieron, que la abrazan, y que la lluvia ya no puede dolerle.

En Boston, en la casa de Reyes y Sebastián, bahía de tantos náufragos, encontré la luz necesaria para llegar hasta el final a pesar de la tristeza.

A pesar de ello, o quizá por ello, estas páginas están llenas de esperanza y luz, porque del amor nacen ambas. Del amor sembrado, del amor recogido, estos dos años pasados y todos los años que han de venir.

El Club de las Dos Páginas
Ángeles Doñate

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Ángeles Doñate, 2026
Autora representada por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-670-8377-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
0. UN VISITANTE DEL PASADO
1. EL PRINCIPIO DE TODO
2. DE GATOS Y NIÑOS
3. NUNCA ES TARDE SI LA DICHA ES BUENA
4. COSAS SIN MÁS
5. LEER CON EL CORAZÓN
6. RON, RON, LA BOTELLA DE RON
7. DOS POR UNO
8. Y YA SON CINCO
9. PACTOS SIN SANGRE
10. TINTA EN LAS VENAS
11. PASITO A PASITO
12. GAFAS A GOLPES
13. Y POR FIN, ELLA
14. DÍAS PRESENTES QUE TRAEN DÍAS PASADOS
15. EL CÍRCULO SE CIERRA
16. UN PLAN CON FISURAS, ¿Y QUÉ?
17. UN POCO PARA TODOS
18. SI ELLA PUDO...
19. DE AMORES, VACACIONES Y TACONES
20. AL AGUA, PATOS
21. LIBROS DESPARRAMADOS
22. DÍAS INTENSOS
23. REINAUGURACIÓN
24. RUTINA SIN RUTINA
25. SENTIMIENTOS CRUZADOS
26. RECUPERANDO EL TRONO
27. SEGUNDAS Y SOÑADAS OPORTUNIDADES
28. CUANDO EL VIENTO SOPLA...
29. LECTURAS PARA TODOS LOS GUSTOS

30. SIN VUELTA ATRÁS
31. AL ASALTO DE LAS CALLES
32. UN ÚLTIMO INTENTO
33. UNA COSECHA DE GRANDES FINALES
34. EN EL ÚLTIMO SEGUNDO
EPÍLOGO
LISTA DE LIBROS INCLUIDOS EN ESTA NOVELA
AGRADECIMIENTOS
Créditos